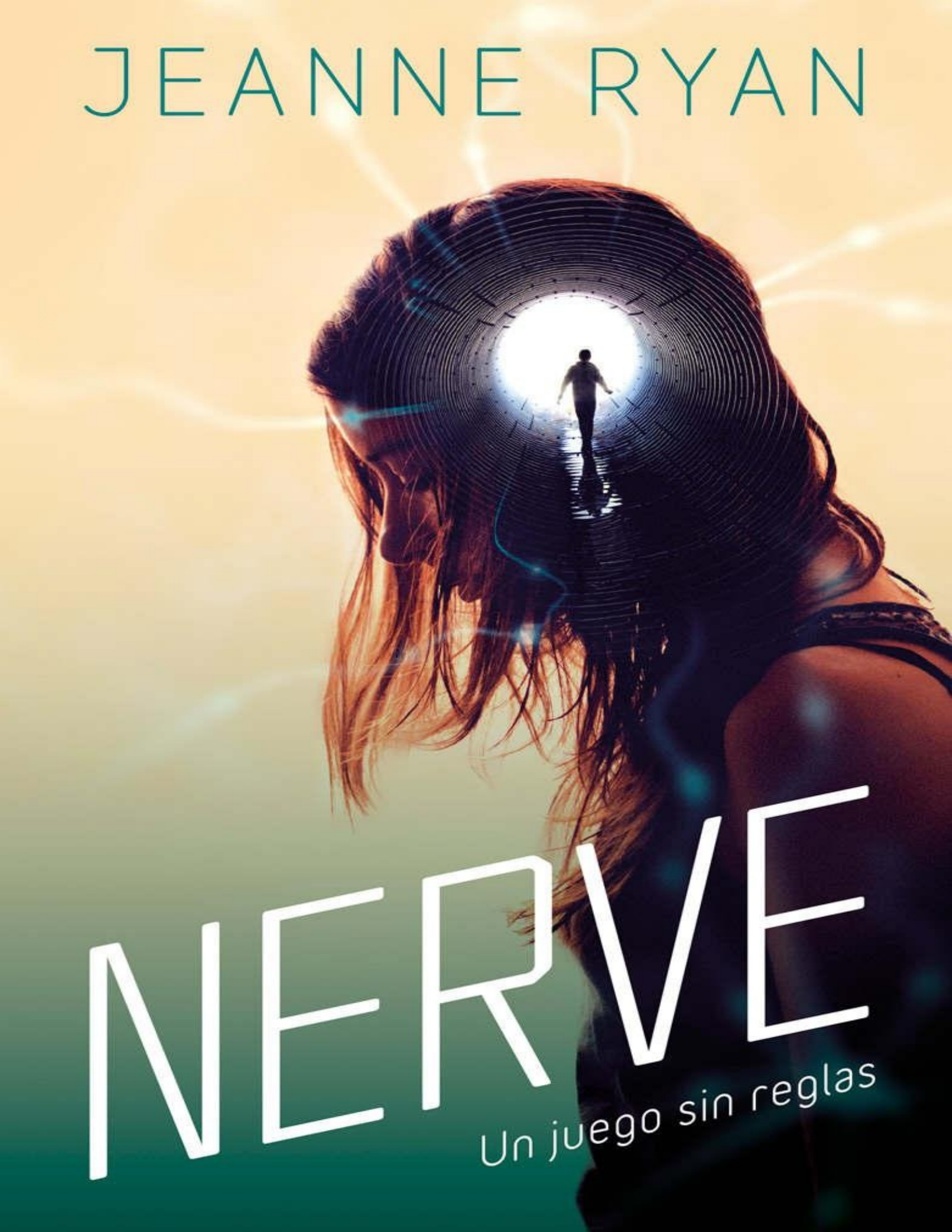
JEANNE RYAN



NERVE

Un juego sin reglas

JEANNE RYAN

NERVE

Un juego sin reglas

Traducción de Julio Hermoso

ALFAGUARA

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Para James, mi gran premio

Prólogo

Fueron necesarios tres días de espera, pero a las cuatro de la mañana de un domingo la calle se vació de Seguidores ante la casa de Abigail. Era posible que hasta los obsesos necesitasen dormir de vez en cuando. También ella podría descansar, pero, más que eso, ansiaba libertad. Había pasado casi una semana desde que se marchó de su casa.

Garabateó una nota a sus padres, metió un montón de cosas en el coche y salió pitando sin dejar de mirar por el retrovisor durante todo el camino hasta abandonar la ciudad y durante las dos horas de coche hasta el Shenandoah. Las incontables veces que había recorrido aquellas carreteras con su familia estaban repletas de juegos, canciones y vídeos, y a veces las pasaba soñando despierta, sin más, pero ahora lo hacía con una creciente sensación de pánico.

Hizo caso omiso de los años que sus padres se habían pasado diciéndole que avisara de su presencia a un guarda forestal nada más llegar al parque, dejó el coche cerca del comienzo de la pista más desierta que fue capaz de encontrar y echó a andar por un sendero que estaba a punto de quedar oculto por el follaje. A primera hora de la tarde tendría que elegir un sitio para acampar. Por ahora tan solo deseaba desaparecer entre los árboles. Si era capaz de evadirse de los Seguidores un rato más, aquella vegetación le daría una cierta paz, al menos por unos pocos días.

Notaba la carga de la mochila en los hombros mientras ascendía con paso pesado por la ladera rocosa, apartaba los helechos y se llevaba las esporádicas gotas de rocío que quedaban sobre las hojas. El sonido de un torrente más arriba la espoleaba con la promesa de una cascada. Sería una bendita distracción del constante rumiar que se había apoderado de sus pensamientos en los últimos veintitrés días. Maldito juego.

Le dio un manotazo a una rama baja, y el agua y las hojas le cayeron por la cabeza. Qué más daba, tampoco era que hubiese nadie por allí para ver los restos de follaje adheridos a su piel y su cabello. Sin embargo, pensar en otras personas le llevó de manera inmediata a una serie de imágenes tan insistentes como indeseadas. Y de temores. Miedos que se alojaban al borde de su consciencia y parecían cobrar forma física, esta vez en el sonido de unos pasos amortiguados detrás de ella.

Se paró en seco, a la espera, rezando por que aquel sonido no hubiera sido más que su imaginación. Su cerebro la traicionaba mucho últimamente. Hacer un alto. Concentrarse. Pensar.

Las pisadas se detuvieron un instante y se reanudaron, más rápidas. Sí, había alguien tras ella. ¿Y ahora qué?

¿Esconderse detrás de un arbusto y dejar que pasara aquella persona? Tenía que ser un senderista cualquiera que buscase, probablemente, la misma soledad que buscaba ella. Aun así, esconderse no sonaba como si fuera el mejor plan. Echó a correr hacia delante para ganar cierta distancia y se metió entre los brazos de un exuberante rododendro.

Los pasos se oyeron con más fuerza, y su peso sugería a alguien corpulento. ¿Sería aquello la «consecuencia» con la que amenazaban esos idiotas que llevaban el juego si no se mantenía accesible para los fans? Sin embargo, nadie podía esperar de ella que fuese amable con los imbéciles que llamaban a todas horas, los asquerosos que la seguían al cuarto de baño o aquellos enfermos mentales que habían creado esa horrenda web con las imágenes de ella y de los demás jugadores sobreimpresas con el objetivo de una mirilla telescópica. Cuando se encontró con aquello, se inventó una enfermedad que la retuvo en su casa la semana pasada entera. Pero no podía esconderse para siempre. Y tampoco tenía pinta de poder conseguir órdenes de alejamiento para todo el planeta.

Su respiración se aceleraba y se volvía menos profunda conforme se acercaba quien fuera que venía detrás de ella. Los pasos eran rítmicos, medidos. Quizá no fueran humanos. Qué curioso resultaba que la posibilidad de que se tratase de un oso negro le preocupase menos que si el intruso fuera otro senderista. O quizá las pisadas no fueran siquiera reales. Todo esto podía ser un sueño, manipulado del mismo modo que todos y cada uno de sus pensamientos conscientes durante el juego, e incluso después. Estaba resultando cada vez más difícil descubrir qué estaba sucediendo realmente. Como la nota que había encontrado en una revista cuando se escapó al centro comercial: «Querida Abigail: el juego no se acaba hasta que nosotros lo digamos».

¿Cómo podría saber alguien que entraría en aquella tienda en particular, y que hojearía aquella revista en especial? Aun así, cuando terminó de repasar todas las revistas de la estantería para ver si habían toqueteado alguna otra, ya le había perdido la pista a la nota en cuestión, como si jamás hubiera existido. Probablemente la había robado alguno de esos «nosotros» desconocidos que espiaban todos y cada uno de sus movimientos. Aquella era la peor parte, no ponerle cara al enemigo, mientras que su propia imagen estaba disponible para todos, como una especie de cromo perverso.

A los pasos se unió un silbido. Ni siquiera una imaginación tan activa como la suya era capaz de concebir un escenario en el que un animal conociese la melodía de «Somewhere Over the Rainbow». Se le humedecieron los ojos al obligarse a creer que

aquella persona no era más que un simple excursionista de buen humor.

Los pasos se detuvieron. Ella se agachó más entre la vegetación cuando se agitaron los arbustos cercanos.

—Sé que estás ahí —dijo una voz profunda.

Sintió un temblor en el vientre. Se apretó contra el árbol a su espalda, y deseó haberse subido a él. No había nadie en kilómetros a la redonda, y un vistazo rápido al móvil le mostró que no había cobertura. Mira tú por dónde. Su móvil no le daba más que motivos de sufrimiento en aquellos días.

Las ramas del rododendro entre las que ella se escondía se abrieron para revelar el rostro de un hombre con cara de pitbull y un aliento que olía a beicon. Cielo santo, habría sido mejor no ponerle cara a sus torturadores. Aquel rostro interpretaría un papel protagonista en sus pesadillas durante el resto de su vida. Por muy larga que esta fuese.

Sus manos carnosas apartaron las ramas todavía más.

—¿Por qué no sales de ahí, encanto? Pongámonos las cosas fáciles.

Se le contrajeron todos los músculos, y casi le cedieron las rodillas. El absoluto pavor que surgía de su vientre fue peor que durante la última ronda del juego, cuando se enfrentó a un cuarto lleno de serpientes. Y pensar que ese había sido para ella el peor temor del mundo.

A pesar del temblor que le sacudía el pecho, reunió de algún modo las fuerzas para decir:

—Déjame en paz, gilipollas.

El hombre se sorprendió.

—No hace falta ponerse borde. He sido tu mayor partidario.

Su mirada recorrió veloz la penumbra del sotobosque. Solo había una opción con algún tipo de esperanza. Dejó que la mochila se le deslizase de los hombros, al suelo, antes de abalanzarse hacia la zona menos densa de ramas. Aun así, seguía habiendo las suficientes para arañarle los brazos al atravesarlas de golpe hacia el sendero. Por desgracia, el hombre bloqueaba el camino de regreso hacia su coche, de manera que su única opción era seguir adentrándose en aquel bosque empinado.

Echó a correr, seguida por unos pasos atronadores. Todos los sonidos quedaron pronto amortiguados en la caída de la cascada, más adelante, que le salpicó la cara con una fina llovizna al acercarse a la barandilla desvencijada del mirador. La única manera de continuar avanzando era un descenso por el pronunciado y rocoso precipicio, con unos pedruscos cubiertos de musgo.

Por detrás llegaba el silbido desafinado, en un tono que atravesaba el ruido del agua. Se volvió para enfrentarse al hombre, cuyos bolsillos abultaban con formas irregulares que le traían a la mente las diversas armas en una partida de Cluedo. Tampoco es que el hombre necesitase un candelabro o un cuchillo, con aquellos brazos tan gruesos

como los troncos de los árboles cercanos. ¿Qué quería? ¿Sería un Seguidor furibundo que había decidido castigarla por perderse la retransmisión del «epílogo» con los demás jugadores la noche antes? Ella lo había visto, con la mano en la boca, mientras sus compañeros de juego bromeaban y se reían a pesar de los temblores en las mejillas y las oscuras bolsas debajo de los ojos. Sin embargo, ninguno de ellos había respondido a sus mensajes de texto después de aquello, como si verse asociados con ella supusiera una mayor amenaza que quien fuera que les estaba dando caza. Era demencial. A ella nadie le había dicho nada sobre los vídeos de seguimiento ni sobre los acosadores cuando se apuntó al juego.

Pasó por encima de la valla tratando de agarrarse al metal resbaladizo. ¿Sería capaz de bajar hasta el río sin partirse la crisma?

—No hace falta llegar a eso, Abigail —gruñó el hombre y se metió la mano en el bolsillo—. Solo tienes que volver aquí y trabajar conmigo. Podríamos grabar algo que no tiene nadie más, ganar mil créditos.

¿Créditos? Debía de ser uno de esos pirados que grababan vídeos de los jugadores sin mayor motivo que ganarse el respeto de sus colegas Seguidores, que se concedía en forma de votos favorables, o «créditos». De haber alguna forma de medir el terror que sentía, aquel tío se llevaba la palma. Los pervertidos enloquecían con aquello. Pero ¿sería capaz aquel hombre de ir aún más lejos? Se le hizo un nudo en la garganta con aquella idea. Respirar hondo. Concentrarse en buscar una salida.

El tipo la miró con la cabeza ladeada, como si estuviera valorando la composición y la luz. ¿Sería posible que todo cuanto quisiera fuese una foto? Contuvo la respiración cuando él fue a sacar la mano lentamente del bolsillo. Solo fue capaz de pensar en lo raro que era que no hubiese discurrido toda su vida ante sus ojos. Se acordó, no obstante, de una película antigua que vio en clase de Lengua en octavo curso, *¿La dama o el tigre?* Le había fastidiado que la película dejase colgado al público. ¿No podían haber escogido un final?

Y ahora, delante de ella, un desconocido podía estar sacando una cámara o una pistola, dependiendo de lo que pretendiese arrebatarle, su imagen o su vida. Con un sollozo, se percató de que una parte de ella deseaba la opción que no se habría imaginado que escogería antes de participar en el juego, solo con tal de poner fin a aquel horror que se había convertido en su realidad.

La mano del tío salió del bolsillo con un último tirón, agarrada a una cámara, minúscula y negra, como un pequeño insecto. Soltó un suspiro y contuvo un sollozo en la garganta. Así que al final se trataba de una foto. Quizá, si lo intentaba con todas sus fuerzas, podría fingir una sonrisa y todo se habría acabado. Podría bajar corriendo por el sendero, conducir de vuelta a casa como alma que lleva el diablo y esconderse en su cuarto el resto del día. O más. Los Seguidores tendrían que acabar perdiendo el interés en ella, en especial cuando arrancase otra edición, con un nuevo elenco de

participantes.

—Una bonita sonrisa —le dijo el hombre delante de ella.

Ella le miró fijamente y trató de curvar hacia arriba las comisuras de los labios. Una perla de sudor le rodó por la sien, seguida de inmediato por otra. Unos pocos segundos más y todo aquello habría acabado.

Clic.

Suspiró. Vale, si eso era lo que quería, todo bien. Bueno, bien no, pero sí soportable.

Y entonces, con una sonrisa torcida, el hombre metió la mano en el otro bolsillo.

Uno

Soy la chica que está detrás de la cortina. Literalmente. Pero después de abrir el gran telón para el Segundo Acto, tendré cuarenta minutos que matar, sin cambios de vestuario ni maquillaje que coordinar a menos que alguno de los actores necesite algún retoque rápido. Respiro hondo. Las cosas han ido como la seda en la noche del estreno, lo cual me preocupa. Siempre sale algo mal en el primer pase. Es una tradición.

Me debato entre irme al camerino de las chicas, donde la charla será sobre los tíos, o quedarme fuera, en el pasillo, donde sí que me podría tropezar físicamente con alguno de ellos, bueno, con uno en particular. Dado que el tío en cuestión tiene una entrada dentro de diez minutos, escojo el pasillo y saco el móvil aunque la señora Santana, nuestra profesora de teatro, nos tiene amenazados de muerte para que los mantengamos apagados durante todas las representaciones.

Nada nuevo en mi página de ThisIsMe. No me extraña, ya que la mayoría de mis amigos está en la obra o entre el público. Envío un mensaje:

> Aún quedan entradas para los dos siguientes pases, ¡así que compra una si es que no has movido ya el culo hasta aquí!

Ya está, he cumplido con mi deber cívico.

Junto con el mensaje, cuelgo una foto que me he sacado antes de la función con mi mejor amiga, Sydney, la protagonista de la obra. La foto es algo así como esos libros de preescolar que te muestran los contrarios: ella, la Barbie Hollywood rubia, a mi lado, que soy la muñeca Blythe retro con la piel pálida, el pelo castaño oscuro y los ojos un tanto grandes para mi cara. Eso sí, por lo menos, la sombra metálica que he cogido del kit de maquillaje del reparto hace que parezcan más azules de lo normal.

Un anuncio de Custom Clothz me salta en el móvil con la promesa de mostrarme lo bien que me queda su nueva colección de verano. Pensar en ropa de verano en Seattle es hacerse ilusiones, en especial en el mes de abril, pero hay un vestido de color lavanda con falda larga que es demasiado mono para resistirse, así que subo una foto mía y relleno los datos de mi altura, metro sesenta y dos, y peso, mmm, no sé cuántos

kilos. Mientras decido qué otras medidas introducir, una risotada que me resulta conocida sale del camerino de los chicos, seguida de su dueño, Matthew, que se me acerca con sigilo hasta que nuestros hombros se tocan, bueno, mi hombro con su bíceps esculpido en el equipo de fútbol americano.

Se inclina para que sus labios se queden a milímetros de mi oreja.

—Una noventa B, ¿verdad?

Aj, ¿cómo me ha leído el móvil tan rápido? Lo aparto de su mirada.

—A ti qué te importa.

Más bien una ochenta y cinco A, ya puestos, especialmente con el sujetador que llevo esta noche, fino como el papel, que tampoco promete ningún milagro.

Se ríe.

—Estabas a punto de compartirlo con desconocidos, ¿por qué no conmigo?

Apago la pantalla.

—Es solo para esa bobada de anuncio, no para alguien de verdad.

Se da media vuelta para que quedemos frente a frente, con los antebrazos presionados contra la pared a cada lado de mi cabeza, y va y me dice con esa voz suya de seda que siempre suena como si te estuviera contando un secreto:

—Venga, tengo verdaderas ganas de verte con ese vestido.

Me aplasto el brazo detrás de la espalda.

—¿En serio? —comparada con la suya, mi voz es de plástico chillón. Encantadora.

Me rodea con el brazo y me desliza el móvil de entre los dedos.

—O quizá con algo, ya sabes, más cómodo.

Se vuelve a deslizar a mi lado, toquetea el móvil, lo sostiene en alto y me enseña una imagen de mi cara puesta sobre un cuerpo que luce lencería blanca. El tamaño del pecho parece descomunal, más allá de la talla D.

Un ardor me sube por el cuello.

—Muy gracioso. ¿Qué tal si lo hacemos ahora con una tuya?

Empieza a desabrocharse la camisa.

—Yo te hago un pase en persona, si quieres.

El pasillo se vuelve sofocante. Me aclaro la garganta.

—Mmm, tienes que dejarte puesto el vestuario, así que ¿por qué no empezamos con tu yo virtual? —cielos, ¿sería capaz de sonar menos sugerente?

En sus ojos hay un destello más verde de lo normal.

—Claro, cuando terminemos de disfrazar a la Vee virtual.

Nos pegamos el uno al otro mientras él va seleccionado distintas partes de arriba y de abajo de un bikini. Cada vez que trato de quitarle el móvil, él se ríe y vuelve a tirar de él. Pruebo una táctica distinta, la indiferencia. Casi funciona cuando le sorprendo con un barrido rápido. No soy lo bastante veloz para quitarle el teléfono, pero al menos pulso en la parte correcta de la pantalla y cierro el probador virtual. Lo reemplaza un

anuncio de ese juego nuevo que se llama NERVE, algo así como «valor», que viene a ser fundamentalmente un «verdad o reto» pero sin la parte de «verdad». Debajo de un letrero que dice «¡MIRA QUIÉN JUEGA!» saltan las fotos en miniatura de unos chavales que están llevando a cabo diversas misiones.

Matthew arquea las cejas.

—Oye, vamos a ver cómo lleva esta chica el reto de fingir que roba en una tienda.

Inclina el móvil para que podamos ver un video de una chica llena de piercings que se está metiendo frascos de esmalte de uñas en los pantalones de camuflaje. Mmm, aunque lo esté fingiendo, parece un delito grave meterse cualquier mercancía en esos pantalones. ¿Y cómo se las arregla para pasar por los controles de seguridad de los aeropuertos con todos esos imperdibles en la mandíbula? Como si estuviera oyendo mis ácidos pensamientos, la chica se vuelve hacia la cámara y saca el dedo. La imagen amplía los rasgos de lobo de su rostro y se me ponen rígidos los hombros. Con una sonrisita de suficiencia, desfila de la tienda y sale al aparcamiento, donde utiliza el esmalte de uñas para pintarse un «XXX» carmesí en la frente.

El vídeo se funde en negro, y Matthew hace clic debajo para darle a la chica una calificación de cuatro de cinco estrellas posibles.

—Yo solo le habría dado un tres, si acaso. El reto era fingir un robo, no robar de verdad —le digo—. ¿Qué especie de idiota se grabaría quebrantando la ley?

Él se ríe.

—Vamos. A eso había que echarle huevos. ¿Y quién se va a quejar de que lleve el reto más lejos de donde le han pedido? Va a ser divertido verla en las rondas en vivo.

—Vaya, eso no se lo digas a Sydney. Se moría por presentarse a las pruebas para la edición de este mes, hasta que se enteró de que estaba programada para nuestra noche de cierre.

—¿Qué pasa, es que no le basta con ser la protagonista de la obra?

Cambio el peso del cuerpo de una pierna a la otra. Aunque le tomo el pelo a Sydney por ser una diva, no lo diré a sus espaldas.

—Nadie gana premios fabulosos en el teatro del instituto.

Él se encoge de hombros, y su atención regresa sobre el teléfono.

—Eh, mira este vídeo de un tío que deja que su perro le dé lametones a la sopa que él tiene en la boca.

—Asqueroso.

Matthew le da cinco estrellas de todos modos. En cuanto lo hace, salta un anuncio que dice: «sube tu vídeo si quieres la oportunidad de competir en vivo el próximo sábado, ¡aún te da tiempo!».

Agita el teléfono delante de mí.

—Deberías hacer uno tú, pequeña Vee.

—Eh, hola. Que soy yo quien os maquilla el sábado, ¿se te ha olvidado?

—Me refiero a hacer uno de esos retos preliminares, por pasar el rato. Si da la casualidad de que te escogen para las rondas en vivo, alguien te puede sustituir con el maquillaje.

Resulta obvio que piensa que no me seleccionarán ni loca y que, en el caso de que lo hicieran, cualquiera le puede untar un pegote de maquillaje a los actores. De repente me siento más pequeña.

Me doy un tirón de la falda.

—¿Por qué molestarme? Jamás jugaría en serio, de todas formas.

El mes pasado, la primera vez que se celebró el juego, mis amigos se reunieron en mi casa y pagaron entre todos para ver online las rondas en vivo. Ser un Seguidor ya era lo bastante emocionante. ¿Esos jugadores de la ronda del gran premio de la Costa Este que se pasaron media hora con los dedos de los pies agarrados al borde de un tejado? No, gracias.

Matthew toca sobre un par de botones en la web de NERVE.

—Aquí tienes una lista de los retos que puedes intentar: comer con las manos en un restaurante elegante, ir a una tienda exótica de alimentación y preguntar si tienen criadillas de cabr…

—No voy a hacer ningún reto.

Escribe algo en mi móvil.

—Ya sé que no. Solo te tomo el pelo porque estás muy mona cuando te pones como un tomate.

Greta, que se encarga del atrezo, viene corriendo desde detrás del escenario y le da un toque en el brazo.

—Entras en dos minutos.

Me devuelve el móvil, y ya se encuentra a tres metros de distancia cuando me doy cuenta de que me ha actualizado el estado civil en ThisIsMe, de «soltera» a «prometedor». Me da un pequeño vuelco el corazón. Aunque tengo casi media hora hasta el telón final, le sigo hasta la zona de bastidores. Desfila bajo la luz del foco y ocupa su lugar a la izquierda del proscenio, junto a Sydney, donde bromearán, discutirán, se besarán y cantarán antes de que termine la función.

Por ahora, Sydney domina el escenario, iluminada con tanto dramatismo en esa rubicunda gloria. Siento una oleada de orgullo ante la impactante visión que he creado con sus atractivos naturales. Por supuesto, empleo más tiempo con Matthew, dándole contorno a todos y cada uno de los planos de su rostro con un tierno cuidado. Incluso a siete metros de distancia, el reflejo de los focos en sus ojos hace que las piernas se queden como si fueran de chicle.

Recito las frases con los actores durante la siguiente media hora hasta que llegamos a la escena final, en la que se reúnen los amantes desventurados. Matthew toma el rostro de Syd en sus manos, y sus labios se encuentran en un beso que dura uno, dos,

tres segundos. Me muerdo el labio para combatir un arrebato de envidia por mucho que Syd insista en que Matthew tiene mucho más de imagen que de sustancia. Ella siempre cree que sabe qué es lo mejor para mí.

Todo el reparto se une a Sydney y a Matthew para cantar a grito pelado la canción final, y yo cierro el telón. Dado que saludarán al público desde el proscenio, he terminado con mis deberes en el escenario y me dirijo al camerino a recoger el vestuario. La zona de las chicas está cargada del aroma de la laca y un enorme ramo de rosas rojas que descansa en medio de la mesa de maquillaje. Compruebo la tarjeta. Para Syd, por supuesto. Unos pocos minutos más tarde, ella entra en el camerino bailando con las demás chicas del reparto, sin aliento, entre risitas.

De manera instintiva, le doy un abrazo a mi mejor amiga.

—Has estado genial. Y mira lo que te ha enviado alguien.

Suelta un gritito y abre la tarjeta. Pone los ojos como platos.

—Un admirador anónimo.

Quiero soltar un gemido ante una treta tan obvia.

—Anónimo durante unos dos minutos, hasta que se cuele por aquí para adjudicarse el mérito.

Olisquea las flores y sonríe, acostumbrada a este tipo de atenciones.

—¿Has conseguido que tus padres cambien de opinión sobre esta noche?

Siento una tensión en el pecho.

—Qué va. Al menos, me van a dejar salir de la cárcel para la fiesta de la noche del cierre.

Después de cinco meses siguiendo sus normas al pie de la letra, les he convencido de que me he ganado mi libertad. A no ser que contemos ir a trabajar en la obra o a estudiar a la biblioteca, será la primera vez que me dejen salir con mis amigos desde el «incidente», que en realidad solo fue un incidente en la imaginación de mis padres. No es que den crédito a mi constante insistencia en sentido contrario.

—Entonces yo tampoco voy —dice Syd.

Le doy un puñetazo fingido en el brazo.

—No seas boba. Te has ganado una buena fiesta. Lo único es no pillarte un resacón que te deje unas buenas ojeras. Mis habilidades con el maquillaje solo las pueden cubrir hasta cierto punto.

Se desata los lazos del corsé.

—¿Estás segura? Sobre la fiesta, me refiero. Mira que tengo plena fe en tus habilidades como maquilladora.

Le ayudo con los cordones en la espalda.

—Pues claro. Tú cuéntamelo todo, o, mejor aún, cuelga fotos, ¿vale?

Cuando Sydney y las demás terminan de quitarse el vestuario, recojo la ropa y compruebo cualquier prenda que pueda necesitar un planchado rápido o quitar alguna

mancha para la función de mañana. Sydney me da otro abrazo antes de largarse con Greta y las demás.

Unos minutos después de que se hayan ido, Matthew asoma la cabeza en el camerino.

—¿Cómo está la atrevida y pequeña Vee?

Aunque siento un cosquilleo en el estómago al verle, trato de mantener la compostura mientras examino una chaqueta de *tweed* y compruebo los puños.

—Estoy bien.

¿Quién necesita una fiesta en la noche del estreno cuando me puedo quedar con él un ratito más allá de mi hora? Sí, tal vez mi estado sea verdaderamente prometedor después de todo.

—¿Te vas con Syd a casa de Ashley?

—Ella sí. Yo no puedo.

—¿Todavía estás castigada? Joer, chica, empieza a estudiar más.

Tanto él como la mayoría de mis amigas creen que la severidad de mis padres se debe a las malas notas. Solo Sydney sabe la verdad.

—Por lo menos me dejarán ir a la fiesta del equipo en la noche de cierre. Me pondrán hora a medianoche.

Quizá, si le dejo caer la noticia de mi futura libertad, él me ayude a encontrar la manera de aprovecharla el sábado.

Hace un gesto con la barbilla hacia las rosas.

—¿Ha descubierto de quién son?

Se me corta la respiración un instante.

—¿Cómo te has enterado de que son de un desconocido?

Guiña un ojo.

—Me las apaño. Nos vemos mañana —con un lento gesto negativo de la cabeza, me echa un último vistazo y dice—: Mmm mmm, eres demasiado encantadora para estar trabajando entre bastidores.

Dicho eso, se larga.

¿Eso es todo? Nuestra oportunidad de quedarnos a solas, ¿y se marcha? Se me retuerce el estómago. Y ¿qué más le daban las flores? Trato de no sacar conclusiones precipitadas, pero aun así repaso las posibilidades. Tal vez algún amigo suyo esté colado por Sydney, y Matthew esté reconociendo el terreno. Sin embargo, algo había en su tono de voz que sonaba inseguro, vulnerable. ¿Habría traído Matthew las flores? Ella es la coprotagonista con él, pero aun así. Mi único consuelo es que, si Matthew le compró de verdad las rosas, ella no se había molestado en llevárselas a casa.

Aprieto los dientes mientras saco una llavecita del bolso para abrir un armarito que guarda el arma secreta de los jefes de vestuario: un pulverizador lleno de una mezcla de vodka con agua. Es un modo barato de revitalizar las prendas. La señora Santana

insistió en que ella jamás había confiado a un alumno el uso del pulverizador sin supervisión. Me alegro de que al menos un adulto tenga fe en mí en estos días, pero si papá y mamá se enterasen, pedirían su cabeza.

Se acercan unos pasos, y asoma la cabeza en el camerino Tommy Toth, quien diseñó los decorados y preside toda la cuestión técnica.

—Esta noche ha ido genial, ¿eh?

Pulverizo en el interior de un pesado vestido de cuentas que está un tanto arrugado.

—Sí, como la seda.

—Ya se ha ido todo el mundo. Cuando termines, te acompaño a tu coche.

Si diesen un premio por educar bien a los hijos, los padres de Tommy se lo llevarían de calle. Incluso en quinto curso, cuando estábamos los dos en la patrulla de seguridad vial, él siempre se ofrecía para cargar con las señales de «stop».

Salgo del camerino para poder ocuparme del vestuario de los chicos, en la puerta de al lado.

—Vale, salgo enseguida.

Me sigue.

—¿Estás bien?

Doblo un par de pantalones que Matthew ha dejado colgados en una silla.

—Claro. Es solo que no he parado en toda la semana.

Estira los brazos hacia arriba.

—Sí, entre los dos nos ocupamos de la mayoría del trabajo del equipo.

En efecto, la columna vertebral. Pero sin aplausos. Ni rosas, tampoco. Parpadeo con los ojos húmedos y me doy la vuelta para mirarle.

—Has hecho un trabajo fantástico, Tommy. Nadie podría haber diseñado los decorados como tú lo has hecho.

En un minuto justo, el escenario cambia de una aldea afgana destruida por la guerra a una discoteca de Tokio. Es una obra multicultural.

Se encoge de hombros.

—No seas tan modesto. Te mereces tanto reconocimiento como los actores.

—No salir al escenario tiene sus ventajas.

Se me arquean las cejas hasta el nacimiento del pelo.

—Dime una.

—Privacidad.

Me río, y suena como algo entre un ronquido y un bufido.

—¿Eso es una ventaja?

Se vuelve a encoger de hombros. Estoy terminando con el vestuario y me vibra el móvil. Lo saco para encontrarme con un mensaje de mi madre, que me recuerda que esté en casa en cuarenta minutos. Suspiro. Cómo tira la correa. Cuando borro el mensaje, veo que Matthew ha dejado abierto el vínculo a la web de NERVE. El juego

que él sabía que yo no iba a probar.

Me doy la vuelta hacia Tommy.

—¿Crees que soy atrevida?

Retrocede un paso.

—Mmm ¿atrevida? No sé. Pero sí que tienes personalidad. ¿Te acuerdas de esa vez, cuando éramos novatos y te inventaste una nueva letra para el himno del instituto?

¿Es por eso por lo que más se me conoce? ¿Una letra llena de tacos y que apenas rimaba? Con una mueca, le enseño el teléfono.

—¿Te apuntarías tú alguna vez a este juego?

Lo estudia.

—Lo dudo. Es arriesgadísimo.

—Que no es lo mío, vamos.

—Yo no he dicho eso.

De pie junto a Tommy, voy pulsando en la web del juego. Hay una lista con los retos que la gente puede llevar a cabo para presentarse a las rondas en vivo, junto con una serie de anuncios que saltan en la pantalla con la promesa de la fama instantánea y un vídeo de algunos de los ganadores del gran premio del mes pasado, que asisten al preestreno de una película. Dos de las chicas lucen con ostentación lo mucho que han ganado con sus retos. Pavas con suerte.

Echo un vistazo a la lista. La mayoría de los retos son espantosos, pero hay uno que consiste en entrar en una cafetería y tirarte agua encima mientras gritas «El agua fría me pone calentorra». Suena un tanto estúpido, pero menos peligroso que robar esmalte de uñas, o incluso que fingirlo. Miro el reloj. El Gotta-Hava-Java está de camino a casa. Podría hacerlo si me diera la prisa suficiente. Eso eliminaría del vocabulario de Matthew el apelativo «pequeña», que él une a mi nombre incluso en los mensajes de texto, algo que ha estado haciendo desde que comenzamos a ensayar la obra. Rollo tonteo, mono, en especial a altas horas de la noche.

Miro a Tommy.

—¿Quieres hacer algo que se salga de lo común?

Se le sonrojan las mejillas.

—No te vas a presentar al juego, ¿verdad?

—Ni loca. Además, ya es muy tarde para que me elijan. Pero ¿no sería divertido probar un reto? Solo para ver qué tal.

—Mmm no, la verdad —pestañea con rapidez como si las lentillas le hubieran dicho basta por hoy—. ¿Te das cuenta de que lo colgarían para que lo viese el mundo entero, y que, como no hay que pagar para ver los retos preliminares, eso sería un montón de gente?

—Claro, más o menos de eso se trata.

Ladea la cabeza.

—¿Estás segura de que te encuentras bien?

Me dirijo hasta el armarito para guardar el pulverizador bajo llave.

—Estoy fenomenal. Tampoco hace falta que vengas conmigo. Tan solo he pensado que sería divertido.

—A lo mejor lo es —asiente y queda claro que se lo está pensando—. Vale. Yo te grabo.

Ah, claro. Se me había olvidado por completo que necesitaba a alguien que grabase el reto. Agarro el bolso, paso por delante de él y me siento como una Lara Croft total.

—Genial. Vámonos.

Se apresura para seguirme el paso.

—Podemos coger mi coche.

Sus padres le regalaron por su cumpleaños un Audi de película de acción.

—No, nos llevaremos el mío —le digo. Es mi reto.

Hay en el aire una humedad que no había antes, al atardecer. Aunque estoy a punto de tirarme agua por la cabeza en una cafetería, no estoy de humor para la lluvia. Tommy y yo corremos hasta mi coche, un Subaru con diez años encima y un volante que vibra cada vez que piso el freno. Pero es mío y me gusta. Nos subimos y arranco.

Trato de tararear al ritmo de una canción de hip-hop que suena en la radio, pero la voz se me entrecorta constantemente.

—¿Crees que alguien en el Gotta-Hava-Java se dará cuenta de que estoy haciendo un reto para NERVE?

Tommy le echa un vistazo al salpicadero como si fuera a encontrar quizá algo más interesante que la radio de gama baja con una pegatina manuscrita en el mando que dice: «¡SUBE EL VOLUMEN!».

—No creo que sus clientes habituales sean del perfil demográfico de NERVE.

Me resulta curiosa la facilidad con la que sale de sus labios ese «perfil demográfico», como si estuviera en un anuncio. Ese es el tipo de cosas que dice mi padre. De repente me siento inquieta al recordar la palidez en la cara de mi padre ante mi cama del hospital hace unos meses, cuando no paraba de hacer un gesto negativo con la cabeza y de decirme que mis actos habían parecido totalmente impropios de mí. Las chicas como yo no acababan aparcadas en un garaje con el motor en marcha. Exacto, le había dicho yo.

Aparto ese pensamiento.

—Así que me voy a poner en ridículo delante de una panda de gente que no tiene ni idea de que es para un juego. Perfecto.

El mes pasado, un locutor no dejaba de recordar al público en una susurrante voz superpuesta que a los jugadores no se les permitía decirle a la gente que estaban haciendo un reto.

Las cejas arqueadas de Tommy dicen un «no me digas», pero es demasiado correcto

para decirlo en voz alta. En cambio, me habla de un documental que ha visto sobre una escuela de negocios estilo samurái donde los alumnos tienen que cantar en la calle, en esquinas concurridas, para superar sus inhibiciones.

—A lo mejor esto acaba siendo bueno para ti —dice él.

Lo estudio. En realidad, es más guapo de lo que hasta ahora le he reconocido, y tampoco es que hayamos sido nunca más que amigos. Con sus facciones bien definidas y el buen patrimonio inversionista de sus padres, es probable que acabe haciendo carrera política antes de que nos volvamos a reunir diez años después de la graduación.

Entonces me acuerdo de que ni siquiera he rellenado el formulario de inscripción.

—¿Te importa meterte en la web de NERVE y rellenar mis datos? —le pregunto.

Enciende su móvil y empieza a leerme preguntas mientras escribe. Le doy mi dirección, número de teléfono, correo y la fecha de mi cumpleaños (el 24 de diciembre, el día más «uy, por qué poquito» de todo el año). En la lista de contactos en caso de urgencia, que suena a matar moscas a cañonazos para un reto de dos minutos, incluyo a Sydney seguida de Liv, Eulie, Tommy y después Matthew, solo por diversión.

Cinco minutos más tarde, después de dar dos vueltas alrededor de la cafetería, encuentro un sitio para aparcar a una manzana del Gotta-Hava-Java. El ambiente ha perdido cualquier calor que tuviera durante el día y anuncia un desagradable paseo de vuelta al coche después del reto. Asumiendo que siga adelante con ello, algo que una minúscula parte de mí está empezando a poner en duda.

Le doy mi cazadora a Tommy.

—¿Me guardas esto para así tener algo seco que ponerme después?

—A lo mejor debería guardarte también el bolso, por si acaso.

¿A qué otro tío se le ocurriría mantener a salvo tus complementos? Me da un escalofrío.

—Bien pensado.

Tommy sujeta mis cosas con ternura, como si le diera miedo estropearlas, lo que tampoco sería una catástrofe, ya que lo compro todo a mitad de precio en Vintage Love, donde trabajo.

Entramos en la cafetería y se me acelera el pulso cuando veo que está hasta arriba. Una cosa es elegir un reto de una lista y otra es actuar para llevarlo a cabo. Actuar, uf, ese es el problema. Igual que en esa audición para la obra de teatro del instituto de la que salí huyendo, o con esos trabajos de Conocimiento del Medio con los que sudaba delante de la clase. ¿Por qué demonios está alguien como yo jugando a un juego como este?

Cojo aire y me imagino a Matthew besando a Sydney en el escenario mientras yo miro entre bambalinas. Obviamente, estoy haciendo esto para demostrar algo. Muchas gracias, Introducción a la Psicología.

Tommy encuentra un sitio en una mesa compartida cerca del centro del establecimiento y deja allí nuestras cosas. Juguetea con su móvil.

—La web de NERVE dice que tengo que grabar esto en un canal en vivo que se lo sube a ellos directamente, para que no podamos editar el vídeo. Empiezo en cuanto que tú estés lista.

—Vale.

Me acerco sigilosa al final de la cola luchando contra la extraña sensación de que estoy perdiendo el control de las piernas. Poner un pie de plomo delante del otro requiere toda mi capacidad de concentración, como si estuviese vadeando una piscina de sirope. Respiro, respiro, respiro. Ojalá no hubiera un olor tan fuerte a café. La ventilación aquí dentro es lamentable. El pelo y la ropa me van a apestar cuando salga. ¿Se dará cuenta mamá?

Una pareja delante de mí discute sobre si deberían pedir un té chai por la noche, ya que tiene cafeína, mientras que un grupo delante de ellos acribilla al dependiente con preguntas sobre las cantidades de calorías. Su cotorreo me pone de los nervios. Me dan ganas de gritar que la gente que se preocupa por las calorías no debería salir por sitios que ofrecen una docena de variantes de repostería.

Hago un gesto con la mano a uno de los dependientes en un intento por llamar su atención. Él se limita a sonreír y continúa preparando un expreso. El reloj de la pared marca las 9.37. Mierda, faltan veintitrés minutos para mi hora y me acabo de dar cuenta de que tengo que llevar a Tommy de vuelta hasta su coche antes de poder irme a casa. Me abro paso a empujones hasta el mostrador y provoco varios comentarios airados. Cuando vean lo que pienso hacer, a lo mejor se callan. Nadie quiere meterse con alguien a quien se le ha ido la olla. En la esquina del mostrador hay una jarra de agua con hielo y una pila de vasos de plástico. Lleno uno y me dirijo hasta un lugar cerca de Tommy mientras trato de no derramarlo a pesar del temblor en los brazos y en las piernas.

Las nueve y treinta y nueve. Respiro hondo y hago un gesto de asentimiento a Tommy, que señala a su móvil y dice algo que no puedo distinguir. Unos cuantos a nuestro alrededor fruncen el ceño y me miran con cara de recelo. Tommy me pone una leve sonrisa y me da el ok con el pulgar, lo que provoca que una gigantesca ola de gratitud me hinche el pecho. Esto sería imposible a solas. Tal vez aún lo sea. El cuerpo no deja de temblarme, y combato el impulso de echarme a llorar. Joer, menuda cagueta que soy. No me extraña que me atragante en las audiciones de teatro.

Clavo la mirada en el reloj y tengo de repente una sensación de visión de túnel. Todo se oscurece a mi alrededor. Todo lo que veo es el reloj que late como el corazón delator de Edgar Allan Poe. Esto es ridículo. No es más que un vaso de agua y una frase que recitar. Syd se habría echado una jarra entera mientras cantaba su número favorito de *Los miserables*. Por supuesto, yo no soy ella.

El ritmo del pulso se me incrementa hasta el martilleo, y siento ligera la cabeza. Todas y cada una de las moléculas de mi cuerpo quieren salir corriendo. O gritar. O ambas cosas. Me digo a mi misma que respire. El reto se habrá acabado en un minuto. Tan solo unos segundos más de aguantar este terror. Me paso la mano por la mejilla. Cuando el reloj de la pared cambia a las 9.40, me aclaro la garganta reseca.

¿Soy capaz de hacer esto? La pregunta se repite incluso mientras me levanto el vaso de agua por encima de la cabeza. Sorprendentemente, el brazo aún me funciona.

—El agua fría me pone calentorra —digo con una voz ligeramente por encima del susurro y me echo unas gotas de agua por la cabeza.

Tommy me mira con los ojos guiñados como si no me hubiese oído.

—¡El agua fría me pone calentorra! —levanto la voz, que me sale como un chisporroteo, y me tiro el resto de agua por la cabeza.

La gélida impresión me aclara el cerebro. Oh, Dios mío, lo he hecho. Y aquí estoy ahora, de pie, empapada, deseando con más fuerza que nunca la capacidad de volverme invisible.

Cerca de mí, una mujer suelta un grito y se aparta de un salto.

—Pero ¿qué narices?

—Perdone —digo mientras me gotea el agua de la nariz. Sé que debería estar haciendo algo, pero tengo el cuerpo petrificado. Salvo los ojos, que advierten un millón de detalles a la vez, y todos ellos parecen burlarse de mí. Con un esfuerzo consciente, rompo mi hechizo de parálisis y me paso el dorso de la mano por la cara mientras un tío me saca una foto desde no muy lejos. Le lanzo una mirada obscena y él me saca otra.

Tommy deja el teléfono, me mira con los ojos desorbitados.

—Eh, Vee, madre mía, la camisa… —me señala el pecho con una expresión de horror.

Voy a bajar la vista para mirarme, pero me interrumpe un dependiente que viene corriendo con una fregona. Observa con aire despectivo el charco alrededor de mis pies.

—Yo lo hago —le digo y estiro el brazo hacia la fregona. ¿Cómo es que no se me ha ocurrido coger unas servilletas?

El dependiente aparta de mí la fregona.

—¿Crees que te la iba a dejar? Muévete, por favor. Y si no vas a pedir nada, márchate, por favor.

Mierda. Tampoco es como si le hubiera echado un escupitajo en la máquina de los zumos.

—Lo siento.

Acelero el paso hacia la puerta. El aire del exterior me impacta en la camisa húmeda como si me hubiera tirado al lago Washington.

Tommy me alcanza y me ofrece la cazadora.

—Ponte esto, ¡póntelo ya!

Me miro la camisa bajo la luz del exterior y se me corta la respiración. Lo que no he tenido en cuenta antes de tirarme el agua es que mi camisa es de algodón blanco. Y el sujetador es de un compuesto fino de seda. Yo, la coordinadora de vestuario, la que trabaja a tiempo parcial en una tienda de ropa, debería haberme dado cuenta de las consecuencias de echar agua sobre esas telas. Como si llevase una camiseta mojada. En pantalla.

Cielo santo, ¿qué he hecho?

Dos

Agarro el móvil de Tommy.

—¡Borra el vídeo!

—No puedo, se estaba subiendo en vivo.

Me aprieto la cazadora contra el pecho.

—¿Por qué no has parado al darte cuenta de que se me veía todo?

Se rasca la nuca.

—Es que estaba tan pendiente de mantenerte en el encuadre que no me he dado cuenta hasta que he dejado la cámara. Oye, que no te entre el pánico, ¿vale? Las cosas se ven distintas en vídeo. Tal vez la iluminación ahí dentro y la limitada resolución de la cámara estén a tu favor.

Sin embargo, tiene una expresión de duda en la cara.

—¿Hay alguna forma de comprobarlo? ¿Por qué no me he puesto el sujetador rosa, el del forro doble?

—No, mi móvil no guarda una copia de los chats de vídeo. Ocupan demasiado en la memoria.

Nos metemos en mi coche y me retuerzo para meterme en la cazadora mientras le doy la espalda a Tommy. Aunque una parte de mí quiere quedarse allí sentada y pensar en una solución, como si la hubiera, tengo que estar en casa en quince minutos. Arranco el motor, pongo a tope el ventilador de la calefacción y regreso a toda velocidad hacia el auditorio.

Tommy está con el móvil.

—A lo mejor hay un modo de borrar tu entrada.

—¡Sí, hazlo! Diles que no doy mi consentimiento.

Pasado un par de minutos, se aclara la garganta.

—Aquí dice que todas las entradas son de su propiedad. Al registrarte en el juego, cediste tus derechos sobre el vídeo.

Le doy un golpe al salpicadero.

—¡Aj!

Ahí se acaba nuestra conversación hasta que llegamos al aparcamiento. Antes de bajarse, me dice:

—Recuerda que hay miles de vídeos por ahí, y es probable que la mayoría de ellos sea mucho peor que el tuyo. La gente hace un montón de locuras con tal de que les seleccionen para las rondas en vivo.

—Espero que tengas razón. Mira, tengo que estar en casa dentro de nueve minutos o… bueno, que tengo que estar.

—Te prometo que no diré una palabra —se hace la señal de una X sobre el corazón y cierra la puerta.

Trago saliva, atontada mientras salgo pitando. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? La temeridad no forma parte de mi carácter. Tímida, trabajadora, leal, todos esos rasgos aburridos de una capricornio, esa soy yo.

Piso el acelerador camino de casa, otra conducta nueva. Pero no soy lo bastante rápida. Son las diez y dos minutos cuando entro por el pasillo que conecta el garaje con la parte de atrás de la casa.

Mamá me está esperando ahí como si fuera la barrera de un peaje.

—¿Dónde estabas?

—En la obra. Ha habido un problemilla con el lavabo del camerino y me he puesto perdida. He intentado secarlo tan rápido como he podido. Siento llegar tarde por los pelos —mentir de esa manera me da ganas de potar, pero si le dijese la verdad, no ayudaría a nadie.

Se queda allí con expresión muy seria.

—Prometiste que estarías en casa a las diez.

—Mamá, por favor, ha sido un accidente —me doy cuenta de mi error conforme salen las palabras de mi boca. Decir que cualquier cosa es un «accidente» es algo que mis padres ya no se tragan fácilmente, incluso ahora, pasados cinco meses.

Papá viene desde la cocina.

—¿Todo bien?

¿Qué otra alumna de tercer año de instituto tiene a sus padres, a los dos, esperándola a las diez de la noche? Me ciño la cazadora al cuerpo y me aliso hacia atrás el pelo.

—Claro, es solo un poco de agua del lavabo. Lo siento.

La voz de papá suena despreocupada, no así su expresión.

—¿Por qué no has llamado?

—Creía que iba a llegar a tiempo, pero he pillado demasiados semáforos en rojo.

¿Hay alguna manera de que puedan comprobar la secuencia de los semáforos desde el auditorio hasta aquí y reventarme esta última mentira?

Se coloca en su posición al lado de mamá. Estoy a poco más de un metro, delante de ellos, pensando que ojalá pudiese librarme de la ropa empapada. Ella le mira a él, él a ella.

Me cruzo de brazos.

—El resto de mis amigos está en una fiesta ahora mismo. He tenido que buscar el vestuario limpio y ocuparme de un lavabo estropeado. ¿No os parece suficiente castigo por llegar dos minutos tarde?

De nuevo, se miran el uno al otro, y entonces papá suspira.

—Vale. Te creemos.

Otra punzada de culpabilidad me perfora el pecho, aunque en realidad no he hecho nada malo. Bueno, a no ser que cuente hacer exhibicionismo ante quién sabe cuántos espectadores online.

—Gracias. Debería irme a la cama. Mañana hay clase —contengo la respiración con la esperanza de no haber jugado la carta de la hija responsable de un modo demasiado obvio.

—Buenas noches, cielo —dicen al unísono antes de darme un abrazo cada uno.

A veces pienso que las cosas serían mucho más fáciles si no fuese hija única ¿Es demasiado tarde para que tengan otro? Aj, dejémoslo estar.

En el piso de arriba, me preparo para meterme en la cama, los sucesos de la noche se me pasan por la cabeza. Con un poco de suerte, Tommy tiene razón y mi vídeo se perderá en la avalancha de las demás entradas. Aun así, no paro de dar vueltas en toda la noche y acabo renunciando a la idea de dormir hacia las cinco de la mañana. Con dos horas de sobra antes de tener que prepararme para ir a clase, debería ponerme al día con los deberes o hacer algo productivo. No obstante, lo primero que hago nada más salir de la cama es coger el móvil. No, espera, puedo pasar los vídeos más rápido con el ordenador, así que me siento en mi mesa y enciendo el portátil con las manos temblorosas.

Tardo cinco minutos en entrar en la web de NERVE y enterarme de la forma que tienen de organizar las entradas. Conforme hago clic, me van saltando anuncios que me recuerdan que en la primera edición de NERVE, un tío ganó un viaje a Italia para entrenar durante una semana con un equipo ciclista profesional del Tour de Francia, y una de las chicas consiguió una entrevista para un puesto de trabajo en la MTV. Muestran fotos de los sonrientes ganadores. No está mal para una noche de terror, supongo.

Mi ánimo mejora conforme voy ojeando la web. Se han inscrito más de cinco mil personas de todo el país. La noche del sábado, mañana, NERVE elegirá a los participantes de doce ciudades y celebrará las rondas en vivo. La última vez, cogieron a los mejores jugadores de las rondas en vivo y enviaron a la mitad en avión a la ronda de un gran premio en Nueva York, y a la otra mitad la enviaron a Las Vegas para otra ronda igual, donde los participantes jugaban a todo o nada.

Casi me da la risa tonta cuando veo que el reto de la cafetería es el que ha elegido la menor cantidad de candidatos. Es probable que sea porque parece fácil, lo que

significa aburrido. Perfecto. Abro la categoría y me desplazo por los videoclips hasta que se me para el corazón al reconocerme.

Una imagen fija muestra mi rostro retorcido por el malestar y brillante a causa del agua. Debajo de la imagen, un pequeño indicador pasa de los ochenta comentarios asociados a mi vídeo. Oh-oh. Eso es más del doble que cualquiera de los demás vídeos de esta categoría.

Respiro hondo y hago clic para comenzar la reproducción del vídeo. Ahí estoy yo con una expresión afligida en la cara, mirando al reloj de la pared y después a la cámara de Tommy. Me siento como una idiota. Y lo parezco en el vídeo. ¿Por qué pensé que sería una buena idea completar un reto? ¿Porque Sydney recibía flores y yo no? Menuda ridiculez. Debería estar acostumbrada a eso.

La voz de Tommy se encarga de la narración.

—Aquí está la chica más sensata y encantadora que conozco a punto de hacer algo que va muchísimo más allá de su zona de confort. ¿Terminará llevándolo a cabo?

No me había dado cuenta de que Tommy estuviese comentando la jugada. ¿A qué venía eso? Mi yo del vídeo vacila, como si su respuesta a Tommy fuese «no, qué demonios, no lo hará». Por un segundo albergo la esperanza de que lo de anoche no fuese más que un sueño extraño. Pero la chica del vídeo se tira el agua por la cabeza y farfulla.

—Oh —dice el comentario de Tommy.

Y el vídeo muestra entonces a una chica empapada con los pechos muy pequeños debajo de una camisa muy reveladora. Mi peor temor.

Voy haciendo clic por los comentarios debajo del vídeo y siento cómo me surge una oleada de náuseas en el estómago. Uno de ellos dice: «¡Vaya par de aceitunas!». Y eso es lo más amable que hay. Cierro de golpe el ordenador, me vuelvo a meter en la cama y me tapo incluso la cabeza.

Una hora más tarde, mi móvil zumba con un mensaje de texto. No le hago caso, ni tampoco al siguiente que me entra. ¿Ya han visto el vídeo mis amigos? Me hundo más aún bajo las sábanas.

Son las siete y media cuando mi madre llama a la puerta de la habitación.

—Cielo, ¿estás bien? Vas a llegar tarde.

—Estoy bien, casi lista —miento.

—¿Puedo pasar?

—Mmm, espera.

Me pongo corriendo unos vaqueros y una camiseta y abro la puerta mientras reprimo un bostezo.

Mamá se asoma para ver mi habitación por encima de mi hombro, probablemente en busca de una pipa de crack.

—Anoche hice sopa de espárragos. ¿Quieres llevarte un poco para el almuerzo?

—Eso suena genial. Gracias.

En cuanto cierro la puerta, echo a correr hacia el teléfono. Los mensajes son de Sydney y de Liv sobre la fiesta de anoche, y dicen, principalmente, que ojalá hubiese podido ir yo. El último mensaje es de Tommy. «¡Llámame!».

Así lo hago.

—Lo he visto. Es horrible —le digo cuando lo coge—. ¿Y de qué iba tu comentario?

El comentario me da igual, en realidad, pero es más sencillo que preguntarle lo que pensaba sobre mi pecho.

—Solo trataba de hacerlo más entretenido, y de darte una excusa, ya sabes, por si a acaso.

—¿Por si acaso me acobardaba?

—Por si acaso cambiabas de idea. No hay nada de lo que avergonzarse en ello.

Me froto la sien.

—Bueno, gracias, supongo. De todas formas, tus comentarios eran mucho más amables que los de la gente que ha escrito. ¿Has visto lo repugnantes que se han vuelto algunos?

Carraspea.

—No les hagas caso. Las cosas no están tan mal como tú crees. Algunos de los vídeos de la categoría de hacer un calvo tienen trescientos comentarios.

—¿No puedo hacer nada para obligarles a retirarlo? Quiero decir que, técnicamente, ¿no es ilegal que tengan un vídeo de una menor enseñando las… el pecho?

—Pues no parece que los vídeos de culos molesten a nadie. Y todo cuanto NERVE facilita para contactar con ellos son formularios y enlaces de vídeo, sin modo alguno de hablar directamente con nadie. Ni siquiera los puedo rastrear a través de su *hosting;* es como si estuvieran en el extranjero y fueran saltando de servidor en servidor.

Me paso una mano por la frente.

—Gracias por intentarlo, Tommy.

—Si ninguno de los dos le dice nada a nadie, lo más probable es que no lo vea ninguno de nuestros conocidos. Y en cuanto que NERVE haga las rondas en vivo mañana por la noche, todo el mundo centrará su atención en otras cosas.

Quiero creerle. Sus palabras son lógicas, su voz tranquilizadora.

—Vale, lo que pasó en el Gotta-Hava-Java se queda en el Gotta-Hava-Java.

—Lo has captado.

Le doy las gracias y cuelgo. Siento temblorosas las manos y las piernas durante todo el camino a clase, pero al llegar allí todo parece normal. Por primera vez en la vida, me alegro de que el director tenga la norma de no dejar usar el móvil en el edificio del instituto salvo en caso de emergencia. Paso el día comportándome como si todo fuera normal, y a la hora del almuerzo prácticamente se me ha olvidado la sensación de

pánico.

Cuando paso por delante de Tommy, junto a su taquilla, por la tarde, le susurro:

—Todo bien por el momento.

Después de clase, hago los deberes volando, ceno temprano aunque no tengo demasiado apetito, y le prometo a mamá que estaré en casa a mi hora. Salgo hacia el teatro alrededor de las cinco y, al llegar allí, el sitio bulle con la expectación previa al pase. Mi primer instinto es dirigirme al puesto de iluminación para ver a Tommy, pero Sydney viene corriendo hacia mí para enseñarme una crítica elogiosa de la obra que afirma que el Chinook High School tiene unas cuantas estrellas potenciales en perspectiva. El texto viene acompañado de una foto grande de Sydney en el instante en que le da una bofetada a Matthew.

Le brillan los ojos.

—Cómo me gusta esa escena.

Matthew se une a nosotras y se frota la mejilla como si todavía la tuviese dolorida.

—Me parece que te gusta demasiado.

Examino sus rostros en busca de alguna química. No hay ninguna en los ojos que Sydney pone en blanco antes de meterse en el camerino de las chicas. La mirada de Matthew se detiene en ella, pero solo un segundo antes de volver sobre mí.

Me da un toque en la nariz.

—¿Lista para maquillarme, pequeña Vee?

—Claro.

Cojo el maletín de cosméticos y entro con él en el camerino de los chicos, que está vacío a excepción de nosotros.

Saco la base de maquillaje y cojo un vaso de agua del lavabo. Matthew se retira el pelo de la cara y lo sujeta con una banda mientras yo humedezco una esponja y me pongo a trabajar. Mientras me mantengo a su alrededor para aplicarle la base, él me pone una mano en la cadera. Juro que siento el calor de la palma de la mano a través de la tela.

—Te eché de menos en casa de Ashley anoche —dijo con una voz grave.

Uau, nunca había dicho nada acerca de echarme de menos. Tal vez mi futuro sea más «prometedor» de lo que yo creía.

—Sí, menudo asco no poder ir, pero es que ha sido en un día de clase. La fiesta de mañana estará mejor.

—¿Estás segura de que no puedes salir esta noche? ¿Ni siquiera para un café o algo? —me aprieta en la cadera.

¿Café? Se me tensa el pecho. No puede haber visto el vídeo ni loco, ¿verdad?

—Ojalá pudiese, pero saldremos mañana, ¿vale?

Mis dedos se mueven a ciegas cuando saco la crema de contorno para los lados de la nariz y la mandíbula.

Quiero preguntarle por su repentino interés por el café, pero entran un par de chicos que se van detrás de una cortina para cambiarse. El camerino se va llenando mientras trabajo en el rostro de Matthew, sin la oportunidad de una conversación privada. Cuando he terminado con él, una fila de actores se va turnando en la silla de maquillaje, y paso después al camerino de las chicas para retocarles la cara y el pelo, ya que la mayoría de ellas son capaces de aplicarse por sí solas lo más básico. Tengo que darme prisa para que me dé tiempo a abrir el gran telón para el Primer Acto. En serio, tendrían que buscar a otra persona para hacer eso, pero el equipo de atrezo y efectos especiales tiene algunas tareas peliagudas en la escena de la aldea afgana.

Cuando se abre el telón, me quedo entre bastidores para asegurarme de que todo el mundo tiene el aspecto que debe tener antes de regresar a limpiar mis utensilios. En el camerino de las chicas, Ashley y Rita susurran y se detienen justo cuando yo entro. No es que seamos íntimas ni nada por el estilo, pero tampoco se han comportado nunca en plan asustadizo delante de mí.

Recojo las esponjas usadas para desinfectarlas.

—Parece que todo el mundo se lo pasó genial anoche. Siento que no me dejaran ir mis padres.

Ashley asiente.

—Lo entiendo —se echa un poco de laca, aunque ya lleva el pelo más engomado que un collage para clase de manualidades—. Mmm, ¿va todo bien, Vee?

Se me ponen rígidos los hombros y siento una oleada de náuseas con su pregunta, la misma pregunta con la que todo el mundo me acribillaba hace cinco meses, después de mi semana en el hospital. Entro de inmediato en el modo de respuesta automática.

—Todo va genial. ¿Por qué lo preguntas?

—Ah, por nada, es que pareces cansada o algo así.

Encantador, eso es lo que se dice la gente de mediana edad para no decir «qué mayor estás».

—Supongo que me vendría bien ponerme yo misma un poco del maquillaje de escena —fuerzo una sonrisa y paso deprisa al camerino de los chicos.

Allí dentro, John y Max me ponen unas extrañas sonrisitas. ¿Son imaginaciones mías? Me estoy portando como una paranoica, ¿verdad? Esos tíos siempre andan con sonrisitas. Sin volver a mirarlos, lo recojo todo y me voy a la salida de incendios, donde no hay nadie —por fortuna— gracias a las estrictas leyes de Seattle sobre fumar en público.

Saco el móvil y entro en la web de NERVE. Hay ciento cincuenta comentarios vinculados a mi vídeo. ¿Voy a atreverme a leerlos todos? Una parte de mí siente una vergüenza terrible, y, aun así, otra minúscula parte de mí se siente halagada por recibir tanta atención. Pero no lo suficiente aún para leer los comentarios, así que hago clic en mi web de compras favorita y arrastro a mi lista de deseos unos cuantos productos

caros de peluquería, aunque lo que de verdad necesito es un buen corte.

Entre escalofríos, pienso que ojalá no tuviese que volver dentro para el telón del intermedio. ¿Y si dejase que lo hiciese otro, sin más? Pero yo, por supuesto, no hago eso. Yo soy la responsable, piensen lo que piensen mis padres ahora mismo.

Respiro hondo, entro y me apresuro camino de los bastidores. En cuanto termina el acto y está cerrado el telón, vuelvo corriendo hacia la salida de incendios, pero Sydney me alcanza.

—Tenemos que hablar.

Oh-oh. Sigo caminando, pero ella sale conmigo al exterior tirándome del brazo.

—Matthew me acaba de susurrar algo sobre que estás participando en NERVE. ¿De qué está hablando?

Se me desinflan los pulmones. Me apoyo contra la pared áspera de ladrillo.

—Vale, no te enfades. Es solo que anoche me fastidiaba no poder ir a la fiesta de Ashley, así que hice uno de los retos preliminares más pequeñitos.

Es como si su cuerpo despegara del suelo.

—¿Que tú qué?

—Ya lo sé. Ha sido una estupidez. Y ha salido mal, más o menos. Tenía que tirarme agua por la cabeza, pero eso hizo entonces que la camisa se me volviera transparente y, oh Dios, todo ha sido un desastre.

Me llevo las manos a la cabeza. Ella emite un ruido al fruncir los labios.

—Alto. Es probable que no sea un desastre total. Nosotras nos encargaremos de esto. ¿Dónde está tu móvil?

Me valgo del codo para señalar el bolsillo, sin querer quitarme las manos de la cara. Ella lo saca y oigo cómo va haciendo clic. Por supuesto que sabe perfectamente dónde buscar en internet, siendo una aspirante de NERVE. Por un segundo, siento la breve satisfacción de haber hecho algo en lo que Syd había puesto el ojo, antes de que ella haya podido hacerlo. No obstante, esa sensación queda pronto aniquilada cuando me percato de que ella no habría sido nunca tan torpe como para que las cosas acabasen como han acabado.

—¿Y qué reto has hecho? —me pregunta.

—La cafetería —digo entre los dedos.

Más clics. Entonces:

—Oh, ya veo.

Bajo las manos.

—Te lo he dicho.

Tiene cara seria.

—Vale, muy bien, vamos a pararnos a pensar —además de ser rubia y guapa, Syd tiene una media de sobresaliente.

—No hace falta pensar más. Quiero irme a casa.

—No-no, huir solo servirá para que las cosas tengan peor aspecto. Además, tampoco es que el vídeo enseñe tanto. No estabas desnuda. A lo mejor le podemos dar la vuelta a esto. Un montón de famosas han recibido su empujoncito con vídeos porno filtrados.

—Mmm, mis metas profesionales no incluyen un reality de la tele.

—Vale, pero el modo en que esas chicas salieron airosas de ello fue llevando la cabeza bien alta. Así que, número uno, no te disculpes. Limítate a sonreír cuando la gente lo mencione y encógete de hombros como si dijeras «bah, podía haberle pasado a cualquiera».

Le quito el móvil y empiezo a pasar los comentarios. Estaba claro, hay uno de Matthew que dice: «¡Pequeña Vee, no sabía lo bien que se te daba!».

Encantador. Cierro el vínculo a la web, compruebo mis mensajes y me encuentro unos cuantos de mis amigas con el asunto «¿Qué coño haces?» y otros tantos de conocidos con montones de signos de exclamación y de interrogación. Hay uno de una chica de la que nunca he oído hablar con el asunto «Guarra». ¿Cómo ha conseguido mi dirección? Lo borro antes de apagar el móvil.

Syd está en la puerta.

—¿Estás lista?

—Supongo.

Trato de mantener la cabeza alta mientras desfilamos dentro, hacia el camerino de las chicas. En mi visión periférica, la gente vuelve la cabeza para mirarme.

Cuando entramos en el camerino, Sydney anuncia:

—¡Mi mejor amiga ha tenido huevos para hacer un reto de NERVE!

Las demás chicas parecen sorprendidas al principio, pero cuando me miran, yo sonrío y me encojo de hombros, así que sueltan risitas y me ponen la mano para que choque los cinco. ¿En serio? Me preguntan si estaba nerviosa, si era aposta lo de que la camisa se transparentase, etcétera. Respondo con sinceridad, mirando a los ojos y con la espalda recta. Cuanto más hablo de ello, mejor me siento.

Matthew entra con una enorme sonrisa.

—¡Eh, la chica de la cafetería! Uno con nata montada para mí.

Combato la vergüenza que siento y le permito que me agarre y me dé un fuerte abrazo.

—Te lo dije, tía, deberías estar en el escenario —me susurra al oído.

Cuando me suelta, saca su móvil y reproduce el vídeo para que todo el mundo se arremoline y lo vea. Me río con todos ellos aunque hubiera preferido que lo apagase. La cabeza bien alta, la cabeza bien alta. Con un poco de suerte, esta falsa confianza ante la calamidad se vuelve más fácil con la práctica. Después de verlo por segunda vez, Tommy entra por la puerta con cara de perplejidad.

Matthew le enseña el teléfono.

—Eh, tío, ¿has visto el reto de Vee?

—La voz del vídeo es la de Tommy —le digo al resto del camerino.

Todo el mundo arquea las cejas, y Matthew le da a Tommy una palmada en la espalda.

—¡Bien hecho! ¡Mira, el equipo entre bastidores le da lecciones al reparto!

Todos nos reímos, y Matthew vuelve a reproducir el vídeo. Tommy me observa con un interrogante en la mirada. Yo me limito a encogerme de hombros. Afortunadamente, las luces del techo parpadean para indicar que el intermedio se habrá acabado en un minuto.

Cuando Matthew va a salir del camerino, me lo llevo aparte.

—Por cierto, ¿cómo has encontrado mi vídeo?

Encoge los hombros.

—Ellos me lo han enviado —me dice y se va corriendo.

Me quedo allí de pie, en medio del camerino, sola y jadeando como si acabase de echar una carrera. ¿Por qué le envió NERVE mi vídeo a Matthew precisamente? Y entonces caigo. Él era uno de mis contactos en caso de urgencia. Qué raro que no se lo enviasen a Syd o a Tommy.

Aunque tengo verdaderas ganas de volver a irme a la salida de incendios, hago cuanto puedo por comportarme con normalidad y ocupar mi sitio entre bastidores para que mis labios se muevan como si repitiesen todas las frases. El espectáculo debe continuar. Y lo hace, con la misma soltura que anoche. Cuando llega el momento del beso en escena, me imagino que es a mí a quien Matthew toma entre sus brazos. Y estoy segura de que me está mirando a mí directamente antes de que sus labios se encuentren. Mil uno, mil dos, mil tres, y se separan. Quizá mañana en la fiesta me toque a mí.

Después de la obra, mis amigas Liv y Eulie vienen tras el escenario para felicitar a todos y para verme a mí, estoy segura, pues me han enviado no menos de cinco mensajes cada una preguntándome por el vídeo que NERVE les ha enviado durante la función. Les aseguro que solo estaba haciendo el tonto y todo va fenomenal. Dado que participan en el programa de estudios para los alumnos del cuadro de honor, ambas se muestran más escépticas que el resto de mis amigos, pero tampoco insisten en el tema. Por ahora.

—¿Quieres venirte un rato con nosotras antes de irte a casa? —pregunta Liv.

—Ojalá pudiese, pero cuando llegase a tu casa solo me quedarían diez minutos antes de tener que darme la vuelta y marcharme a la mía. Pero vosotras sí vendréis mañana, ¿verdad?

Ellas hicieron todos los carteles para anunciar la obra y escribieron una deslumbrante reseña en el periódico del instituto, así que eso les da derecho a asistir a la fiesta de la noche de cierre.

Eulie se ríe.

—Liv me está dejando hecha polvo, pero claro que sí.

Se cruza de brazos, con su cuerpo alto y esbelto, vestida con unos vaqueros anodinos y un jersey. Si hay alguien a quien me encantaría hacerle un cambio de imagen, sería a ella. Con la ropa y el maquillaje apropiado, podría pasar por la hermana de Syd. Salvo por el hecho de que ella tiene de tímida todo lo que Syd tiene de extrovertida. Liv y ella se marchan a felicitar a todos los demás mientras yo estiro las prendas del vestuario.

Matthew se me une, se deja caer en la silla de maquillaje y me estudia con detenimiento.

—¿Te apetece saltarte tu toque de queda? Yo te podría grabar algún otro vídeo.

—¡Ja! Si llego tarde a casa, nunca dejaré de estar castigada. Aunque aún me quedan treinta y cinco minutos antes de la hora. Nos podemos quedar por aquí veinte minutos.

Comprueba su móvil.

—Mierda, con eso apenas nos da tiempo a pillar bebida.

—Tampoco la necesitamos, ¿no?

Se pasa la mano por la frente.

—Tal vez tú no, pequeña Vee, pero yo me muero de sed. Y veinte minutos, bueno, eso no es tiempo suficiente, ¿no crees?

—Supongo que no.

Sus amigos se asoman a la puerta, dándose empujones y voceando.

—¡Vamos, tío!

Se levanta y me da un beso en la coronilla.

—Qué ganas tengo de la fiesta de mañana. Deberíamos colgar un letrero de «No molesten» en la puerta del camerino, ¿eh?

Vaya, me pregunto si sus intenciones son algo más moviditas que las mías, pero todo lo que le digo es:

—Nos vemos.

Sydney, que se ha quitado el corsé y lleva un vestido mini que no le tapa mucho más que su vestuario en escena, vuelve con Liv y Eulie detrás.

—Creo que lo has conseguido.

—Gracias a ti. Pasadlo bien —aunque no se ha organizado ninguna fiesta de los actores, tampoco deja de ser viernes por la noche.

Frunce los labios.

—Cómo me voy a alegrar cuando se termine tu castigo.

—Solo un día más.

Me hace un gesto negativo con el dedo.

—No metas la pata entonces. No más retos, ¿vale?

—¿Estás de coña? De todas formas, tengo que estar pronto en casa.

Se despide de mí con un abrazo, y lo mismo hacen Liv y Eulie. Después, igual que anoche, me quedo sola a terminarlo todo. Cuando he acabado, me siento con el móvil a leer una veintena de mensajes. La mayoría son bastante halagadores, sorprendentemente. Vaya.

Hacia el final de los mensajes hay uno de NERVE. Siento la tentación de borrarlo, pero, ¿qué narices? A lo mejor quieren felicitarme por llamar tanto la atención con lo que debería haber sido una bobada de reto.

Me da un pequeño vuelco el corazón cuando leo el mensaje.

> ¡Hola, Vee!
>
> ¡Tienes un montón de nuevos admiradores!
>
> Nos gustaría invitarte a otro reto clasificatorio más, ¡y haremos que te merezca la pena! Échale un vistazo a esto.

Hago clic en un vínculo que muestra una instantánea de mi reto en la cafetería, solo que han alterado la imagen y llevo puesto un envidiable par de zapatos que subí a mi página de ThisIsMe hace varias semanas. Vaya, hay una lista de espera de tres semanas para comprarlos en marrón, y estos son la edición limitada en color flamenco. NERVE tiene que tener unos contactos que te pasas. ¿Cómo han sabido que los quería? ¿Les ha dado alguien acceso a mi página?

Leo el resto del mensaje de NERVE:

> Para ganar los zapatos, vuelve esta noche a la cafetería. Un chico que se llama Ian (recibirás su foto) entrará a las 9.40. Exígele que pida por ti un café con leche. Mientras él hace cola, debes colocarte en el centro de la cafetería y cantar «Cien botellas de cerveza en la pared» con los ojos cerrados hasta que él te traiga el café.

¿Qué? ¿Por qué quiere NERVE que vuelva a la cafetería donde me puse en ridículo de esa manera? Pues está claro, ¿qué mejor sitio para avergonzarme más aún? Pero da igual; no puedo hacerlo. No más retos. Se lo he prometido a Sydney.

Pero esos zapatos…

Y todo ha salido bien al final, ¿no? Además, no hay nada de agua por ningún lado en este reto, tan solo cantar y encontrarme con un tío. Estoy tan metida en mis pensamientos que no caigo en la presencia de Tommy hasta que se encuentra a mi lado. Le enseño la pantalla de mi móvil.

—Ni de broma —dice.

Miro la hora en el móvil.

—Si me voy ahora, llego justo a tiempo.

Tommy rebota sobre los talones, como si estuviese sufriendo espasmos.

—Si de verdad quieres tener algo que ver con NERVE, inscríbete mañana como Seguidora.

—¿Por qué pagar para verlo cuando puedo cobrar por jugar? Ya he tenido bastante como espectadora en mi vida —además, tengo tantas ganas de hacerme con esos zapatos que puedo oler el cuero.

Nos quedamos allí de pie mirándonos el uno al otro como dos vaqueros en una película del oeste. Dos vaqueros escuálidos que no sabrían disparar ni montar a caballo si sus vidas dependiesen de ello, pero cuanto más me pienso si hacer el reto, más me digo «¿Por qué no?».

Tommy debe de presentir mis intenciones.

—Bueno, si no te puedo convencer para que no lo hagas, iré contigo como operador de cámara y guardaespaldas —me dice.

Sofoco una carcajada. Supongo que un informático guardaespaldas es mejor que no tener guardaespaldas de ninguna clase. Más o menos. Y sí que necesito que alguien lo grabe. Formamos un buen equipo.

—Pero esta vez tenemos que ir en dos coches para poder llegar a casa antes —le digo.

Me apresuro hacia el coche con Tommy a mi lado, abro un vínculo y relleno rápidamente un formulario adicional que me obliga a aceptar una lista interminable de términos y condiciones. La miro por encima y la marco antes de dejar el móvil. Siento el cuello húmedo y frío.

Antes de meterme en el coche, le pregunto a Tommy:

—¿Crees que los dependientes llamarán a la policía cuando me vuelvan a ver?

Frunce el ceño.

—Es probable que no lo hagan de inmediato.

Por alguna razón, su respuesta me hace soltar una risita. «No de inmediato» tendrá que ser suficiente.

Tres

Aparco el coche a las 9.36 y, de camino a la cafetería, miro el móvil y me encuentro con una foto de mi compañero de reto, Ian. Pelo oscuro por la barbilla, mirada intensa en unos ojos tan oscuros como el pelo, pómulos definidos. En resumen, está bueno.

¿Tengo que dejar, entonces, que el guapito me pida un café y cantar mientras espero? Puedo de sobra con la primera parte, pero ¿cantar en público? Marcharse a casa empieza a parecer una mejor opción. Me quedo sin unos zapatos que te mueres, pero tampoco me voy a morir de vergüenza. Me recuerdo a mí misma que ya hice anoche un reto. Y tengo admiradores. Vale, es probable que sean unos obsesos borrachos sin nada mejor que hacer que ir pasando más de mil vídeos para ver escenas de canalillos a cámara lenta, pero aun así.

En la cafetería, no hay rastro de Ian, así que me muevo nerviosa mientras Tommy busca un sitio centrado para sentarse. Un par de tíos que calzan sandalias con calcetines entran corriendo y parece que estudian el local hasta que me ven. Buscan una mesa cerca y no dejan de mirar en mi dirección, todo el rato. Para cualquier observador accidental, tienen el aspecto de los típicos tíos de Seattle, armados con *smartphones* pero sin ningún sentido de la moda. Cuando sus móviles apuntan hacia mí, me doy cuenta de que deben de ser Seguidores enviados por NERVE a grabar mi reto. Oh, mierda. Pero también es lógico que la gente del juego quiera ver cómo responden los participantes bajo la presión de un público en directo. Me da un vuelco el estómago. Esa es mi respuesta.

Retuerzo las manos y doy saltitos sobre los dedos de los pies mirando al suelo. Cada pocos segundos, me atrevo a echar un vistazo hacia la puerta. ¿Dónde está Ian? El reto decía a las 9.40. ¿Saben algo en NERVE sobre mi hora de estar en casa, igual que sabían lo de los zapatos? Estoy segura de haber subido algún comentario sobre mi pena de cárcel en mi página de ThisIsMe, así que, si han entrado en mi página, se han enterado de eso y de un montón de cosas más.

Espero de pie durante lo que a mí me parece una hora pero en realidad son dos minutos, y entonces entra Ian. Me doy cuenta de que me ha reconocido de inmediato,

pero no dice nada. Una chica esbelta se apresura detrás de él apuntándole con un móvil para ir a ocupar un sitio a unos metros de distancia. Me imagino que él también va por ahí con un guardaespaldas.

Cuando él se detiene delante de mí, me cruzo de brazos. La foto que recibí en el móvil no captaba los planos tersos y morenos de sus mejillas, o el paso desgarbado en esos vaqueros tan viejos. Pero ¿es que le va da a dar algo si sonríe un poco, o qué?

—Eh, mira a ver si me pides un café —le digo—. El de avellana es mi favorito —¿me habré puesto lo bastante diva?

Frunce los labios.

—¿Y?

¿Cómo? Este también es su reto, ¿no? A lo mejor la palabra clave era «exígele».

Me pongo de puntillas sobre mis bailarinas y me cambio el pelo de lado.

—¿Qué dices? Quiero un café. Ya.

Se acerca más, de forma que tengo que estirar el cuello para mirarle a la cara.

—¿Quién crees que soy?

Me desconcierta.

—Eres Ian, ¿no? —mi voz suena como salida de unos dibujos animados.

—Claro.

—Pues eso, yo soy Vee.

Hace una mueca de desprecio con los labios.

—¿De qué es diminutivo Vee?

Vale, eso es secreto.

—¿Qué importa eso?

Se encoge de hombros.

—Supongo que nada.

Sigue sin mover un músculo para ir a pedirme el café. Suelto un suspiro sonoro.

—Vale, supongo que ambos perdemos. A menos que tu reto consista en ser un capullo —me voy hacia la puerta.

Me agarra del brazo.

—¿Qué, ya te rindes?

Ladeo la cabeza. ¿A qué juega?

—¿Vas a ir a pedirme el café o no?

—¿Es importante para ti?

Tanto como un par de zapatos que te mueres, chaval.

—¿Qué estás intentando decirme?

Se inclina para acercarse más.

—Parte de mi reto depende de ti.

Mmm.

—¿Cómo es eso?

—Tienes que decir que soy un amante increíble —su voz es tan tenue que apenas soy capaz de entender lo que está diciendo.

—¿Qué?

—Que me tienes que decir que soy un amante increíble. En voz alta.

¿De verdad forma esto parte de su reto? ¿O me está tocando las narices? A lo mejor su reto consiste en tocarme las narices. Pero ¿y si le digo que es un amante increíble y él no me trae un café con leche? Él conseguirá entonces su reto y yo no conseguiré el mío. Vaya, es incluso posible que su reto consista en impedir que yo complete el mío. Cielos, dos retos mezclados en el juego, y yo dándole vueltas a conspiraciones. ¿Es así como planean las cosas en NERVE?

Me llevo una mano a la cadera y apunto con la otra hacia el pecho de Ian, una pose que le he visto usar a Sydney mil veces cuando quiere dejar algo claro.

—Ponte en la cola a por el café. Cuando hayas pedido, le contaré a toda la cafetería lo bueno que eres en la cama.

Él me examina por un instante, resolviendo tal vez sus propios problemas de confianza.

—Hecho.

Se pone en la cola. Me invade una sensación de suficiencia hasta que, con un respingo, me percato de que es ahora cuando empieza la parte más difícil de mi reto. Respiro hondo, cierro los ojos contra las risitas burlonas a mi alrededor. Vuelvo a sentir ligera la cabeza, y el corazón me late irregular. ¿Será esto lo que se siente en un ataque de pánico? Es mucho peor teniendo que estar a oscuras. Siempre he odiado la oscuridad. Se me disparan las posibilidades en la imaginación. ¿Y hay alguien más cuyo reto sea arrearme una colleja? ¿O levantarme la falda? Sentirme tan vulnerable hace que se me salten las lágrimas. Puñeta, estoy llorando delante de todo el mundo. Menudo espectáculo para NERVE. Siento un impulso de ira contra el juego que atraviesa la sensación de pánico como un hierro incandescente. Bien. Aférrate a esa ira y canta. Abro la boca y, sorprendentemente, salen las palabras. Una letra temblorosa, desafinada, pero es cantar.

Consigo soltar una estrofa cuando me percato de que tengo otro dilema. Con los ojos cerrados, no podré ver cómo pide Ian. ¿Cómo sabré cuándo gritar lo buen amante que es? Si lo hago demasiado pronto, ¿me dejará colgada en lo del café? Sigo cantando y clavándome las uñas en las palmas de las manos.

Llegan las risas de todas las direcciones. A lo mejor le han puesto a Ian el reto de tirarme un expreso por la cabeza. Doy un respingo cuando siento la presencia de alguien a escasos centímetros.

—Acaba de pedir tu café —susurra Tommy al tiempo que me pone un pañuelo de papel en la mano.

Podría darle un abrazo.

—Gracias —le digo entre la letra de la canción mientras me limpio las mejillas. Es entonces, y no antes, cuando me pregunto cómo es que no he abierto un ojo a hurtadillas, y cómo sabía Tommy que no lo haría.

Una chispa de esperanza prende en mi pecho. Casi he terminado mi reto. Aunque todavía queda la cuestión de ayudar a Ian a terminar el suyo. A no ser que sea yo la canalla que le deje colgado. Pero, por supuesto, no lo haré. En el fondo, soy una capricornio.

Aprieto los ojos aún más fuerte y grito:

—¡Ian, eres el mejor rollo que he tenido nunca!

Saltan las risas por todas partes. Con las mejillas encendidas, vuelvo a la canción de las cervezas.

Cuando ya he cantado hasta las sesenta y ocho botellas de cerveza en la pared, siento otra presencia. Y dice la voz de Ian:

—He aquí un café con leche para la novia más increíble de la historia.

Y entonces empieza a cantar «Beautiful Girl» con una voz suave de tenor que le habría valido un papel protagonista en la obra del instituto.

Abro los ojos y tomo el vaso caliente de sus manos mientras él me da la serenata. Que te canten en público es casi tan embarazoso como cantar tú. Uno de los tíos que están grabando nos da el ok con el pulgar. La chica que entró en el local detrás de Ian se ríe para sí mientras graba. Cerca de nosotros, otras dos chicas escriben en sus móviles. ¿Nos estarán valorando? Dejo que me posea mi Sydney interior y les hago un saludo propio de una miss, aunque no me estoy presentando en serio para las rondas en vivo. Solo quiero esos zapatos. Y me los he ganado.

Gracias a Dios, por fin termina la canción. Vale, reto finalizado. Fiu.

Alzo el café ante Ian.

—¡Bravo!

Él hace una reverencia y posa para las chicas, en especial para la modelo que hace de su operadora de cámara, probablemente su novia. Y entonces, sonríe. Uau. Cómo le cambia la cara. Tiene los dientes superblancos y rectos, y se le forma un hoyuelo tan profundo en las mejillas que podrías meter en ellos una moneda de diez centavos.

Tommy, con la mandíbula tensa, se une a nosotros sin dejar de mirar a Ian.

—Son las nueve y cuarenta y nueve.

Me vuelvo hacia Ian.

—Tengo que salir corriendo. Gracias por el café, y por la canción.

Él saluda a las chicas, que aún están escribiendo en sus móviles.

—Siento haber tenido que portarme como un imbécil. Cabrearte antes de pedirte que gritaras el rollo ese del amante formaba parte del reto.

—Me alegra saber que no es tu verdadera personalidad.

Me mira fijamente, como si estuviera tratando de entenderme y hubiera algo que no

le cuadrase.

—Te has salido en ese reto. Estoy impresionado.

Se me hincha el pecho. Me he salido, ¿verdad que sí?

—Tú también.

El dependiente que fregó el suelo ayer nos lanza una mirada fulminante. Un apunte para que abandonemos el escenario.

—¡Buena suerte, Ian! —le digo mientras salgo con Tommy a toda prisa.

Atravieso el aire frío con rapidez, pero, al contrario que anoche, es refrescante más que agresivo. ¡Lo he hecho! ¡Lo he hecho! Mientras corremos a los coches entre risas, casi pierdo una zapatilla, algo muy acorde con el personaje, ya que me siento exactamente igual que Cenicienta cuando se marcha corriendo del baile.

Cuatro

Tommy sacude la cabeza como si no se pudiera creer que haya llegado hasta el final.

—Enhorabuena.

Voy dando saltitos por la acera. ¿Cuándo fue la última vez que lo hice? ¿En primer curso?

—Gracias por ser mi escolta, Tommy. No podía haberlo hecho sin ti. Si fueras una chica, te prestaría los zapatos del premio.

Su sonrisa pierde algo de intensidad.

—Eh, ¿gracias?

—Ya sabes lo que quiero decir. ¡Eres genial! —me meto en el coche—. Ojalá pudiésemos celebrarlo o algo así, pero ya conoces a mis padres.

—Claro. Nos vemos mañana —se queda un instante allí, como si esperase que le dijese algo más, y entonces, con un gesto vergonzoso encogiéndose de hombros, me ayuda a cerrar la puerta.

De camino a casa, pongo la radio bien alta y canto con una cantante country sobre cómo se venga del hombre que la ha tratado mal. ¿Por qué son tan divertidas esas canciones? Cuando aparco en el garaje, tengo incluso un minuto de sobra. Perfecto. Bailo un vals por el pasillo de atrás y siento la tentación de vociferar la letra del «Everything's Coming up Roses» de la película *La reina del Vaudeville,* pero eso daría pie a demasiadas preguntas por parte de mi madre, que está sentada en el cuarto de estar haciendo como que lee un libro.

Le doy un abrazo con la esperanza de no oler a café.

—La función ha ido genial.

—¡Qué bien, cielo! Papá y yo estamos deseando verla mañana.

—La tercera noche va de lujo. Os alegraréis de haber esperado.

Subo las escaleras bailando, y tarareo mientras me preparo para acostarme. Me quedo dormida con una sonrisa y una melodía de *West Side Story* en la cabeza. En mi subidón de felicidad, se me olvida apagar el móvil, así que me despierta a las ocho de la mañana. No le hago caso y me doy la vuelta para seguir soñando con Matthew, pero

también con tíos buenos en cafeterías.

El móvil zumba otra vez, y otra. ¿Quién va a querer hablar tan temprano? Los ojos se me abren entonces de par en par. ¿Es por el reto? Hago un rápido repaso de los sucesos de anoche. No debería haber nada vergonzoso en el último vídeo. Nada.

Aun así, salto para mirar el móvil.

El primer mensaje es de Sydney.

¿Cómo has podido?

Oh. Se me había olvidado que le prometí que no más retos. Pero espera a que vea los zapatos. Qué lástima que ella tenga dos tallas más que yo; compartirlos calmaría a Syd rápidamente.

Los siguientes mensajes son suyos también. No muy agradables. Pero no me dice nada de que me haya expuesto o que haya hecho algo vergonzoso, a menos que contemos mi voz de muermo al cantar, así que ¿qué más le da a ella? Entonces caigo. Ella quería presentarse a NERVE. Presentarse de verdad. Es probable que mis retos le recuerden lo que ella no puede hacer, no al menos este mes. De todas formas, no tiene nada de lo que estar celosa. Tampoco es que yo piense participar en las rondas en vivo. Mis retos han sido por diversión. Bueno, diversión exactamente no… por unos zapatos.

Espero hasta después del desayuno para contestarle e incluir mi imagen con los zapatos que me ha mandado NERVE. Me responde con una llamada de voz. Oh-oh.

Cuando lo cojo, me grita:

—Me da igual tu premio. Me dijiste que no ibas a volver a jugar. ¿Y si algo hubiese ido mal, algo que yo no pudiera arreglar con tanta facilidad como tu primer reto?

Me paso una mano por el pelo.

—Nadie te está pidiendo que arregles nada por mí. Solo ha sido un reto más. Tú lo has visto, nada de ropa mojada ni de enseñar ninguna parte del cuerpo, y el tío ha resultado ser majo. Y si no lo hubiera sido, Tommy estaba conmigo.

—No te enteras. ¿Y si hubieran enviado a otros jugadores a acosarte o a hacerte algo verdaderamente horrible? ¿Te acuerdas de lo que le hicieron a esa chica con un trastorno obsesivo compulsivo?

Me entra un escalofrío.

—Pero eso fue en las rondas en vivo. Mira, no se ha hecho daño a nadie. Me he ganado un zapatos alucinantes. Fin de la partida —me la imagino diciendo que no con la cabeza al otro lado del teléfono.

—A veces no te entiendo, Vee. Es como si fueras autodestructiva o algo así.

Se me tensan todos los músculos del cuerpo.

—¿Estás dando a entender que alguna vez he intentado autolesionarme? Tú, mejor

que nadie, deberías saber lo cansada que estaba esa noche, ayudándote a aprender los diálogos de la función de Navidad, ¿te acuerdas? Que tú sugieras que me dejé el motor encendido aposta es un golpe bajo, muy bajo.

—Yo ni siquiera estaba hablando de eso.

—Seguro.

Se produce un largo silencio.

—Mira, tengo cosas que hacer —le digo.

Las dos colgamos sin decir nada más. Maravilloso, en la noche de la última función, cuando deberíamos estar planeando mi primera noche de libertad, mi mejor amiga se enfada conmigo. ¿Y, de todas formas, cómo se ha enterado tan rápido del reto? ¿Es que lo primero que ha hecho por la mañana ha sido meterse en la web de NERVE, o es que se han puesto en contacto con ella igual que hicieron con otros de mis amigos después del primer reto?

Me meto en internet y busco la sección de los vídeos de «Clasificación Avanzada» en la web del juego, que se pueden ver gratis, probablemente para despertar el interés de las rondas en vivo, que son de pago por visión. No se tarda mucho en encontrar el mío. Tiene más de cien comentarios. ¿En serio? El reto no me pareció a mí tan emocionante. Reproduzco el vídeo, que empieza con Tommy diciendo lo afortunado que sería Ian si de verdad consiguiera a alguien como yo. Es un encanto. No obstante, es obvio que NERVE ha editado el vídeo, porque la parte siguiente pasa a Ian, junto con una voz en off femenina que describe lo que le gustaría hacerle a él. En detalle, muy gráfico. ¿Será el comentario de la chica que entró detrás de él? ¿Venían juntos, o se la asignó NERVE como su Seguidora?

El vídeo pasa a la parte en la que me pongo a cantar. Hago una mueca al ver lo asustada que parezco, pero sí que tengo unas ciertas dotes para la cámara, algo que me hace parecer —y odio admitirlo— inocente de verdad. Tal vez sea por lo pequeñita que se me ve al lado de Ian. Hablando de dotes para la cámara, el tío parece sacado de una película. ¿Se puede tener la estructura ósea más definida?

Echo un vistazo a los comentarios a continuación del vídeo. Docenas de chicas que suplican inscribirse como Seguidoras en persona si NERVE selecciona a Ian para las rondas en vivo, aunque haya que pagar el triple que por verlo online. Vale, los Seguidores en persona pueden ganar premios si graban algún vídeo llamativo, pero las probabilidades de que eso suceda parecen escasas.

El resto de los comentarios se puede desglosar por sexos, con los chicos que escriben sobre mi aspecto tan mono y aterrorizado, y las chicas que afirman que ellas habrían sido una pareja mucho mejor para Ian. Este tío sí que tiene *groupies*.

Bueno, le deseo la mejor de las suertes para la selección de esta noche. Mientras le envío mentalmente mis buenos deseos, salta un anuncio de NERVE que dice «¡MIRA QUIÉN JUEGA!» junto con unos vídeos de los primeros jugadores que han

seleccionado para las rondas en vivo, en dos sedes: Washington D.C. y Tampa. Unos minutos después, una ventana emergente anuncia «¡MIRA QUIÉN LOS SIGUE!» con fotos de la gente que ya se ha inscrito como Seguidor, bien online o en persona. Supongo que hasta el público desea su minuto de gloria.

Ahora que ya he participado en un par de retos, siento la tentación de verlo también, y probablemente lo haría si no fuera por los planes que ya he hecho para esta noche. NERVE seguirá estando ahí el mes que viene y al otro, pero yo quiero estar con Matthew ahora.

Ya es hora de dejar el ordenador y seguir con mi vida cotidiana. Entre los deberes de Mates y los bocetos de ideas para la clase de diseño de moda, meto en el horno tres postres distintos para llevarlos esta noche. Aun así, las horas se me hacen eternas.

En el instante en que dan las cinco en punto, estoy en el coche. Cuando llego al teatro, no tardo en estar más atareada que nunca con el maquillaje de todo el mundo. Todos quieren tener un aspecto arrebatador en la noche de cierre. Se me hace extraño cuando llego a Syd. Está muy animada, de broma con todo el mundo a nuestro alrededor, y estoy segura de que soy la única que se da cuenta de que ella apenas me mira. Y, cuando alguien le dice que cómo mola que yo haya completado otro reto, ella cambia de tema enseguida.

Gracias a otro ramo enorme, la habitación está cargada con el aroma de las peonías, pero Syd no quiere revelar el nombre del admirador que las envía a pesar de la insistencia de las demás chicas. En el instante en que termino de ponerle las pestañas postizas, sale corriendo del camerino.

No obstante, Matthew me la quita rápidamente de la cabeza al apoyarme la mano en la rodilla al descubierto mientras le aplico el maquillaje. Quiere reproducir mis vídeos de NERVE mientras yo trabajo, pero le regaño para que deje ya de retorcerse.

Me enseña otro anuncio de NERVE.

—Han empezado una ronda en vivo en Austin. Seguro que estarías ideal con el sombrero de vaquero y las espuelas. ¿Te sientes atrevida esta noche, pequeña Vee?

—No tengo pensado echarme más agua por la cabeza, si es eso a lo que te refieres.

Espero que no se refiera a eso, porque me encantan esta chaqueta de brocados vintage y la minifalda de seda. Una lástima que tenga que llevar estos zapatos planos tan sosos con suela blanda para mis tareas entre bastidores; unas botas hubieran quedado muchísimo más monas. Aun así, he completado el conjunto con una camiseta de *True Blood*, y la chapa de la campaña presidencial de Jimmy Carter que encontré en una subasta de una casa le da el toque ecléctico perfecto. No es que los tíos aprecien los conjuntos de vestuario bien elaborados. O a Jimmy Carter.

Una vez que Matthew y el resto del reparto están maquillados y vestidos, me abro paso entre los actores y el equipo, la mayoría de los cuales me da palmadas en el brazo o me choca los cinco por completar dos retos de NERVE. Sus buenos ánimos me

recuerdan que saboree la gloria de la noche de cierre, en la que todos y cada uno de los instantes se quedan suspendidos entre una nostalgia agridulce y una embriagadora sensación de éxito. Tal vez Sydney y yo podamos arreglar las cosas antes de la fiesta. En especial si yo me disculpo.

Por tercera noche seguida, la obra discurre sin contratiempo. Imagino que todos esos meses de ensayo han merecido la pena, aunque todo ese trabajo no tardará mucho en quedar reducido a poco más que unos recuerdos grabados en vídeo.

Durante el Tercer Acto, permanezco de pie en un lateral del escenario, respirando el aroma de la madera vieja mientras intento no darme de bruces con el polvoriento telón de *velour*. Me asomo por el borde del telón y localizo los rostros conocidos entre el público. Liv y Eulie han venido a otra función más. A la derecha, en el extremo, me parece distinguir el perfil de mi madre. Sí, ahí está papá, a su lado, cuyos ojos se desplazan veloces mirando de un lado a otro del teatro como si pensara que me voy a caer de alguno de los palcos.

La mímica de mis labios repite las familiares frases con los actores, la última vez que las recitaré, salvo en las fiestas, cuando se pavonean los obsesos del dramatismo. Finalmente, después de una hora y treinta y dos minutos de función, Matthew y Syd se unen, la fusión de los amantes que el público lleva esperando tres actos. Él toma su rostro entre las manos mientras ella arquea la espalda con elegancia. Tiemblan los labios de ambos y se encuentran lentamente. Suspira una mujer sentada en la primera fila. Todas lo hacemos, saboreando el beso como si estuviésemos en su lugar.

Mil uno, mil dos, mil tres, mil cuatro, mil cinco… ¿Qué narices? Pasan unos segundos interminables, pero su abrazo solo se tensa con una mayor intensidad de lo que pide el guión, y dura varios eones más allá de la duración de sus anteriores besos. Una pequeña llama prende en mi pecho. Syd permite que las manos de Matthew presionen sobre su cuerpo con tal fuerza que apuesto a que le dejarán la marca.

Recorro arriba y abajo con el dedo la cuerda deshilachada del telón, tentada de tirar de ella y ponerle fin a la función antes de tiempo. El teatro está tan desvencijado que lo considerarían un accidente. Pero claro, una chica como yo jamás provocaría semejante espectáculo.

Sydney y Matthew se sueltan por fin el uno al otro con una mirada que mantienen mientras pasan a interpretar su dúo, que acabará convirtiéndose en el final con todo el reparto. Los actores pasan y me empujan para situarse en sus puestos sobre el escenario. El pecho de Syd se hincha con los agudos de la canción, hasta que todo cuanto queda es el eco de la melodía seguido de un acalorado aplauso. Me muerdo el labio y cierro el telón.

Mientras los miembros del reparto hacen sus reverencias, me apresuro hacia la estructura metálica de la salida de incendios. Al menos no está lloviendo, lo cual es un milagro primaveral en Seattle.

No es así como preveía pasar la noche de cierre. ¿Después de toda la coordinación del vestuario, las horas de poner maquillaje, las tardes ensayando los diálogos de Sydney hasta llegar a conocerme su papel tan bien como ella, y los tres postres que he preparado para la fiesta? Soy yo la que se merece un largo beso de tornillo con Matthew esta noche.

Me dejo caer en un escalón que me parece de hielo a través de la falda de seda, enciendo el móvil y cambio mi estado en ThisIsMe de «prometedor» a «abierta a sugerencias». También posteo: «El karma no tiene efecto sobre mí».

Debería marcharme ahora mismo, olvidarme de esa estúpida fiesta y de mi primera noche sin castigo. Mi supuesta mejor amiga no podía soportar que alguien más se llevase parte de la luz de su foco, ¿no es eso? Tampoco es que mis retos hayan deslucido el brillo de Syd lo más mínimo. Nadie más ha recibido dos ramos de flores. ¿Eran de Matthew? ¿Siente ella lo mismo por él? Me refiero a que ese abrazo… Actuar es una cosa, y hacerlo de verdad es otra. Se me aceleran los pensamientos. ¿Serían pareja en secreto? Me cuesta creer que la amiga que se dobló la muñeca en quinto curso defendiéndome de un abusón que se metía conmigo por mi nombre real me vaya a engañar a mí de esta manera. Pero ese beso…

Se abre la puerta. ¿Es Sydney, que viene a disculparse?

Tommy parpadea rápidamente.

—¿Qué estás haciendo aquí fuera?

Se sienta en el escalón por encima del mío, huele a pino. Levanto la mirada hacia él.

—Necesitaba un poco de aire.

Sonríe.

—Claro, es bueno el aire.

—¿No tienes que supervisar al equipo de decorados?

—Qué va, no desmontamos hasta mañana.

—Debería enviar otro recordatorio para que todo el mundo le haga una limpieza en seco a su vestuario. Más les vale no traer nada que apeste.

—¿O qué?

Apoyo la barbilla en la mano.

—A lo mejor les cuelgo las prendas sucias en sus taquillas con una máscara antigás —sí, la obra incluye máscaras antigás.

Se le arrugan los ojos.

—No es lo que me esperaba de una chica encantadora como tú.

—El encanto está muy sobrevalorado —y también la responsabilidad, la lealtad y cualquier otro adjetivo que puedas encontrar garabateado en mi anuario.

Me mira con cara burlona.

A través de la puerta entreabierta, fragmentos de risotadas flotan hacia el exterior cuando el reparto llega a los camerinos. Les he dejado unos frascos de crema

desmaquilladora y pañuelos de papel para que se limpien la cara, pero me apuesto la paga de una semana de mi trabajo en Vintage Love a que la mayoría se deja el maquillaje para la fiesta porque les gusta el aspecto de los ojos y los cincelados pómulos que les he dejado.

Siento un escalofrío en el frescor del mes de abril y también el dolor de cabeza que se avecina. Ver a mi mejor amiga lanzarse en público sobre el chico que me interesa a mí me ha fundido los circuitos emocionales y me ha dejado catatónica.

O tal vez solo atontada, porque las siguientes palabras que salen de mis labios son:

—¿Y qué es lo que veis en Sydney todos los tíos?

En realidad, podemos catalogar esta pregunta como algo más que tonta, no solo porque me hace parecer una fracasada insegura, sino porque la respuesta es obvia: su capacidad para hacer que cualquiera se sienta importante en diez segundos exactos, su melena de rubia explosiva y un cuerpo que luce al máximo a base de jerséis de punto pegados al cuerpo y unos vaqueros de cintura baja. Por no mencionar el corsé que ha llevado en el último acto de la obra, y que seguirá llevando hasta que alguien se lo arranque, lazo por lazo.

Tommy entrecierra los ojos.

—No todos los tíos buscan a alguien de ese tipo. Algunos preferimos chicas un poco menos, ejem, obvias —se sonroja.

¿Acaso cree que las chicas pequeñitas con gusto por la ropa retro no son obvias, o que son invisibles? Tampoco es que no intente darle un toque que destaque.

A nuestra espalda, la puerta se abre de golpe con la fuerza suficiente para hacer temblar las escaleras. Me da un vuelco el corazón.

Matthew lleva el rostro arrebatado y ya se ha limpiado la mitad del maquillaje. O alguien se lo ha quitado.

—Eh, pequeña Vee, te he estado buscando por todas partes.

—¿En serio? —me sale la voz temblorosa.

Él se ríe.

—En seeeeeerio.

Tommy pone los ojos en blanco y casi le dan vueltas.

Me levanto y me sacudo la parte de atrás de la falda.

—¿Qué pasa?

—Me preguntaba si podríamos ir a algún sitio más privado.

Mi corazón amenaza con detenerse.

—Oh, claro —resisto el impulso de cerrar el puño con fuerza.

Matthew me coge de la mano y tira de mí adentro.

—Luego te veo, Tommy —le digo, y la puerta se cierra a mi espalda con un golpe metálico.

Atravesamos los grupos de miembros del reparto que posan con amigos y familiares

que han venido a inundarlos de felicitaciones. El olor a colonia carga el ambiente. Por un segundo, creo haber visto a papá, pero enseguida pierdo de vista su rapado militar canoso, será el padre de otra. ¿Por qué iba a venir papá detrás del escenario? ¿Para decirme «Oye cielo, qué gran coordinación de vestuario»? Me refiero a que esta es la noche en que me dejan libre, seguro que me dan algo de cuartelillo.

Matthew me lleva hacia un vestuario pequeño que hay al fondo del pasillo y que hace las veces de camerino en un aprieto. Está vacío. Antes de que me dé cuenta de lo que está haciendo, me coge por la cintura y me da vueltas como a una bailarina de ballet.

Me río, estoy flotando.

Me deja en el suelo y me da un toquecito en la nariz. De repente, hemos vuelto a esa atmósfera nuestra tan deliciosa en la que hemos estado bailando durante las últimas semanas. No me lo imaginaba. Tal vez he malinterpretado ese beso en el escenario entre Sydney y él. Estaban en sus personajes, al fin y al cabo.

El pulso se me acelera y me late con fuerza.

—Lo has hecho genial esta noche.

—Gracias a ti y al resto del equipo —su brazo se desliza sobre mis hombros y me lleva ante el espejo—. Has sido como un angelito, revoloteando por ahí, ayudándonos a meternos en el papel. Y los postres que has traído tienen una pinta espectacular.

Me siento en la mesa de maquillaje mientras él se hunde en la silla. ¿Me va a sentar en sus rodillas? La idea me hace temblar.

Me coge las manos.

—¿Podría pedirte un pequeño favor más?

—Claro —ojalá me hubiera puesto brillo en los labios.

Él se señala el pómulo.

—Me he estropeado el maquillaje sin querer. ¿Podrías arreglármelo? Syd dice que me hace parecer un tipo duro, y creo que molaría para la fiesta.

Se me hunden los hombros. ¿Quiere un retoque? ¿Para mantenerse en el papel porque Syd piensa que realza su aire castigador? Me quedo mirándole fijamente allí sentada.

Señala hacia mi maletín de maquillaje, que él mismo ha debido llevar hasta allí antes de encontrarme. ¿Desde cuándo ha sido él tan previsor? Me da palmadas en las rodillas como si fueran unos bongos.

—Solo lo más básico, no hace falta que te metas en demasiado detalle.

Respiro hondo y me pongo de pie mientras trato de calmar la emergente marea de decepción.

—Claro.

Abro de golpe el maletín, agarro un lápiz y uno poco de polvos de contorno. En cuanto empiezo, él aparta las manos de mis piernas. Le afilo la mandíbula y la nariz, y a continuación me aplico con el delineado de los ojos. Hasta que llevo hecha la mitad

del trabajo con sus ojos no permito que las preguntas más contundentes se me filtren al cerebro. ¿Le he gustado a Matthew alguna vez de verdad, como él me gusta a mí? ¿O no soy más que una forma de acercarse a Sydney?

Le clavo el lápiz en la ceja y él da un respingo.

—Perdona —le digo.

La línea que se marca me da una idea. Siento la tentación de darle un sutil giro a su nuevo maquillaje. Es muy fina la línea que separa el aire de intensa rudeza del aire de un psicópata. Puedo dejárselo de forma que las demás chicas de la fiesta de los actores sientan un velo de ansiedad cuando le miren a la cara. Mi mano comienza a juntarle un poco más las cejas, pero algo me contiene, eso mismo que nunca me deja montar una escena o meterme en una confrontación. Reprimo las lágrimas y le doy a Matthew esos ojos tan deslumbrantes y sexis que él quiere.

Tiro los algodones a la basura.

—Listo.

¿Habrá alguna posibilidad de que volvamos a ese momento mágico de flirteo? Me siento enfrente de él y me fijo en una mancha en el cuello de su camisa que podría ser de barra de labios o de colorete.

Desliza su silla para rodearme y poder mirarse en el espejo.

—¡Buen trabajo, Vee! Eres la mejor.

Me siento de todo menos la mejor mientras veo cómo se admira. Cuando se levanta me da un toque juguetón en el hombro. Ni un beso de agradecimiento. Ni me levanta como a una bailarina.

Va a salir de la habitación cuando le digo en voz alta:

—¿Le enviaste tú las flores a Syd?

Se detiene en seco con cara de satisfacción.

—Su página de ThisIsMe dice que las rosas y las peonías son sus favoritas. Todavía lo son, ¿verdad?

—Bueno, si lo pone en su página, debe ser cierto —cierro de golpe el maletín de maquillaje.

—Genial. Te veo en la fiesta —sale pitando.

Lo último que quiero ahora es irme de fiesta. Esta noche es oficialmente una mierda. Cuanto antes me largue de aquí, mejor.

Me apresuro hacia la zona del atrezo, donde dejé mi bolso. Una multitud se arremolina entre la puerta del auditorio y yo, así que decido llegar al exterior por la salida de incendios. Cuando paso por delante del camerino de las chicas, Sydney se ríe, una estrella en el centro de sus muchos admiradores y todas esas peonías apestosas. No tengo fuerzas para abrirme paso entre la gente ni para aguantar la escena que ella sin duda montará si le digo que no me quedo a la fiesta de los actores. Antes o después se imaginará que me he ido. Probablemente después.

Salgo corriendo al exterior en una carrera contra la marea de lágrimas que amenaza con desatarse. Cuando estoy en la salida de incendios, respiro muy hondo entre hipos. ¿Cómo he podido dejar que Matthew me engatuse como a una tonta enamorada?

La puerta cruje y se abre. Cielo santo, ¿es que se ha vuelto a estropear el maquillaje?

Tommy asoma la cabeza.

—Te prometo que no te estoy acosando, pero es que no tenías muy buen aspecto ahí dentro.

Me paso un dedo bajo los ojos.

—Estoy bien.

Vuelve a salir.

—¿Quieres un poco de agua o algo?

A lo mejor cree que las chicas que no somos obvias sí somos frágiles. Me obligo a pensar en las series del canal Comedy Central para mantener a raya las lágrimas.

—Estoy perfectamente.

Aunque lo acabo de mirar hace apenas unos minutos, saco el móvil como una forma de evitar mirarle.

Me tiemblan las rodillas al ver mi último mensaje de texto. NERVE va a hacer una ronda en vivo en Seattle.

Y me quieren a mí.

Leo el resto del mensaje con una tiritona en los hombros.

—Oh, Dios mío.

—¿Qué pasa?

—¡NERVE me ha elegido! Van a hacer aquí una ronda en vivo.

—¡No fastidies!

—Ya lo sé. Tengo diez minutos para darles una respuesta.

Me dice que no con la cabeza.

—Ya viste cómo aterrorizaron a los jugadores de la última edición. ¿Has oído hablar alguna vez del Síndrome de Estrés Postraumático? Mi primo lo ha sufrido desde que volvió de Afganistán. No hay premio que lo compense.

Me froto la mano en la cadera.

—Estoy de acuerdo. Pero ya sabes que gran parte de ese rollo de miedo tiene que ser fingido, como los efectos especiales en la obra. A ver, ¿crees que ese tío que jugó la última vez estaba de verdad encerrado a oscuras en un ascensor con una rata? Seguro que le habrían dejado salir si hubiese querido. Y esa rata era la mascota de alguien, fijo —me muerdo la uña del pulgar. ¿Cómo es que he saltado de inmediato a defender a NERVE?

—Pues su miedo a mí me pareció real.

—Se supone que tiene que parecerlo, pero tampoco es que te puedan pedir que hagas

algo claramente peligroso o ilegal. Los denunciarían.

Tommy suelta un quejido como si yo fuera subnormal.

—Si no le piden nunca a los jugadores que hagan algo turbio, ¿por qué los dueños son absolutamente anónimos?

—Seguramente se habrán instalado en las Islas Caimán por los impuestos, o algo así.

Su voz adopta un tono de urgencia.

—No creo que te des cuenta de a qué te enfrentas. Tampoco hace falta ser la tía de *Millennium* para sacar a la luz los datos personales de la gente. Y los usarán en tu contra.

—No tengo nada que ocultar.

Bueno, eso si no cuentas mi pequeña estancia en el hospital, pero ni siquiera NERVE puede acceder a los historiales confidenciales de sanidad. Además, ya estoy cansada de avergonzarme de algo de lo que no me debería haber avergonzado en ningún momento.

Tommy hace un gesto con la barbilla hacia la puerta.

—Venga tía, vámonos a la fiesta y ya está. Así podrás cantar tu versión del himno del instituto.

Hago como que le tiro el móvil. Él se agacha. Desde más allá de la puerta entreabierta llegan flotando las voces de los actores, que recitan los momentos estelares de la obra y se ríen. Las voces de Sydney y Matthew suenan por encima de las demás, por supuesto. Paso por delante de Tommy para cerrar la puerta de una patada.

Baja el volumen de su voz:

—Ya sé que es posible que esta noche te hayan herido en tus sentimientos, pero eso no es razón para que te conviertas en una especie de mujer fatal.

Ojalá.

—Es solo que sería divertido hacer algo totalmente inesperado.

—Ya lo has hecho. Dos veces. Y mira qué mal te pusiste cuando las cosas se torcieron la primera vez.

—Pero anoche no fue tan mal. Gané un premio.

—Esos retos eran preliminares. En las rondas en vivo hay miles de personas de todo el mundo que pagan por verlo. ¿Crees que se van a quedar satisfechos con que te mojes la camisa?

—Bueno, por lo menos déjame ver lo que me están ofreciendo.

Miro el móvil. En efecto, NERVE me enseña el primer premio. Vaya, es un día entero en el Salón Dev para un cambio de imagen, incluido un masaje, la cera, consejos de maquillaje y todo lo demás. Y lo mejor de todo, ganaría un corte de pelo que me haría el propio dueño, a quien es imposible ver si no estás dentro del famoseo local. Como si eso no bastase para hacer que se me caiga la baba, NERVE me envía una

imagen mía con ese vestido de verano tan mono que miré en la web de Custom Clothz la otra noche. Esta vez, mi imagen tiene las proporciones corporales correctas, y no está mal, incluso con mi copa casi-B.

Se me pone la piel de gallina en los brazos y en las piernas, en parte por unos premios tan alucinantes y en parte por las palabras de Tommy. Este pedazo de botín vendrá con unas tremendas expectativas.

Me desplazo hasta la barandilla destartalada para valorar mis opciones. Abajo, en el callejón, dos cuervos se suben de un salto a un contenedor. ¿Por qué hay tantos cuervos en Seattle? ¿No les gusta el clima cálido a los pájaros? Se levanta el viento, que echa de allí a los cuervos y deja el aire silencioso a nuestro alrededor.

Esta es mi primera noche sin castigo desde que aparqué en mi garaje el pasado mes de noviembre y me quedé dormida escuchando mi lista de reproducción favorita. Desde entonces, papá y mamá me han visto como un ser frágil que trató de hacer lo impensable, da igual la cantidad de veces que haya intentado decirles lo contrario.

Al menos Syd me creyó. O eso pensaba. La historia que le llegó a los demás fue que había contraído una gripe muy seria que me envió al hospital. Circularon algunos rumores por una temporada, pero, cuando regresé al instituto, todo el mundo estaba con el triángulo amoroso que se había montado en el equipo de fútbol.

Lo único que le importa a la gente es el último dramón. Esta noche tengo la oportunidad de sustituir mi última tragedia con algo nuevo. Ojalá supiese tan solo si eso significaría algo mejor o peor.

Me quedo mirando el móvil.

—Eres un chico inteligente, Tommy. Probablemente el más inteligente que conozco. Agradezco tu consejo.

—¿Los vas a rechazar, entonces?

—Ni de coña. A jugar.

Cinco

Dos minutos después de enviar mi mensaje y aceptar, NERVE responde con una descripción del primer reto en vivo. Se me acelera la respiración conforme voy leyendo el mensaje. Aparto el teléfono de Tommy de manera instintiva.

> ¡Bienvenida a las rondas en vivo, Vee! Tendrás la oportunidad de ganar montones de premios fantásticos. Y te vamos a emparejar con alguien a quien ya conoces: ¡Ian!

¿Que el tío mono de la cafetería va a ser mi compañero? No está mal.

> Pues bien, aquí tienes los elementos que forman parte de tu primer reto: líbrate de tu novio.

Salta una foto de Tommy en la pantalla. Mmm, a lo mejor su investigación no es tan exhaustiva como yo creía. Aun así, novio o no, la idea de salir sin mi compañero extraoficial me inquieta.

- Descarga y ejecuta la app adjunta. Te facilitará un acceso rápido al juego.
- Ve a buscar a Ian al establecimiento Pacifica Bowling Lanes dentro de veinticinco minutos.
- Entra y pídele un condón a diez tíos.
- Márchate con Ian mientras cantáis la primera estrofa de la siguiente canción.

En el muy improbable caso de que yo sea una amish o que viva en otro planeta, incluyen la letra de una canción que va sobre echar un polvo y que suena unas veinte veces al día en la radio. Vale, la mayoría de las canciones de la radio van sobre echar un polvo, pero esta es la más explícita.

Tommy se apoya en la pared.

—Y bien, ¿de qué va?

—Mmm, voy a hacer un reto con Ian.

—¿Es él tu compañero?

Se le quiebra la voz con la última palabra.

—Lo siento. Deberían haberme puesto contigo. Lástima que no te apuntases.

Su mirada se aparta, y traga saliva.

—¿Cuál es tu reto?

—No sé si te lo puedo contar.

—Técnicamente, yo no formo parte de la multitud ni soy un Seguidor. Además, nadie lo sabrá.

Se lo cuento.

Su expresión se mantiene neutra, pero hay una cierta dureza en su mirada.

—Bueno, déjame ir contigo al menos. Sería una locura quedar con él a solas.

—Más o menos tengo que hacerlo —le enseño el móvil.

Se le tensa la mandíbula igual que cuando la señora Santana, la profesora de teatro, intentó rebajarle el presupuesto para hacer los decorados.

—Eres demasiado inteligente para esto.

—Tampoco es que me vaya a largar con ese tío. La bolera es un sitio público.

Saca su móvil.

—Me voy a inscribir como Seguidor.

—No hace falta que te gastes el dinero para tenerme vigilada.

Se encoge de hombros.

—Me habría apuntado igualmente. Las fiestas del reparto no me interesan demasiado.

—¿Estás seguro? Matthew piensa añadir un ingrediente extra al ponche.

La señora Santana no es famosa por sus dotes de carabina, y creo que Tommy podría pasárselo bien si se soltase un poco. Suspira.

—Tú ten cuidado. ¿Lo prometes?

—Mientras tú me prometas que te vas a inscribir solo como Seguidor online, y no en persona, porque de lo contrario harías que me descalificasen.

Asiente.

—Trato hecho. Recuerda, puedes dejarlo en el momento en que tú quieras.

—Por supuesto. En el instante en que algo me dé mala espina, me salgo.

No hay tiempo para determinar si lo que se asoma al rostro de Tommy es duda o esperanza. Me meto deprisa en mi coche y compruebo el recorrido que NERVE me ha enviado con el reto. También empiezo a descargar la app que me han pasado. Qué lástima que Tommy no pueda venir conmigo para discutir la estrategia. Pero el reto parece bastante sencillo. Por supuesto, también lo parecía el de tirarse agua encima. Una tiritona me asciende por la espalda con el recuerdo de la tela fría pegada al pecho.

Trato de distraer mi mente de la próxima misión poniendo una lista de hip-hop, pero

eso solo hace que el corazón me lata más rápido. Veinte minutos más tarde, entro en un aparcamiento lleno de todoterrenos y monovolúmenes. Ian está junto a la puerta de entrada. Oye. Es justo que él me haya tenido que esperar a mí esta vez. Reviso el aparcamiento en busca de Seguidores. ¿No debería haber unos cuantos para grabarnos? A lo mejor están en camino. Sin embargo, no hay razón para no bajarme ya del coche y saludar a mi compañero. Cuando llego hasta él, me fijo en un letrero en la puerta que dice: «¡BIENVENIDOS, JÓVENES COMPROMETIDOS CON LA CASTIDAD!».

—Este reto se acaba de complicar mucho —le digo.

Él se encoge de hombros como si se lo esperase.

—Solo recuerda que el reto dice que tenemos que preguntar. No dice nada sobre esperar una respuesta.

¿Por qué no lo había visto yo de ese modo? Voy a tener que espabilar si quiero ganar algo esta noche.

—Bien pensado.

Me da un toque en la chapa de Jimmy Carter.

—Estuve con él una vez en un proyecto de Hábitat para la Humanidad.

Vaya, un tío que se fija en los accesorios y que ayuda a los sin techo. Lo ves, Tommy no tenía nada por lo que preocuparse.

—Bueno, ¿cuánto tiempo tenemos que esperar a los Seguidores?

—¿Por qué esperar? Esto lo podemos grabar nosotros. La app de NERVE incluye un canal de videochat que podemos usar.

Compruebo mi móvil, que ahora tiene una pequeña app de NERVE, en pleno centro de mi apartado de favoritos. Conforme a las instrucciones que me han dado, ejecuto el programa, que muestra mi reto con un botón de videochat y una pequeña barra de estado que dice: «Tarea no iniciada».

—La cámara de mi móvil es una mierda —le digo.

—No hay problema. Puedes conectarte para grabar el audio como respaldo. Utilizaremos mi móvil para el vídeo principal. ¿Qué te parece si te grabo yo a ti primero, antes de que los irritemos demasiado, y después me grabas tú a mí?

Se lo agradezco, complacida con su consideración, pero con una punzada ante la idea de lo que supone irritar a la gente.

Una chica de mejillas sonrosadas y su novio pasan de largo tan tranquilos por delante de nosotros camino del interior. Van cogidos de la mano entre risitas, y la timidez de sus miradas sugiere que no se han dado su primer beso aún, lo que me hace sentir mundana en comparación por más que yo tampoco haya ido mucho más allá del paso del beso.

Se me tensan los hombros.

—Me siento como una idiota. Estos críos pensarán que nos estamos riendo de ellos. No se merecen eso.

Ian respira hondo, mirando hacia el interior. A continuación escribe en su teléfono. Tras un minuto de lectura, dice:

—Los estudios que se han hecho sobre los programas de abstinencia muestran que los que tienen más éxito son los que no despotrican contra la práctica del sexo seguro, así que esta gente debe estar al tanto de los condones. Y si no lo están, les estaremos haciendo un favor.

Sacudo la cabeza.

—Una racionalización fantástica.

—Mira, es una bobada de reto. A lo mejor a ellos les parece gracioso. Se los pediremos con cortesía, ¿vale?

La gente de nuestra edad debería ser capaz de tratar con un par de memos que van pidiendo condones. Tampoco es que le hagamos daño a nadie. Quién sabe, a lo mejor alguno de ellos ha oído hablar de NERVE y se ríe con nosotros. Una broma enorme y feliz.

—¿Lista? —me pregunta.

Hago un gesto de asentimiento antes de poder convencerme de lo contrario.

Cuando entramos en el pasillo iluminado con fluorescentes, nos llega una oleada de risitas junto con el aroma de las patatas fritas y la cera que utilizan en las tarimas de las calles de los bolos. El sitio está lleno de docenas de adolescentes con unos cuantos adultos que hacen de carabinas. Unos carteles en las paredes proclaman: «¡Guárdate lo mejor para el matrimonio!» o «El amor verdadero no es hacerlo el primero».

El corazón me vibra como las cuerdas de un bajo; no, como las de un banjo mejor. Ian me coge de la mano, lo cual no consigue calmarme lo más mínimo por mucho que el tacto de su piel sea cálido y suave. En el rincón opuesto al bar parpadea y resuena media docena de videojuegos. Cinco tíos fornidos están de pie alrededor de unas pantallas que retumban y a las que apuntan unos *joysticks* con forma de escopetas. Si les pregunto a todos cubro la mitad de mi cupo, y nadie más podrá oír lo que está pasando, con un poco de suerte. Hago un gesto con la cabeza en su dirección. Ian va por delante.

Cuando llegamos hasta ellos, Ian inicia el videochat con NERVE. El tío que está más cerca de mí, un rubio enorme con el pelo rapado al uno, me arquea una ceja.

Carraspeo.

—Disculpa, ¿podrías prestarme un condón?

Pone los brazos en jarras e hincha el pecho.

—¿Qué?

—Estoy buscando un condón —le digo, más alto—. ¿Tienes uno?

—No tiene gracia.

Uno menos. Me acerco a un tío de pelo rizado junto a él.

—¿Tienes un condón que me puedas prestar?

Como si fuera algo que te dedicas a devolver después de usarlo. Asco y más asco. El rizos me frunce el ceño.

—Piérdete.

—No hasta que haya preguntado aquí, a tu amigo —me inclino hacia un tío bajito que se muerde el labio—. ¿Tienes un condón?

Antes de que pueda decir nada, le pregunto a los tíos que tienen las escopetas de la máquina. Los dos me apuntan con ellas, y el ruido de una bola al estamparse contra los bolos atraviesa el aire como un disparo. Pego un bote. Ian me pone la mano en la parte baja de la espalda, lo cual juro que produce un impulso eléctrico que me atraviesa a pesar de mi ansiedad.

—Gracias de todas formas —jadeo mientras vamos como flechas a otro grupo de chicos.

Un conjunto de tres chicos y dos chicas está sentado alrededor de una mesa bebiendo unos refrescos. Sin esperar a trazar un plan, le doy un toque en el hombro a la primera persona que tengo delante. Cuando él se vuelve hacia mí, se me corta la respiración. Es un tío que se llama Jack, por el que mi amiga Eulie ha estado colada durante meses. Supongo que su presencia aquí explica por qué nunca ha llegado a ninguna parte con él. Creo que también suele ir con Tommy al club de video. Por favor, Dios, haz que se dé cuenta de que estoy participando en NERVE. No sé por qué, sin embargo, sospecho que Dios no se va a poner de mi parte en esta pequeña aventura.

Me froto las manos contra la falda.

—Mmm, Hola, Jack. Me preguntaba si me podrías dar, ejem, un condón.

Se pone rojo como un tomate.

—¿Por qué me preguntas eso?

Combato el impulso de llorar.

—Lo siento mucho —disculparse no va contra las reglas, ¿no?

Me observa con los ojos entrecerrados, como si me estudiase, mientras hace un gesto negativo con la cabeza.

Ian me agarra del brazo y me lleva a rastras a otra mesa.

—No te pares a pensar en ello. Ya casi estás.

Tiene razón. Pregunto a dos tíos más en una rápida secuencia, sin esperar respuesta. Uno de ellos se pone de pie y se me planta delante de la cara.

—Esto no tiene gracia. Creo que deberías irte.

Me siento como una imbécil mientras nos trasladamos hacia las chicas que hay junto a ellos. Estos chavales no han hecho nada para merecer nuestro acoso. Le cojo el móvil a Ian con las manos temblorosas.

—No te pases con ellas.

Ian se dirige a una chica con varias capas de sombra azul de ojos.

—Supongo que no llevarás un condón encima, ¿no? Aunque no lo fueras a usar ni

nada.

—¡Fuera de aquí, gilipollas! —le gruñe.

¿Está «gilipollas» en su lista de vocabulario permitido?

—¿Y tú? —le pregunta a la otra chica.

Cuando le grita que no, nos alejamos corriendo de la mesa.

Ocho en mi cuenta, dos en la de Ian.

Nos acercamos a otro grupo mixto. Jack todavía me observa desde su mesa con el ceño fruncido. Me doy la vuelta para evitar su mirada y le suelto mi petición a otros dos tíos, uno de los cuales es el chaval al que antes he visto entrar con su novia. Ella le aprieta la mano con fuerza y adopta una expresión horrorizada. ¿Les habré estropeado su cita? Les ofrezco una rápida disculpa a voces y le cojo a Ian la cámara. Ya son diez. ¿Por qué no me siento eufórica? Todo cuanto deseo es gritar cuánto lo siento y salir corriendo por la puerta. Pero no puedo. No hasta que Ian haya cubierto su cupo. Le apunto con la cámara mientras él le pregunta a una morena menuda. La chica suelta un gritito como si fuera un cachorro herido, que hace venir a los tíos del videojuego.

El rubio grandote nos fulmina con la mirada.

—Ya está bien con vosotros dos. ¡Fuera de aquí!

—Nos vamos enseguida —le digo—. Solo unos minutos más.

Ian pregunta a la cuarta y la quinta chica mientras los demás nos rodean. La cara que pone el rubio es como si no le entrase el aire suficiente. Supongo que todo ese compromiso con la castidad no incluye ningún ejercicio de reducción del estrés.

Uno de los adultos, que nos ha estado echando un ojo desde el rincón de la sala, se une a la refriega. Lleva el pelo engominado hacia atrás, y su cazadora vale más que la mitad de mi armario. ¿Será su líder o algo así?

El hombre le pasa el brazo por encima a Ian y dice con tono jovial:

—¿Qué pasa aquí, chavales?

Ian se quita el brazo de un salto, como si se hubiera quemado.

—Estamos, mmm, realizando una entrevista. Me alegra decir que, hasta ahora, su grupo aprueba con nota.

El hombre estruja la frente.

—¿Una entrevista?

Ian aparta a la gente y se abre paso hasta otra mesa con tres chicas. Sus mejillas morenas han adquirido un tinte rosado. Le sigo con la cámara lo mejor que puedo, y no estoy segura de haber captado su última pregunta, pero el berrido de la pelirroja alta con la que acaba de hablar debería ser suficiente prueba para la gente de NERVE. Rápidamente, causa unos gritos similares en las dos amigas de la chica. Van ocho.

El rubio le dice algo al hombre de la cazadora cara, que se limita a asentir y a sonreír. ¿Qué están tramando?

Ian me mira, con reflejos en el rostro y la respiración acelerada. Corre hacia una

mesa cerca de la puerta. La gente nos sigue y nos expone a gritos unos sentimientos nada castos. Apunto la cámara hacia ellos, y el rubio intenta quitármela. Sus dedos no la alcanzan por los pelos, justo cuando la meto por dentro del sujetador. Saco pecho y le reto a que meta la mano más allá del colmillo de vampiro que llevo dibujado en la camiseta mientras rezo por que no me deje en evidencia.

Alarga la mano y se queda a escasos centímetros de mi pecho. Tiene el cuello lleno de manchas rojas que antes no estaban ahí.

—¡Fuera de aquí, puta!

Vaya, eso no me lo han llamado nunca, pero tampoco me voy a poner a discutir mi vida amorosa con este tío. Acelero el paso para alcanzar a Ian. Ya se lo ha preguntado a otra chica, pero no lo he grabado con la cámara. ¿Será suficiente si yo doy mi palabra por él? Saco de un tirón el móvil y grabo su siguiente pregunta.

—Pregúntaselo a una chica más —le grito.

—Pero si ya llevo diez —dice él.

—A una no la he grabado.

Se queja.

Una de las mujeres que hacen de carabinas se une a la multitud meneando el dedo delante de la cara de Ian.

—¡Debería darte vergüenza de ti mismo!

—Y me da, pero ¿sería usted tan amable de prestarme un preservativo? —dice con una sonrisa encantadora.

El tío rubio le grita a Ian en la cara:

—¡Ten un poco de respeto, gilipollas! —parece que está a punto de reventar.

Vuelvo a meterme el teléfono dentro de la camiseta y agito el puño.

—¡Oye, recuerda: no matarás!

En respuesta, el rubio me escupe. Grito mientras el escupitajo me aterriza en la punta del zapato. El hombre se ríe y le da unas palmaditas en la espalda al joven.

—¡Seréis cerdos! —le escupo de vuelta.

El rubio me coge por los brazos y los aprieta por los codos. Le huele el aliento a gasolina, sin duda una ventaja de cara a mantener la castidad.

Ian tira del hombro del rubio.

—Eh, colega, que ya nos vamos. Déjala en paz.

El tío sigue avanzando.

—Habéis tenido la oportunidad de marcharos como quisierais. Ahora lo vais a hacer a nuestra manera.

Me arrastra hacia la puerta mientras el hombre del pelo engominado hacia atrás y otros chicos sujetan a Ian. El gentío vocifera a nuestro alrededor.

Jack tira del rubio y grita:

—Deja que se vayan. Creo que es para un juego.

Por fin se lo ha imaginado alguien, pero el tío rubio aparta a Jack con el hombro y sigue agarrándome. Siento los brazos como si los tuviera en un tornillo de banco.

Respiro hondo y, aunque lo que estoy a punto de hacer me invita a desear enroscarme en un ovillo, empiezo a cantar la canción que habla de echar un polvo. Jack me mira horrorizado. Tal vez Tommy o Eulie puedan convencerlo de que en realidad no soy tan mala. Si es que sobrevivo.

Ian se suma y la cantamos los dos a pleno pulmón mientras nos echan por la puerta. En el exterior también se ha reunido una muchedumbre. ¿Seremos capaces de llegar al coche sin que nos den una paliza? Alguien me empuja con fuerza por la espalda. Caigo al asfalto con un grito y aterrizo con un fuerte golpe en la cadera. Ian llega rodando a mi lado. Nos damos la vuelta hacia la puerta y cantamos temblorosos al unísono mientras esta se cierra de golpe.

Los impulsos de llorar y de reír son igualmente fuertes. En cambio, sigo cantando para mis adentros como si la canción fuese un mantra que mantuviese a raya la hostilidad que nos rodea.

Ian se levanta.

—Se acabó el reto. Lo hemos hecho.

Me ayuda a ponerme de pie sujetándome por los brazos con suavidad, pero firme. Una vez recobro el equilibrio, me paso la mano por la falda. Ningún roto, pero mañana me saldrá un moratón gigantesco en la cadera. Ian se frota el codo y me mira fijamente, tal vez porque no he dejado de cantar.

Me pone las manos en los hombros.

—He dicho que el reto se ha acabado. Respira hondo.

Lo intento, pero me sale como si tuviera hipo.

—Siento no habernos grabado cantando la canción —me saco el móvil del sujetador y lo limpio sobre la camisa antes de dárselo.

Se ríe y hace un gesto con la barbilla hacia el aparcamiento.

—No hacía falta que lo hicieras.

En toda aquella conmoción, no me había percatado de que la muchedumbre del exterior es mucho más amistosa que la del interior. Cuando nos damos la vuelta hacia la gente, ellos nos aplauden. La mayoría nos apunta con el móvil. Son Seguidores en persona, todos ellos conectados directamente con NERVE.

Ian me coge de la mano y hacemos una reverencia. Mi ánimo mejora conforme aumentan los aplausos. Me desaparece, incluso, el dolor de la cadera. De repente, el reto no parece tan horrible como hace un minuto atrás, con la potente emoción de haber sobrevivido. Me dan ganas de bailar, de echar a correr por ahí y chillar.

Una docena de Seguidores que van desde nuestra edad a varias décadas más, se aproximan para chocarnos los cinco. No tenía ni idea de que hubiese una gente tan distinta metida en este juego.

—Lo hemos visto desde las ventanas. NERVE nos ha dicho que no podíamos entrar para verlo —dice una mujer menuda con unas gafas con la montura en punta—. Esa gente tenía pinta de querer lincharos.

—Debe de ser toda esa energía contenida —digo en voz alta.

La gente se ríe, aunque lo que he dicho no tiene tanta gracia. Aun así, su buen humor me levanta los ánimos.

Señalo mi móvil con un gesto exagerado.

—Chicos, espero que nos hayáis grabado un buen vídeo mientras nos echaban —cuantas más pruebas, mejor.

Ian sigue respirando con fuerza, pero sonríe para las cámaras y les da todos los ángulos que le piden, como si estuviera en la alfombra roja. Me dan ganas de abrazarlo por guardarme las espaldas. Me late el corazón como el de una atleta, y cuanto más grita la gente, más henchida me pongo. Esto debe de ser lo que mueve a los famosos.

A sugerencia de Ian, hacemos un baile triunfal para nuestros admiradores y cantamos unas frases de «nuestra» canción. La gente que tenemos más cerca empieza a cantar también, y a continuación se van uniendo los de detrás hasta que todos estamos bailando y dando voces. Qué subidón. No me puedo creer que esté pasándomelo tan bien con un centenar de desconocidos, en especial cuando pienso que hay otro centenar de desconocidos dentro del edificio que me quiere dar una paliza.

En medio del barullo, oigo algo que suena como el chillido de un niño pequeño, aunque por allí no hay ningún crío. Qué raro. También noto que me vibra el móvil. Lo miro. NERVE me ha enviado sus felicitaciones. Ian y yo mostramos en alto nuestros móviles.

El gentío grita:

—¡Otro reto! ¡Otro reto!

¿Tengo yo el cuerpo para eso? Este ya ha sido intensísimo. Los jugadores lo pueden dejar en cualquier momento, pero nadie abandonó el juego de manera voluntaria el mes pasado, que yo sepa.

El jaleo de la gente se desvanece en la expectación. Sus miradas son un millar de alfileres minúsculos en mi piel, y aun así estamos conectados de alguna forma, como una criatura con un centenar de pulmones que respiran al unísono. Tengo la piel de gallina, pero me río con la gente.

¿Qué piensan mis amigos? Algunos tienen que estar viéndolo. Vuelvo a sacar el móvil para encontrarme tan solo con la pantalla vacía. ¿Ningún mensaje de texto? ¿De nadie? Trato de enviar un mensaje a Tommy y a otros amigos, pero recibo un mensaje de error, así que intento hacer una llamada. Todo está bloqueado, incluso el acceso a mi página de ThisIsMe. A pesar del gentío que me rodea, de repente me siento muy sola.

Vuelvo a oír el sonido de la voz de un niño en una cancioncilla burlona. Por fin me

doy cuenta de que es mi móvil. NERVE me ha debido de cambiar el tono del teléfono, y su mensaje me llega sin ningún problema. Maravilloso, su app proporciona un «acceso rápido» y bloquea todo lo demás. Tenía que habérmelo imaginado.

Leo el mensaje, que consiste, básicamente, en un informe de la situación. Tenemos un índice de audiencia superior al que tuvieron hace unas horas en la mayoría de las sedes en la Costa Este y el Sur, así que el próximo reto tendrá una prima. ¿Nos está viendo toda esa gente? Me miro el pecho para ver si se me ha roto la camiseta o si se me ha vuelto a empapar. Nada, muy recatado todo.

Ian mira también su móvil.

—Parece que somos bastante populares.

¿Populares? ¿Quién hay entre nuestros Seguidores? ¿Matthew? ¿Qué piensa ahora de la pequeña Vee?

—Me pregunto qué tipo de premio nos ofrecerán a continuación —dice Ian.

Tiene que ser por lo menos tan tentador como los zapatos y el día en el spa. ¿Un viaje a Nueva York, quizá? Soñar es gratis.

El gentío retoma su cántico y me hace sentir oleadas de calor. Desde arriba, las luces de neón proyectan un brillo de color pastel sobre todo el mundo.

Ian sonríe.

—¿Quieres sentarte en mi coche mientras esperamos el próximo reto? Está aquí mismo —señala hacia un Volvo gris a dos coches de distancia. Un coche práctico cuyo dueño es un tío que ayuda a construir hogares para los necesitados.

Hago un gesto de asentimiento. Estaría bien disponer de un rato de tranquilidad para centrarse. Saludamos a la multitud y nos metemos en su coche. Cuando cerramos las puertas, se produce un delicioso momento de silencio.

—Bien, compañera, ¡hemos completado un reto de las rondas en vivo!

Cuesta creer que aún seamos prácticamente unos desconocidos. Examino sus facciones bien definidas.

—Bueno, ¿qué sabe NERVE sobre ti que yo no sepa? —me cago en la leche, ¿estoy tonteando?

—Mmm, mucho más que un montón de cosas, estoy seguro. A ver, es mi tercer año en la Jackson Academy, me como demasiados *pretzels* y me encantan los largos paseos por la playa. ¿Qué hay de ti, Vee?

Pronunciar mi nombre hace que sus perfectos incisivos presionen sobre su perfecto labio inferior de un modo que me pone las rodillas de chicle.

—Tercer año en Chinook, entusiasta del montaje en teatro y sueño con hacer del mundo un lugar mejor —le ofrezco el mismo saludo de miss que ya le ofrecí antes al gentío.

—¿Qué fue lo que te hizo probar con NERVE?

—Nada en especial. Solo quería hacer algo fuera de lo cotidiano. ¿Y a ti?

Se inclina para acercarse.

—Los premios, por supuesto.

Claro, los premios.

—¿Qué has ganado tú?

—Por ahora, algo en metálico por el reto preliminar, y un billete de autobús por este último reto.

¿Me está tocando las narices? ¿Por qué mentir sobre un premio?

—¿Un billete de autobús? —le digo—. Eso parece algo así como, no sé… —la palabra en la que estoy pensando es «inventado».

—Es perfecto. Lo puedo usar para viajar a cualquier parte del territorio continental de los Estados Unidos. Cuando quiera.

—¿Por qué no ir en coche?

—Porque entonces le tendría que robar este a mis padres —su rostro adquiere un breve aire de dureza por un momento antes de darse la vuelta hacia mí. Sonríe lentamente—. Qué suerte hemos tenido de escapar de esos violentos virginales.

Dos palabras más con «V»… me dan ganas de relamerme viéndole decirlas, aunque piense que su gusto en cuanto a los premios es un tanto inusual.

Antes de que me dé tiempo a idear un plan para obligarle a decir «victoria» o «vivisección», nuestros móviles saltan al unísono: «Na-na-ne-bu-bu, na-na-ne-bu-bu» con la voz de unos niños pequeños que suenan como si hubieran salido de una de esas películas de psicópatas que matan a chicas a cuchilladas. Es el tono de llamada de NERVE. Y nuestro siguiente reto.

Seis

¿Os apetece ganar esto?

Hago clic en el vínculo que muestra el siguiente premio: un móvil de gama alta cargado con todas las apps que pueda desear más una cámara de alta definición, conexión a internet ultrarrápida y dos años de contrato pagados. Uau.

> Tu siguiente reto: dirígete a la zona marcada en el mapa que hay más abajo. Paséate por las calles marcadas hasta que convenzas a alguien para que te pague cien dólares a cambio de servicios sexuales. No, no tienes que llegar a hacer nada con nadie, tan solo encuentra a alguien que esté dispuesto a pagar.

Se me retuerce el estómago. ¿Me tengo que hacer pasar por una puta? ¿En esa zona de la ciudad? Ostras. Deberían darme una pistola y un chaleco antibalas. Cuando mi madre trabajaba en un edificio de oficinas a una manzana de distancia, se quejaba a mi padre sobre las cosas tan desagradables que se encontraba en el aparcamiento subterráneo. Él bromeaba con que la empresa debería anunciar aquellos espectáculos como un beneficio extra y ofrecer a sus trabajadores más descansos para tomar café y pegatinas hippies para el coche a favor del amor libre. He echado de menos sus bromas. Solía haber un aire mucho más animado en casa, que se evaporó, gracias a mí.

Trato de echarle un vistazo al móvil de Ian, pero él lo mantiene muy cerca del pecho. Su rostro parpadea en diferentes colores bajo las luces de neón de la bolera, un segundo en un lavanda claro, al siguiente en un rojo chillón.

El gentío mira también sus móviles para ver hacia dónde se traslada la diversión.

Una mujer con unos rizos pelirrojos rebeldes que me recuerdan a la soprano de *El Fantasma de la Ópera* da unos toquecitos en la ventanilla de Ian y grita:

—¿Cuál es vuestro reto? —me señala a mí—. Tiene que ser bueno, porque la jovencita tiene pinta de estar a punto de vomitar.

Ian baja su ventanilla y se encoge de hombros ante ella a modo de disculpa.

—Tendrá que esperar a que NERVE se lo cuente.

No debería ser necesario que Ian le contase las normas. ¿Acaso no vio la mujer la edición del mes pasado? O quizá los Seguidores en persona ganen premios si consiguen que los jugadores infrinjan las normas, igual que los pueden ganar si graban algún vídeo excepcional. Joer, ya estoy otra vez con las teorías conspiratorias.

Saludamos a nuestros admiradores —¿fans?— mientras Ian vuelve a subir la ventanilla. Un tío trata de impedírselo metiendo un móvil. Su flash me deja viendo chiribitas por un instante, pero Ian consigue cerrar la ventanilla y hace el gesto de la paz a la gente que hay fuera.

Me abanico con la mano.

—Buf, son como paparazis.

—Bueno, ¿cuál es tu reto?

—Tú primero.

Apoya la cabeza contra el asiento.

—Tengo que mostrarme encantador en una zona de la ciudad que no es nada encantadora. Lo bastante encantador para que una de las chicas que trabajan allí me ofrezca hacerlo gratis —dice—. Vale, ahora desembucha tú.

—Si yo, hipotéticamente hablando, fuese a hacer otro reto, tendría que conseguir que alguien me ofreciese cien pavos por mis servicios.

Me mira de arriba abajo con ojos perezosos.

—Eso sería una ganga.

—Gracias. Creo —entonces frunzo el ceño—. Pero ¿es eso una ganga en esa parte de la ciudad? A ver, quiero decir que no me puedo creer que nadie se venda por ninguna cantidad de dinero, pero aun así, si estoy pidiendo más de la tarifa habitual, la tarea podría ser realmente dura.

Se ríe mientras saca su móvil.

—Cuanto más dura, mejor, en lo que a los clientes potenciales se refiere.

Suelto un gruñido.

Tras un minuto revisando información en su móvil, me dice:

—La tarifa típica para un servicio a domicilio oscila entre los cien y los trescientos, pero para una chica de la calle, dicen que de veinte a cincuenta. Así que estarás pidiendo algo más de lo habitual, pero tú tampoco tienes pinta de adicta a la meta, y eso sería de ayuda.

—Joer, gracias, compañero.

El estómago me da un buen vuelco. Entonces me acuerdo del premio. Un móvil maravilloso sin papá y mamá quejándose de la factura me caería del cielo. Ahora bien, ¿me voy a poner a hacer la calle para ganarlo?

Ian me cuenta que ganaría un equipo de camping de lujo. Está claro que los premios de este tío tienen que ver con los viajes. Sus ojos centellean con más intensidad que el neón del exterior, y más aún cuando NERVE nos envía una bonificación: por cada

millar adicional de Seguidores online que se inscriban, ganaremos doscientos pavos cada uno. Uau. ¿Cuánta gente pagará para vernos salir vivos de zorrilandia?

—Va a ser difícil documentar nuestros retos sin espantar a las prostitutas y a los puteros.

—Tendremos que ser discretos. Y también nuestros Seguidores.

Varias docenas de ellos, la mayoría entre los diecimuchos y los veintipocos, rodean el coche, deambulando como zombis.

Mi móvil se vuelve a reír de mí. Valdría la pena dejar el juego solo con tal de recuperar mi antiguo tono de llamada. Cuando veo quién llama, no me puedo creer que NERVE esté dejando entrar la llamada. Lo cojo antes de que cambien de opinión.

—¿Estás bien? —me dice Tommy—. Parece que te han pegado un buen empujón en ese último reto.

Vaya, NERVE ha subido nuestro vídeo bastante rápido, casi en directo. No pueden haber editado mucho nuestra grabación. Pero ¿por qué permitirme hablar con Tommy? ¿Van a retransmitir nuestra llamada? Quizá quieran saber hacia dónde tiro; eso debe de ser.

—La cadera me escuece un poco, pero estaré bien.

—Puedo ir a buscarte ahora mismo. No estoy lejos.

Por supuesto que no lo está. Respiro hondo.

—Espera, Tommy, no lo hagas. Acabamos de recibir nuestros siguientes retos. Todavía lo estoy decidiendo —con el rabillo del ojo, veo a Ian sonriendo de oreja a oreja.

La respiración de Tommy llega a trompicones.

—¿No estarás valorando seriamente hacer otro reto?

—Es por una pasada de móvil y tal vez un poco de dinero. Eso a lo mejor no significa mucho para alguien con un fondo en el banco y un coche nuevo, pero para mí es mucho.

—Ya te has hecho daño. No vale la pena que te maten por ello.

—No te pongas dramático. No te asignan retos que supongan un riesgo para tu vida. Solo te la hacen incómoda de veras.

—¿Y cuál es el reto?

—Te has inscrito como Seguidor, así que no te lo puedo decir.

¿Habrá alguna manera de mantenerlo cerca para que haga de red de seguridad? Ojalá tuviéramos un código secreto para poder decirle nuestro lugar de destino con antelación sin que NERVE se diera cuenta.

Los mensajes secretos me recuerdan aquella vez en que Syd y yo estábamos en séptimo y preparábamos su audición para *El milagro de Ana Sullivan*. Memorizamos los papeles de Anne Sullivan y Helen Keller e incluso llegamos a aprender a signar el alfabeto, lo cual acabó resultando muy útil para comunicarnos durante las clases. Qué

ganas de llamar a Syd y contarle lo que voy a hacer, muchas más que de contárselo a Tommy. ¿Por qué ha tenido que ir detrás de Matthew?

La voz de Tommy interrumpe mis pensamientos.

—No vayas, Vee. He oído rumores de que una de las chicas que ganaron en la última edición…

La llamada se corta con un ruido estático. No da señal cuando intento devolverle la llamada. Mierda de móvil.

Ian da palmaditas en el volante.

—Si sigues jugando, hipotéticamente, ¿querrías que fuéramos juntos?

Se abrocha el cinturón de seguridad, lo cual me tranquiliza. ¿Se lo ponen los psicópatas asesinos? Además, meterme yo sola con mi coche en esa zona de la ciudad se me antoja más arriesgado que ir con él. Y de todos modos, ¿qué va a hacer, con todos estos Seguidores por aquí?

—Claro —le digo como respuesta no solo a la pregunta sobre el medio de transporte, sino al respecto de mi participación en el próximo reto. Me cuesta creer que acabo de completar uno en vivo, y aquí estoy a punto de intentar otro. Yo, Vee, la chica de detrás de los focos.

Ian arranca el coche, y los dos hacemos un gesto a los Seguidores con el pulgar levantado para hacerles saber que seguimos jugando. Ellos lo celebran y se dirigen a sus coches mientras yo informo a NERVE de mi decisión. ¿Qué se inventarán los del juego a continuación? Detrás de nosotros viene un grupo tocando el claxon, y algún coche lleva la música tan alta que puedo sentir los bajos.

Ian arruga la frente.

—Aunque molaría llevar a alguien aparte de nosotros para que documente el reto, esta gente puede hacer más mal que bien.

Un tío en la calle le hace un calvo a sus amigos, que se parten con escándalo. Veo cuánta razón tiene Ian, pero darle plantón a los Seguidores significa ponerlos en nuestra contra. El mes pasado, un jugador de las rondas de Los Ángeles no dejaba de sacarle el dedo a sus Seguidores en persona, y ellos le sabotearon su siguiente reto, y lo echaron del juego.

—Podemos pedirles que se comporten si es que se desmadran demasiado. Además, NERVE les va a contar dónde es nuestro reto antes o después.

Ian tiene que dar un volantazo para evitar a una chica que va haciendo volteretas laterales a nuestro paso.

—Son peligrosos.

Acelera para salir del aparcamiento y hace varios giros rápidos para coger distancia de la mayor parte del grupo. Un par de coches derrapan detrás de nosotros, pero un acelerón al pasar un semáforo que se está poniendo en rojo los pierde también. ¿Quién iba a decir que un coche de aspecto tan práctico se pudiese apañar tan bien?

Comprendo sus actos, pero me siento como si estuviese cruzando un puente al que le han cortado un cable. ¿Se lo habrá pedido NERVE, igual que yo he tenido que dejar plantado a Tommy? Si es así, ¿qué más le pedirá el juego que haga sin decírmelo a mí antes?

Jugueteo con el cinturón de seguridad.

—No estoy segura de que perder a nuestros Seguidores sea una idea tan buena.

—No te preocupes, solo es temporal —una vez ha realizado unos cuantos giros más para asegurarse de que no nos sigue nadie, enciende la radio y dice—: Les daremos algunas escenas jugosas para compensarlo, lo prometo.

—Hay un montón de gente a la que tendremos que compensar después de esta noche —le digo.

—Sí, parece que tu novio está mosqueado.

¿Lo estará diciendo para descubrir si tengo novio o no?

—Estoy segura de que a tu novia tampoco le hizo feliz que la dejaran tirada.

Las comisuras de sus labios se tuercen un poco hacia arriba.

—No tengo novia.

Mmm, la buena noticia es que está disponible, la mala es que quizá no pueda quedarse solo con una.

—Bueno, Tommy no es mi novio, y no entiende que alguien se exponga ahí fuera por unos premios de lujo.

—Los que nacen podridos de dinero nunca lo entienden.

—¿Qué sabrás tú, el chaval de la academia privada con un móvil caro que te pasas?

La expresión de su rostro es dura.

—Este móvil me lo he currado. Igual que la academia.

—¿En serio? ¿Cómo? Yo quiero tu trabajo.

No es que me importe trabajar en Vintage Love, lo que es un asco es el sueldo. Hace un gesto negativo con la cabeza con una sonrisa tensa y sube el volumen de la radio. El coche vibra. Vale, no me debe ninguna explicación. Tampoco es que yo le esté revelando la historia de mi vida.

Hago un gesto con la barbilla hacia el altavoz del coche.

—¿Quién es este?

Se le afloja la mandíbula.

—¿No has oído nunca a los Rolling Stones? ¿Mick Jagger? Son un clásico.

—Algo suyo he oído, pero no esta canción.

—Entonces esta es tu noche de suerte.

¿Tendrá razón? ¿Es esta mi noche de suerte? Hace menos de dos horas que mi mejor amiga se echó encima del tío que me gustaba desde hace un mes. Sin embargo, ahora me he ganado un par de zapatos y un cambio de imagen. Además, voy en coche con un tío que está que te mueres. Cierto, vamos hacia la zona más cutre de la ciudad, donde

me haré pasar por una puta. O tal vez me lleve una paliza. O peor… todo el mundo sabe que la vida de las prostitutas no es como en *Pretty Woman* o en *La Reina del Vaudeville*. Pero yo solo voy a fingirlo. Así que, con todo y con eso, es probable que mi suerte quede equilibrada.

Aparcamos a un par de manzanas de la zona marcada en el mapa de NERVE, y me doy un poco de lápiz de labios mientras valoro mis opciones de vestuario. El atuendo que llevo, con las bailarinas planas, difícilmente pasa por el de una prostituta, pero a lo mejor sí que puedo dar el aspecto de una colegiala guarrilla. Tiro de la camiseta hacia abajo para que asomen los tirantes del sujetador, me subo la falda y me recojo el pelo en un par de coletas con unas gomas elásticas que encuentro en el fondo de mi bolso. Ojalá tuviese una piruleta.

Antes de salir del coche, decidimos que mi bolso estará más seguro en la guantera que si lo llevo encima, lo cual me retuerce aún más el nudo del estómago que me ha formado el hecho de pasearme por esta parte de la ciudad, pero al menos me llevo el móvil. Eso no me lo dejo ni de coña.

Fuera del coche, Ian me señala la chapa de la campaña electoral.

—Tal vez prefieras quitarte eso. No me parece sensato que la gente del mundillo del… mmm, del espectáculo tome partido por una opción política.

—Dudo que la mayoría de los tíos de ahí fuera sepan siquiera quién es Jimmy Carter, pero tienes razón —me quito la chapa y me la guardo en el bolsillo.

Vale, ha llegado el momento de meterse en el papel. Syd dice que siempre se empieza por la postura. Trato de dejarme poseer por cualquier gen de diva que pueda tener y adopto una pose.

—¡Hola, Seattle, carne fresca a la venta!

Ian pasa un largo rato mirándome de la cabeza a los pies.

—Fijo que te hacen alguna proposición en diez minutos. Es probable que a esos tíos repulsivos que se pasean buscando prostitutas les encanten las chicas morenas despampanantes con los ojos azules y con pinta de colegiala.

—Hum, gracias.

Digo yo que lo de «despampanante» y lo de «colegiala» se anulan lo uno a lo otro, pero creo que lo dice como un cumplido.

Me froto las manos en los muslos.

—Aun así, ojalá hubiera traído algo de maquillaje.

Se me queda mirando de un modo que me produce escalofríos de los omoplatos hacia abajo.

—¿Sabías que las prostitutas fueron de las primeras mujeres que se pintaron los labios?

—Tiene su lógica. Querrían estar guapas para atraer clientes.

—Claro, lo utilizaban para atraer clientes, pero no era tanto por ponerse guapas

como para anunciar que ofrecían servicios especiales, del tipo oral.

—Oh —le miro con los ojos entrecerrados—. Primero la búsqueda sobre la abstinencia, después las tarifas de las putas, ahora sobre las prostitutas de hace siglos. Estoy aprendiendo un montón sobre sexo contigo esta noche.

Ian saca el móvil.

—También podemos hablar sobre cosas que no sean sexo. Como, por ejemplo, ¿sabías que hay culturas en las que se piensa que cuando te sacan una foto te roban una parte del alma?

—Creía que eso era una leyenda urbana que la gente utilizaba cuando tenía un día de perros.

Me apunta con el móvil.

—Tú misma.

Le ofrezco mi mejor mohín de supermodelo mientras él me saca una foto. ¿Qué número hace esta, de todas las que me han sacado ya esta noche?

Él se pasa la mano por el pelo.

—Creo que será mejor que empecemos. No va a ser fácil convencer a una dama ocupada para que me lo ofrezca gratis.

Con esos ojos oscuros y su sonrisa de complicidad, fijo que está acostumbrado a recibir montones de ofertas.

—Lo harás fenomenal.

Nos movemos con brío, lo cual me va muy bien en parte porque hace frío y en parte porque así espero soltar los nervios que tengo en el pecho. Aun así, me tengo que aplicar para seguir el paso de sus largas zancadas.

Cuando llegamos a la avenida principal, Ian baja el ritmo a un paseo.

—¿Por qué no vas tú por delante de mí? Yo mantendré abierto el canal de videochat con NERVE. Quédate bajo las farolas tanto como puedas.

Ese es todo el plan que se nos ocurre por el momento. Con un guiño y un saludo con la mano, me quedo sola, meneando las caderas en busca de un descaro que no siento, en especial con el aire helado que me entumece los cachetes del trasero. Las aceras bullen de gente de todo tipo de extracción social: universitarios de fraternidad con sus botellines de cerveza, parejas agarradas del brazo, tipos canosos con cinco capas de ropa que piden a los transeúntes dinero para «tomar» algo.

Los universitarios se ríen y eructan. Encantador. Cuando pasan por delante de mí a trompicones, me cruzo de brazos y miro para otro lado. Trabajar en una tienda me ha enseñado a distinguir un cliente potencial de un mirón que solo curiosea.

—Eh, nena, ¿cuánto pides? —grita uno de ellos.

—Más de lo que te puedes permitir —le suelto, metiéndome en lo que espero que sea una pose de prostituta callejera. Aunque he ayudado a Sydney a ensayar papeles que van desde Liesl von Trapp en *Sonrisas y lágrimas* hasta una princesa ninja en una

obra inspirada en *Tigre y dragón*, ella nunca ha interpretado a una puta, así que no tengo mucho en lo que apoyarme.

Me alejo pavoneándome mientras los amigos del universitario se burlan de él. Afortunadamente, no viene detrás de mí en un intento por demostrar su hombría.

Estoy tan concentrada en los tíos que no me doy cuenta de que voy hacia dos chicas, una de piel clara que viste colores fosforito y otra de piel oscura y vestida de metálico. Las dos aparentan mi edad, salvo por unos ojos que parecen más cansados que los de mi madre. Sus escuetas blusas dejan buena cantidad de carne trémula al aire gélido de la noche, que me provoca una tiritona de compasión.

La que viste de fosforito me gruñe y me muestra un diente de oro.

—¿Qué haces aquí?

—Pasear, nada más.

Me ciño con fuerza la cazadora y tapo lo que se supone que ha de pasar por un canalillo pero que ahora no parece más que una ilusión.

La chica de color metálico me señala con el dedo. Sus uñas deben de medir dos centímetros y medio, pintadas de un tono oscuro.

—Más te vale no hacer otra cosa.

Ella y su amiga se acercan.

Intento no imaginarme el daño que podrían causar sus uñas, pero resulta complicado no ver a unos felinos selváticos desgarrando a su presa. Este reto es una mierda. Más aún que el anterior. Pero no estoy completamente sola; Ian también tiene que completar uno difícil. Es entonces cuando se me ocurre una idea.

Me dispongo a no retroceder un solo paso, como te enseñan los guardabosques de Yellowstone si un oso se acerca a tu acampada a olisquear. Cuando tengo a las chicas casi a la distancia de un golpe, les digo:

—Hay un músico que se supone que estará por aquí después de su concierto de esta noche. A lo mejor lo habéis visto, ¿no? —trato de sonreír, entre amigas.

La chica de piel clara se relame.

—¿Un músico?

Doy saltitos en mis zapatos planos, en plan *groupie* total.

—Sí, tía. Se llama Ian, esto… Jagger. Su padre está en los Rolling Stones, ¿el grupo de rock? Así que es algo así como de tal palo, tal astilla. Mola, ¿que no? Bueno, pues el grupo de Ian ha dado un concierto esta noche en Seattle. He visto en la página de su club de fans que después iba a ir a buscar compañía y que había mencionado un bar cerca de aquí. ¿Conocéis el «Flash»? —ese era el nombre del sitio donde hay detenciones todos los fines de semana, ¿no? Tengo que respirar varias veces después de este discurso para no hiperventilar.

La chica me pone mala cara.

—¿Y por qué iba a ir a un sitio tan penoso como ese?

Estudio la calle y, cuando localizo a Ian a unos siete metros de distancia, hago un gesto teatral con la cabeza como si volviese a mirar hacia donde he reconocido algo.

—¡Oh, Dios mío! —echo a correr hasta él seguida de cerca por el tintineo de las dos chicas.

Lo agarro del brazo.

—¡Ian Jagger! ¡Me encantan tus canciones, mucho, mucho, mucho! —mis jadeos tampoco tienen por qué ser fingidos.

Ian oculta su sorpresa con una enorme sonrisa.

—Gracias, bonita.

Las chicas, que apestan a perfume y tabaco, me apartan de un empujón. ¿Cómo esperan atraer al negocio oliendo así?

—Eh, Ian —dice la chica de piel morena—. Soy Tiffany. ¿De verdad eres famoso?

Ian se encoge de hombros y pone una sonrisita al perfecto estilo de una estrella del rock.

La otra chica anuncia que se llama Ambrosia.

—¡Nos ha jodío que es famoso! Reconozco su cara de las revistas.

Esto va mejor de lo que yo creía. ¿Se da cuenta Ian del enorme favor que le estoy haciendo? ¿Y de cuánto me debe a cambio?

Luce una sonrisa en plan «vaya por Dios» que resalta esos tremendos hoyuelos.

—Nos quedamos solo esta noche en la ciudad. Digo yo que no sabréis dónde puedo buscar un poco de diversión, ¿no?

—Ah, yo te puedo enseñar algo divertido si quieres, majo —dice Tiffany.

Ian me pasa su móvil.

—Oye, princesa, ¿me puedes sacar una foto con estas encantadoras señoritas? A mi discográfica le gusta ver a qué me dedico en diferentes ciudades.

Cojo el móvil y lo apunto hacia él.

—Claro, pero yo te puedo enseñar algo más divertido que estas chicas, y no te cobraré.

Tiffany aprieta los puños y da un paso hacia mí.

—¿Quién ha dicho nada de cobrar, zorra?

Bingo.

—Perdona, es que he asumido que…

Ambrosia, los brazos en jarras, avanza también con paso firme.

—Pues no asumas tanto, guarra.

Ian se interpone entre las chicas y yo.

—Eh, olvidaos de ella. Así que, ¿os lo queréis montar las dos conmigo? ¿Sin condiciones?

—Claro —dice Tiffany—. ¿Vas a colgar nuestras fotos en tu página de fans?

Ian me mira sonriente.

—Vuestras caras estarán por todo internet. Por eso le he dado la cámara a la chica del culo plano.

Ambas me dedican una mirada triunfal, a mí, la chica del culo plano, y le preguntan a Ian dónde se hospeda y si podrán llamar al servicio de habitaciones.

Es entonces cuando se nos acerca un tío enorme de raza blanca luciendo un sombrero tipo fedora. ¿Un fedora? ¿Está de coña?

Lleva las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos de una gabardina que en realidad debería llevar el cuello de leopardo si es que quiere completar el disfraz.

—Tif, Am, ¿os está dando algún problema este tío?

Tiffany y Ambrosia casi se caen al suelo correteando hacia aquel tipo. Las chicas lo cogen de un brazo cada una y le susurran al oído.

Él frunce el ceño ante lo que sea que ellas le están contando.

—Nunca he oído hablar de ningún Ian Jagger.

Me pego la cámara al pecho con la esperanza de que el tipo no se fije en mí. Mira a Ian con los ojos entrecerrados. Aparta a las chicas de un empujón y se acerca a él.

—He dicho que nunca he oído hablar de ti.

Ian se encoge de hombros.

—Sobre todo tocamos emo.

—¿Homo? ¿Tocáis música homo?

—No, emo. Algo así como punk, en plan angustia.

Sigue acercándose, con las manos todavía en los bolsillos, y se detiene a menos de un metro, delante de Ian.

—Así que tocas como un punky pringao, ¿eh? ¿Dónde habéis tocado esta noche?

Ian traga saliva.

—En una sala muy pequeña. Es probable que nunca hayas oído hablar de ella.

—Te he preguntado dónde habéis tocado esta noche, Ian homo-punk-pringao Jagger.

El tipo se acerca un paso más, de manera que ahora apenas los separan unos centímetros. Ian traga saliva. Sigo grabando aunque creo que ya tenemos cuanto necesitábamos. Es como si no pudiese parar. Tiffany y Ambrosia se acurrucan detrás de su chulo y cruzan miradas desorbitadas que les hacen parecer años más jóvenes.

—Parece que tenías interés en pasar un rato con mis chicas —dice el chulo. Su voz se ha vuelto más grave.

Ian sonríe.

—Solo estábamos charlando. Son guapísimas.

El chulo saca una mano del bolsillo para frotarse la barba de varios días del mentón.

—Sí que lo son. Sabes lo que te digo, también es divertido charlar conmigo. ¿Por qué no nos damos un paseíto, y charlamos?

—Eso suena fenomenal, pero me tengo que ir. Mis colegas del grupo se estarán preguntando qué me ha pasado.

—No te lo estoy pidiendo —susurra el chulo.

Ian me mira con cara de impotencia. Siento resbaladiza la cámara en las manos. Siento la tentación de guardármela en el bolsillo antes de que el tipo me la quite, pero no quiero perder esta escena.

—Quédate aquí —me dice Ian.

Por primera vez, el chulo dirige los ojos hacia mí.

—¿Está contigo? Qué mona. Que se venga también —le da un toque a Ian en el codo.

No sé si seguirles o si salir corriendo en dirección contraria. No nos puede perseguir a los dos a la vez, pero sí podría enviar a Tiffany y Ambrosia detrás de mí. Miro veloz a mi alrededor en busca de alguien a quien llamar.

En ese instante, un grupo de veinteañeros aparece a la vuelta de la esquina. Uno de ellos nos señala, y el resto saca el móvil.

Han llegado los Seguidores.

Por todas partes a nuestro alrededor, la gente nos graba en vídeo a Ian y a mí.

Mientras se acerca el gentío, el chulo frunce el ceño.

—Pero qué demonios…

Ian saluda con la mano a los Seguidores.

—Parece que unos cuantos fans más me han localizado. Debería dedicarles un rato a ellos, ya sabes.

Se mete en la parte más densa de la marea.

Yo retrocedo dentro del grupo y reconozco a una buena cantidad de ellos de la bolera. Sorprendentemente, ninguno parece molesto con que los dejásemos tirados. Y esta vez me da igual tener en la cara todas sus cámaras. Bajamos por la calle entre voces de ánimo y preguntas.

—Lo veréis todo cuando NERVE lo retransmita —dice Ian a la gente. Me coge el móvil y, con una carcajada, graba a nuestros Seguidores mientras ellos nos graban a nosotros.

El chulo y las chicas se quedan mirándonos con una expresión de perplejidad. Tiffany está llorando, como si se le hubiese escapado algo verdaderamente grande.

A mí también me dan ganas de llorar, de alivio. El buen ánimo de los Seguidores me envuelve como un escudo. Un escudo grande, bullicioso y bello. Con ellos, soy alguien. Estoy a salvo.

Siete

Llego a empujones al lado de Ian.

—Vale, ya te puedes meter en un autobús camino de Kentucky, de Kansas o de cualquier parte de los Estados Unidos, e irte de acampada.

Él se ríe.

—Ha estado genial lo que has hecho con esas dos chicas, aunque casi nos atraquen. Qué suerte que aún tenga el móvil.

Los Seguidores nos rodean, le chocan los cinco a Ian.

Él acepta sus felicitaciones:

—¡Chicos, os prometo que el vídeo va a ser una pasada, gracias a mi increíble compañera! Ahora tenéis que dejarle un poco de espacio para que ella pueda hacer lo que le hace falta. Si no, se acabó para ella.

Parecen decepcionados, pero simpáticos, y se quedan en su acera de la calle cuando nosotros cruzamos y nos dirigimos a la siguiente manzana, fuera del territorio comercial de Tiffany y Ambrosia, o eso espero. Ahora me aguarda la encantadora perspectiva de encontrar mi propio negocio.

Ian se pasea hasta un lugar que anuncia «Viciosas en Vivo». Supongo que aun con el millón de páginas porno que hay en internet, algunos tíos siguen prefiriendo la experiencia de un cara a cara en un cubículo asqueroso, lo cual nos viene muy bien a nosotros, dado que nos proporciona una franja de acera bien iluminada que llega casi a los diez metros.

Los tíos que hacen cola me miran, pero ninguno se acerca, ni siquiera cuando Ian les hace un gesto para que vengan. Decidimos que tal vez prefieran hablar de hombre a hombre o alguna otra mierda por el estilo. Me paseo cerca del bordillo de la acera mirando el tráfico, una mano en la cintura y la otra balanceándose en el costado. Con cada coche que pasa, cuyas luces me dejan temporalmente ciega, fuerzo una sonrisa con los labios apretados como si fuese a decir «premio» y saco pecho. Llevo el doble de ropa que Tiffany y Ambrosia juntas, pero yo jamás me he sentido más desnuda. Desde la acera de enfrente, a través del aire de la noche, llegan los rastros de algunas risas.

Será mejor que los Seguidores se comporten, o jamás completaré este reto.

Una vez he recorrido ya una manzana, me doy la vuelta para caminar despacio hacia Ian. Está charlando con los tíos que están haciendo cola y me señala con el dedo. Mi propio chulo. Los clientes potenciales, o eso creen ellos, me miran fijamente y se relamen, pero hacen gestos negativos con la cabeza. ¿Qué problema tienen? Tal vez, en la distancia, crean que soy una yonqui flaca que lleva manga larga para esconder las marcas de las agujas. O quizá los zapatos y la ropa les digan que no estoy de verdad en el negocio. Supongo que tendré que convencerlos. Aj. Aunque siento el estómago como si se me estuviese formando un nudo que nunca se podrá desatar, me dirijo hacia los tíos. Afortunadamente, los Seguidores tienen el buen sentido de guardar silencio.

Cuanto más me acerco a la sala del espectáculo porno en vivo, más detecto un olor ácido, como a sopa de repollo. Con un gruñido para mis adentros, me percato que proviene de los hombres. ¿Acaso tenía Ian que escoger a los pervertidos más malolientes de toda la calle?

Ian me llama con un gesto.

—Ven aquí, Roxie.

¿Roxie? ¿Es eso un nombre, siquiera?

—Eh, claro, Stone.

Me coge por la muñeca como si fuese mi dueño.

—Estos tíos no creen que vales lo que pides.

Me muerdo el labio.

—Tal vez tengan razón. Es mi primera noche, y estoy bastante nerviosa.

Un tipo con la cara fofa me mira con lascivia.

—¿Nunca has hecho esto? Bueno, eso explica esa ropa tan extraña.

¿Extraña? Me siento insultada, y después halagada. ¿Quién no querría estar fuera de sitio aquí?

—Esto es lo que me he podido permitir —digo sollozando—. La ropa de fiesta es carísima.

Me quedo mirando mis pobres zapatos planos tan impropios de una puta. Una sirena aúlla en la distancia. El tío se rasca el sobaco.

—Te doy cincuenta, pero es todo lo que tengo, y es más de lo que suelen pedir las chicas por aquí.

Levanto la cabeza y le pongo ojitos a Ian.

—No estoy segura de poder hacer esto, por mucho que mamá necesite esa operación. Déjame coger un poco de aire, ¿vale? —esto último es cierto, en realidad. Si no me aparto de ese olor me voy a desmayar.

—Claro, hermanita.

Ian me da una palmadita en la coronilla y vuelve a sus negociaciones con los tíos, como haría un buen hermano. Me doy otro paseo por el bordillo.

Unas parejas me pasan de largo, todas con la misma expresión, una media sonrisa y la mirada que se aparta veloz por parte de ellos, y un bufido de desprecio y una mirada más sostenida por parte de ellas. ¿Es que no se dan cuenta de que soy una de ellos? ¡Ahí va, si la última chica que me ha mirado con el ceño fruncido lleva la misma camiseta que yo!

No me puedo tomar esto en sentido personal. Se trata de interpretar un papel, y no tiene nada, absolutamente nada que ver con la vida real. Fuerzo una sonrisa a la siguiente pareja que pasa por delante y me quedo de piedra cuando me corresponden. Entonces, el chico viene corriendo a mi lado y me rodea con el brazo.

—Oye —le digo mientras trato de escabullirme de él.

La chica nos saca una foto mientras él me tira de una de las coletas y susurra:

—Lo estás haciendo muy bien, Vee.

Lo aparto de una bofetada.

—Quítame las manos de encima, pedazo de asqueroso.

Ian corre hasta nosotros y amenaza al tío con partirle la cara, pero su novia y él se limitan a reírse y a largarse corriendo por donde llegaron. Cuando Ian arranca detrás de ellos, yo lo sujeto.

Respiro hondo.

—Olvídate de ellos. Tenemos que centrarnos en el reto.

Parece indeciso, pero, después de valorarlo durante unos segundos, me escucha.

—Si ves más Seguidores en plan acosador, chilla, ¿vale?

Acepto y vuelvo al trabajo. En cuestión de minutos, un coche frena y se detiene junto a la acera, justo delante de mí. Dentro hay un tío de mediana edad con las cejas espesas.

Sonríe.

—Pareces un tanto joven para estar aquí fuera solita. Mira cómo tiritas.

—Soy lo bastante mayor. Solo es frío.

—Mi coche tiene calefacción en los asientos. Puedo llevarte.

Me quedo allí de pie, esperando a que continúe. Por favor, que alguien grabe esto en vídeo. Yo misma lo intentaría con mi cámara penosa si no estuviera convencida de que eso asustaría a este tipo.

Da unas palmaditas sobre el volante al ritmo de una canción de música disco.

—Bueno, ¿te quieres subir?

—Mmm, eres majo, pero…

Ian pasa de largo con los brazos cruzados para poder sujetar la cámara sin que parezca que está grabando. Se sitúa hacia la parte de atrás del coche. Con un poco de suerte, cualquiera que pase pensará que es un chulo que le está echando un ojo a su chica.

El tío del coche no parece haberse fijado en Ian. Se frota la barbilla.

—¿Necesitas dinero para comer? A lo mejor te puedo ayudar.

—Sí, tengo hambre —arrastro la palabra «hambre».

Sonríe.

—¿Cuánto comes?

Me dan ganas de potar aquí y ahora, pero consigo decir:

—Mucho.

Se ríe.

—Pequeñita pero comilona. ¿Algo así como unos veinte pavos?

Abro los ojos de par en par.

—Mmm, como unas cinco veces eso.

Su sonrisa desaparece.

—Eres un pelín codiciosa, ¿eh?

Me froto la mano por la cintura.

—No. Solo alguien que está dispuesta a currárselo.

Arquea una ceja con pinta de oruga. No me quiero ni imaginar lo que se le está pasando por la cabeza.

—Eres absolutamente adorable, pero no puedo subir tanto, va contra mis principios.

Como si los tíos que van detrás de las putas menores de edad tuviesen principios.

—Qué lástima. Que pases una noche agradable.

Avanzo con un pavoneo. Mete la marcha atrás y hace que Ian retroceda a trompicones.

—Crees que estás buena de cojones, ¿eh?

Ya veo que esto no va a salir bien.

—No.

—¡Zorra! —grita, pisa el acelerador y echa humo hasta que se detiene calle arriba, junto a una chica con unas botas de tachuelas con unos tacones de más de doce centímetros.

Siento de chicle las rodillas. Primero las putas, y ahora este tío. No recuerdo que me hayan llamado «zorra» dos veces en la misma noche, nunca, ni siquiera en el mismo mes. Me tiembla el labio inferior.

Ian se acerca a mí y me aprieta el hombro.

—No dejes que te afecte. No es más que un capullo que no ha conseguido lo que quería. Esto lo vamos a hacer. Ya lo verás. Mientras tanto, estamos grabando unos vídeos magníficos.

Se aparta para colocarse en una posición cercana.

Trago saliva en mi frustración y observo cómo la chica de las botas de tachuelas charla con el tío de la ceja, con un montón de sonrisas y gestos de asentimiento. Con tantas fulanas dispuestas a trabajar por menos de cien pavos, ¿cómo voy a encontrar jamás un cliente? Resulta obvio que NERVE ha valorado este reto por la dificultad.

¿Qué me esperaba yo a cambio de un móvil nuevo con regalito extra?

Pasados un par de minutos, la chica da la vuelta con dificultad por detrás del coche para llegar hasta la puerta del acompañante. En el instante en que el tío no puede verla, el rostro de la chica se vuelve inexpresivo. ¿Qué estará pensando, que esa no es su verdadera vida, exactamente igual que yo me he estado diciendo a mí misma que esta no es la mía?

De repente me siento cansada y pienso que ojalá me pudiese ir a casa, darme un baño caliente y meterme en la cama. Miro el móvil mientras camino. Ningún mensaje nuevo. NERVE los debe de estar bloqueando. ¿No se dan cuenta de que necesito apoyo moral?

Estoy a punto de pedirle algo suelto a Ian para usar una cabina y así poder conectar con alguna voz amiga, asumiendo que sea capaz de encontrar algún teléfono que funcione y que no esté cubierto de algo asqueroso. Sin embargo, frena otro coche, y su emblema de Mercedes se detiene justo detrás de mí. Baja la ventanilla del asiento de un tío bien arreglado de treinta y tantos, con las patillas cuidadas y de facciones juveniles, el tipo de hombre que no necesitaría los servicios de una prostituta callejera. A saber lo que le pone a cada cual, digo yo. Apoya el brazo de forma que sobresale de la ventanilla y hace alarde de un reloj enorme que vale más que mi coche.

—Oye —dice y muestra unos dientes que brillan en la oscuridad.

Me sitúo justo fuera del alcance de su brazo y saco mi cadera dolorida.

—Oigo.

—No tienes por qué estar ahí fuera, ¿sabes?

Espero a que añada que debería subirme y disfrutar de los asientos calentitos de su coche. En cambio, dice:

—Sea cual sea el problema que te ha hecho pensar que esta es tu única salida, lo puedes solucionar de otro modo. En especial si dejas que alguien te ayude.

—¿Alguien como tú?

Sonríe.

—Estaba pensando en alguien un poco más poderoso.

Vaya.

—¿Te refieres a tres bandas?

Si me ofrece cien pavos por una orgía, ¿satisfaría eso el reto?

Sus labios se retraen en una mueca de asco por un segundo, antes de recobrar su sonrisa.

—Me estaba refiriendo a un poder más elevado. Mi mujer y yo nos dedicamos al ministerio espiritual para ayudar a las chicas como tú.

Me obligo a no salirme del personaje.

—¿A chicas como yo? Tú no sabes nada de mí.

—Sí sé que necesitas un sitio donde te puedas sentir segura. Si estás abierta a

disfrutar de una comida casera y a la oportunidad de charlar con otras jóvenes que han estado en tu lugar, puedes dejar la calle en este preciso momento.

Lanzo una mirada a Ian mientras pasa de largo con la cámara en alto.

—Es muy amable, pero estoy bien.

El tío del coche sigue a Ian con la mirada y saca la cabeza del automóvil para observarlo cuando él se sitúa en su puesto habitual de grabación, en lo que debería ser el ángulo muerto del conductor. Tiene que haber un poder superior cuidando de este tío si se dedica normalmente a desafiar así con la mirada a chulos de verdad.

Se dirige a Ian.

—¿Eres tú el responsable del bienestar de esta joven?

Ian se encoge de hombros.

—Somos amigos.

El tío extiende una mano.

—Me alegra oírlo, porque quiero llevarla a algún sitio seguro, donde pueda recibir ayuda. Estoy convencido de que no te importará, amigo.

Saludo con la mano.

—Eh, ¿hola? A mí me importa. Mira, gracias por preocuparte, pero estoy bien. Esto no es lo que parece. Solo estamos dando una vuelta.

Hace un gesto negativo sin que se le despeine un solo pelo de la cabeza.

—Lamento decirte que hay muchas jóvenes por ahí a quienes el peor daño se lo causan los hombres que dicen cuidar de ellas, sus supuestos amigos.

Señalo hacia la acera de enfrente.

—Si de verdad quieres ayudar a alguien, hay un par de chicas que se llaman Tiffany y Ambrosia a las que les podría venir bien. Pero su amigo parece un tanto peligroso, así que ten cuidado, ¿vale?

Me marcho y tiro del brazo de Ian hasta que llegamos a la siguiente manzana. El tío se queda mirándonos, pero al final arranca y se va.

Ian menea la cabeza:

—Por aquí hay locos de todo tipo.

—No parecía estar loco, y espero no haberlo mandado a que le hagan daño.

Me froto las sienes, con la duda de si he hecho algo noble o una idiotez.

Ian me coge por los hombros.

—No eres responsable de nadie de por aquí salvo de ti misma y, si quieres, de mí.

Qué lástima que la chica de las botas de tachuelas se largase con el tipo de la ceja. Parecía necesitar un poco de esperanza. Una vez más, doy gracias de que esto no sea más que un juego para mí. Lo cual me recuerda…

—Creo que es el momento de seguir con el reto —digo.

Él me guiña el ojo.

—Claro, podemos salvar el mundo después de llevarnos los premios.

Se aparta despreocupado y me deja sola una vez más. Miro hacia la acera de enfrente a los Seguidores y pienso que ojalá viese de refilón a Tommy, aunque me haya dicho que solo se inscribiría para ver el juego online. ¿Estará todavía echándome un ojo o se ha ido a casa asqueado?

Me paseo tranquilamente arriba y abajo mientras Ian trata de convencer a los tíos que pasan a pie. Unos cuantos coches más paran a mi lado, pero siempre es la misma historia: estoy pidiendo demasiado. Cuando se aleja el cuarto coche en diez minutos, no puedo evitar sentirme rechazada, aunque sean ellos los fracasados que tienen que pagar para echar un polvo.

Pasa otra ronda de regateos antes de que se acerque un Ford Taurus. Suspiro y aguardo a que se inicie la negociación.

Un tipo de facciones suaves baja la ventanilla.

—¿Estás sola?

Me muerdo el labio.

—Por ahora.

—Yo también. Es un asco la soledad, ¿eh?

Asiento. ¿Es siempre tan insulsa la charla de las putas?

Da unos toques en el borde de la puerta.

—¿Qué haría falta para cambiar nuestra situación de soledad?

—Cien dólares.

Arquea las cejas.

—Madre mía. ¿Y qué recibo por esa cantidad?

Este no me ha llamado puta codiciosa ni tampoco se ha largado aún. Buena señal.

Me paso un dedo por el centro del pecho.

—¿Qué querrías tú?

Suelta una carcajada grave mientras su mirada se desliza por mi cuerpo.

—Mucho.

Observo a mi alrededor y cruzo una mirada con Ian cuando pasa de largo con el móvil fuera. Me doy la vuelta hacia el tío del coche, sonriente, mientras Ian se sitúa en su puesto de grabación.

Pestañeo de forma exagerada.

—¿Aceptas, entonces? ¿Me pagarás cien pavos?

—¿Lo que yo quiera? —sus labios son carnosos y brillantes, como si se los relamiese mucho.

—Mmm-mmm.

Una mano velluda surge de la ventanilla para acariciarme la falda. Combato las arcadas.

Aprieta un botón para desbloquear la puerta del acompañante.

—Trato hecho, entonces. ¿Por qué no te subes ya?

Se inclina y se aparta para quitar una caja del asiento. Cuando se mueve su cuerpo, veo que algo reluce en el bolsillo del pecho. Joer, ¿era eso una placa?

—Mire, señor, solo estaba de broma. Perdone por la confusión —arranco hacia Ian y le grito—: ¡Corre!

Se oye un portazo a nuestra espalda.

—¡Volved aquí! ¡Alto!

El gentío se pone a dar voces en la acera de enfrente. Corremos a toda velocidad en su dirección, esquivando los coches. Los universitarios de la fraternidad se parten de risa, y los demás sostienen el móvil. Esta vez, sin embargo, no nos va a proteger ninguno de nuestros fans. Ian y yo nos dirigimos al sur y seguimos corriendo. Dudo que cualquiera de los Seguidores sea lo bastante estúpido para perseguirnos, no con un policía que cruza corriendo la calle con la pistola en la mano.

Ian y yo doblamos la segunda esquina. Los pies me están matando. El arco del pie se apoya fatal en las bailarinas planas.

Jadeo.

—No estoy segura de poder mantener este ritmo todo el camino hasta el coche.

Tres puertas más allá hay un hueco en cuyo interior me mete Ian. Contengo el aliento de manera instintiva, temerosa de los olores que acechan en un lugar tan obvio para que los borrachuzos pasen la noche. A pesar de la humedad, no hay rastro del olor que más temo. Nos arrimamos en las sombras, Ian contra la pared, y yo en sus brazos. Medio minuto después se acercan unas pisadas, y el poli pasa de largo enfurruñado, despotricando para sí. Detrás de él vienen dos chicos con cazadoras deportivas, grabándolo entre risitas. Vale, alguien ha sido lo bastante estúpido para seguirlo.

El corazón de Ian late con fuerza contra mi mejilla. Ninguno de los dos mueve un solo músculo.

—¡Venid aquí! —grita el policía a los chicos.

Por sus pasos, oigo que siguen las órdenes; hasta la risa se corta. Les exige los móviles, probablemente con la esperanza de borrar cualquier vídeo que hayan grabado antes de que acabe subido a internet. Tarde, mal y nunca, colega.

Cuando desfilan por delante del hueco, a uno de los chicos se le ponen los ojos como platos al creer habernos visto, pero en lugar de delatarnos para salvarse él, baja la cabeza. El policía también mira hacia nosotros, con los ojos guiñados, pero sigue adelante. No me atrevo a respirar hasta que sus pasos suenan lejanos, en la distancia. Cuando lo hago, reparo en el olor de Ian: como las montañas en una excursión al final del verano. Inhalo otra larga bocanada de él.

—Creo que lo hemos conseguido —susurra.

—Increíble —levanto la vista hacia él, aunque apenas puedo distinguir sus facciones.

Me acaricia la mandíbula con un dedo.

—Ian Jagger, ¿eh?

—¿No quieres ser una estrella del rock?

—Tú has sido la estrella del rock ahí fuera —me atrae más cerca de él, si es que eso es posible.

¿Me va a besar? Apenas conozco a este tío. Pero ya nos hemos enfrentado juntos a todo tipo de peligros. Eso tiene que contar de alguna manera. Y parece que me guarda las espaldas. Eso cuenta mucho más. Vale, tal vez su atención sea solo parte del juego. Pero ese cosquilleo que siento en la espalda parece real, sin duda.

Mueve el dedo de la mandíbula a los labios y traza suave con él su contorno. Nos quedamos allí respirando el uno el aire del otro, sintiendo el uno el pulso del otro.

Una luz se enciende dentro del edificio y hace que me separe de golpe de nuestro achuchón. La puerta de vidrio grueso junto a nosotros deja ver un vestíbulo mínimo con un sofá gastado y una hilera de buzones de correo. Un hombre de pelo cano baja cojeando una escalera, apoyado en una barandilla tallada de un modo enrevesado.

—Se acabó el recreo —le digo con toda la decepción de una alumna de secundaria que se vuelve hacia el aula.

Bajamos de puntillas los escalones, nos asomamos a ambos lados para asegurarnos de que el poli se ha ido, y vamos al trote hacia el coche con los dedos entrelazados sin mucha presión. No debatimos mi reto hasta que nos subimos al coche.

—¿Crees que contará? —pregunto.

—Qué narices, claro. Una oferta es una oferta, venga de un poli o no.

Espero que tenga razón. Mientras esperamos las noticias de NERVE, nos quedamos allí sentados y sonriéndonos el uno al otro. Cuesta creer que hace un rato, esta misma noche, me estuviera enfurruñando detrás de un telón polvoriento mientras veía cómo mi mejor amiga me daba una puñalada trapera. ¿Y ahora? Premios, diversión y tal vez algo de pasta. Pero lo que es más importante, un tío que está que te mueres y que me mira con muy buenos ojos.

Me encanta este juego.

Ocho

Ian arranca el motor y enciende la calefacción. Fuera, ha empezado a llover. ¿Llevan paraguas las chicas de la calle, o acaso la lluvia ni siquiera figura en su lista de reivindicaciones? Quizá la llovizna ayude a llevarse el hedor de sus clientes. Apoyo la mejilla en el asiento, feliz de no andar corriendo, tiritando o negociando con salidos más mayores que yo.

Ian adopta la misma postura que yo, de manera que ahora estamos cara a cara, a menos de treinta centímetros de distancia.

—¿Hasta dónde quieres llegar con esto?

¿Está hablando del juego o de algo más? Aunque la noche ha sido hasta ahora emocionante, tampoco es que suspire por someterme a lo que sea que se inventen los creadores de los retos de NERVE, que, sospecho, se trata de un cuarto lleno de tíos grasientos comiendo hamburguesas con queso.

No obstante, las palabras que salen de mis labios son:

—No tengo que estar en casa hasta la medianoche.

Me aparta un mechón de pelo de la frente.

—Podríamos divertirnos mucho en los próximos cincuenta minutos.

Me derrito por dentro como la espuma del café con leche. Cincuenta deliciosos minutos. O, espera, ¿está hablando del juego?

—Está bien divertirse —le digo con la esperanza de que me explique lo que tiene en mente.

Sin apartar sus ojos de los míos, desliza la cazadora para quitársela y se acerca más. El calor emana de su cuerpo y me atrae. Le paso una mano por el hombro, sorprendida por su tacto tan sólido, y más sorprendida por haber alargado la mano para tocarle sin pensármelo dos veces. Tal vez el juego me esté alterando el ADN en lo que al riesgo se refiere. El tamborileo de la lluvia en el techo del coche me produce un cosquilleo, una sensación de estar debajo de las sábanas. Se está bien aquí, con Ian, en este espacio tan acogedor. Realmente bien.

Así que, como es natural, es el instante en que nos saltan los móviles con una música

de trompetas. Casi doy con la cabeza en el techo. Nunca pensé que echaría de menos el tono de llamada con la voz del crío repulsivo. Abro la tapa del teléfono, pero no porque me preocupe lo que diga, sino para detener el ruido. El mensaje de NERVE está lleno de signos de exclamación.

—Me cago en la leche —dice Ian mientras leo.

Justo lo que yo pienso. No solo me he ganado el móvil nuevo, sino que la audiencia ha aumentado en siete mil Seguidores, lo cual añade mil cuatrocientos dólares de bonificación. Creo que me voy a desmayar.

Además de mis ganancias, NERVE deja pasar los mensajes entrantes. Una docena de Liv y otra de Eulie, primero con sus condolencias (Matthew sale perdiendo), después con asombro (¿De verdad eres tú esa?) y después con felicitaciones (¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Madre mía!).

Tengo muchas ganas de darle vueltas con ellas a todos los detalles de mi noche, del modo en que normalmente lo haría con Sydney.

Aun así, es raro que no haya ningún mensaje de ella o de Tommy, ni siquiera en plan «¿Pero qué haces?».

A modo de prueba, selecciono el número de Tommy y lo presiono. Su voz me llega con aspereza.

—¿Estás bien? ¿Por qué has tardado tanto en devolverme la llamada?

Mierda. Tendría que haberle enviado un mensaje.

—NERVE me ha bloqueado el móvil como parte del juego. Eres la primera persona a la que llamo. Jamás te imaginarías el dinero extra que he ganado.

Su resoplido me llena el oído de ruido estático.

—Más vale que sea una tonelada después de lo que te han obligado a hacer. En serio, ¿sabes a cuánta gente le pegan un tiro en esa zona de la ciudad? Y si te detienen, tendrás antecedentes.

La lluvia se intensifica en el exterior, con un trueno que retumba. La cadera sobre la que caí a las puertas de la bolera me empieza a doler de nuevo.

—No he llegado a hacer nada malo, en realidad. Todo ha sido fingido.

—Te has paseado buscando puteros, has negociado un servicio y has huido de la policía. Buena suerte cuando vayas a demostrar que solo estabas de broma.

Me río.

—Felicidades por tu título en *Ley y orden*.

Sin embargo, una punzada molesta en el costado me dice que tiene razón.

—Oye, te has llevado premios y te lo has pasado bien, así que lo dejarás ahora que has ganado, ¿no?

El jirón de un rayo lo ilumina todo a mi alrededor en color azul por un segundo.

—Claro. Además, se está haciendo tarde.

—Bien. Me alegro de que te vayas a casa antes de que las cosas se pongan más

peligrosas aún. No me fío de ese tal Ian.

Ese tal Ian me acaricia los dedos como si fueran un arpa en miniatura. Es tan agradable que se me erizan todos y cada uno de los pelos del brazo. Sus cuidados funcionan como una especie de acupresión que me calma el dolor de la pierna.

Ah, sí, sigo al teléfono.

—Ian ha estado genial. Te veo mañana para ayudarte a desmontar el decorado, ¿vale? Gracias por ser mi escolta en las rondas preliminares. Te lo debo. Adiós, Tommy, eres el mejor —cierro el móvil de golpe antes de que pueda seguir dando la lata.

Ian frunce el ceño.

—Creía que yo era el mejor. ¿Ya me estás poniendo los cuernos? Sus labios se curvan hacia arriba.

Mmm. ¿Siente que tenemos una conexión suficiente como para merecer siquiera la mención de los «cuernos»? Se muerde el labio de un modo que a mí también me da ganas de mordérselo. Si está jugando conmigo, es bueno. ¿Y por qué iba a querer jugar conmigo, de todas formas? Estamos del mismo lado.

Me suena el móvil con una canción de rock que reconozco de una serie de policías que ponen en la tele. Parece que esta noche no me libro de los Rolling Stones. Qué raro que el móvil de Ian no suene.

Se me arruga la cara cuando leo el siguiente mensaje.

Sus ojos se abren de par en par.

—¿De qué se trata?

Trato de entender lo que estoy leyendo.

—Este reto, mmm, es diferente.

—¿Cómo?

El calor del coche se disipa. Contarle esto a Ian supone explicarle ciertas cosas sobre mí. Algo así como la segundona de Sydney detrás de los focos. En cuanto vea a mi verdadero yo se habrá acabado el cuento de hadas.

Trago saliva.

—Tiene que ver con mi vida real.

Desde los dedos, sigue tocando el arpa subiéndome por el brazo. Una dulce música.

—En contraste con esto, tu vida falsa.

—Falsa no, algo así como más irreal, ¿sabes?

Su mirada es firme.

—Los retos son un juego, pero lo que pasa entre reto y reto no lo es. Para mí no, por lo menos.

—Para mí tampoco. Lo que quiero decir es que esta vez NERVE quiere que me meta con personas que no son unas desconocidas. Y, por alguna razón, no te menciona a ti.

Se encoge de hombros.

—Estoy seguro de que ya se inventarán algo para mí. Y ¿qué quieren que hagas?

Miro por el parabrisas.

—Que vaya al auditorio donde hemos representado una función del instituto esta noche. Yo me he encargado del maquillaje y del vestuario. Es igual, tengo que ir a la fiesta de los actores y enfrentarme con una amiga por un tema, y después tengo que hacer una crítica negativa sobre su interpretación.

La última parte me parece estúpida y cruel, sin más. Pero lo que no me cabe en la cabeza es cómo se ha enterado NERVE de que me he enfadado con Sydney. ¿Quién se lo ha contado? ¿Liv y Eulie? ¿Habrán pensado que me estaban ayudando?

Ian me desliza la mano por el brazo.

—Tampoco suena tan mal en comparación con todo lo demás a lo que te has enfrentado esta noche. Esas putas te podían haber sacado los ojos. Tu amiga no hará eso, ¿no crees?

Lo medito un instante.

—Qué va. Le va más el dramatismo que la violencia —suelto un resoplido sonoro —. Pero este reto me parece más difícil. Una cosa es hacer algo detestable delante de unos desconocidos. Estos son mis amigos —lo cual debería de ser teóricamente más fácil, pero en este reto nada me parece fácil.

Siento su mano cálida y suave contra la mía.

—Lo entiendo.

¿Lo entiende? Cuesta imaginarlo a él aturullado, trabándose al hablar delante de sus amigos. Aunque sí parecía nervioso cuando ese chulo se lo quería llevar a dar un paseo. ¿Y quién no?

—¿Me vas a contar de qué va ese enfrentamiento? —pregunta.

Suspiro.

—Un tío. Pero ya es historia antigua —sorprendente, qué rápido se han desvanecido mis sentimientos por Matthew.

Ian arquea una ceja.

—¿Y ese enfrentamiento derivará en una pelea de gatas? Di que sí, por favor, que yo mismo te pago.

Le doy un golpe en el brazo.

—No te hagas ilusiones. El tío no lo merece. Ya te lo he dicho, historia antigua.

No hay nada como un tío bueno para quitarte a otro de la cabeza.

—¿Cómo de antigua?

Miro el móvil.

—Unas tres horas.

Nos reímos los dos.

Su teléfono vibra. Lo lee con una expresión de desconcierto.

—Mi reto tiene dos partes, pero solo me envían la primera, en la que tengo que

hacer de figurante en el tuyo, básicamente.

—¿Qué tienes que hacer?

—Tontear con la tía más buena que haya allí.

Se me cae el alma a los pies. Otro golpe maestro para Sydney. ¿Cómo sabe NERVE cuál es la mejor forma de estropearme la noche? Enfrentarme a Syd mientras Ian tontea con ella sería un infierno hecho a mi medida. Pongo cara de asco. Entonces me doy cuenta de que solo será un infierno si decido llevarlo a cabo.

—Bueno, el reto da igual, de todos modos —le digo—. Lo dejo.

Se incorpora en su asiento.

—¿Por qué? No será peligroso. Podrás ver a tus amigos. Y no dejaré de deshacerme en halagos contigo, todo el rato.

—No, tú estarás demasiado liado tonteando con la tía más buena que hay allí —y ella se regodeará con ello.

Me pone una mano en cada lado de la cara.

—La chica más buena de allí serás tú, sin duda.

Estudio esos suculentos labios.

—No conoces a mi mejor amiga, la deslumbrante Sydney, protagonista estelar de la obra y de cualquier evento que se celebre en mi instituto —hala, ahora empezará a ver la verdad. Mi reconocimiento es la primera grieta en esta fachada de ensueño que hemos construido, más temporal que cualquiera de los decorados que ha hecho Tommy para la obra.

Su mirada cobra intensidad.

—Te he conocido a ti, y te prometo que tú eres más interesante que cualquier reina del dramatismo. Tontear contigo será el reto más fácil de la historia.

—Ja. Casi haces que suene tentador.

—Tú deberías saberlo todo sobre lo de ser tentadora.

Me quita una de las gomas elásticas del pelo, y después la otra mientras se inclina hacia delante, despacio. Una corriente eléctrica brilla por mi piel cuando nuestros labios se unen. Sus labios son tan exquisitos como parecen. Me podría hundir en este tío. Y lo hago. Pierdo todo sentido del tiempo mientras nos apretamos el uno contra el otro. Sabe a frutas del bosque, de esas de las que no te cansas. Me duele el cuerpo en los sitios justos, en todos ellos. Apenas soy capaz de recobrar el aliento cuando nos separamos.

Su voz es ronca.

—Venga, Vee. Tú serás el centro de este reto. Haré lo que haga falta para hacerte brillar delante de tus amigos. Cuando hayamos terminado allí, nadie se acordará de la reina del dramatismo.

Como si Sydney fuese alguien de quien te pudieses olvidar. Siempre ha tenido una enorme presencia, desde el primer día en el jardín de infancia, cuando llegó luciendo

una diadema y unas plumas de pavo real. Todos los niños querían jugar con ella, pero Sydney me eligió a mí como su confidente, la niña callada que se vestía a juego con el color de sus lápices y sus gomas de borrar. En aquella época vestía mucho de rosa y amarillo.

Pero aquel año, y todos los demás desde entonces, seguí sintiéndome especial por el hecho de que me hubiese elegido y valorase mi opinión. No es que no valore más la suya propia, no. Siempre dice tener un excelente ojo para las personas, y que supo desde el primer día que seríamos amigas de por vida. Yo he aceptado su amistad con agradecimiento, sin importarme que todos los demás me vean como su acompañante. Puede ponerse emotiva y ser mandona, pero siempre ha sido leal. Hasta esta noche. ¿Cómo ha podido ir Sydney contra mí?

Estudio los pómulos perfectos de Ian. Él responde pasándome por la sien un dedo que produce un temblor muy rico en lo más profundo de mí. ¿Quién se iba a imaginar que un roce tan leve pudiera ser tan agradable? Menudo subidón sería aparecer en el teatro con alguien que parece estar tan colado por mí. Por una vez, yo sería la que recibe el premio. Una imagen que es demasiado deliciosa como para pasarla por alto.

Hago cálculos. Podríamos llegar al auditorio en veinte minutos y salir de allí en otros diez. Con un poco de suerte, llegaría a casa a mi hora. Y si no, tal vez papá y mamá se hayan quedado dormidos viendo algún programa informativo de los que empiezan tarde.

Ian sonríe.

—Si consigo completar la primera parte de mi reto, el premio es una tarjeta regalo para el Gotta-Hava-Java. No querrás que me pierda algo así, ¿verdad?

—Estoy segura de que el dependiente te recibiría con los brazos abiertos.

—Nos recibiría. Tú serías mi cita.

Una cita. El futuro. Qué mágico suena. Su mención de un premio hace que me percate de que en cuanto que he visto el nombre de Syd en mi mensaje de NERVE, me he saltado el vínculo a lo que ganaría. Respiro hondo, abro la tapa de mi móvil y lo miro.

De golpe, me quedo boquiabierta.

—Oh, uau, si hago este reto, me llevo una sesión loca de compras en mi tienda de ropa favorita. Con un tope de tres mil dólares.

Con eso me compraría un armario nuevo entero. Seguiría siendo vintage, por supuesto, pero menos parco, y mucho más llamativo… no, llamativo no, que destaque. ¿Y por qué no? Soy la chica que ha completado dos retos en vivo esta noche. La gente me mirará de otro modo cuando vuelva a clase el lunes.

Él se me acerca.

—No hay desventajas, nena.

Dios, haría el reto con tal de seguir oyendo cómo me llama «nena».

—Pero yo nunca me he enfrentado a Sydney. No de este modo —retuerzo las manos

sin saber muy bien cómo continuar—. La mayoría de nuestras discusiones no son para tanto, ya que ella se suele salir con la suya. Cuando de verdad nos enfadamos la una con la otra, ella se pone en plan reality total, llorando y pataleando, y yo me quedo en silencio. Pero siempre hacemos las paces. Y nunca nos hemos peleado por un tío.

Lo que no añado es que tampoco serviría de nada: Sydney se pilla al tío que ella quiere, piensen lo que piensen los demás.

—Suena un tanto consentida. Y el tío por el que os peleabais, fuera quien fuese, suena a encefalograma plano.

Me río. ¿Estaría celoso Matthew si entrase allí con Ian? Le estaría bien empleado por tenerme engatusada las últimas semanas. Sydney entendería mi deseo de darle una lección, y también me respetaría por llamarle la atención por ir detrás de alguien que me interesaba a mí, aunque esto sea una manera dramática de hacerlo. Pero claro, ¿quién mejor que ella para apreciar el dramatismo? A lo mejor esta noche supone un punto de inflexión en nuestra amistad. Algo que equilibre las cosas solo un poquito.

Entre visiones de patriotas que exigen justicia, le digo:

—Vale. Hagámoslo.

Arranca el motor.

—Vee, Vee, Vee —canturrea con los ojos entrecerrados—, es tan…

—¿Tan qué?

Me mira, y siento que sus ojos me llegan hasta el alma.

—Muy Vee. Eso es lo que eres. Muy, muy Vee, Veeeeee…

Esas uves… Esos labios.

—Eres muy, muy tú.

En el semáforo, tira de mí hacia él y me ofrece un recordatorio de lo muy, muy él que es. Un coche toca el claxon detrás de nosotros cuando se pone en verde.

Más rápido de lo que me habría imaginado, nos encontramos en el aparcamiento. Hay al menos una docena de coches, pero no está el de Tommy. Lo habrá estado viendo y preocupándose por mí desde casa. Con un poco de suerte, si todavía lo está viendo, lo entenderá. ¿Cómo iba yo a saber que NERVE me plantaría un reto como este? Ahora que lo pienso, ¿qué atractivo tiene este reto para el público? Tampoco es que cualquiera de los Seguidores se vaya a poder colar en la fiesta: tal vez la señora Santana no tenga mucho de carabina, pero sí que echaría a los desconocidos en un santiamén. Quizá NERVE se haya montado todo un cuento sobre cuánto me gusta Matthew, pero que ahora también me gusta Ian. El público creerá que está presenciando un triángulo amoroso. Un poco torpe, ya que Ian será quien lo grabe en vídeo, pero si es así como NERVE prefiere gastarse el dinero, por mí fenomenal.

Bueno, a lo mejor no tan fenomenal. Ahora que estamos aquí, me estoy pensando mejor eso de que Ian vea a Sydney. ¿Cuándo me ha prestado algún tío más atención a mí que a ella? ¿Y si él no lo puede evitar?

Apaga el motor.

—Parece que la lluvia ha parado un poco. Deberíamos entrar corriendo antes de que vuelva a diluviar.

No hay tiempo para valorar las opciones. Cuanto más piense, más probable será que me eche atrás. Y ya estoy harta de eso. Me muerdo el labio inferior para que se ponga rojo y carnoso, el maquillaje de la chica pobre. Nos echamos las cazadoras sobre la cabeza, salimos del coche y corremos por la llovizna.

—Que comience el espectáculo, guapa —dice Ian, que me coge de la mano.

Fuerzo una sonrisa y respiro hondo una vez. Y otra.

Claro, que comience ya.

Nueve

Entramos por la puerta principal del auditorio y nos limpiamos con la manga la humedad de la cara antes de llegar más adentro. Una música de baile atruena a la par de unas risotadas. Cuando entramos en el salón principal, Sydney —aún vestida con un corsé lo bastante ajustado para asfixiar a la mayoría de los mortales— revolotea por el escenario con los miembros masculinos del reparto, gais y hetero, que van siguiendo su estela. Se ocultan corriendo detrás de una gasa que diseñó Tommy y yo ayudé a pintar. Dependiendo de cómo se iluminaba ese telón de gasa durante la obra, la vista desde el público cambiaba entre una pradera alpina y el crudo retablo de un cuartillo de interrogatorio. Ahora mismo está en el modo pradera, con Sydney en el papel de su más colorida mariposa.

Me rodeo con la cazadora como si fuera un capullo de seda y observo cómo mira Ian a los actores. ¿Están siguiendo sus ojos a Sydney?

Cuando la mirada de Syd se cruza con la mía, salta del escenario.

—¡Veeeeeeeee! ¡Te hemos estado animando desde aquí!

A pesar de sus tacones de diez centímetros, viene corriendo por el pasillo central y casi me tira al suelo con un abrazo tan fuerte que noto las varillas de bambú que lleva su vestuario.

¿Y esto? Si estaba enfadada después de mi reto de anoche, ahora debería estar furiosa. Tal vez esto sea una muestra pública de apoyo a su mejor amiga, algo que cuesta creer después de su traición pública con Matthew.

Se aparta, con lo ojos en Ian. Él me rodea con el brazo y extiende el otro para presentarse.

Ella se ríe y le enseña el móvil.

—Pues claro que sé quién eres. Todos lo sabemos. ¿Habéis visto las rondas del gran premio en Chicago? Un tío acaba de nadar en tripas de pescado.

Sydney hace un gesto a Jake, un chico casi tan bajo como yo, que sostiene una tableta. Alguien chapotea en el vídeo, y juro que huelo el pescado rancio. En cuanto termina el vídeo, salta un anuncio que flota por la pantalla. Es una imagen de una chica

que también nada en algo viscoso, solo que es verde y ella trata de respirar. Una ventana emergente reemplaza su foto con otra de una chica con coletas y una camiseta de vampiros, temerosa ante dos chicas que visten unos pantaloncitos pegados y llamativos. Oh, Dios mío.

Señalo la pantalla.

—No me puedo creer que estén usando fotos mías para promocionar el juego.

Sydney suelta un grito ante mi reacción.

—Pues créetelo. Bueno, ¿por qué estáis aquí? ¿Se ha acabado el juego? ¿Habéis decidido no arriesgar todas vuestras ganancias en la ronda del gran premio? Acaban de empezar una en Colorado

Ian baja el brazo y me achucha por la cintura, un movimiento que no se le escapa a Syd.

—Estamos en una especie de modo «esperar a ver». Llevas un maquillaje fantástico, por cierto.

Sydney se acaricia la mejilla.

—Sí, es que Vee tiene mucho talento.

Ian me presiona con la cara en el pelo por un instante.

—Sí, muy mucho.

Syd ladea la cabeza como si no estuviera segura de haberle oído bien.

Una parte de mí desea saborear el momento; otra parte de mí quiere acabar con esto de una vez. Ya. Preparada o no, abro la boca.

—Oye, Syd, hay algo que tenemos que hablar —ojalá pudiese decirle que esto forma parte de un reto.

Se arruga su frente.

—¿Algo como por qué decidiste seguir participando en NERVE? Creo que lo entiendo —guiña un ojo a Ian. ¿Pero de qué va? ¿Acaso cree que la vamos a recomendar cuando presente su solicitud el mes que viene?

Ian pasa de ella y saca el móvil como si estuviera comprobando los mensajes. Me mira y me lanza un beso sin apartar los ojos un solo instante hacia Sydney. Creo que me he enamorado.

Sydney se queda allí inexpresiva. ¿Algún tío ha pasado de ella alguna vez?

—Verás, Syd… —digo.

Suena un portazo procedente del fondo del teatro.

Tommy entra desfilando por la entrada principal. Sus ojos me atraviesan como rayos láser.

Una ola de culpa amenaza con engullirme. Le hago un débil saludo con la mano. ¿Qué está haciendo aquí?

Se pone delante de la cara una cámara de aspecto profesional. Tiene un micrófono en la parte de delante, como el cuerno de un rinoceronte. Oh, cielos, debe de ser

nuestro Seguidor oficial.

Me vuelvo hacía Ian, pero él tiene los ojos clavados en el móvil con una expresión de asombro. Traga entonces saliva y dice:

—Dile lo que tienes que decirle. Rápido.

Carraspeo y le digo a Syd.

—Accedí a participar en las rondas en vivo porque estaba enfadada contigo.

Ella se lleva una mano al pecho.

—¿Conmigo?

No puedo evitar sentirlo un poco por ella. Mi comportamiento y el de Ian debe de estar provocando que se cuestione la realidad tal y como ella la conoce.

Tommy se detiene muy cerca de nosotras para encuadrarnos a Sydney y a mí, debajo del micrófono. Una luz roja parpadea en su cámara como el latido de un corazón furioso.

Sydney entrecierra los ojos.

—¿Qué estás haciendo, Tommy?

Él se lleva un dedo a los labios.

Agarro a Syd del brazo.

—Vámonos detrás, a uno de los camerinos.

Ella se resiste.

—¿De qué va esto? ¿Por qué estabas enfadada? —su voz se ha elevado varios decibelios.

¿De verdad no lo sabe?

—Te lo diré cuando tengamos un poco de intimidad.

—Si quieres intimidad, tu novio no debería estar retransmitiendo esto —dice Tommy gruñendo.

La frente de Sydney se tensa. Trata de quitarle el móvil a Ian.

—¿Tú también estás grabando esto? ¿Es un reto? ¿Estáis haciendo esto para otro reto?

Ian se guarda el móvil en el bolsillo, pero en vez de responder a Syd, mira desafiante al resto de la sala, como si les estuviera retando a que se atreviesen a detenerme.

Trato de terminar con esta horrible misión.

—Mira, Syd, solo tengo que decir una cosa muy rápida, y después nos iremos.

Me digo a mí misma que esto no constituye una invasión de su intimidad. Tampoco es que ella se haya preocupado nunca mucho por la intimidad. Su página de ThisIsMe está llena de fotos en bikini.

—Me enfadé contigo porque fuiste a por alguien que tú sabías que me interesaba a mí —le digo en voz baja.

—Más alto —dice Tommy—. Tu público no te oye.

Sydney se cruza de brazos, lo cual solo le acentúa más el canalillo. Ahora que sabe que está en escena, no hay forma de saber hacia dónde irán las cosas, salvo que ella acabará quedando bien ante su público. Espera un minuto, es mi público.

Cuanto más rápido termine el reto, más probabilidades tengo de sobrevivir. O al menos de no desmayarme. Ya he empezado a ver puntitos.

—Tú sabes que me gustaba uno de los actores con quien compartías escenario —miro a Ian con la esperanza de que se haya dado cuenta de que lo he dicho en pasado, pero no parece que se esté fijando en mí. Su rostro está lleno de dolor.

Continúo de todas formas.

—Pero te has tirado a por él esta noche, en el último acto. El guión dice «beso», no «magreo».

Syd me mira con ojos desorbitados.

—¿Estás hablando de Matthew? —su bien entrenada voz llena el teatro.

—¿Qué pasa conmigo? —dice Matthew, que salta del escenario.

Cuando se une a nosotros, distingo tres tonos diferentes de lápiz de labios en sus mejillas y el aroma de, por lo menos, otros tantos perfumes. Este tío es una puñetera placa de Petri.

Levanto la mano hacia él.

—Matthew, no pasa nada contigo.

Alguien ha cortado la música. ¿La señora Santana? ¿Dónde está, por cierto? ¿Y dónde están Liv y Eulie? Ellas me defenderían, estoy segura. Todos los demás se nos quedan mirando, y algunos apuntan los móviles. Incluso Jake, el chaval que a veces me ayuda con el diseño del vestuario, sostiene su tableta en alto para grabar la escena. Debería estar acostumbrada a este tipo de atención esta noche, pero la penetrante mirada de las cámaras me quema en la piel como unos atizadores al rojo.

Me doy la vuelta hacia la gente.

—Vale, chicos, volved a la fiesta. Todo esto estará subido a internet dentro de nada.

Nadie se mueve.

Me froto las palmas de las manos, la una contra la otra.

—Da igual, eso es todo cuanto quería decirte, Sydney. Me marcho. Ah, y te has pasado de emotiva en la escena del interrogatorio.

Eso debería satisfacer el reto. Y, ahora que lo he hecho, ya no estoy superenfadada con ella. ¿A quién le importa Matthew?

Me agarra del brazo.

—Te voy a enseñar yo emotividad. Me acabas de acusar de traicionarte. No pensaba que siguieras en serio detrás de Matthew, no después de mis advertencias —se le han puesto coloradas las mejillas, lo cual le quedaría horrible a cualquier otra, pero a ella le realza su increíble estructura ósea—. Ya me has acusado antes de alguna estupidez, pero yo jamás te apuñalaría por la espalda. ¿No te has fijado en la fuerza con la que

Matthew me tenía agarrada en el escenario? No he podido separarme. ¿Ves este moratón? —se señala el brazo.

¿Matthew no la soltaba? La tenía agarrada con muchísima fuerza. Y el hecho de que él fuese quien le ha regalado las flores no significa que ella le correspondiese. Ay madre, la que he liado. Retrocedo.

—Oye, perdona. Mira, mañana hablamos de esto, ¿vale?

Sydney se abalanza hacia delante.

—No, deberíamos hablarlo ahora. Al fin y al cabo, para eso están las cámaras, ¿no?

Tiene los brazos en jarras, y me saca más de quince centímetros gracias a esos tacones de aguja que yo le escogí como parte del vestuario.

El teatro se ha quedado en silencio. Cuando miro a mi alrededor, los rostros y los móviles me observan con la implacable mirada de un jurado. Joer. La he cagado a base de bien. Sydney se queda allí, como una estatua, radiante, indignada. Como de costumbre, ella se impone.

—Estoy esperando una explicación, Vee —da golpecitos con el pie en el suelo.

Es como si todos los demás hubiesen adoptado la misma pose. Juro que ellos también están dando golpecitos con el pie en el suelo. El teatro retumba, acusador. Una vez más, yo soy la «quiero y no puedo», solo que, esta vez, mi condición de segundona está a la vista de miles de personas, ya no se esconde detrás del telón.

Es como si se parase el tiempo. ¿Cómo puedo retroceder a los deliciosos momentos en el coche de Ian, antes de que él presenciase esta total humillación? Qué lástima que Tommy también esté mosqueado conmigo. Si alguien pudiese inventar una máquina del tiempo, sería él.

Como último recurso, sacudo la mano derecha en el costado para llamar la atención de Sydney. Cuando ella la mira, utilizo la lengua de signos para decirle «Lo siento. De verdad. Deja que me vaya, ¿vale?».

Ella observa mi mano, y se ablanda su mirada. ¿Me dará un respiro? Tiene que entender por qué he pensado lo que he pensado, por qué he hecho lo que he hecho. ¿Quién me conoce mejor? ¿Y quién quiere protegerme siempre?

Contengo la respiración y signo: «Por favor».

Levanta la cabeza de golpe.

—Me debes una disculpa. Ahora.

Me acabo de disculpar en la lengua de signos. ¿Acaso quiere humillarme públicamente? Por supuesto que quiere. Venganza. ¿Cómo han acabado las cosas tan mal? Un ardor me llena el pecho.

—Tengo que irme.

Sus ojos se clavan en mí.

—¿Otra vez? ¿Después de haberme traicionado y de ofrecerme tu experta crítica sobre mi interpretación? —hace un gesto negativo con la cabeza—. Deberías haber

aclarado las cosas justo después de la obra. Fuera de cámara. Ni siquiera te has quedado lo suficiente para saludar a tus padres.

Se me corta el aliento.

—¿Mis padres?

Me chasquea la lengua un par de veces.

—Claro. Estaban increíblemente orgullosos. Hasta que han descubierto que te habías largado sin decirle a ninguno de nosotros adónde ibas. Buen trabajo, Vee.

Me puedo imaginar la cara de mis padres. Les ha costado mucho dejarme escapar a su vigilancia esta noche. Y yo estaba ansiosa por demostrarles que no tenían nada de lo que preocuparse. ¿Cómo les he podido fallar así? ¿Y cómo ha podido Syd meter a mis padres en esto? Este es el peor reto. Si no me hubiese inscrito en NERVE, habría estado aquí cuando vinieron mis padres, les habría mostrado que todo ha vuelto realmente a la normalidad. Pero lo he reventado todo por un móvil y un par de zapatos nuevos. Las lágrimas de frustración y de ira comienzan a recorrerme las mejillas.

Ian da un paso al frente.

—¿Ya estáis contentos, panda de gilipollas? —sin previo aviso, se abalanza sobre Jake y le quita la tableta—. Apaga eso antes de que te reviente.

Alargo la mano hacia el brazo de Ian.

—Jake no ha hecho nada.

Ian me aparta y le echa el aliento a Jake en la cara.

—Largo de aquí, pringao.

Jake retrocede corriendo con aspecto de ir a romper a llorar. Se tropieza con unas sillas en su camino hacia el escenario para unirse al resto de los actores.

Ian me coge la mano.

—Vamos.

No quiero irme con él si se está comportando de ese modo, pero quedarse aquí, donde todo el mundo me mira como si fuera una delincuente, parece aún peor.

Cuando desfilamos por delante de Tommy, él baja la cámara. Bajo sus ojos se han formado unos oscuros manchurrones.

—Otra magnífica interpretación.

Lo atravieso con la mirada.

—Tommy, espero que te estén recompensando bien por tu pequeña producción cinematográfica.

Él gruñe mientras juguetea con un cable.

—Tengo lo que quería.

Algo me empuja a detenerme y decir:

—Mira, para que conste, cuando hablé contigo pensaba sinceramente que se había acabado el juego para mí, pero me ofrecieron esto, y era demasiado jugoso para resistirse.

Arruga el gesto de la cara.

—Si esto es lo a lo que tú llamas jugoso, entonces no eres la chica que yo creía.

No soy la chica que yo creía, tampoco. No sé lo que soy. Salvo la persona que sigue a Ian al exterior del teatro con la cabeza baja.

Sydney llega corriendo hasta nosotros cuando vamos por el vestíbulo. ¿Habrá cambiado de ánimos?

Sin embargo, anuncia sin aliento:

—A pesar del cabreo tremendo que tengo contigo, no creo que debas irte con él. Deja el juego ya. Ese reto haciendo de puta ha sido peligroso de verdad. Y mira qué retorcido es este. ¿De verdad quieres irte con este capullo, después de cómo ha tratado a Jake?

Sydney lanza una mirada agresiva a Ian, que se da la vuelta con aspecto de estar absolutamente incómodo. Se ha evaporado toda la ira que ha mostrado hace unos instantes. ¿Será una especie de Dr. Jekyll y Mr. Hyde?

—Yo solo quiero irme a casa —digo.

Sydney se dirige a Ian.

—¿Podrías dejarnos un minuto? ¿Sin pegar a nadie?

Él suelta un resoplido sonoro y sale al exterior. Sydney menea la cabeza.

—Ya sé que está bueno, Vee, pero en serio, ¿tengo que explicarte por qué no debes irte con él?

Una sensación de cansancio se apodera de mí.

—¿Qué crees que soy? ¿Una especie de mema descerebrada incapaz de cuidar de sí misma?

Sydney apuñala el aire con la perfecta manicura de su dedo.

—Te lo estoy diciendo como tu amiga, aunque tú no te hayas comportado como tal en los últimos minutos. Ese tío no trae nada bueno.

Suspiro.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Arruga la nariz.

—Has visto cómo acaba de amenazar a Jake. Y antes de eso, incluso, había algo demasiado, demasiado… mmm, que es demasiado perfecto.

La tensión me invade el cuello.

—¿Quieres decir demasiado perfecto para mí?

—Eso no es lo que quiero decir, ni mucho menos.

Pero lo es, puedo verlo en la expresión de su rostro.

—Buenas noches, Syd.

Salgo corriendo al exterior, a pensar. Quizá debería llamar a un taxi.

Ian está acurrucado debajo de la marquesina, que no sirve de mucho contra el viento y la lluvia. Su expresión es de tristeza, no de enfado, pero aun así no me quiero meter

en el coche con él.

Mantengo la distancia y le digo a voces:

—¿A qué ha venido lo de ahí adentro?

Ian da un golpe con la palma abierta contra la pared.

—Mi reto. Esos cabrones querían que me comportase de un modo que odio profundamente. Lo siento.

Aj, mierda, claro. Los del juego no nos iban a dejar escapar tan fácilmente. Me acerco a él y le doy un toque para señalarle el coche. Mientras corremos hacia allí, Sydney abre la puerta a nuestra espalda para gritar algo que desaparece en la brisa. Una vez dentro del coche, Ian arranca el motor y enciende la calefacción.

Su mandíbula sigue encajada.

—¿Crees que ese chaval, Jake, estará bien?

—Claro, tampoco es que le pegaras de verdad.

—Pero sí lo he humillado. Y lo he asustado. Créeme, a veces es mejor que te peguen en vez de eso.

—Sí. Menuda mierda de reto. Todos mis amigos me odian ahora.

Me coge de la mano.

—Quizá haya tenido algo bueno, que te has mantenido firme con Sydney. Y estabas encantadora con los puños apretados.

—Aj, ojalá hubiera alguna forma de meterse en la página de NERVE y borrarlo todo.

Miro el móvil. Faltan diez minutos para las doce. No voy a llegar a casa a tiempo ni aunque salgamos pitando hacia la bolera a buscar mi coche. Bueno, estar otra vez castigada no va a perjudicar exactamente mi vida social. La he liado parda.

—Deberíamos irnos —le digo.

Él asiente con un aire tan derrotado como el que yo siento, pero antes de que pueda mover el coche del sitio donde lo tiene aparcado, nos suenan los móviles con una musiquita suave de arpas y campanillas. No me quedan fuerzas para coger el mío. Este juego me ha destrozado la vida ¿y ahora pretende aplacar mis sentimientos con el soniquete de una música celestial? En cuanto esté en condiciones de hacerlo, le voy a mandar un mensaje a NERVE con un «Lo dejo» bien grande. Por ahora, hundo la cara entre las manos. De un momento a otro, un llanto enorme y horrible se apoderará de mi rostro como un tsunami y dejará charcos de rímel a su paso.

Pero el coche no se mueve. Y, pasado un minuto, Ian suelta un silbido.

—Esto no te lo vas a creer.

Diez

—Llévame a casa, solo eso, por favor.

Con la esperanza de evitar un desplome, al menos hasta que llegue a casa, me obligo a pensar en una época en la que yo no era un completo asco: como cuando mi diseño de un vestido de baile de fin de curso reutilizable ganó la escarapela de plata en el concurso Fashion High. Sydney resplandecía de orgullo aquel día y me hizo prometerle que le diseñaría su traje de novia cuando llegara el momento. Sin embargo, estos pensamientos solo me recuerdan que, incluso en mi propio elemento, soy una segundona, nunca la estrella, jamás. Y que la leal ha sido Syd, no yo. Ian me ha visto ahora tal y como soy: una quiero-y-no-puedo sin nada de especial que orbita en la brutal energía de Sydney. Tampoco es que ni ella ni cualquier otro vaya a querer ser mi amigo después de esta noche.

Ian se inclina y se acerca tanto que noto su aliento en la oreja.

—En serio, mira esto —susurran esos labios perfectos suyos.

Me quito las manos de los ojos para encontrarme con su móvil delante, que reproduce un montaje de los retos que hemos soportado esta noche con un letrero que dice: «¡Mira a quién queremos para los retos del gran premio!».

A Ian le brillan los ojos.

—Se celebran en Seattle. Si los completo, ganaré mi propio coche y una pasta enorme para gasolina, lo suficiente para ir donde sea.

—¿Adónde tienes tantas ganas de ir?

Traga saliva.

—Se trata de la posibilidad de marcharse. La libertad.

—¿Qué quieren que hagas a cambio del coche? ¿Puenting sin la cuerda?

Se ríe.

—Esa es mi chica.

¿Su chica? ¿Y cómo es capaz de encontrar en mí algo divertido?

—Lo digo en serio. Los retos tienen que ser imposibles.

Se encoge de hombros.

—Enseguida lo descubriremos. Mira tu móvil a ver cuál sería tu gran premio.

—¿A quién le importa eso?

Sonríe lentamente.

—A ti.

Cierro los ojos. Tiene razón. A pesar de mi recién descubierto odio hacia el juego, siento curiosidad. Muy bien, NERVE me ha puesto delante las cosas que más deseo. ¿Qué creen ellos que me tentará después del desastre de un reto con Sydney? ¿Un pasaporte falso con un curso de idiomas en CD y la moneda extranjera correspondiente?

—Miraré lo que me ofrecen si arrancas hacia la bolera. Ya voy a llegar tarde.

Ian conduce mientras yo miro el móvil. Cuando leo el mensaje, se me va toda la sangre a los pies.

—Dios mío. No lo pueden decir en serio —mi voz es tenue.

—Sabes que sí pueden. Ya viste el vídeo de uno de los ganadores, que consiguió volar con el escuadrón de los Blue Angels.

Trago saliva. No queda ni rastro del nudo que tenía en la garganta hace un minuto, porque el asombro ha aniquilado mi desesperación.

—Estudiar en la escuela superior de moda con todo pagado.

—Mola.

Entra otro mensaje. Me tiembla la voz mientras lo leo en voz alta.

> Habéis demostrado que formáis un gran equipo.
> ¿Listos para el todo o nada?
> Este es el reto:
> • Id al Club Poppy y entrad en la suite VIP a las 0.30 (Recibiréis un plano).
> • Participad en una entrevista de cinco minutos.
> • Permaneced en la suite VIP durante tres horas y completad los retos del gran premio que se os darán allí.

Ian y yo nos quedamos mirándonos. En el exterior, la lluvia se ha convertido en llovizna y ha dejado diamantes de luz de luna en las ventanillas del coche. Quizá lo peor de la tormenta haya pasado.

Hago un gesto negativo con la cabeza.

—Me parece que es una discoteca privada. Al menos no nos están sugiriendo que vayamos a un matadero abandonado en el quinto infierno.

Sonríe.

—Suena como si te lo estuvieras pensando. Lo de la ronda del gran premio, no el matadero.

—La que me va a caer con mis padres es pequeña.

Ian se ríe.

—Te has enfrentado a una horda de vírgenes furiosas, te has hecho pasar por una fulana, has huido de un policía y has cabreado a tu mejor amiga, ¿y ahora te preocupa saltarte la hora de llegar a casa?

—Mi madre da más miedo que cualquiera de los anteriores.

—¿Qué es lo peor que te puede hacer?

Me quedo mirando al techo.

—¿Lo peor? Castigarme durante el resto del curso, para empezar. No estoy exagerando. Llevo castigada desde el mes de noviembre.

Se rasca la barbilla.

—¿Y la matrícula en la escuela de moda no suavizaría su ira? Lo único que tienes que hacer es recordarle lo bien que se lo podría pasar con tu padre y contigo con esos ahorros para la universidad que ya no necesitas. ¿Unas vacaciones en Fiyi, tal vez?

Me coge la mano con aire despreocupado, como si fuéramos una pareja mayor. Pero siento su piel eléctrica, nueva, contra la mía.

—Es más complicado que eso. Las cosas han estado bastante raras entre mis padres y yo durante una temporada —madre mía, ¿por qué no le cuento la marca de tampones que uso, ya que estamos?

Toma una larga bocanada de aire.

—A lo mejor te hace falta este reto. Para cambiar las cosas.

Me arde la piel, sensible, como si le estuviera mostrando demasiado, tal vez.

—Se preocuparán si no llego a casa pronto.

—Llámales con una excusa. Tu coche es viejo. Se ha averiado y yo te estoy ayudando a arreglarlo.

—Como si se fueran a tragar eso. Y aunque lo hicieran, vendrían a buscarme. La cámara de mi móvil será una mierda, pero estoy segura de que el GPS es de última generación.

—Vale, entonces tienes que decidir qué es mejor: volver a casa ahora, más tarde de tu hora, con un saldo para comprar ropa nueva y con un móvil, o volver a casa dentro de unas horas con todo eso y además el dinero para la universidad. Si acabas castigada, utiliza las horas muertas para trabajar en tu carpeta de proyectos o en lo que sea que necesites para que te acepten en el programa universitario más caro que puedas. Y no te olvides de los beneficios añadidos. Cuando tus amigos vean lo cojonuda que eres en la ronda del gran premio, se les olvidará la escenita con Sydney, es probable que hasta les parezca para partirse.

Para partirse. Seguro. Resulta obvio que me está diciendo todo esto porque cree que aún me necesita como compañera y quiere el coche nuevo. Me siento un poco presionada, pero, ¿quién podría culparle por intentarlo? De todas formas, aun sin sus empujoncitos, la idea de ir a la escuela superior de moda parpadea con luces brillantes

en mi cerebro, como un faro. Especialmente desde que una buena parte de mis ahorros para la universidad quedase esquilmada para pagar las facturas del hospital. Estaría arriesgando los premios que ya he ganado, por supuesto, pero ninguno de esos premios servirá de mucho para aliviar la tensión en mi familia ni abrirá la senda hacia un nuevo comienzo.

Me rodeo con los brazos.

—¿Qué crees que pasará en la sala VIP? No nos pueden hacer daño con miles de Seguidores, ¿no? —«a salvo en público», mi nuevo mantra. ¿Cuántos programas de la tele se han basado en esa idea para que sus jugadores no se maten los unos a los otros?

Ian da golpecitos sobre el volante.

—Podrían prepararlo para que alguien más quisiera partirnos la cara. Como esos tíos comprometidos con la castidad. Pero dudo que se les vaya de las manos. Quieren seguir atrayendo jugadores.

En un semáforo, miro por la ventanilla a un hombre que está paseando al perro. Cuando levanta la vista, se cruzan nuestras miradas. Con un leve sobresalto, el hombre cambia de dirección, tira de la correa y cruza la calle como si pensara que voy a salir y le voy a atacar. ¿De verdad tengo una cara tan horrible? Nadie ha tenido nunca miedo de mí. Jamás.

Unas suaves notas de piano surgen flotando de mi móvil.

> Hemos revisado los últimos vídeos de Ian y Tommy. Parece que el último reto te ha salido más caro de lo que nosotros creíamos. ¿Nos darás la oportunidad de arreglar las cosas? Si completas los retos del gran premio, añadiremos una entrevista con un agente de Hollywood para Sydney. Nuestra pequeña aportación a suavizar el resentimiento entre dos grandes amigas.

¡A Sydney le encantaría eso! Podría ser su gran salto, y sería mejor que cualquier otra cosa que yo pudiese conseguirle por mi cuenta. Es como si NERVE nos conociese a las dos de manera muy íntima. ¿Por qué debería sorprenderme tal cosa?

Aparece otro mensaje:

> ¿Estáis o no? Vuestro público aguarda.

Nuestro público. ¿Cuánta gente será? Es probable que el reparto y el equipo de la obra sigan viéndolo, aunque ya han presenciado lo peor bien de cerca. ¿O tal vez no? Necesito el consejo de alguien en quien confío, alguien que no se esté jugando un coche nuevo. Trato de llamar a Eulie, después a Liv, pero me bloquean las dos llamadas.

Entra un mensaje.

Esta decisión la tienes que tomar tú sola.

—No puedo llamar a nadie —me paso una mano por el pelo mustio—. Ni siquiera a mis padres para inventarme una excusa si quiero llegar más tarde.

Su mirada va y viene entre la carretera y mi rostro.

—Supongo que te tocará pedirles perdón después de que pase todo. Es decir, si es que decides ir a por ello. Depende todo de ti, Vee.

Todo depende de mí.

Me quedo mirando su perfil mientras pienso en voz alta.

—Tres horas en una cómoda suite en una discoteca, con miles de personas observando todos y cada uno de nuestros movimientos. Para pagarme la escuela de moda. Y tú te llevas un coche nuevo.

—Libertad para los dos.

—Claro, libertad y, tal vez, algo más. He sido una enorme decepción para mucha gente.

—Eso lo dudo. Eres demasiado compasiva. Mira cómo te preocupaba ofender a esos chavales de la castidad. Y cómo has querido rescatar a ese par de putas incluso después de que ellas hayan amenazado con ir a por ti. Tienes buen corazón, Vee. Y tienes presencia. No sé por qué la escondes cuando estás con tus amigos, pero yo he tenido la oportunidad de verla, y es sexy que te mueres.

Sus palabras son como un bálsamo. Sea cual sea su motivación. Aún no estoy segura de cuánto puedo confiar en él. Desde luego que no le puedo confiar mi vida, pero tal vez sí ciertas partes de mi cuerpo.

Me coge la mano mientras conduce y me besa los dedos.

—Así que ahora tienes que decidir sobre este reto. Lo entenderé si decides dejarlo. En serio.

Respiro hondo. Sin hacer nada más, me podría ir a casa con mil cuatrocientos dólares además de varios premios alucinantes. E Ian conservaría su valioso billete de autobús si es que tiene que dejar el juego a causa de mi decisión.

Pero si me salto por varias horas mi toque de queda y aguanto cualquiera que sea la mierda que nos aguarda en los retos del gran premio, entonces podría cambiar mi vida a base de bien. En lugar de regresar al instituto como una idiota que se peleó con su mejor amiga delante de las cámaras, seré alguien que lo arriesgó todo para ganar a lo grande. Todo el mundo sabrá que la morenita afable con pinta de cantar en el coro de la iglesia Pentecostal no es quien ellos habían asumido que era.

Soy alguien que tiene presencia. Que vale por miles de espectadores. Y más todavía, si hago los siguientes retos. Esta noche me ha enseñado a pensar a lo grande. O al menos a pensar distinto. Por lo que más quieras, si me he hecho pasar por una puta. Si soy capaz de hacer eso, ¿qué otra cosa es posible? ¿Presentarme a la audición de la

próxima obra? ¿Pedir un aumento en el trabajo? ¿Conseguir que Tommy no me odie? Podría disculparme con Sydney por meterla en el reto de esta noche, y aun así negarme a aguantar sus exigencias en el futuro. Y tal vez consiga por fin que papá y mamá crean que no traté de morir asfixiada en el garaje. Cualquier cosa es posible. Cualquier cosa.

Incluso otro reto.

—Cuenta conmigo —susurro.

—¡Sí! —detiene el coche a un lado y se inclina para besarme ligeramente en los labios, y después con más fuerza. Tengo sus manos por el pelo, por los brazos, por la cintura. Cuando se separa, siento los labios en carne viva.

—No te vas a arrepentir de esto —me dice—. Yo te guardo la espalda. Eso lo sabes, ¿verdad?

—Mmm-mmm.

Con Ian a mi lado, soy imparable. Somos imparables. Contengo la respiración y envío un mensaje a NERVE.

Ian arranca y le da la vuelta al coche. Nos agarramos las manos con tal fuerza que siento su pulso, fuerte y seguro. En cada parada, nuestros labios se juntan frenéticos. En una cosa NERVE tenía razón: ahora somos un equipo.

De camino, trato de enviar un mensaje de texto a papá y mamá con una excusa, pero NERVE me bloquea las comunicaciones, por supuesto. No hay mucho que pueda hacer al respecto a menos que pasemos por una cabina. Tengo que concentrarme en el premio. Escuela de moda, familia, futuro.

Tardamos veinte minutos en llegar al Club Poppy, un edificio de cinco plantas con una discoteca espectacular en la primera. El latido de la música se nos cuela en el coche cuando Ian localiza una plaza de aparcamiento en la que pone «VIP», cerca del lateral.

Salgo del coche para toparme con un aire frío y húmedo que me azota las piernas y una farola que parpadea en lo alto. A pesar de que hay mucha gente en la entrada principal, la vía del lateral del edificio, con el letrero «Sala VIP», está despejada. Por lo menos está cubierta por una marquesina que nos protege de la llovizna. Corremos por el callejón y nos encontramos con un portero descomunal que nos exige nuestros nombres mientras compara nuestros rostros con las fotos de su móvil.

Por fin, con un gesto de asentimiento y una sonrisita, nos abre la puerta.

—Coged el ascensor de subida.

Dentro, estamos a reguardo del viento, pero aún siento un escalofrío, incluso arrimada a Ian. Nuestros pasos resuenan huecos sobre el suelo de mármol de un vestíbulo de entrada con un vago olor a clavo. Se oye el débil golpeo del bajo y la batería procedentes de la discoteca. Me sorprende que no se oiga más alto, pero supongo que los invitados VIP disfrutan de paredes insonorizadas que les permiten escoger lo que quieren oír.

Ante nosotros hay un pequeño ascensor con un letrero en la parte superior que dice: «Bienvenidos, VIP», por si acaso se nos ha olvidado que hemos aparcado en una plaza VIP y hemos entrado por la puerta VIP. Nos metemos en el ascensor y nos encontramos con nuestro reflejo de cuerpo entero. Ya no parezco la risueña chica retro de antes. Unos borrones azulados me manchan la piel bajo los ojos. Ian también tiene mala cara, la mandíbula encajada. ¿Cuánto nos hará envejecer esta noche?

—No te asustes —susurra él.

Su aliento es cálido y me hace cosquillas en el cuello.

Subimos varias plantas antes de que el ascensor se abra en un vestíbulo lujoso en tonos rojizos y con los cálidos brillos de una iluminación de ambiente. A nuestra izquierda hay una puerta de un ascensor más grande con el letrero «Servicio». Aparte de esto, la única puerta que hay, justo enfrente de nosotros, es de una madera tallada con muchos adornos y que, sorprendentemente, no incluye ningún letrero que nos recuerde nuestra condición de VIP. Tiene el aspecto de algo salido de un castillo, de esos que tienen mazmorras. De repente, siento la tentación de dar media vuelta y largarme corriendo a casa.

Mi cuerpo debe de expresar mis inclinaciones, porque Ian presiona la mejilla contra la mía.

—Podemos con esto, Vee. Solo tres horas. Yo te protegeré —me besa en la sien y me aprieta el brazo.

Una calida sensación líquida me inunda el pecho. Tres horas a cambio de tres años en la escuela de moda. Más importante, la oportunidad de arreglar las cosas. Una vez asegurado este gigantesco primer paso en la senda de mi carrera, papá y mamá tendrán que creer que estoy mirando hacia el futuro. Y deberían creerlo. Sydney flipará con lo de ir a ver a un agente que, posiblemente, ponga en marcha sus propios sueños. Ya resolveremos lo relacionado con nuestra amistad: llevamos a cuestas demasiados años de confidencias y de buenos ratos como para tirarla a la basura. Sí, estos premios podrían suponer una diferencia enorme. Los puedo ganar por mi familia. Por mi mejor amiga. Por mí misma.

Tres horas. Menos de doscientos minutos. He visto películas más largas que eso. Con un gesto de asentimiento, enderezo los hombros.

Juntos, empujamos la pesada puerta.

Once

Entramos en una habitación pequeña, con la misma iluminación tenue del exterior junto a los ascensores. Los únicos muebles son un reluciente mostrador de recepción y tres butacas con unas mesitas auxiliares sobre las cuales hay algo que nunca se ve en público: ceniceros. Detrás del mostrador hay un pasillo largo en el que brilla la luz de una abertura, a unos diez metros de distancia. A nuestra derecha, en el vestíbulo, hay dos puertas con letreros iluminados que dicen «Ian» y «Vee».

Me vibra el móvil.

Entra en la cabina para tu entrevista.

—Hora de empezar a ganarnos nuestros premios —dice Ian.

Me besa y baja la cabeza para entrar en su cabina. La puerta se cierra a su espalda antes de que yo pueda distinguir nada más que una simple mesa y unas paredes de color verde pálido.

Entro en la cabina que dice «Vee». Huele a cedro y tiene percheros a lo largo de un lateral, lo cual indica que en la vida real esto es un guardarropa, sin embargo, esta noche está decorado como un camerino acogedor, con una deslumbrante mesa de tocador de madera de cerezo y una silla de cuero frente a un espejo bien iluminado. Me siento. Sobre la mesa, alguien ha dejado un sobre con mi nombre impreso con una letra decorativa. Dentro hay una tarjeta de cartulina gruesa, perfumada con lilas y rellena con una florida letra manuscrita. Muy a la antigua. La nota me dice que me arregle y que hay todo tipo de productos disponibles en los cajones. Abro uno de ellos para encontrarme con pilas de paquetitos de celofán, todos ellos con el logotipo de una marca de cosméticos que yo solo me regalo a mí misma en Navidad, y que están rellenos de unas dosis individuales de brillo de labios, sombra de ojos, rímel, lo que tú quieras. El siguiente cajón hacia abajo contiene una botella de agua y una bolsita térmica llena de compresas frías. Doy un largo trago de agua y me presiono una de las compresas sobre los ojos hinchados. Una combinación que me refresca de inmediato.

Llega un tintineo desde un altavoz minúsculo de color rosa que hay en la mesa, y una

voz femenina dice:

—Tienes tres minutos antes de que empecemos la entrevista.

Examino mi reflejo de manera objetiva, tal y como lo hago con cada actor con el que trabajo. Piel pálida, ojos cansados, pelo desgreñado. No me extraña que NERVE quiera que me arregle. Pero ¿qué papel voy a interpretar? ¿La arpía temeraria? ¿La víctima inocente? Si me pinto algunas heridas de guerra, a lo mejor atraigo más simpatizantes. Oh, joder. Voy a hacer de mí misma, nada más y nada menos.

Mientras busco los colores apropiados entre los paquetitos, siento cómo me sobreviene una cierta comodidad. Esto es lo que yo sé hacer. Me decido por una sombra de ojos de color gris, rímel y contorno básicos de color negro. Me empolvo un poco para equilibrar mi tono de piel y me doy brillo en los labios para perfeccionarlo. Doy con un cepillo muy chulo que se supone que te alisa el pelo con una especie de proceso de ionización. Su anuncio en la tele siempre me ha dejado un tanto escéptica, pero después de varios cepillados, tengo el pelo sedoso.

Me quedo mirándome. Es raro ver tu propia imagen como la creación final en lugar de ver la de otra persona. La minúscula cantidad de maquillaje ha hecho un milagro a la hora de ocultar las vicisitudes por las que he pasado esta noche. Me echo hacia atrás en la silla, satisfecha. Sin embargo, mi imagen se disuelve de repente, y el espejo se transforma en una pantalla vacía. Vaya. Aparece el rostro de una mujer, que salpica mis pensamientos con ese juego de la infancia del fantasma en el espejo al decir tres veces «Bloody Mary». No obstante, en lugar de un fantasma grotesco, esta mujer es quizá diez años mayor que yo, con el cabello oscuro, los ojos azules y una camisa arrugada. Me resulta familiar, y me desconcierta, hasta que caigo en que ese podría ser fácilmente mi aspecto en el futuro.

—Hola, Vee —me dice—. Soy Gayle.

Me percato de que hasta ahora, cuando había visto el juego, los locutores solo eran voces y siluetas en la penumbra, de fondo. ¿Verán a Gayle los espectadores? ¿Será ella el cerebro detrás de NERVE? Espera a que le cuente a Tommy que el juego tiene un rostro humano identificable y que no se trata solo de un ejecutivo anónimo con una cuenta en las Caimán.

Me aliso la camiseta.

—Hola. No creía que fuera a poder hablar con una persona de verdad.

Gayle se recoge el pelo detrás de la oreja en un gesto propio de una niña.

—Hemos pensado que haría que la entrevista fuese un poco más fácil.

¿Desde cuándo se preocupa NERVE por facilitar las cosas? Mi mirada recorre el cuarto, a mi alrededor.

—¿Dónde están las cámaras? Esto se está grabando, ¿verdad?

Sonríe y muestra unos hoyuelos.

—Va insertada en la pantalla. Creo que hay una cerca del punto donde tú ves mi ojo

derecho. Y sí, nuestros Seguidores podrán verte.

Guiño los ojos. Ahí está, los píxeles de la pantalla parecen un poco menos uniformes en la zona alrededor de su ojo. Maravilloso, los espectadores me han visto poner caras ante el espejo mientras me aplicaba el maquillaje.

Gayle cruza las piernas.

—Y bien, ¿qué te ha parecido el juego hasta ahora?

¿Por dónde empiezo? ¿Por su forma de alternar entre la oferta de un rato emocionante y la de arruinarme la vida?

—Ha sido más duro de lo que pensaba, pero en aspectos que no me esperaba.

—¿Como el reto con Sydney?

Parece que vamos directos al tema.

—Ajá.

—¿Te gustaría decirle algo?

Se me acelera el pulso.

—¿Está ella viendo esto? —pregunto, convencida de que esta mujer de NERVE conocerá la respuesta.

—No sabría decirte si Sydney se encuentra entre nuestros espectadores. Pero ¿y si lo estuviera?

Bajo la mirada a la mesa mientras medito qué decir, y después miro directamente al ojo derecho de Gayle.

—Le diría que siento haberle tendido una emboscada y que, cuando todo esto termine, nos hará falta tener una larga charla. Por cierto, chicos, le habréis pixelado a ella la cara al retransmitirlo, ¿no? Porque ella no ha firmado ninguna autorización.

Tampoco es que eso importe. Las personas que importan sabrán con quién estaba discutiendo.

La pose tranquila de Gayle permanece en su sitio.

—No vamos a perder el tiempo con aburridos detalles técnicos, ¿verdad?

En realidad, hay unos cuantos detalles técnicos que no me importaría discutir, como cuándo dejarán de bloquearme las llamadas o cómo se enteraron de que estaba enfadada con Sydney, para empezar. No obstante, sé que esta mujer no me dará ese tipo de respuestas, así que me quedo allí sentada con una expresión anodina.

Gayle descruza las piernas, se inclina hacia delante y apoya los antebrazos en los muslos.

—Hablemos sobre Ian. ¿Qué piensas de él?

Su tono de voz se ha vuelto íntimo, como si nos hubiéramos quedado a dormir la una en casa de la otra. Me recuerdo a mí misma que hay más de nueve mil espectadores. Probablemente muchos más.

Siento que se me sonrojan las mejillas.

—Es un tío genial.

—Nuestro público piensa que está que se te cae la baba, ¿tú no?

Me encojo de hombros.

—Tengo ojos en la cara.

Se ríe.

—Me tomaré eso como un «sí». ¿Crees que os enrollaréis después de esta noche?

¿Qué espera que le diga?

—No hemos hablado sobre ello —a menos que dijese en serio lo de llevarme al Gotta-Hava-Java. ¿Iba en serio?

—¿Os habéis besado?

Me incorporo.

—Mmm, eso es más o menos privado, ¿no te parece?

Esboza una sonrisita.

—Querida, hace mucho que dejamos atrás lo privado, ¿no te parece a ti?

No estoy segura de cómo responder, así que espero a que ella continúe.

—Entonces, Vee, ¿por qué te inscribiste en NERVE? Cierta gente podría decir que hacer algo como esto no encaja en tu perfil.

Su expresión de suficiencia hace que me ponga rígida. ¿Cómo puede nadie afirmar que sabe lo que yo haría o dejaría de hacer normalmente? De todos modos, después de todo ese dramatismo con Sydney y Matthew, debería resultar evidente por qué juego. ¿Qué más quiere que admita? ¿Que estaba harta de ser invisible?

Me inclino hacia delante y susurro:

—A veces es divertido hacer algo que se sale de tu perfil.

Gayle aplaude.

—Bravo, Vee. Todos estamos orgullosos de ti. ¿De dónde has sacado las agallas?

¿Las agallas o la imbecilidad?

—Pues no lo sé. Me limito a concentrarme en el reto sin pensar en el siguiente.

—Qué modesta. Por eso te quiere tanto tu público. ¿Te gustaría decirles algo?

Me aliso la falda contra el muslo. Esta es la primera vez que me voy a dirigir a todos los Seguidores directamente. ¿Qué le dices a miles de personas? Sydney lo sabría.

—Gracias a todos, en especial a los que se nos han unido en el reto de las putas. Nos habéis salvado el trasero.

—Sí que lo han hecho. Seguro que estás ansiosa por mover ese mismo trasero y empezar con el siguiente reto.

En absoluto. Solo por ganar el premio.

—Creo que estoy nerviosa más que nada.

Se ríe de nuevo.

—Nervios, eso me recuerda al nombre de nuestro juego, ¿no? Y qué divertido es. Esta noche has pasado por un montón de experiencias nuevas. Estoy segura de que esto

solo servirá para aumentarlas. Sin embargo, antes de que entres en la sala del juego, quiero repasar un par de cuestiones importantes.

Asiento.

Ella levanta el dedo índice.

—Primero, vas a jugar formando equipo con otros seis jugadores. Si uno de vosotros no completa un reto de gran premio, todos vosotros perderéis todos vuestros premios. Pero no te preocupes; habrá también varios retos iniciales para romper el hielo, que serán solo por diversión, y opcionales.

—Vale.

—La otra cuestión que hay que recordar es que si hacéis algo que viole la integridad de un reto, NERVE puede actuar en consecuencia para hacer que los futuros retos sean más difíciles.

—¿Violar la integridad del reto? ¿Qué significa eso?

Gayle hace un gesto de desdén con la mano.

—Básicamente, llevar a cabo el reto pero hacer algún tipo de trampa. No te preocupes, nosotros lo sabremos cuando lo veamos.

Eh, que yo soy la chica a quien le confían un pulverizador de vodka, así que la integridad no parece que vaya a ser un problema.

—Perfecto.

Le brillan los ojos.

—¡Maravilloso! Buena suerte, Vee. Ah, y a nuestros patrocinadores de productos de cosmética les encantaría que te llevases todo lo que te plazca. Tal vez quieras volver a arreglarte más tarde.

La pantalla se apaga y reaparece el espejo. Tengo la cara ruborizada y los ojos brillantes. ¿Todavía me están grabando? Qué pregunta más tonta. Los espectadores deben de pensar que tengo pinta de aturdida. ¿Y por qué me iba a hacer falta arreglarme más tarde? ¿Es que me voy a tirar más agua por la cabeza? Bueno, con agua o sin ella, estos productos son de calidad. Qué lástima que mi bolso siga en la guantera del coche de Ian. Lleno de paquetitos una bolsa pequeña de maquillaje.

—Gracias, patrocinadores de cosmética —digo al espejo.

Fuera, en el vestíbulo, Ian aguarda con el pelo recién peinado y señala hacia la habitación que hay más adelante por el pasillo.

—Deberíamos ir hacia allá.

Algo había en esa entrevista que me ha dejado una sensación de intranquilidad, a pesar de la bolsa de regalo de cosméticos que me he llevado. La falsa simpatía de la entrevistadora no ha servido demasiado para calmarme; justo lo contrario. Es probable que estuviera pensada para eso.

Me encojo de hombros.

—Supongo.

Ian me coge entre sus brazos.

—¿Te lo estás pensando mejor?

No lo de que él me abrace, eso no. Suspiro.

—Es un poco tarde, más bien, para echarse atrás.

—Aquí mismo está la salida.

—Perderías el coche. Yo perdería la escuela de moda, además de todos esos fantásticos premios.

—Bueno, aun así habremos ganado algo grande —me dice con una mirada tierna a los ojos.

Eso debería de haber sonado pasteloso, pero, viniendo de él, no es así. O también podría ser que esté ya demasiado colada.

Me besa en la coronilla cuando recuesto la cabeza entre su cuello y su hombro. Incluso después de las carreras y las peleas, huele a jabón de sándalo. Inhalo con fuerza. El reto son solo tres horas. Y mira a quién tengo por compañero.

—Vamos a jugar —le digo.

Codo con codo, dejamos atrás el mostrador de recepción. En cuanto estamos en el pasillo, surgen unas risotadas de la habitación iluminada, que está un poco más adelante a nuestra derecha. Me imagino que están jugando con la moneda a ver quién bebe, o al juego de la botella. Qué va, demasiado fácil. Es probable que NERVE haya invitado a Tiffany y a Ambrosia a darme una paliza. En un barrizal. Con navajas.

Salen unas voces de la puerta abierta más adelante, pero nada con un volumen suficiente para que lo distinga. En el lado izquierdo del pasillo que conduce a la sala hay una hilera de butacas, como si mandasen aquí castigados a los miembros del club que se porten mal. El lado derecho del pasillo está cubierto por un mural ornamentado que parece hecho de seda. Me detengo un instante a admirar las mariposas y las flores bordadas en los colores de las piedras preciosas. Es una tela propia del vestido de una emperatriz, y cien veces más detallado que la escena de la pradera que Tommy diseñó para la gasa de nuestra obra.

Ian me da un empujoncito para que avance hacia la puerta abierta, que está en el punto medio del pasillo. La única puerta que veo aparte de esta se encuentra en la otra punta del pasillo, y está cerrada. Cuando estamos a punto de llegar a la puerta abierta, donde parece que está toda la acción, Ian se detiene y susurra:

—Tal vez sea mejor que no dejemos que quien sea que haya ahí dentro vea que estamos, mmm, tan juntos. Nos convierte en un blanco.

¿Un blanco? Se supone que estamos todos en el mismo equipo, ¿no? Pero con NERVE nunca se sabe, así que estoy de acuerdo con el consejo de Ian, y echo de menos su calor cuando él se separa de mí. La cháchara del interior se corta en el instante en que pasamos por la puerta al interior de una sala de unos seis por seis metros. ¿Así que esto es una sala de juego? La mitad izquierda está despejada salvo

por una alfombra de un color rojo como el de una manzana de caramelo. La parte de la derecha está ocupada por varios sofás de dos plazas, dos a cada lado de una mesa larga de café hecha de cristal. En lugar de descansar sobre una base, está suspendida de unos cables metálicos. Alrededor de la mesa se sientan tres chicas y dos chicos, todos adolescentes.

—Hola —dice Ian mientras se dirige hacia el sofá vacío en el extremo opuesto de la mesa.

Yo les ofrezco una sonrisa, ocupo el lugar junto a él y meto la bolsa del maquillaje en un lado. El asiento rebota como si fuera un colchón de muelles. Trato de estabilizarlo, pero es como ir en una barca. Con cada rebote, el cojín resopla y me vuelve a hacer subir. Los demás chicos también cabecean allí sentados. ¿Por qué paga la gente un dinero extra por pasar el rato en una habitación tan rara como esta? ¿O es que NERVE la ha decorado especialmente para esta noche?

—Así que habéis decidido uniros a nosotros —dice un pelirrojo que tengo enfrente.

Tiene los bíceps excesivamente desarrollados y los mofletes caídos de alguien que le da a los esteroides. Uno de esos brazos voluminosos tiene cogida a una chica muy bronceada, de curvas exageradas y un centenar de pulseras que tintinean. La chica frota el pie descalzo por la espinilla del chico: debajo de una mesita de cristal no hay secretos.

En el sofá que hay a continuación se sientan dos chicas más, una blanca y la otra asiática, con no menos de cinco piercings cada una de ellas. Reconozco a la chica de raza blanca como la que robó todo aquel esmalte de uñas en el vídeo del reto preliminar. Está lo suficientemente arrimada a la chica asiática como para sugerir que ellas también están «juntas». Sin embargo, no hay forma de juguetear con los pies con esas botas de punta de acero. En nuestro lado de la mesa, un chico de piel oscura con el pelo supercorto y unas gafitas muy pequeñas se sienta con los brazos cruzados. No sé cómo se ha equilibrado en el centro de su sofá para que se quede quieto. Es mono al estilo de Tommy, más o menos, bien definido con un deje de friki, pero con él no hay ninguna chica, ni chico.

Ian se inclina hacia delante, agarrado al cojín del asiento para equilibrarse.

—Bueno, ¿creéis que nos van a mandar a algún Seguidor por aquí?

El chico de las gafas pestañea.

—Los Seguidores están ahí.

Señala hacia una cámara montada en la esquina del techo.

Examino el espacio que me rodea. Cuatro cámaras apostadas como halcones en las esquinas de la habitación. Entre las cámaras, unas pantallas negras cubren los noventa centímetros superiores de las paredes. La superficie debajo de los paneles está cubierta de un papel pintado en gris con mucha textura y unos dibujos geométricos en rojo. La única pared que tiene un aspecto ligeramente distinto es la que hay junto a la

puerta, que tiene el mismo diseño, pero es más brillante que mate, como si estuviera cubierta de pintura en lugar de papel. Sea como sea, parece caro, y feo.

Ian le ofrece una mano al chico de las gafas.

—Me llamo Ian.

El chico estrecha la mano de Ian.

—Yo Samuel.

Nadie más se arranca a presentarse. A lo mejor el reto consiste en hacerse el torpe en sociedad. Retuerzo una mano contra la otra.

La chica blanca de las botas pesadas, cuyos piercings consisten principalmente en imperdibles y tornillos, suelta una risotada. Menea los dedos delante de la cara.

—¿Tienes miedo, Velma?

Le pongo mala cara, pero si lo peor que tengo que aguantar en las próximas tres horas son insultos sobre Scooby-Doo, puedo con ello.

Ian hace un gesto con la barbilla hacia el pelirrojo y su novia de las pulseras.

—¿Cuál es el mejor reto que os han puesto esta noche?

La chica suelta una risita.

—La del sex shop, fijo. Teníamos que ir cogiendo cosas de la tienda y decirle a la gente lo que nos parecían —le hace un gesto al pelirrojo, moviendo las cejas.

Ian se ríe con ella. Yo sonrío, más o menos. Ayer, un reto como ese me habría parecido imposible. Ahora pienso que les resultó fácil salir airosos.

La chica asiática, que luce un mohicano rosa, arruga la frente.

—Mierda, ojalá nos hubieran puesto ese.

Su amiga le frota el hombro.

—Podemos ir mañana, bombón.

Trato de asentarme en mi sitio dejando el trasero muy quieto, pero el movimiento más leve provoca una oleada. Si esto es la sala VIP, ¿en qué tipo de agujeros meten a la chusma de la discoteca?

La mirada de Ian recorre la mesa.

—¿Os conocíais alguno antes de las rondas en vivo?

La chica de las pulseras mira a su chico.

—No. Esta noche ha sido una pasada. NERVE le da mil vueltas a todas esas webs de citas en lo de emparejar gente guapa.

¿Cuánto habrá investigado? Tengo que reconocer que NERVE lo ha hecho bien con Ian y conmigo. Todo lo que tenían para trabajar eran los datos de la solicitud, y cualquier información que hayan sacado de mi página de ThisIsMe. ¿Hablaron también con Liv y con Eulie? Cuando esto termine, voy a interrogar a mis amigos para ver quién ha dicho qué.

Ian se da la vuelta hacia Samuel.

—¿Y a ti? ¿No te pusieron una compañera?

Se encoge de hombros.

—Sí, pero era alérgica a la gelatina de lima.

Antes de que nadie le pueda pedir más detalles, suena el móvil de Samuel con un tono de llamada normal. No es justo. Después de leerlo, se levanta a cerrar la puerta. Cuando se cierra con un sonoro clic, se me tensan las tripas.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunta Pulseras.

Samuel sonríe.

—Porque NERVE me ha ofrecido una bonificación de cincuenta dólares.

El novio pelirrojo de Pulseras da un golpe con la palma de la mano sobre la mesa y hace que el tablero de cristal se balancee hacia nosotros. Ian lo detiene antes de que choque contra nuestras rodillas. ¿Es que no se puede quedar quieta ninguna pieza de este mobiliario?

El pelirrojo mira a una de las cámaras y abre los brazos.

—Eh, tíos, yo la habría cerrado por treinta.

Casi me espero que las cámaras asientan. En cambio, baja la intensidad de las luces del techo. Nos miramos los unos a los otros con expresión inquisitiva. Uno por uno, vamos sacando los móviles a la espera de ver quién se va a ganar los siguientes cincuenta dólares. Mi pantalla sigue en blanco.

Unos pitidos inundan la sala y provocan una nueva oleada de botes en los cojines al incorporarnos. Los paneles negros de las paredes muestran unas luces que se desplazan y parpadean como los de una máquina de *pinball*.

Las luces son reemplazadas por una imagen de Gayle, la mujer que me acaba de entrevistar, y un tío de treinta y tantos con la cabeza afeitada, una camiseta de un grupo indie y ese tipo de pendientes de aro que te causan daños permanentes en la oreja.

Juntos, nuestros presentadores gritan:

—¡Bienvenidos a los retos del gran premio!

En las pantallas se alterna su imagen con la palabra «¡BIENVENIDOS!» y los gráficos de unos fuegos artificiales y una música entrecortada que reconozco como la sintonía de la edición del mes pasado. El plano de la cámara por fin se centra en los presentadores, que se encuentran de pie sobre un pequeño escenario, rodeados de gente con una expresión de semidelirio que he acabado asociando con los Seguidores. El hombre presenta a Gayle y después se presenta él: Guy.

Apunta un dedo admonitorio hacia la sala de los jugadores.

—Reiteramos las reglas: ahora jugáis como un equipo, así que, si uno de vosotros lo deja, nadie gana ningún premio.

La chica de los imperdibles cierra un puño, mira desafiante al resto alrededor de la mesa y se detiene en mí.

—Si alguien se raja, voy a por vosotros.

De repente siento la necesidad de ir al cuarto de baño.

La cámara se desplaza a Gayle.

—Comenzaremos con unos cuantos retos para romper el hielo. Así que vamos a relajarnos y a pasarlo bien.

Tengo ganas de preguntarle al resto qué les han ofrecido como gran premio, pero me imagino que eso sería como preguntarle a alguien cuánto pesa o qué talla de sujetador usa, así que le digo a Ian en voz muy baja:

—Me pregunto cuántos espectadores habrá ahora.

Guy esboza una sonrisita en las pantallas en lo alto de la pared.

—Buena pregunta, Vee. Contáis con un montón de nuevos admiradores. ¿Tendrías la amabilidad de adivinar cuántos? Oh, convirtámoslo en un juego, ¿qué os parece? Quien más se aproxime ganará cien dólares.

Soltamos nuestros cálculos, que van desde los veinte mil (mi apuesta) hasta el medio millón (la apuesta del pelirrojo). Los presentadores cruzan una sonrisa antes de que Guy anuncie que ha ganado alguien que se llama Ty, que resulta ser el pelirrojo. Sin embargo, los presentadores no nos dicen cuál es la cifra exacta. Aun así, dado que la segunda apuesta más alta ha sido de cien mil, significa que hay muchísima gente viéndolo.

Eso debería de hacerme sentir famosa por los cuatro costados, pero lo único que soy capaz de preguntarme es cuánto estará pagando el público por ver a siete adolescentes en una sala VIP con el mobiliario inestable. ¿Y qué es lo que esperan ver?

Doce

Gayle aplaude con una falsa emoción.

—Muy bien, vuestro próximo reto para romper el hielo os llega de entre el público.

Su imagen es reemplazada por el parpadeo de un letrero que dice «¡MIRAD QUIÉN OS SIGUE!» junto con el tableteo de la sintonía. En la pantalla aparece un grupo de chicas apiñadas en un espacio reducido que parece la habitación de una residencia de estudiantes. Una chica de pelo largo con los ojos vidriosos lee en voz alta la pantalla de su móvil.

—Es el momento de unas presentaciones rápidas para empezar de un modo amistoso. Por cincuenta dólares de bonificación para cada uno, recorred la sala diciendo vuestro nombre y vuestra ciudad de procedencia —levanta el puño—. ¡Vamos, Lobez… ¡ —la imagen se corta.

¿Cincuenta pavos por decirle mi nombre a los demás jugadores? Demasiado fácil. Es probable que haya alguna trampa detrás de esto, pero no me la puedo imaginar. Las presentaciones podrían incluso ayudarnos. ¿No he leído en alguna parte que es más difícil tratar mal a alguien una vez que lo humanizas? Tampoco es que esta gente tenga pensado atacarnos. Quién sabe, tal vez pueda incluso hacerme amiga de alguno de ellos. No lo bastante coleguitas como para hacer juntos ningún tipo de reto pervertido, por supuesto, sino más bien para podernos reír de esto más adelante, en alguna reunión de antiguos jugadores de NERVE, como lo hicieron los de la edición del mes pasado en aquellos vídeos a modo de epílogo.

Damos vueltas a la mesa. La chica asiática del mohicano rosa es Jen. Su amiga, la que me amenazó si me rajaba, es Micki. Las dos son de Reno y hacen algunos comentarios socarrones sobre montárselo en vuelo, en el avión en el que NERVE las trajo a Seattle. La chica de las pulseras y adicta al bronceador es Daniella; ella y su compañero, Ty, son de Boise, y también los han traído en avión inmediatamente después de su último reto. Ya conocemos a Samuel, que vive en Portland.

Cuando me presento, Micki pone los ojos en blanco.

—¿Qué tipo de nombre es «Vi»? ¿Es que tus padres no tenían para inscribir el

nombre entero? —se ríe con Jen, Ty y Daniella.

Arqueo una ceja.

—¿Tus padres te pusieron el nombre de un ratón?

Adiós a las posibles amistades.

Presiento que los oxidados engranajes de su cerebro están tratando de maquinar una contestación, pero, antes de que puedan, lo paneles se encienden con los resplandecientes rostros de nuestros presentadores. Gayle le dice a Ty que abra una puerta en la pared del otro extremo, a su espalda, y que después abra el armario rojo (y solo el armario rojo) que hay dentro.

Ty se queda sentado.

—¿Cuánto me pagaréis?

Guy sonríe.

—Tus amigos y tú podéis coger lo que encontréis dentro del armario rojo. El primero que llegue, primero se sirve.

Ty pega un salto y examina la pared decorada en el extremo opuesto al mobiliario. No hay ninguna puerta a la vista. Encoge los hombros ante la cámara.

—¿Es una trampa?

Probablemente tenga más de test de inteligencia. En la pared, una de las espirales se enciende como el botón de un ascensor. Cuando Ty lo presiona, se abre una puerta deslizante. Giro la cabeza para comprobar la pared que tengo a mi espalda. ¿Cuántas puertas escondidas hay ahí? Por el número de espirales, podrían ser unas cuantas.

Daniella se levanta para apretarse detrás de Ty. Con un guiño a la cámara, le agarra el culo. Samuel se da la vuelta hacia nosotros y pone los ojos en blanco, lo cual me hace albergar alguna esperanza con él. Al menos me atrevo a imaginar que, si llegamos a las manos, él se quitará de en medio. Espera un momento, ¿por qué me estoy poniendo en eso, siquiera?

El espacio que la puerta nos deja al descubierto está repleto, de arriba abajo, de unas hileras de cajones de armario, cada uno de un color distinto. Ty tira del pomo del rojo que hay en lo alto, que se abre con el sonido de un frigorífico. Me incorporo y me estiro en un intento por ver qué hay dentro, y suelto un gruñido en mi interior cuando veo las botellas de cerveza. Si quieren que nos emborrachemos, eso no puede ser bueno. Por supuesto, Ty y Daniella lo celebran por todo lo alto como si hubieran descubierto un tesoro enterrado. Micki y Jen se les unen de un salto. Ty abre unas botellas y las pasa. Los demás jugadores brindan con gritos de «¡Salud!».

Un mensaje se desplaza por los paneles: «POR CADA CERVEZA QUE CONSUMAS, ¡OTROS CINCUENTA DÓLARES!».

Miro a Ian.

—¿Qué piensas? —susurro.

—Deberíamos ser sociables —me dice—, pero tenemos que mantener el control.

Asiento.

—Máximo una cerveza cada uno.

Nos dirigimos hacia el armario y, al pasar rápido por delante de Samuel, Ian se ofrece para traerle una a él también. Sin embargo, Samuel decide unirse a nosotros: es probable que no quiera ser el que da la nota. Ante el armario, Ian abre una cerveza y me la pasa. Examino la botella en busca de signos de manipulación.

—Ha sonado un pelín de gas cuando le he quitado la chapa —me dice.

La olisqueo. Huele a cerveza. Y estoy seca. Ahora bien, técnicamente, estaría quebrantando la ley. No es que eso me importe en la vida real, pero ¿a quién le apetece que le retransmitan haciéndolo? Le susurro a Ian mi preocupación.

Él se ríe.

—¿Cómo iba alguien a demostrar que esto no es zumo de manzana? Será lo que nosotros digamos que es.

Por supuesto. Doy un sorbito. Fría como el hielo y amarga. Definitivamente, no es zumo de manzana. La mayor parte de la etiqueta está en alemán, pero descifro que el contenido en alcohol es del seis por ciento. Era de esperar que nos diesen algo fuerte. Adiós a lo de mantener el juego dentro de la legalidad. Si a NERVE no le importa que beba un menor, ¿qué más nos pedirá que hagamos?

Ty y las demás chicas se juntan en un rincón, bebiendo como si estuviesen en una fiesta y contando historias de vomitonas inducidas por el alcohol. Estoy segura de que el público se está quedando con todas y cada una de sus palabras.

Ian me da un empujoncito hacia ellos. Aunque me parezcan detestables, capto la estrategia de Ian. No queremos que se formen grupitos, en especial si no nos incluyen a nosotros. Incluso Samuel parece captar la idea y se queda de pie cerca del grupo, mirándose los pies.

Examino a mis compañeros en el juego y me percato de que NERVE ha tratado de cubrir tantas bases como les ha sido posible en términos étnicos, de orientación sexual, fisonomía y quien sabe qué otras categorías más. Todo diseñado con tal de atraer a un enorme rango de perfiles demográficos, que diría Tommy.

¿Nos juntaríamos alguno con los demás si estuviéramos en el mismo instituto? Aparte de Ian y yo, claro. Los grupos sociales de mi instituto no son tan monolíticos como en otros lugares, pero la mayoría de la gente sabe dónde encaja. Aparte de Sydney, Liv y Eulie, yo charlo más con chicas capaces de distinguir el *Vogue* de la revista *W,* que parecen respetar mi look mezcla de vintage con un control presupuestario. Me siento cómoda con mis amigos, aunque siempre he envidiado el modo en que Sydney se mueve entre unos grupos y otros como si tuviera entrada libre. En el fondo, me pregunto hasta dónde sería la gente amable conmigo si no fuera con ella. Tal vez me tocará descubrirlo, después del fiasco del último reto.

Micki eructa y le muestra su botella a la cámara.

—La cerveza alemana mola.

Samuel carraspea.

—Quizá no deberíamos beber demasiado. Podríamos necesitar una cierta coordinación para los próximos retos. Solo digo eso.

Micki se ríe.

—Gracias, empollón, pero el juego va de echarle valor, no de jiñarse —de todas formas, su siguiente trago es algo más pequeño.

Ian levanta su botella.

—Propongo un brindis. ¡Por los grandes premios y por un montón de bonificaciones en metálico!

Todos lo celebramos y chocamos las botellas como si fuéramos una gran familia feliz. A lo mejor esto no es tan malo, incluso con la desagradable de Micki. La cerveza entra con mayor facilidad con cada trago, y un agradable murmullo me inunda la cabeza. Miro el móvil y se lo enseño a Ian. Dos horas y treinta y ocho minutos para el final. Siento un impulso descontrolado de ponerme a cantar la canción de las cien botellas de cerveza, pero tampoco quiero darle ideas a esta gente.

Ian me coge de la mano, lo cual potencia la sensación de calidez que se me está formando en el pecho.

—Podemos con esto —me susurra.

Le aprieto los dedos. De nada sirve fingir que solo somos amigos.

Ian trata de incluir a Samuel en una conversación sobre videojuegos. Yo no tengo mucho que aportar, pero intento mantener una sonrisa feliz de cerveza, inofensiva, en la cara. Tampoco es que suponga demasiada amenaza ni aunque me crezcan los colmillos.

Empieza a sonar una música tecno metálica, y las otras parejas empiezan a bailar balanceando las botellas. La segunda cerveza para cada uno de ellos… he llevado la cuenta.

La música se transforma en unos pitidos que significan que los paneles negros van a cobrar vida. «¡MIRAD QUIÉN OS SIGUE!». Aparece la imagen de dos chicos verdaderamente guapos y acurrucados el uno contra el otro en un sofá de terciopelo rojo.

Uno de ellos saluda con la mano.

—¡Hola, jugadores, aquí Houston! NERVE añadirá cien dólares a la bonificación de cada uno si bailáis todos.

Tanto él como el otro chico se ponen de pie y empiezan a dar saltos y a hacernos gestos de ánimo con el puño con una multitud de gente detrás de ellos.

No me importa bailar. Es más, me encanta. Pero hay algo en el hecho de que me paguen por hacerlo que me deja rígidos los hombros. NERVE se comporta como si fuésemos monos amaestrados que saltarán cada vez que les pongan un plátano delante. Vale, el juego va de eso, más o menos, pero aun así.

La música que suena en nuestra sala es la misma de Houston y, al parecer, que la de varias congregaciones de Seguidores, ya que cada panel de la pared muestra una imagen distinta de gente bailando, como si estuviéramos todos en una discoteca gigantesca. A mi lado, Ian balancea los hombros y las caderas y se mueve con tanta suavidad como es capaz un tío hetero. Incluso se agitan los brazos de Samuel de un lado a otro. Todos se me quedan mirando. Las cejas de Micki se arrugan para juntarse la una a la otra al tiempo que le dice algo a Jen. Ian sonríe, me coge la mano que tengo libre y me obliga a dar una vuelta. Tengo un instante de vacilación. ¿Quiero ser esa que rechaza un dinero fácil delante de todo el mundo? ¿Qué más da un baile? En especial si ayuda a que siga fluyendo el ambiente sociable. Empiezo a moverme en sincronía con Ian, sorprendida por la energía que cobra vida y me recorre la espalda.

Dejo que la música me envuelva y me río cuando me parece que algunos de los Seguidores me saludan con la mano, directamente a mí, desde la pantalla. Sube más y más el volumen de las melodías, y yo bailo con más y más libertad, sin preocuparme realmente por las cámaras. ¿Habría droga en la cerveza? Dejo la botella vacía junto a la pared y sigo moviéndome. Todos se retuercen y se ríen cuando nos chocamos unos con otros. Ha desaparecido, incluso, el ceño fruncido de Micki. Después de tres canciones o algo así, la música se ralentiza y me derrito en el pecho de Ian. Baja la intensidad de las luces hasta el brillo de unas velas, y las imágenes de las pantallas se difuminan hasta convertirse en simples borrones para darle a la sala un ambiente sexy. Mola. Si los retos siguen así, me las puedo arreglar. Mientras tanto, me acurruco contra Ian.

Por supuesto, NERVE no puede permitir que la cosa siga tan agradable. Se para la música, y nos alertan los ya familiares pitidos. Hasta que dejo de bailar no me doy cuenta de lo acalorada que estoy. Me levanto el pelo de la nuca, Ian me sopla sobre la piel húmeda y me pone la piel de gallina.

En lo alto aparecen Guy y Gayle.

—Bueno —dice ella con una sonrisa—, entre nuestro público hay quien dice que esos movimientos de Samuel no son exactamente lo que ellos llamarían bailar. Sin embargo, dado que este no era uno de los retos obligatorios, no le traerá consecuencias por nuestra parte —se ríe y prosigue—. ¡Llega el último reto de calentamiento! Hay cuatro puertas en la pared de detrás de la mesa y cada una de ellas da paso a un cuarto privado. Ocupadlas en cualquier combinación de participantes para jugar al «Cuarto Oscuro». Estoy segura de que no tengo que contaros las reglas —guiña un ojo—. El equipo, o el jugador, que ofrezca el espectáculo más entretenido a nuestra audiencia ganará quinientos dólares. El segundo se llevará cien. El resto solo se lleva el buen rato. ¡Que lo disfrutéis!

Ian me da un empujoncito.

—¿Vamos?

Está de coña, ¿verdad? Por muy divertido que vaya a ser hacer el tonto con él, lo más cerca de hacer de prostituta esta noche será el rollo fingido que ya hicimos antes. Los Seguidores ya nos han visto bailar, ¿no?

Me sacudo el pelo arriba y abajo.

—Dejémoslo para más adelante.

Me coge la mano y la besa.

—Vale.

Vuelve a sonar la música tecno. Qué romántico. Ty y Daniella empiezan ya antes siquiera de entrar en un cuarto. En serio, no quiero ni ver dónde le está poniendo las manos a la chica.

Pero sí tengo curiosidad por ver qué aspecto tienen los cuartos privados, así que me voy a la otra punta de la sala y presiono una de las espirales. Se desliza una puerta y se abre a un espacio lo bastante grande para una cama pequeña y una mesita de noche minúscula, nada más. Bueno, salvo los productos que haya en el único cajón de la mesita. Una luz tenue ilumina desde arriba, junto a un espejo en el techo. Me aparto un poco para que Ian se pueda asomar. Se ríe y me dice que al menos nos podríamos echar una siesta. Ja. Como si pudiera tumbarme a su lado y conseguir dormir algo.

Micki y Jen se mordisquean la una a la otra mientras se van dando tumbos hacia el siguiente cubículo. Antes de entrar, Jen le dice a Samuel:

—¿Quieres unirte?

Se diría que de verdad se lo estuviera pensando a pesar de la amenazadora mirada de Micki sobre el hombro de Jen. Finalmente, parece que la precaución se impone a la lujuria, porque Samuel hace un gesto negativo con la cabeza. Las chicas se encogen de hombros y cierran la puerta.

Ian, Samuel y yo nos volvemos a acomodar en nuestros sofás saltarines. Samuel saca su móvil y lo toquetea como si estuviera jugando a algo. La conversación con Ian ha debido de darle la idea de que esto es algo socialmente aceptable en una «fiesta». Bueno, por lo menos es más agradable que lo que está sucediendo a unos pocos metros de nosotros. Inclino la cabeza en el hombro de Ian y cierro los ojos para tratar de dar una cabezada mientras mis compañeros de juego se dedican al porno en directo.

Los paneles nos sorprenden con unos pitidos y salta una hilera de lo que parecen unas fotos policiales de cada jugador con un pie debajo que dice: «NIVEL DE APROBACIÓN DE LOS SEGUIDORES». Aj, joer, el mío es el más bajo con un veintidós por ciento. Samuel tiene un veinticuatro, y las *groupies* de Ian deben de estar votando, porque él alcanza un sesenta y siete por ciento. Micki y Ty encabezan la tabla con un porcentaje por encima del noventa, y Jen y Daniella se quedan entre medias. Me debería dar igual lo que piensan los pervertidos que nos ven, pero me arden las mejillas por la sensación de rechazo.

Ian me dice que no haga caso, qué fácil decirlo para él. Pasados unos minutos, se

abren de golpe las puertas a nuestra espalda, y cuando echo un vistazo rápido, enseguida vuelvo a mirar a la mesa de café mientras intento borrarme de la cabeza la imagen de la barriga de Ty. Los demás regresan a sus asientos, se ajustan la camisa y se limpian la boca con el dorso de la mano. Se ríen y señalan sus puntuaciones antes de que las pantallas se vuelvan a quedar en blanco.

Guy anuncia:

—Después de una reñida votación entre nuestros Seguidores, quienes han hecho un mejor uso del cuarto oscuro son Jen y Micki. ¡Bien hecho, señoritas!

Fijo que es la primera y la última vez que alguien llama «señorita» a Micki.

La cabeza de Gayle sube y baja junto a la de Guy en la pantalla.

—Muy bien, pandilla, se han acabado los retos para romper el hielo. Llegamos ahora a lo mejor, los retos del gran premio, que todos tendréis que completar para ganar vuestros premios —arquea una ceja—. ¿Preparados para el primero?

Algunos jugadores llegan a responder con un «Sí», como si a Gayle o a NERVE les importase.

Los presentadores se inclinan hacia delante y dicen al unísono:

—Todo lo que tenéis que hacer es una llamada de teléfono.

Trece

¿Una llamada de teléfono? Cuesta creer que una broma telefónica sea nuestra primera tarea para unos premios tan grandes.

Guy se encoge de hombros.

—Es fácil. Os daremos la señal, y vosotros haréis la llamada. Cada una durará apenas unos minutos. ¿Quién quiere ser el primero?

Por un instante, nadie se presenta voluntario, pero Daniella levanta la mano.

—¿Por qué no? Me encanta charlar por teléfono.

Gayle sonríe de oreja a oreja.

—¡Fantástico! ¡Un extra de cincuenta dólares por lanzarte a la piscina, Daniella! Tu llamada será a tu ex, Marco. Dile que todas esas veces en las que te acusó de engañarle con su hermano, tenía razón.

El bronceado de Daniella pierde parte de su lustre.

—Pero ¿cómo os habéis… ? Espera, pero si ya no hay nada entre Marco y yo, aunque haga esto.

La expresión de Gayle se vuelve seria.

—Haz la llamada o le costará el gran premio a todo el mundo.

Ty estrecha a Daniella con el brazo sobre sus hombros. No parece un gesto romántico. Los ojos de la chica recorren veloces la sala buscando ¿qué, una salida? Una vez ha quedado claro que NERVE no la va a sorprender cambiándole el reto o abriéndole la puerta de uno de los cuartos oscuros para que se esconda debajo de las sábanas manchadas, Daniella saca el móvil. El resto nos balanceamos, subimos y bajamos en esta locura de sofás y nos convertimos en parte del público, al menos por unos minutos. Aunque me siento mal por Daniella, una parte de mí siente curiosidad por ver cómo se desarrollará la llamada. Dios mío, pero ¿a mí qué me pasa?

Daniella se aparta del resto de nosotros, pero NERVE ha conectado de algún modo su móvil al sistema de sonido, probablemente a través de esa app metomentodo que nos han obligado a bajarnos, de manera que el tono de llamada en el lado de Marco se oye a la perfección por los altavoces de la sala, igual que un primer plano del rostro de

Daniella. Después de dos tonos, responde un chico.

—Mmm, hola, soy Dani.

Se oye música al otro lado de la línea.

—¿Qué pasa?

¿Será posible que no esté viendo el juego? Esta noche, Ty y Daniella tienen que ser famosos en Boise, ¿y él no lo está viendo? ¿Lo sabía NERVE antes de que se les ocurriese este reto?

Daniella pone voz de muñequita.

—Solo quería decirte que, cuando tú y yo estábamos juntos, también me veía con Nate. Tenías razón.

Parece como si la llamada se quedase en un ruido estático, y entonces estalla:

—¡So guarra, lo sabía!

Daniella sostiene el móvil tan lejos de su cuerpo como puede, lo cual no sirve para acallar los insultos y los tacos al otro lado. Llorando, grita a la cámara:

—¡Vale, ya lo he hecho!

Cuelga la llamada y mira a Ty, que tiene el ceño fruncido como si le hubiese engañado a él.

Aparece una imagen de Gayle ligeramente desenfocada. Su voz es amable.

—¿Lo veis? No ha sido tan difícil, ¿verdad?

A continuación nombra al resto de jugadores y hace que telefoneen a diversos ex y amistades con mensajes pensados para que se muera de vergüenza tanto el que llama como el que recibe la llamada. Ian tiene que ponerse en contacto con una ex novia y decirle que romper con ella fue la mayor estupidez que ha hecho en su vida, y que le encantaría que volviesen a estar juntos. La voz de la chica suena tan llena de esperanzas ante sus palabras que se me forma un nudo en el estómago.

Ian se seca el sudor de la frente después de la llamada.

—Espero que alguien le cuente la verdad antes de que tenga que hacerlo yo. Menuda mierda de reto.

¿Cómo ha encontrado NERVE a una gente a la que llamar que no estuviera viendo el juego? ¿Se las han arreglado para tenerlos ocupados con entradas gratis para un concierto o algo así? Estoy empezando a creer que su poder no tiene límites.

No tarda en llegar mi turno. Tengo que llamar a Tommy y decirle que sé que está colado por mí y enumerar tres razones por las cuales nunca estaremos juntos. Se me calma la respiración. Tommy no está colado por mí y sabe que estoy jugando. Es más, seguro que sigue viéndolo, así que puedo decirle lo que quiera, y él sabrá que todo son apariencias. Fiu. Quizá NERVE tenga limitaciones, al fin y al cabo, o tal vez, como hice el reto preliminar tan tarde, no les dio tiempo de montar todos sus malvados planes. Bienvenido el motivo, sea cual sea.

Tommy lo coge a la primera.

—Oye —le digo—, siento lo de antes.

Surge un pitido sonoro de los paneles de lo alto. «NO TE SALGAS DEL GUIÓN».

¿Qué? ¿Acaso no puedo disculparme antes de entrar en la conversación? ¿A eso se refieren con lo de la integridad del reto?

Prosigo con la llamada, aunque no he sido capaz de oír la respuesta de Tommy.

—Bueno, sé que más o menos te gusto, pero no hay forma de que podamos estar juntos, porque… mmm… porque somos demasiado parecidos. Ya sabes, trabajando siempre detrás de los focos y todo eso. Además, es que eres… demasiado intenso —lo es, ¿no? Todas esas horas y más horas haciendo y rehaciendo los decorados—. Y… de todas formas, yo nunca estaría a la altura de tus expectativas —uau, ¿de dónde me he sacado eso? Me debería haber hecho un guión mejor. Pero ya está. Tres razones.

Él guarda silencio tan solo un momento.

—Vaya, sabía que eras egoísta, pero esto lo demuestra.

Espera un momento, ¿por qué me dice eso? Él sabe que esto es un reto. Ah, ya lo pillo, solo me está siguiendo el juego.

—La verdadera razón por la que jamás podrías estar con alguien como yo —me dice — es que te odias demasiado como para estar con alguien que va detrás de ti por las razones apropiadas. Prefieres irte a por un tío que te menosprecia y te hace parecer una desesperada delante de tus amigos. Pensaba que eras diferente, más lista que el resto del grupo, pero ahora veo que se trataba simplemente de que no habías tenido la oportunidad de desarrollar ese verdadero yo miserable que hay en ti.

Tommy cuelga antes de que lo haga yo.

Me siento como si me hubiesen dado un puñetazo en el estómago. Una vez más, me han humillado delante de todo el mundo. Se acabó lo de que Tommy sea mi escolta. Ojalá me trague la tierra.

Ian me coge la mano.

—Está celoso y herido. ¿Qué esperabas?

No sé qué es lo que me esperaba, pero NERVE ya tiene lo que quería, de todos nosotros. Cabrones. Un solo reto de gran premio, con dos horas por delante para jugar, y estamos como un cuarto lleno de soldados asustados de los tiros.

Aparece Guy en la pantalla, con una cazadora y una corbata, pero sin sonreír.

—Muy bien, ahora que ya hemos hablado con nuestros amigos, es el momento de llamar a la familia.

Todo se vuelve un tanto confuso. No hay forma ninguna de que mis padres, que apenas son capaces de usar el mando de la tele, estén viendo NERVE. En mi mente se disparan las posibilidades acerca de cómo podría atormentarlos el juego.

Gayle carraspea.

—Todos tendréis el mismo guión en la siguiente llamada, pero cada uno de vosotros llamará al familiar más cercano de otro de los jugadores. El mensaje es simple.

Decidle que vuestro compañero se ha visto implicado en un accidente grave, y entonces colgáis. Eso es todo.

Oh, Dios; oh, Dios; oh, Dios. Imaginarme la cara de mis padres al oír ese tipo de noticia hace que me quemen los ojos.

—Yo no les puedo hacer eso —susurro.

Ian me coge entre sus brazos.

—Sí, es un asco. Y créeme, mi padre no es del tipo de personas a las que te apetece darle una mala noticia. Pero piensa en lo contentos que se pondrán los tuyos cuando vuelvas con todos los gastos pagados para la escuela de moda. Además, tienes un montón de amigos que te están viendo. Uno de ellos llamará a tu familia y les contará la verdad. Yo sé que mis amigos lo harán —se vuelve hacia la cámara más cercana—. ¿Verdad que sí?

Esto lo dice con una sonrisa, pero en sus ojos hay una tensión, como si temiese algo. Aun así, tiene parte de razón. Aunque Syd esté enfadada conmigo, ella no dejaría que mis padres creyesen que me ha pasado algo. Ni un solo minuto. Cogerá el teléfono en cuanto vea esto. Y también lo harán Liv y Eulie. Eso significa que mis padres solo sufrirán durante unos segundos a cambio de todo ese dinero para los estudios. Además, una llamada de una de mis amigas les explicará también por qué me he saltado la hora, así que este reto podría no tener ninguna desventaja, por mucho que acabasen castigándome, lo cual ya doy bastante por hecho.

Respiro hondo.

—Vale.

Dado que fui la última en el reto anterior, en este soy la primera en hacer la llamada. Me han asignado llamar al padre de Jen, cuyo número de teléfono aparece en los paneles. A pesar de su imagen de chica dura, Jen me mira con cara de preocupación. Le hago un gesto de asentimiento y pienso que ojalá le pudiese decir que no me voy a pasar con él, pero tampoco es que haya una manera amable de decirle a alguien que su hija ha estado metida en un accidente. Con un poco de suerte, sus amigos ahí fuera estarán al quite por ella.

El sonido que hago al teclear el número se reproduce por los altavoces como una marcha fúnebre. En cuanto lo coge el padre de Jen, le doy el mensaje y cuelgo cuando él está a medio responder con un «¿Qué?». Quizá el final tan repentino de la llamada le dé la pista de que esto es una broma. La broma demencial de un psicópata. Amigos de Jen, por favor, sacadlo rápidamente de ese sufrimiento.

El resto de las llamadas transcurre del mismo modo. Las uñas ya me han dejado unos surcos en las palmas de las manos cuando Ty hace la llamada a mi casa.

Cuando mi madre coge el teléfono, la voz de Ty adopta un aire de tensión como si hubiera estado llorando.

—Lamento informarle de que Vee ha sufrido un accidente muy serio.

Con una sonrisita, se mantiene a la escucha el tiempo suficiente para que el llanto de dolor de mi madre se oiga a través del teléfono y me impacte como un disparo en el pecho.

Sin pensar más que en su angustia, grito:

—¡Estoy bien, mamá!

En cuanto grito, Ty cuelga el teléfono. ¿Me habrá oído mamá? Cierro los ojos en una oración silenciosa. Oh, Syd, por mucho que me odies ahora, por favor, preocúpate por mi madre tanto como te has preocupado siempre por mí.

Un pitido de los paneles de la pared me devuelve al juego. Aparecen pantallazos de diferentes grupos de Seguidores que están abucheando. Y entonces es Gayle quien ocupa la pantalla. Con un suspiro de decepción, dice:

—Oh, Vee, y eso que eras tú quien creía que el karma no tenía efecto sobre ti.

¿Cómo? Entonces recuerdo el comentario que colgué antes en mi página de ThisIsMe.

Unas letras grandes y rojas se desplazan despacio debajo del gesto negativo que Gayle hace con la cabeza: «VEE HA VIOLADO LA INTEGRIDAD DEL ÚLTIMO RETO. ACTUAREMOS EN CONSECUENCIA EN EL MOMENTO QUE CONSIDEREMOS OPORTUNO».

¿Es eso, entonces, a lo que se referían con integridad? Espero a que me den alguna idea de cuál va a ser mi castigo, pero el panel se queda en blanco. Quieren hacerme sufrir con ello, por supuesto. A lo mejor me dejan castigada en una de esas butacas que hemos visto en el pasillo. O quizá me metan a empujones con Ian en uno de esos cuartuchos a enrollarnos. Pero tampoco creo que vaya a tener tanta suerte.

Aprieto los dientes. ¿Tendrá razón Gayle sobre el karma? ¿Me merezco algo de esto? Pienso en esa chica de las mejillas redondas y rosadas del grupo de jóvenes comprometidos con la castidad y en su dulce novio. Ian y yo les estropeamos su cita. Y quién sabe si ese tío que quería salvar a las putas habrá sobrevivido al chulo hacia el que yo lo he mandado. Joer, podría estar ahora en el hospital. Por lo menos, lo que le he hecho a Sydney no ha causado ningún percance físico. Pero tampoco impedí que Ian abusara de Jake. Y he aceptado participar en esta retorcida ronda del gran premio, que ha traumatizado a mis padres. En conjunto, esta noche he obtenido muchos más puntos negativos que positivos.

Es probable que el karma me quiera dar una buena patada en el culo.

Catorce

—Alguien se va a llevar una somanta —canturrea Micki.

Me recuesto de golpe en el sofá de las narices y dejo que me sacuda el cuerpo de un lado a otro.

—Cierra esa bocachancla —estoy segura de que es la primera vez que he utilizado ese término. Mira cómo se amplía mi vocabulario gracias al juego.

Micki se pone en pie de un salto.

—¿Qué me has dicho, guarra? Primero te pones a estropearlo todo, ¿y ahora me insultas? —empieza a dar la vuelta a la mesa—. ¿Te han puesto los del juego a hacer esto, igual que a esos Seguidores de Atlanta? Como seas una puta infiltrada…

Vaya. ¿Qué? ¿De verdad cree que trabajo para NERVE? Calculo la distancia que me separa de la puerta. Ella está más cerca. Fantástico, me van a dar una paliza como próximo número de entretenimiento.

Sin embargo, Ian se levanta y se interpone entre nosotras.

—Calma.

Micki saca su pecho plano y lo choca contra el de Ian.

—A mí no me digas que me calme, guapito.

Él le saca una cabeza, y no retrocede.

—¿Vas en serio?

Jen la llama desde el otro lado de la mesa.

—Vuelve aquí, nena. Es mejor que no espantemos a ninguno de los jugadores. Te quedarías sin esa Harley.

Micki me señala varias veces con el dedo.

—Que no me entere de que estás intentando sabotearnos, o te meto hasta que te entierre ese culo flacucho.

Pero ¿qué le pasa a esta chica, y por qué todo el mundo me dice esta noche que no tengo culo? Por lo menos vuelve a su lado de la mesa.

A pesar de que lo más inteligente sería guardar silencio, le digo:

—¿De verdad crees que me iba a aliar con esa gente tan retorcida que hay detrás del

juego? ¿Cómo sabemos que no eres tú una infiltrada a la que han metido aquí para que hagamos el imbécil y la cosa se ponga violenta?

—¿Quieres violencia?

Jen tira de la camiseta de su novia y le dice algo al oído. Sea lo que sea, hace que Micki se siente.

Ian se sienta a mi lado, encaja el rostro en mi cuello y me susurra:

—Creo que el reto de las llamadas de teléfono le ha dolido más de lo que está aparentando.

El primer reto del gran premio de Micki ha consistido en decirle a una chica que ha estado colada por ella durante años y que haría cualquier cosa con tal de estar con ella. La chica ha sonado un tanto asqueada ante la declaración, y a Micki se le ha puesto la cara roja como un tomate. En el siguiente reto, ha tratado de comportarse como si no le importase cuando Ian ha llamado a su abuela, que está en una residencia de ancianos, pero a Micki se le ha hinchado la vena del cuello como si estuviese a punto de reventar.

—¿Cuál crees tú que será mi castigo? —le pregunto a Ian.

—Lo único que sé es que nos pondrá los retos más complicados.

Me quejo.

—Porque lo que hemos hecho hasta ahora no ha sido lo bastante complicado, ¿no?

NERVE nos deja un minuto tranquilos, probablemente el tiempo de una pausa comercial, o tal vez haya otra ronda de gran premio en marcha. Naturalmente, los jugadores del lado opuesto de la mesa aprovechan el rato para ir a por otra cerveza. Mientras ellos sueltan eructos, yo me recuesto contra Ian y sueño con cómo sería estar con él fuera del juego. Él me susurra lo bien que lo estoy haciendo y otros cometarios sugerentes diversos que se vuelven más tentadores todavía gracias a la calidez de su aliento en mi oreja. ¿Quién necesita los retos para emocionarse cuando cada roce es eléctrico?

No obstante, mi fantasía es efímera. Gayle aparece en la pantalla para informarnos de que ya han terminado de preparar la siguiente ronda de retos. Se relame los labios.

—¿Todo el mundo preparado?

Nadie se molesta en mostrar entusiasmo salvo Ty. Todos sabemos que será una mierda. Miro el móvil. Una hora y cuarenta minutos para acabar.

Gayle junta las manos ante sí como si fuera a cantar un solo.

—El diseño de la siguiente ronda se ha personalizado para cada uno de vosotros. En la pared larga frente a la puerta hay cuatro salidas que conducen a unas salas especiales. Realizaremos esta ronda en dos tandas. Cuando oigáis vuestro nombre, dirigíos a la puerta que esté abierta.

En la pared, se abre la primera puerta. ¿Conducirá a otro de esos cuartitos oscuros para pervertidos? ¿O tal vez a un trampolín para saltar desde el tejado? Qué poco me

gustaría conocer a la gente que forma la clientela habitual de este sitio.

Guy aparece en la pantalla junto a Gayle y llama a Ian. Él me da un abrazo rápido y se dirige ante la puerta. Si está nervioso por ser el primero, no se le nota.

—Cuando se cierre la puerta —dice Gayle—, se activará un temporizador, y no se volverá a abrir hasta pasados quince minutos, salvo en caso de una alarma de incendio.

Una manera interesante de encerrarnos en nuestros retos y de hacer que la trampa se convierta por completo en cosa nuestra. Ian se encoge de hombros y cierra la puerta a su espalda con el probable deseo de acabar cuanto antes con lo que quiera que vaya a ser aquello. Yo tengo la misma sensación, aunque al mismo tiempo me da pavor cualquier reto en el que NERVE quiera tener la puerta cerrada. Sin embargo, el mío no es uno de los nombres que Guy anuncia en la primera tanda. Samuel, Micki y Ty entran por las siguientes puertas, y nos quedamos Daniella, Jen y yo.

Mientras nuestras parejas se encuentran fuera sometidas a tortura, o encerradas con ratas, las otras chicas y yo nos reunimos cerca del armario del refrigerio para compartir un poco de chocolate que había en el frigorífico con las cervezas. ¿Por qué no? Se me ocurre que nosotras somos la mitad débil de nuestras parejas. ¿Acaso es mejor aterrorizarnos a nosotras en la segunda tanda?

Jen mordisquea una onza de chocolate y se limpia un lado de la boca con la mano.

—Micki no es tan dura como pensáis. El juego la está afectando.

—O quizá esté mostrando su verdadero yo —le digo; no estoy dispuesta a dejarle pasar ni una a la compañera de Jen—. De todas formas, gracias por conseguir que se echase atrás antes. Es una locura que crea que estoy compinchada con el juego.

Arquea las cejas.

—¿Lo es?

Me quedo boquiabierta.

—Pues sí, del todo.

Me da un golpe en el brazo.

—Te estoy tomando el pelo. Si alguien es un infiltrado, es Samuel. Está demasiado calladito.

A Daniella le entra un escalofrío.

—A mí me da miedo la oscuridad. No creéis que nos obligarán a quedarnos sentadas, solas, en una habitación sin ninguna luz, ¿verdad?

Me estiro la falda.

—Ahora que saben lo que te da miedo, podrían hacerlo.

No es que esté intentando pasarme de mala con ella, pero alguien tiene que hacerle ver que utilizarán contra ella cualquier punto débil que muestre.

Sus hombros hacen como si se estremecieran.

Le sonrío.

—Pero no pasará nada malo. Si apagan las luces, trata de echarte una siesta y

recuperar fuerzas para el siguiente reto —qué fácil para mí decirlo.

Pone los ojos como platos.

—Ni loca. En cuanto cierre los ojos, meterán arañas o algo así. ¿Os acordáis de esa chica de la última vez, Abigail? Su mayor temor eran las serpientes, y mira lo que le hicieron.

Recuerdo ver el terror en la cara de aquella jugadora el mes pasado. Me decía a mí misma que aquellas serpientes no podían ser venenosas de ninguna manera. Si la chica conseguía relajarse, no le pasaría nada. Pero no se relajó, y la vi retorcerse. Por pasar el rato.

Jen coge un poco más de chocolate.

—Esa chica quería salir en el cine. ¿Creéis que todos esos chillidos eran de verdad? El juego no era más que una gran audición para ella. Incluso después, no deja de salir por todas partes en ThisIsMe. ¿Os enterasteis de lo que hizo la semana pasada, que saltó desde lo alto de una cascada delante de alguien que tuvo la suerte de grabarlo? Totalmente obsesionada con llamar la atención.

Cojo una lata de refresco.

—Eso es ir un poco lejos por un papel en una película. Y me han dicho que se borró del mapa después del último vídeo.

Jen se ríe.

—Menudo montaje publicitario es todo eso.

Comentamos los demás retos del mes pasado, destacamos los que fueron más emocionantes y comparamos los chismorreos que hemos visto en internet sobre lo que iban a hacer los antiguos jugadores. Tampoco es que le vaya a importar a nadie después de esta noche. Los únicos protagonistas que cuentan son los últimos.

Mmm. ¿Estoy pensando en mí misma como una de las protagonistas? Interesante.

Decido que al menos Jen y Daniella no están tan mal. Ojalá se hubieran enrollado con unas parejas decentes. Pero si lo hubieran hecho, dudo que estuvieran en la ronda del gran premio, ya que sus parejas parecen ser las personalidades dominantes. ¿Es Ian el responsable de que estemos nosotros aquí? ¿O acaso me he puesto tanto en ridículo que la gente quiere verme más?

Se abre de golpe la primera puerta con el sonido de una breve fanfarria de trompetas por parte de NERVE. Ian sale dando tumbos, con los ojos inyectados en sangre y las piernas temblorosas. ¿Qué narices? Corro hasta él para ayudarle a llegar a nuestro asiento.

Me sorprende sentir el temblor que le recorre la espalda.

—Pero ¿qué te han hecho ahí dentro?

Hace un gesto negativo con la cabeza.

—Me han recordado cosas que no quería recordar. Y cosas de las que no quiero hablar. Perdona.

Aquí, yo creía que éramos compañeros.

—Lo comprendo. ¿Quieres algo del armario?

Ian se mece hacia delante y hacia atrás con la cabeza entre las manos.

—Qué va, gracias.

¿Qué podría haberlo alterado de esta manera? Se abre la siguiente puerta y sale Ty paseándose con calma. Cierra el puño en un gesto de victoria y le exige una cerveza a Daniella. Sin embargo, tiene un extraño tic en los ojos, como si estuviera tratando de no llorar. Supongo que es posible intimidar incluso a un psicópata.

Micki sale por su puerta con los ojos vidriosos y grita.

—Al primer comentario que no venga a cuento, me va a dar igual que alguno se raje del juego, ¿me entiendes?

Finalmente, Samuel entra en la sala. Marcha con la cabeza baja, ocupa su sitio y se mira los nudillos. No puedo decir cuánto le ha afectado su reto, porque esa es una postura que ya ha adoptado varias veces esta noche.

Guy está en la pantalla, dando palmas.

—Muy bien, el siguiente grupo, arriba, arriba, arriba. La primera puerta es para Daniella.

Temblando, se dirige con paso lento y penoso hacia la puerta y se da la vuelta hacia nosotros para despedirse con un leve gesto de la mano antes de entrar en su reto. Yo soy la siguiente. Ojalá pudiese quedarme con Ian unos minutos. Odio dejarlo colgado estando así, tan vulnerable. Pero ¿qué puedo hacer? Le doy un abrazo, más para reconfortarlo a él que a mí misma, creo, y me dirijo hacia mi entrada.

El aire que sale por ella está helado, como si llegara directo del exterior. Entro por un pasillo con luces a lo largo del suelo que apuntan hacia una pendiente en un marcado descenso. Una vez dentro, cierro la puerta a mi espalda. Clic. Juraría que oigo el tenue tictac del temporizador, o tal vez sea una bomba. Sigo las luces por el pasillo, que lleva por lo menos a un piso por debajo de la sala del juego. En el fondo de la rampa, el corredor gira a la derecha, donde hay dos puertas. Las luces indicadoras se saltan la primera puerta y me conducen a la segunda. La empujo y entro en una habitación con una cúpula que luce roja en el techo e ilumina un espacio reducido en el que hay un asiento de cuero mirando hacia la pared de enfrente de la puerta.

La voz de Gayle parece llegar de múltiples puntos de la estancia.

—Siéntate y ponte cómoda, Vee.

Me deslizo en el asiento de cuero, y la puerta se cierra a mi espalda con un ruido sordo. ¿Qué es esto, una especie de atracción recreativa? Lentamente, un panel se desplaza hacia mi regazo, y en él se empiezan a encender unas lucecitas al tiempo que se desvanece la luz de la cúpula. Estoy prácticamente a oscuras, y eso hace que se me acelere el pulso. ¿Me habrán metido en el reto de Daniella por error? Es posible que a ella la hayan arrojado a un escenario con la ropa empapada mientras Matthew se ríe y

Sydney la acusa de ser una mala amiga.

El panel que tengo delante va cobrando forma según se me adapta la vista. Alargo las manos y me encuentro con un volante y los mandos de la pantalla a su lado. Es un salpicadero. ¿Qué es esto, un simulador de conducción?

—Abróchate el cinturón, Vee —dice Gayle, sin imagen alguna, todavía, que acompañe a su voz.

No me percato de que sus palabras son en realidad una instrucción hasta que repite la orden en un tono más firme.

—Vale, vale.

Toco el asiento a ambos lados hasta que encuentro un extremo del cinturón en mi cadera derecha y el otro en el hombro izquierdo. Tiro de él, me lo cruzo sobre el pecho y lo abrocho. Quizá este edificio tenga una montaña rusa o algo así. Es perfectamente posible, ya que hay tres plantas entre la discoteca y la sala VIP. Bueno, ya me he subido alguna vez a una de estas atracciones a oscuras. No eran mis favoritas, pero salí viva.

Ante mí, se definen los pequeños detalles, como las salidas de aire del salpicadero y la radio del coche. ¿Funcionarán de verdad? Se revela el resto de los detalles y forma una imagen coherente. Guiño los ojos para ver el instrumental y se me corta el aliento cuando me fijo en la pequeña pegatina que dice «¡SUBE EL VOLUMEN!» que hay en el mando de la radio. Es una reproducción de mi coche.

Frunzo el ceño y enciendo la radio. Suena una canción de música indie que yo llevo en mi reproductor, una que escucho muchísimo. ¿Quién le ha dado a NERVE los detalles de mis listas de reproducción? ¿Está Syd colaborando con ellos para devolvérmela?

Por debajo del salpicadero suena un motor que arranca, y mi asiento vibra con el ruido sordo y suave de un coche de verdad. Es un tanto agradable, la verdad. Tranquilizador. Tanto, que recuesto la cabeza en el asiento y cierro los ojos a pesar de que sé que será probablemente la señal para que NERVE suelte las arañas. Que lo hagan.

Me encanta la canción que está sonando, y la canto. La siguiente es aún mejor. Esto es tan cómodo como mi propio coche. Su diseñador de decorados ha prestado atención a los detalles, igual que hizo Tommy con nuestra obra. Hay, incluso, un tenue olor al humo del tubo de escape.

¿Humo? ¿En una habitación cerrada?

Mi cuerpo se incorpora de golpe. ¡Ni de coña! Aprieto el botón del cierre del cinturón de seguridad, pero no se abre. Cuanto más tiro de la cinta, más tensa parece que se pone. Y sube el volumen de la música.

Con un escalofrío, me doy cuenta de que esta banda sonora es la misma que sonaba aquella noche en mi garaje, que también había empezado de un modo muy plácido.

¿Cómo pueden saberlo? ¿O es que han sondeado a todos mis amigos sobre mis gustos musicales y han probado a ver si sonaba la flauta?

El olor se hace más intenso, parece, y se me atonta la cabeza. Esto no puede ser verdad. Es probable que alguien se esté fumando un cigarrillo al otro lado de la pared y esté echando el humo por una rejilla de ventilación para darme un susto de muerte. Y está funcionando.

Saco el móvil para pedir ayuda, pero no hay cobertura. A lo mejor las paredes están hechas de acero. Como una prisión. Esa idea solo hace que otro temblor me recorra el pecho. Sigo dando tirones del cinto, y entonces me percato de que debo de tener público. Claro que sí.

Levanto la cabeza unos centímetros, hacia donde me imagino que estará apuntando alguna cámara.

—¡Gayle, Guy, dejadme salir! —ya ha quedado muy atrás la preocupación sobre si esto viola o no la integridad del reto.

¿Es eso la risa de Gayle, que llega por los altavoces?

Y grito.

—¡Quien sea que esté viendo el reto, que llame a emergencias, ahora! Me están bombeando humo del tubo de escape y me siento mareada. No es una broma. Llamad a la policía y que vengan a la sala VIP del Club Poppy. ¡Por favor!

¿Me escuchará alguien? ¿O tal vez asumirán que ya me salvará otro, del modo en que te advierten en las clases de primeros auxilios?

—¡Sydney, Liv, Eulie, llamad todas a la policía! Os lo suplico. NERVE es un juego absolutamente retorcido.

¿Me verán? La emisión de NERVE debe de tener algún tipo de retardo para asegurarse de que los Seguidores solo ven lo que tienen que ver. Con los retos de Jen y Daniella produciéndose de manera simultánea, el plano del juego podría estar cambiando de una sala a la otra. Pero tampoco llegarán a hacerme daño, ¿no? Lo que pueden hacer tiene que tener un límite. Tiene que tenerlo.

Sin embargo, siento la cabeza cada vez más ligera. Hago acopio de todas mis fuerzas para tirar del cinturón de seguridad. Qué tenso está. Aunque todo esto no sea más que una enorme farsa, todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo se retuercen con tal de escapar. Me doblo hacia un lado y el otro y trato de deslizarme bajo la cinta que me cruza el pecho. El brazo y el hombro pasan por debajo, pero no hay suficiente espacio para la cabeza. Me retuerzo todo lo que puedo hacia la derecha de modo que mi cuerpo queda prácticamente tumbado sobre el asiento, y después me aprieto contra el cojín y muevo el torso como si bailase el limbo por debajo del cinto. Me produce un dolor agudo en el cuello, pero soy capaz de liberarme de la parte superior del cinturón de seguridad.

Me valgo del volante como punto de apoyo y sacudo la mitad inferior de mi cuerpo

de un lado a otro, hacia arriba, para salir del cinto del regazo. Pasados unos minutos, estoy jadeando, pero libre.

¿O no? Salto del asiento envolvente y estiro los brazos hasta que toco la pared de la parte de atrás del «coche». Está fría y lisa, como el mármol, o como una tumba. Tardo un momento en dar con el picaporte de la puerta, lo giro y tiro de él. Cerrado, por supuesto.

¿Van a dejar que me asfixie aquí dentro mientras lo graba una cámara? Tal vez esto sea uno de esos rollos del karma en los que te acaba pasando lo que te debía haber sucedido si no hubieses escapado de ello. ¿Acaso era mi destino morir en mi garaje? No, no, pensar eso es una locura. Ojalá no tuviera este zumbido y este mareo en la cabeza.

Aporreo la puerta.

—Dejadme salir.

Me doy la vuelta hacia la habitación y suplico a quien me esté viendo que me rescaten. El motor sigue ronroneando. La música sigue sonando.

Con la espalda contra la puerta, me hundo en cuclillas. ¿Es el humo más denso aquí abajo? No, espera, el humo asciende, ¿no? Estoy demasiado atontada para recordarlo. Apoyo la cabeza contra las rodillas y cierro los ojos, escocidos. Me arde hasta la garganta. Sea lo que sea lo que están bombeando, es más fuerte que el humo del tubo de escape de un coche. Cuando me quedé dormida en mi garaje, hace meses, no sentí lo más mínimo.

¿O sí? He tratado de bloquearlo con tantas fuerzas que jamás me he detenido en los detalles, la verdad, ni siquiera cuando quise recordarlo para contárselo a la loquera.

Pero ¿qué demonios tenía yo en la cabeza esa noche? Todo el mundo sabe que es peligroso quedarse sentado en un garaje con el motor en marcha. En algún momento se me debió de pasar por la cabeza la idea de parar el motor. Pero el asiento, la música y la calefacción eran tan acogedores… Y yo estaba mosqueada. Es cierto, me había enfadado con Sydney. Un pequeño detalle en el que no había pensado hasta ahora. Nos habíamos pasado horas repasando sus diálogos para una obra y, sin embargo, al final de la noche, en vez de darme las gracias, se quejó de que su vestuario la hacía parecer gorda. Un vestuario que ya le había arreglado, dos veces.

¿Estaba lo bastante enfadada como para suicidarme? Eso es ridículo. No obstante, quizá, y solo quizá, hice lo que hice con la esperanza de recibir un poco de atención. Eso también es una locura, aunque hay un minúsculo rinconcito de mi cerebro que se pregunta si hay algo de verdad en ello.

Doy un golpe con la palma de la mano contra el suelo de piedra. Este juego, esta especulación, es todo una mierda. Lo único que quiero es irme a casa a dormir, olvidarme de todo. Chillo, aporreo la puerta y me hago polvo los dedos. Estoy enfadada conmigo misma por meterme en este desastre, enfadada con NERVE por este

reto tan horrible, y enfadada con los Seguidores por no haberme salvado. Aparto de la puerta mi rostro acalorado y le muestro el dedo corazón de ambas manos a la estancia oscura. Si me van a hacer sufrir, yo les voy a dar guerra. Pero no voy a llorar.

Suena un clic en la puerta, a mi espalda.

Me levanto, pero me cuesta porque las piernas se me han quedado entumecidas. Cuando estoy en pie, giro el picaporte, y esta vez se abre. Empujo la puerta y casi me espero que el mundo exterior se haya convertido en otra película de terror.

Sin embargo, me encuentro de vuelta en el pasillo con las lucecitas a lo largo del suelo, como en un avión. El aire es frío, pero está limpio. Doy enormes bocanadas mientras subo por la rampa, hasta la puerta, la que me conduce de regreso a la sala con los demás jugadores. Se abre de golpe justo cuando llego ante ella.

Guiño los ojos en el resplandor de la luz, que no me había parecido tan intensa antes de marcharme para el último reto. Al otro lado del umbral me espera Ian con los brazos abiertos de par en par. Me tambaleo hasta ellos y dejo que me abrace.

—Lo has conseguido —dice.

Suspiro.

—Ni que tuviese elección —mi cuerpo y mi ánimo han claudicado. Si tuviera fuerzas, saldría por la puerta principal ahora mismo, pero apenas se me tienen las rodillas.

Ian debe de notarlo, porque prácticamente me lleva hasta nuestro sofá, donde me acurruco contra él con la esperanza de olvidarme del resto del mundo. Siento tan fuerte el latido de su corazón, tan seguro, tan vivo… cuando levanto la cabeza para echar un vistazo a los demás, que se han apiñado todos cerca del armario de la cerveza, me queda claro que Jen y Daniella están todavía peor que yo, si eso es posible.

NERVE nos pone más música tecno. Una mirada a mi móvil me dice que todavía nos queda una hora para acabar. ¿Cómo puede ser eso? No puedo con un solo minuto más, y no digamos ya una hora.

Guy y Gayle aparecen en la pantalla vestidos de fiesta, como si estuviéramos en una gala de celebración de fin de año.

—¡Enhorabuena por pasar otra ronda! —dice Guy—. Sigamos adelante.

—No —digo yo.

Guy frunce el ceño, y Gayle arquea las cejas hasta el techo. Algunos de los demás jugadores se vuelven hacia mí con mala cara, como si hubiera escupido en una iglesia. Micki aprieta los puños. También lo hace Ty. Sin embargo, Daniella y Jen asienten con la cabeza y hacen que sus parejas las atraviesen con la mirada. Por unos breves segundos, en los paneles parpadean las fotos de nuestras caras con los niveles de aprobación de los Seguidores. No me hace falta mirar el mío para saber que ha bajado. ¿Y qué?

Respiro hondo.

—Habéis intentado matarme ahora mismo. He tenido suficiente.

Entonces reaparece Guy.

—Tienes absolutamente toda la razón.

¿La tengo?

Hace su gestito de menear el dedo.

—No en lo de matarte, tonta. Eso no han sido más que los nervios y la cerveza. Tiene pinta de que tu mente te haya jugado una mala pasada. Es increíble hasta dónde llega el cerebro humano cuando se siente encerrado en la oscuridad. Pero seamos sensatos. Todos estáis perfectamente bien, ¿no?

No responde nadie.

Gayle entra en el plano, junto a él.

—Chicos, el público cree que necesitáis algo que os recargue las pilas. Nosotros estamos de acuerdo, así que mirad vuestros móviles.

El público, qué considerado. Tengo que acordarme de enviar unas tarjetas de agradecimiento rociadas con ántrax. Aun así, aunque no quiero hacer nada más que NERVE me pida que haga, siento la curiosidad suficiente para comprobar mi móvil, que ahora tiene un mensaje con el encabezamiento: «¡MIRA QUIÉN TE SIGUE!». Cuando lo abro, hay un vídeo de Liv y Eulie.

Empieza Liv chocándole los cinco al cámara.

—¡Qué orgullosa estoy de ti, Vee! Eres la chica más valiente que conozco.

Se le une Eulie.

—Tienes más de estrella que quien tú ya sabes.

Continúan diciéndome que todos nuestros amigos me están animando y que mañana se organizará alguna celebración por todo lo alto. Obviamente, no se dan cuenta de que voy a estar castigada hasta el verano, pero aun así me hace sonreír el hecho de saber que no todo el mundo me odia.

Ian y los demás jugadores también ven vídeos en sus móviles. Se suavizan las expresiones de todo el mundo, incluso las de Micki.

Nos habla Gayle desde la pantalla.

—¿Os sentís un poco mejor, chicos?

Yo soy la única que responde.

—No lo suficiente.

Ella sonríe.

—Entonces es que no has visto qué más hay en tu teléfono.

Bajo la mirada para encontrarme con otro mensaje. Cuando lo leo, casi se me cae el móvil. Han mejorado mi gran premio para incluir unas prácticas durante el verano en una de las firmas de diseño más chulas de Nueva York. El resto de los jugadores ha de tener unas ofertas igualmente tentadoras, porque la sala estalla en voces y silbidos.

Ian tiene la cara arrebatada.

—No me lo creo.

—¿Con qué te están intentando sobornar?

—Con un abogado para una demanda de emancipación —susurra.

Cuando ladeo la cabeza y le miro con expresión inquisitiva, todo lo que me dice es:

—Significa total libertad. ¿Y a ti?

Le hablo de mi premio.

Está casi aturdido, como si no importase lo que le hubiera pasado en la habitación.

—Eso vale otra hora de cualquier mierda que nos quieran echar encima, ¿no?

—No lo sé.

¿Ha intentado NERVE asfixiarme con gas? En la luz de la sala, acurrucada con Ian, la idea parece una locura. Para empezar, ellos nunca se irían de rositas. ¿No? Estoy cansada y estresada, y me han estado confundiendo las ideas. Es a lo que se dedican. Pero también te ofrecen premios que nadie más te puede ofrecer. Con esas prácticas y la escuela de moda, lo habría conseguido.

Ian me besa en la mejilla.

—Nada nos puede parar.

Pongo los ojos en blanco.

—Sí, claro, somos totalmente invencibles.

Guy da unas palmadas para llamar nuestra atención.

—¿Está listo todo el mundo para seguir adelante?

—¡Sí! —gritan los demás jugadores.

No me vuelve loca la idea, pero su soborno ha funcionado. Hago un gesto de asentimiento.

Guy sonríe.

—¡Maravilloso! Muy bien, entramos en la última fase de las rondas del gran premio.

La imagen de la pantalla se desvanece. Esperamos a que reaparezcan nuestros presentadores. La música tecno se funde en un rollo *new age* de esos que oyes en un estudio de yoga, que me pone los pelos más de punta que esos sintetizadores con esteroides, aunque ya he tomado la decisión de seguir jugando. Trato de respirar muy hondo, pero es como si fuese incapaz de coger una cantidad decente de aire. Una gota de sudor me cae por la mejilla. La pantalla en blanco se burla de nosotros. Un largo rato después, las letras se desplazan por encima de nuestras cabezas.

TODO LO QUE TENÉIS QUE HACER ES ESCOGER UNA VÍCTIMA.

Quince

La sala bulle con preguntas, con excepción de Micki, que se ríe por lo bajo. Vuelvo a sentir que se me va la cabeza, como si mi cerebro se estuviera escapando.

Quieren una víctima.

¿Por qué narices me he engañado a mí misma al creer que me dejarían ganar el acceso a una escuela de moda con todo pagado sin volverme completamente loca por el camino? Trato de ponerme en pie sobre las rodillas temblorosas.

Ian me agarra de la muñeca, la aprieta con delicadeza y susurra:

—No tires aún por la borda el dinero para tus estudios —se dirige a la cámara—. ¿Queréis que elijamos una víctima? ¿Para qué?

Ty se ríe.

—¡Por diversión, colega!

Los demás nos quedamos a la espera, mirando hacia la pantalla, aguardando a que Guy o Gayle nos expliquen para qué se elige a la «víctima». Sin embargo, la pantalla permanece en blanco.

Ian se rasca la mejilla.

—A lo mejor es un truco, y la víctima en realidad gana algo.

Los demás sonríen. Yo tampoco me lo creo.

Micki me señala con una botella de cerveza recién abierta, su quinta.

—Yo voto por ella. «Vi» es de víctima, ¿no? ¿O es de virgen?

Jen tiene la cara metida en el cuello de Micki. Cuando la levanta para respirar, dice:

—Yo también voto por la víctima virgen.

¿Qué? Pensaba que habíamos estrechado lazos antes, con el chocolate. Por favor, Dios, haz que se quede enganchada en uno de los imperdibles que sobresalen de la mandíbula de su novia.

Cruzo los brazos sobre el vacío que siento en el pecho y trato de obligarme a hablar, aunque apenas confío en que aún me funcione a la voz.

—Chicos, esto es una locura. ¿No lo pilláis? Están tratando de enfrentarnos entre nosotros con tal de divertirse.

Ty da un trago de cerveza.

—No me digas. Pero si lo único que estamos haciendo es votar. Tampoco es que te vayamos a hacer nada de verdad, ¿a que sí, gente? —abre los brazos, con una cerveza en cada una de sus manazas, y gira despacio sobre sí mismo para mirar a los demás.

Micki asiente.

—Coooooorrecto. A no ser que la virgen no vote y nos haga perder nuestros premios. Entonces, ya te digo si le haremos algo.

Ian hace un gesto negativo con la cabeza con cara de asco.

—Si alguno se mete con ella, tendrá que vérselas conmigo.

Micki agita los dedos de la mano.

—Ooooh, el tipo duro. ¿Qué te crees, que con eso te vas a poder meter en sus bragas?

Ty me guiña un ojo.

—Yo le doy un poco de aire a la niña mona y voto por su héroe, Ian —levanta una de las botellas y la remata.

La sala se queda en silencio salvo por el pitido en mis oídos.

Se oye entonces la voz de Guy en los altavoces, aunque la pantalla continúa negra.

—¿Y vosotros, Samuel, Daniella, Ian, Vee?

Daniella frunce los labios y los retuerce de un lado al otro.

—¿Es verdad que eres virgen, Vee?

Le lanzo una mirada agresiva.

Ella se encoge de hombros.

—Perdona que te lo haya preguntado. De todas formas, voy a ser buena y también voy a votar por Ian.

Samuel se examina las manos.

—Lo siento, Vee. Voy a votar por ti. Solo para que sea por mayoría simple.

Lo fulmino con una mirada de «muchas gracias, gilipollas». Está yendo donde va el grupo por motivos de seguridad, y yo soy una amenaza menor que Ian. Por supuesto, esa es la mejor estrategia para alguien que juega solo. Pero aun así.

Ian vota por Ty, y yo voto por Micki, como si eso importase.

Nos quedamos en una inquieta espera. Los demás jugadores regresan a la mesa y ocupan también sus sitios, aunque la música ha cambiado a un pop blandengue de esos que ponen en las discos para todas las edades. Hace mucho que pasamos de bailar.

Los labios de Ian están cerca de mi oído.

—Solo están tratando de intimidarnos. Ya verás.

—Si NERVE me echa encima a esos idiotas —le contesto en voz baja—, me largo de aquí. Podemos perder nuestros premios todos.

Me besa en la mejilla.

—Me parece justo.

No sucede nada durante los siguientes cinco minutos, siempre que no cuente que Micki se levanta a por otra cerveza, o el temblor que se apodera de mis brazos y piernas con la piel de gallina. Ojalá NERVE nos cuente el próximo reto y acabemos de una vez. Ian intenta calmarme con susurros de ánimo, pero es que él no se ha llevado la mayoría de los votos como víctima.

—¿Hay algún cuarto de baño por aquí? —digo a los paneles en blanco. Tendrán que darnos descansos para nuestras necesidades, ¿no? Sin embargo, no recuerdo haber pasado por ninguna otra puerta en el pasillo.

Micki, que debe de tener una vejiga del tamaño del golfo de México dada la cantidad de cerveza que se ha metido entre pecho y espalda, me señala.

—Ni se te ocurra escapar, o te destrozo pero bien.

Ian levanta la mano.

—Tranquilita. Todos queremos nuestros premios, con el menor destrozo posible.

Suena la voz incorpórea de Gayle.

—Vee, tienes la puerta del lavabo en la pared justo detrás de ti.

Por supuesto, otro agujero en la pared. Me doy la vuelta para quedarme mirando hacia donde se abrieron antes los cuartos oscuros. Cierto, una espiral se enciende en un punto a la izquierda de los cuartos. Con las piernas temblorosas, doy la vuelta al sofá y me doy cuenta de que el resto de los jugadores mira para otro lado, como si ya no existiese. Oh, cielos, ¿no es ese el primer paso que da la gente que está en guerra? ¿Despersonalizar a las víctimas?

Presiono la espiral encendida, que hace que se abra de golpe una puerta. Detrás de esta hay un cuarto de baño minúsculo, sin ventanas, por supuesto.

—Si no estás fuera en cinco minutos, vamos a por ti —dice Jen, que mira a Micki en busca de una aprobación que recibe en la forma de un sonoro beso.

Me encierro en el baño, agradecida cuando se enciende de manera automática un ventilador que tapará cualquier sonido vergonzoso. La puerta no tiene pestillo, pero esta es la mayor privacidad que he tenido en horas. Me siento en el retrete y apoyo la cabeza en las manos por millonésima vez esta noche. Ahora soy «la víctima». ¿Qué significa eso? ¿Se van a poner a pegarme empujones como han hecho los de la castidad? ¿O me van a sacar los ojos tal y como amenazaron con hacer las putas? ¿Serán capaces de hacerme sentir tan despreciable como han hecho Tommy y Sydney? Por mucho que trato de resistirme, empiezo a llorar.

Pasado un minuto, aprieto los puños. Qué estúpida. Lo último que necesito es que Micki entre sin llamar y me cace llorando en el baño. ¿Llegarán las cámaras hasta aquí dentro? Oh, mierda, se me encogen las tripas con la nauseabunda consciencia de que podría haber cámaras aquí dentro también. Estudio el techo y no veo ninguna, pero eso no significa que no estén insertadas en las paredes que me rodean. ¿Por qué no se me ha ocurrido antes de usar el retrete, joder? ¿Cuánto ha visto el público? El mismo

público que no se ha tomado la molestia de salvarme de esa habitación oscura con el humo del tubo de escape.

Me subo las bragas sin levantarme la falda, tiro de la cadena y me lavo las manos. Desde el espejo me devuelven la mirada unos ojos inyectados en sangre y rodeados de maquillaje corrido. A la mierda los retoques de antes. Me echo agua fría en la cara. Ayuda con el rojo de los ojos, pero se lleva lo que me queda de rímel y me hace parecer esa colegiala sobre la que Ian me tomaba antes el pelo. Podría coger mi bolsita nueva de cosméticos del sofá para reparar los daños, e incluso crear un nuevo personaje para mí, pero eso es probablemente lo que NERVE quiere que haga, así que olvídalo.

Llaman a la puerta.

—Date prisa, que yo también tengo que entrar —dice Daniella en su quejido agudo.

—No te quites aún el tanga. Salgo en un minuto.

Tengo la voz áspera, pero siento que recupero las fuerzas. Respiro hondo, abro la puerta y la miro con los ojos entrecerrados al salir. Lanzo a los demás la misma mirada agresiva, excepto a Ian, mientras me desplomo en mi asiento y lo maldigo en silencio cuando empieza a rebotar bajo mi peso.

—Alguien ha estado llorando —se ríe Micki.

—Cállate ya —le digo—. Estoy cansada.

Micki pasa los dedos por las puntas del mohicano de Jen.

—Claro, supongo que ya se te ha pasado la hora de estar en la camita.

—Cuanto más respondas —susurra Ian—, más se meterá contigo. Concéntrate en mí. Vamos a salir de aquí como unos ganadores. Imagínate cómo lo vamos a celebrar.

Mientras le escucho, mis ojos se fijan en la alfombra roja a través de la mesa. El dibujo forma unas espirales sutiles y conduce a un punto debajo del centro de la mesa. Mis ojos dan vueltas y más vueltas por los giros y remolinos.

Se rompe mi abstracción cuando la puerta a nuestra espalda se abre con un clic.

Daniella, recién retocada con un grueso lápiz de labios que competiría seriamente con las prostitutas de la antigüedad, sale del cuarto de baño y ocupa se asiento. Unas oleadas de perfume almizclado inundan la sala y me provocan un dolor en la zona entre los ojos. NERVE no podría haber planeado un ataque más efectivo contra nuestro sentido del olfato.

Continúo con mi inspección de la alfombra. Tiene algo que me mosquea. En el centro, bajo la mesa, detecto lo que parecen ser unos círculos concéntricos de puntos más oscuros. Me inclino hacia delante para examinarlos y apoyo los brazos con cuidado sobre la mesa para que no se balancee.

El panel suelta un pitido, y Guy dice:

—Chicos, sois los últimos jugadores del gran premio que quedan. ¡Los ojos de todos los Seguidores están puestos ahora en esta sala!

Jen y Micki saludan a las cámaras. Me da la sensación de que tengo que volver a usar el cuarto de baño. ¿Por qué no nos muestran ya las caras de los presentadores? Resulta escalofriante oír sus voces en un sistema *surround* sin ver nada de nada.

—Daniella, abre el armario verde —dice Gayle en un tono autoritario.

Daniella se levanta de un salto, aplaudiendo.

—¡Más regalitos!

Genial, ¿y ahora qué? ¿Whisky o arsénico? No quiero saberlo. Con el ceño fruncido, centro mi atención en el suelo, en esos puntos de la alfombra. En realidad son más bien como separaciones, no, agujeros. ¿Agujeros? Con un puñetazo en el estómago, me percato de lo que son. Un desagüe. ¿Qué mierda de sala VIP necesita un desagüe en el centro de una alfombra roja que es como de goma y seguro que resiste al agua? Levanto la cabeza de golpe.

Daniella se asoma al armario, suelta un grito ahogado y vuelve a cerrarlo con un portazo. Sin pensar mucho —parece— en sus incisivos, se mordisquea el ceroso labio inferior.

Ty da un golpe en la mesa.

—Basta de teatro. ¿Qué es?

Daniella le sonríe con los dientes manchados de barra de labios mientras abre el armario con las manos temblorosas, y esta vez abre la puerta de par en par.

A los demás también se nos corta el aliento.

Colgadas contra el fondo del armario hay siete pistolas.

Dieciséis

Dos segundos después estoy en la puerta.

Pero Micki es tan rápida como yo, y aparta de un empujón a Ty y a Daniella.

—Tú no vas a ninguna parte, zorra.

Me agarra por el codo y me lo retuerce en la espalda.

Chillando, me estiro hacia el pomo de la puerta.

—Yo no me quedo aquí con una panda de monos borrachos jugando con pistolas.

Sus uñas se me clavan en los brazos a través de la cazadora.

—La princesita acojonada no nos va a dejar sin premios.

Jen y Ty se unen al forcejeo, apartan a Ian de mí y de la puerta. Él se retuerce mientras yo intento librarme como puedo, pero Micki me tiene sujeta con mucha fuerza. Me da la vuelta hacia el suelo, me tira y se me echa encima. La espalda me aúlla bajo su peso.

Los imperdibles se me clavan en la mejilla cuando Micki pega su cara a la mía y me echa el aliento cálido de cerveza en la oreja.

—Fijo que a una guarrilla como tú le encantaría hacerlo en plan perrito.

Me retuerzo debajo de ella, pero no me puedo liberar. Me aplasta la cara contra la alfombra, que huele a goma tanto como lo parece y refuerza mi sospecha de que la eligieron por ser lavable. Me estremezco al imaginarme con qué fluidos habrá estado en contacto.

La música se convierte en un rock metal, y un bajo muy grave late al ritmo de mi corazón. Con un quejido, me libero un codo el tiempo suficiente para clavárselo a Micki en las costillas. Ella me tira del pelo en venganza y hace que se me salten las lágrimas, pero también me levanta la cabeza, así que capto un vistazo rápido de la sala. Samuel sigue sentado ante la mesa. Daniella se acurruca en un rincón, envuelta en sus brazos y con los ojos desorbitados ante la reyerta que la rodea.

A mi izquierda, Ian, Ty y Jen se abalanzan y se sueltan los brazos los unos a los otros. En el instante en que Ty deje la cerveza y se pelee de verdad con Ian, estaremos acabados. Ian debe de haberse dado cuenta de ello también, porque en un movimiento

sacado de una peli de Tarantino, se apoya contra la pared y suelta por el aire una patada en pleno pecho de Ty, que lo envía de espaldas contra Jen, y a ambos al suelo. ¡Sí! Al menos uno de nosotros puede escapar y ponerle fin a este juego horrible.

Ian corre a la puerta y tira del picaporte. Y vuelve a tirar.

—Pero ¿qué demonios?

El peso de Micki sobre mí se relaja de repente, pero yo siento que se me hunde el pecho mientras veo a Ian tirar de la puerta. Algo va mal. Cuando me pongo de rodillas, Micki se ha lanzado sobre la espalda de Ian y le está tirando del pelo. Él se revuelve con la suficiente fuerza para hacer que ella pierda el equilibrio e inicie un efecto dominó cuando cae sobre mí, y yo me caigo sobre Jen y Ty, que se acaban de levantar de su último revolcón. Nos vamos todos al suelo en una melé, gritando obscenidades. No sé cómo, pero yo acabo en lo alto del montón como una muñeca de trapo encima de unos rottweilers. Me doy la vuelta y salto hacia Ian.

Su bíceps se hincha mientras prueba con la puerta una y otra vez. Pero esta ni se inmuta.

Ian salta y barre el aire de debajo de la cámara más cercana.

—¡Nos habéis encerrado, cabrones! Esto es un secuestro.

Micki se mete de un empujón entre Ian y la puerta, y prueba ella también con el picaporte. Se echa a reír cuando la puerta no se abre. ¿Quién demonios se parte de risa por estar secuestrado?

La música se convierte en una melodía del camión de los helados, y a continuación queda ahogada por los pitidos del panel, por el cual se desplaza un mensaje: LA PUERTA DEBE DE ESTAR ATRANCADA. ENVIAREMOS A ALGUIEN DE MANTENIMIENTO LO ANTES POSIBLE.

Grito a la pantalla:

—¡No podéis hacer esto! ¡Os denunciaremos!

¿A QUIÉN, CONCRETAMENTE, PIENSAS DENUNCIAR?

Señalo a Micki.

—Puedo empezar por esta guarra.

BUENA SUERTE. PARECE UN CASO CLARO DE LA PALABRA DE UNA CONTRA LA DE OTRA.

¿Verá el público los mensajes de NERVE? ¿O solo una versión editada que protege el trasero de los administradores del juego? Tal vez sea por eso que ya no vemos a los presentadores, ahora que hemos entrado en la fase de las armas de fuego. La idea hace que se me vaya la sangre a los pies.

Me escondo detrás de Ian, meto la mano en el bolsillo en busca del móvil y marco el número de emergencias. Micki enseña los dientes como si fuera un lobo y suelta las manos hacia mí, pero Ian la sujeta. De todas maneras, da igual. Me bloquean la llamada. Mi gruñido de asco provoca las risas de Micki y de Ty.

No me lo puedo creer.

—¿Es que sois todos unos psicópatas? Estamos aquí encerrados con unas pistolas. ¿Es que eso no mosquea a nadie más que a Ian y a mí?

Samuel está recostado en su sofá.

—Es probable que les hayan quitado los percutores, o que las hayan cargado con balas de fogueo.

—¿De verdad te la quieres jugar así?

Es todo cuanto puedo hacer para no saltar contra él.

—Cálmate —gruñe Ty—. Aquí nadie va a disparar. Es solo un juego.

Daniella tiene una mano en la boca como si estuviera tratando de no llorar, pero no dice nada. Jen y Micki se mordisquean los labios la una a la otra y sueltan risitas. ¿Saben ellas algo que yo no sé?

Vuelvo a probar con el móvil. A lo mejor puedo borrar la app de NERVE y recuperar el acceso al teléfono, pero me pide una contraseña. Muestro el móvil a la cámara y grito:

—¡Quitadme vuestro programa de aquí!

Desde luego, no hay respuesta. Me froto la parte alta de los brazos en un intento por calmar el pánico que amenaza con apoderarse de mí. Me han rajado la manga de la cazadora, y se ven unos arañazos profundos en mi hombro derecho.

Chillo.

—Tengo que ver a un médico. Se le ha soltado la correa a vuestro pitbull.

Micki se lleva una mano a la frente.

—Te merecías algo peor.

HAY UN BOTIQUÍN DE PRIMEROS AUXILIOS EN EL ARMARIO AMARILLO. NUESTRO MÉDICO VIRTUAL CREE QUE TODOS PARECÉIS ESTAR BIEN, PERO HAREMOS QUE TE VEAN CUANDO LOS DE MANTENIMIENTO ABRAN LA PUERTA.

El armario. Corro hacia él sin pensar en los primeros auxilios, sino con la intención de impedir el paso de los demás hacia las pistolas. Me percato de que alguien, probablemente Daniella, ha cerrado la puerta verde que las protege.

Sin embargo, Ty llega antes que yo y se me echa encima.

—Oh, no, de eso nada.

Trato de rodearlo a toda prisa, pero es demasiado grande.

—Necesito una venda. Y a lo mejor una inyección antirrábica.

Ian está a mi lado.

—Vamos, tío, estamos todos encerrados aquí dentro. Déjale coger lo que necesita.

Ty extiende el brazo.

—Yo lo cogeré por ella. Por si acaso algún imbécil cree que puede coger una pistola y disparar a la cerradura de la puerta —se me queda mirando—. No

funcionaría, de todas formas. Lo probaron en la tele.

Fantástico. Es probable que ese sea el único dato científico que hay en su cerebro de mosquito.

Me duele el brazo. Quizá sí necesite realmente una antirrábica, o contra el moquillo por lo menos.

—Bien, perfecto. No voy a por una pistola. Solo dame algo para el brazo, ¿vale? Aunque claro, a lo mejor deberías dejarme sangrar hasta que necesite atención médica y NERVE tenga que cancelar el juego.

Estoy segura de que NERVE no hará tal cosa.

Ty congrega a su banda en busca de apoyo. Allí nos quedamos, cara a cara, en tensión, mientras él abre el cajón amarillo y rebusca en su interior. Me ofrece un par de vendas y algunas otras cosas.

De vuelta en nuestro asiento, Ian me frota los arañazos con algodones con antiséptico antes de ponerme los vendajes. Al otro lado de la mesa, Jen le aplica una compresa fría a Micki en la cabeza. ¿He sido yo quien le ha hecho daño? Bien.

Ty se sienta con los brazos cruzados y una mirada agresiva que nos desafía a ver si nos atrevemos a movernos hacia el armario. Daniella ronronea y le pasa una mano por el cabello, y sus pulseras tintinean como las llaves del carcelero. A mi izquierda y la de Ian, Samuel guarda silencio y nos mira por encima de las gafas. Estamos todos sentados, como en la última cena, solo que aquí no hay comida ni santos.

La música cambia a un rock de ascensor. Pero ¿quién está eligiendo la banda sonora? ¿Satán?

MUY BIEN, JUGADORES. ES LA HORA DE QUE OS GANÉIS EL PAN.

De nuevo, las órdenes nos llegan a través de mensajes de texto en los paneles. Por muy de plástico que encuentre yo a Guy y a Gayle, sin ellos la sala parece más aislada.

TY, COLOCA LAS PISTOLAS SOBRE LA MESA. UNA DELANTE DE CADA JUGADOR.

El estómago se me cae a los pies. Ty mira fijamente al panel con la frente arrugada, como si no supiese leer, quizá. O tal vez tenga conciencia de pronto.

RECIBIRÁS UNA BONIFICACIÓN DE CIEN DÓLARES POR TU ESFUERZO.

Se levanta con una sonrisa de oreja a oreja. Contengo la respiración y rezo por que, como en un truco de magia, las pistolas del armario se hayan convertido en unas palomas. Sin embargo, en cuanto Ty abre la puerta, queda claro que tal cosa no ha sucedido. Sea cual sea esa mala suerte que llevo toda la noche pegada al culo flaco, está aquí para quedarse.

—No lo hagas Ty —le digo en voz alta—. Esto es un *Señor de las moscas* total. NERVE quiere convertirnos en salvajes. Demuéstrales que nadie toma decisiones por ti.

Ty se dirige a Ian.

—Eh, colega, ¿es que no puedes controlar a tu chica, o qué?

Se tensa la expresión en el rostro de Ian.

—Vee tiene razón, Ty. No lo hagas.

—Nenaza —coge una pistola y la acaricia—. SIG Sauer P226. Mola. La mejor amiga de un Navy SEAL.

Deja la pistola a su lado, saca una segunda y la coloca delante de Daniella. Las dos siguientes van para Jen y Micki, que se acerca a examinar la suya con un silbido bajo. Doy un respingo cuando me mira. Ty coloca una pistola delante de Samuel, después delante de mí y, finalmente, de Ian. Ha dejado la mía y la de Ian de manera que nos apuntan con el cañón.

Me cruzo de brazos y empiezo a canturrear en voz bien alta.

—Quien lo esté viendo, que llame a emergencias. Quien lo esté viendo, que llame a emergencias.

¿Qué van a hacer, amenazarme con más «consecuencias»? ¿Cambiar las pistolas por ametralladoras?

No dejo de repetir mi petición. Aunque NERVE haya bloqueado mis súplicas cuando estaba en la otra sala, no pueden seguir censurándome, en especial ahora que se han acabado todas las demás rondas de gran premio. No habría programa. Al final, o bien tendrían que dejarnos marchar, o bien tendrían que dejar que los Seguidores nos viesen. De uno u otro modo, se acabó el juego. Que le den a la escuela de moda.

HORA DE CERRAR LA BOCA, VEE.

—Hora de dejarme salir. Lo dejo. Lo dejo. Lo dejo —alterno esto con súplicas al público para que llamen a emergencias. Ian se une a mí en el cántico.

MIRA TU MÓVIL.

Interrumpo mi cancioncilla para decir:

—No hay ningún premio más que me podáis ofrecer. La escuela de moda y las prácticas no valen esto. Nada lo vale.

Ty enseña los dientes.

—Mira, un viaje a Irlanda con mi padre antes de que esté demasiado enfermo lo vale de sobra. Así que te aguantas.

MIRA TU MÓVIL. TUS PADRES LO AGRADECERÁN.

¿Qué, ya están metiendo a mis padres otra vez en esto? Compruebo mi teléfono, que tiene un mensaje largo. Lo leo. Parecen ser las notas de mis sesiones con la loquera, cosas que ella iba tecleando en su maldito ordenador mientras yo parloteaba. Detalles como qué tipo de música sonaba en mi coche aquella noche. Es increíble cuánta información hay en sus notas. Y yo que pensaba que había sido muy lista tratando de desviar su atención del incidente del garaje dándole un montón de basura sobre lo invisible que me sentía cuando estaba son Sydney, o hablándole incluso de aquella vez en que estaba tonteando con Jason Walker y él se equivocó y me llamó por el nombre

de ella. Después de esa historia hay más material humillante. Dios mío, ¿acaso le conté absolutamente todo a la loquera? Ya veo para lo que han servido todos esos formularios sobre privacidad que firmé. Y para empeorar las cosas, hay un segundo mensaje con los detalles de la sesión de terapia que la loquera tuvo con mis padres, algo de que no mantenían relaciones íntimas desde que… aj, no, les avergonzaría mucho que esto saliese a la luz.

Miro a los paneles. Ian, que ha estado mirando su móvil, también lo hace. Tiene ojos de angustia.

NOSOTROS MANTENDREMOS LA BOCA CERRADA SI TÚ HACES LO MISMO.

Dejo de cantar.

MUY BIEN. CADA JUGADOR DEBE COGER SU PISTOLA. SI HAY ALGUNO QUE NO LA COJA, SE LA CEDERÁ A OTRO JUGADOR QUE NOSOTROS ELIJAMOS.

Micki coge la suya la primera. Todos los demás siguen su ejemplo. Excepto yo.

Carraspeo.

—No merece la pena. Tomémonos solo unas cervezas y pasémoslo bien. Esto aún podría acabar bien.

Una arruga se forma entre los ojos de Ian cuando me mira.

—Coge la pistola, Vee.

Vaya, esta gente debe de tener algo sobre él mucho peor que la basura que tienen sobre mi familia. ¿O le habrá ofrecido NERVE otra bonificación? Pero ¿qué podría valer lo suficiente? Ojalá me pudiese meter en su cabeza y ver cuál es su motivación.

Mis propios pensamientos, centrados en el arma de fuego negra y brillante que tengo ante mí, hacen que un escalofrío me recorra la espalda. Tengo la boca seca.

—Esto es una locura.

Su mirada pasa por los demás sentados alrededor de la mesa.

—Sí, lo es. Pero si no la coges, estarás totalmente desarmada.

Cada aliento que cojo amenaza con convertirse en un llanto que no se detendrá jamás. Me obligo a hablar con mis labios temblorosos.

—No coger un arma puede ser más seguro que cogerla. Ni siquiera estos tíos dispararían a una persona desarmada.

Micki se relame.

—Por supuesto que no.

TIENES TREINTA SEGUNDOS PARA DECIDIRTE.

La voz de Gayle susurra por los altavoces:

—Sé inteligente, Vee.

Demasiado tarde para eso.

Se inicia una cuenta atrás en un reloj en la pantalla. Micki y Ty acarician sus pistolas

como si fueran mascotas. Hasta Samuel parece sujetar el arma como si ya hubiera manejado una antes, lo cual me sorprende… debe de ser cosa de todos esos videojuegos. Daniella y Jen tienen las suyas en el regazo mientras se agarran con fuerza a los brazos del sofá.

En el reloj restan veinte segundos.

—No tienes que apuntar a nadie con ella, solo cogerla —dice Ian.

—Así es como te atrapan, pasito a pasito —le susurro, aunque todos pueden oírme.

Hay tensión en la voz de Ian.

—Nadie te va a obligar a dispararla, y si la coges, es una pistola menos de la que estos tíos podrán echar mano.

Micki y Ty me miran como un par de serpientes pitón que aguardan a un conejo. Tal vez debería coger la pistola y disparar a las cámaras.

Quedan diez segundos.

Una gota de sudor rueda por la frente de Ian.

—Vee, por favor, yo solo no puedo protegernos a los dos.

No tengo ninguna gana de hacerlo, pero ¿cómo me puedo quedar aquí sentada indefensa? Cojo la pistola cuando quedan tres segundos. Pesa, está grasienta y no parece falsa en absoluto. La dejo en mi regazo sin preocuparme ya de si el aceite me manchará la falda. Micki gruñe con una enorme mueca de desprecio en la cara.

¡MUY BIEN, CHICOS! AHORA RELAJAOS Y DISFRUTAD DE UNA BREVE PELÍCULA. JEN, POR FAVOR, ABRE EL ARMARIO ROSA Y SACA UNAS CHUCHERÍAS PARA EL CINE.

Se levanta sin saber muy bien qué hacer con la pistola y mira a Micki con cara de preguntarle a ella.

—Sujétala, que apunte hacia abajo —dice Micki.

Jen lo hace y se dirige de puntillas hacia el armario. No puedo más que imaginarme la retorcida idea que NERVE tendrá de unas chucherías. Algo tóxico, probablemente. No hemos tenido todavía ningún reto venenoso. Sin embargo, cuando abre la puerta rosa, el olor a mantequilla de las palomitas inunda el aire y me da ganas de echar la pota. Jen saca un cubo decorado con el nombre de una marca en un lado y lo coloca en la mesa antes de hacer un par de viajes más para repartir unas cajitas de caramelos que también van claramente etiquetadas. ¿De verdad creen los patrocinadores que con esto aumentarán las ventas en sus tiendas de los cines? Pregunta tonta.

Jen habla a voces con Micki.

—Hay una nevera llena de Red Bulls. ¿Quieres uno, nena?

Por supuesto, Micki y el resto de los que antes se estaban pimplando las cervezas cogen uno cada uno. Alcohol y cafeína, una combinación ganadora.

Ty y Micki son los únicos que meten la mano en las palomitas y se meten puñados enteros en la boca. Samuel encoge los hombros y se lleva una cajita de caramelos. Una

vez Jen se encuentra de regreso en su asiento, se reduce la intensidad de la luz, y aparece una película en los paneles. Su título: *Manejo de armas para principiantes.*

Pasamos los siguientes cinco minutos aprendiendo a cargar las pistolas, a amartillarlas, a quitar el seguro y a apuntar con una mano o con dos. Con cada fragmento nuevo de información, lucho contra el impulso de gritar. Nos van a disparar. Correrá nuestra sangre por el desagüe y dejará la sala lista para el siguiente lote de jugadores. Las rodillas me tiemblan con tal fuerza que se me puede caer la pistola del regazo.

Ian me coge la mano.

—Todo es espectáculo. Solo están intentando asustarnos.

¿Intentándolo? Pero si hasta él tiene la cara pálida, y el pulso en su mano martillea contra la mía.

ENSEGUIDA LLEGAMOS A LA PARTE DIVERTIDA, CHICOS, PERO ANTES TENEMOS QUE PONER UN POCO DE ORDEN. ALGUIEN TIENE QUE AFRONTAR LAS CONSECUENCIAS DE SUS ACTOS DURANTE UNO DE LOS RETOS ANTERIORES.

¿En serio? ¿Qué puede haber peor que esto? Me dan ganas de abofetearme en cuanto esas palabras se forman en mi mente. Se trata de una de esas preguntas que siempre se responden solas de un modo que te resulta odioso en el instante en que las formulas.

Entre los gritos de alegría de Micki, el sonido de una conversación nos llega desde detrás de una de las puertas que hemos utilizado para los retos individualizados. Con el sonido de un leve reventón, el panel se abre y entran tambaleándose dos personas con los ojos vendados.

Es como si la pistola pesase cinco kilos más en mi regazo cuando me doy cuenta de quiénes se han unido a nosotros.

Tommy y Sydney.

Diecisiete

Se me viene el alma a los pies, pero yo pego un salto.

—¡Chicos, salid de aquí mientras podáis!

Se quitan las vendas y parpadean ante la luz con caras de perplejidad. La puerta por la que acaban de aparecer empieza a cerrarse despacio, por sí sola.

Corro hasta ellos mientras señalo hacia la puerta.

—¡Corred!

Ellos giran la cabeza con expresión nerviosa para mirarme a mí y después a la puerta, que se cierra con un clic. Micki y Ty, que se han levantado de sus asientos probablemente para evitar que me escape, se vuelven a sentar con una expresión petulante.

Sydney parpadea con un nivel de desorientación que nunca he visto en ella. La confusión se convierte en alarma cuando ve la pistola que pende de mi mano.

—Eso no es de verdad, ¿no?

Escondo la pistola detrás de la espalda.

—No lo sé.

Tommy estudia la sala con una mezcla de asco y de curiosidad. Se me queda mirando y menea la cabeza con los labios fruncidos en un gesto en plan «te lo dije». Los demás jugadores permanecen en sus sitios, algunos comiendo palomitas, como si mis amigos y yo fuésemos ahora la nueva atracción.

Syd avanza pavoneándose y se queda a escasos centímetros de mí, taladrándome con la mirada.

—Has llevado esto demasiado lejos. ¿Por qué no has sido capaz de dejarlo después de que te hayan hecho alucinar con que estabas inhalando monóxido de carbono? Mierda, Vee.

Me agarra del brazo y me arrastra hacia la puerta por la que acaban de entrar.

Yo sigo sus altivos pasos.

—¿Cuánto has visto? ¿Ha salido alguna de las veces que he pedido que alguien llame a emergencias, o habéis creído que formaba parte de la alucinación?

No me hace caso, y llama a la puerta.

—Vale, dejadnos salir ya.

Los paneles se encienden y emiten un pitido que provoca que Sydney estire el cuello hacia atrás para leer el que tiene sobre la cabeza. Le pongo una mano en la espalda y la preparo para un mensaje que a buen seguro va a hacer que ella se encienda.

ESTA PUERTA FUNCIONA CON UN TEMPORIZADOR Y NO SE PODRÁ VOLVER A ABRIR DURANTE TREINTA MINUTOS, A MENOS QUE SE PRODUZCA UNA EMERGENCIA, POR SUPUESTO. LOS JUGADORES TE PUEDEN MOSTRAR DÓNDE ESTÁN LAS BEBIDAS. ¡PONTE CÓMODA!

Sydney da una palmada contra la pared.

—No quiero ponerme cómoda. ¡Y, oye tú, que las pistolas son una emergencia!

Intenta meter los dedos en la junta prácticamente invisible de la puerta, pero no sirve de nada, así que corre hasta la puerta principal y prueba con el pomo. Cuando eso tampoco funciona, aporrea la puerta y grita:

—Tíos, vosotros habéis dicho que esto le venía grande a Vee y que Tommy y yo debíamos venir a recogerla. Ya lo hemos hecho, así que dejadnos salir o llamo a mi padre, que es fiscal.

Micki se ríe y pregunta a los demás jugadores si quieren otra cerveza. Hace como si caminase con tacones de aguja cuando pasa entre nosotras dos.

Syd saca el móvil y suelta un juramento cuando ve que no tiene cobertura. Viene con paso decidido hacia el lugar donde me encuentro yo, en el centro de la sala.

—Dame el tuyo.

Siento un peso en el pecho. Estas son para mí las consecuencias. No basta con ponerme yo en peligro o con aterrorizar a mis padres. NERVE está jugando con mi sentimiento de culpa, que no tiene mucho aguante en los capricornio, en especial cuando el mío ya estaba a punto de reventar antes de la ronda del gran premio. Apenas soy capaz de aguantar la idea de ser responsable de que mis amigos se unan a mí en un infierno que ellos no comprenden aún. Si algo les pasara…

Bajo la cabeza.

—No funciona ninguno de nuestros móviles, y aquí no van a rescatar ni a denunciar a nadie. Al menos mientras podamos entretener a los Seguidores. Y ahora le han dado pistolas a todos y nos han obligado a ver un vídeo de entrenamiento. Siento mucho haberos metido en esto.

La expresión del rostro de Tommy es dura. Grita a Ian, que se ha levantado del sofá y ha salido de detrás de la mesa de café.

—¡Es culpa tuya, hijo de puta! —da un paso al frente.

Ian mantiene la pistola en el costado, pero sus ojos están en punto de ebullición.

—Será mejor que no te acerques más.

Enseguida me pongo delante de Tommy y extiendo una mano hacia él.

—¿Es que no lo has estado viendo? Mientras estemos aquí encerrados, tenemos suerte de que Ian nos guarde las espaldas.

Tommy suelta un sonoro resoplido y me empuja.

—¿A esto le llamas tú guardar las espaldas? Tú jamás habrías entrado aquí por tu cuenta.

La palma de mi mano presiona sobre su pecho. Sorprendentemente, está tan duro como el de Ian.

—Nadie me ha puesto una pistola en la sien. Todavía. Ian está pasando una horrible ronda de gran premio igual que yo. Y ahora, por desgracia, también Sydney y tú. Dios, ojalá no hubierais venido, chicos.

Sydney tiene los brazos en jarras, al modo en que los tenía en el Primer Acto, Escena Dos.

—Un poco tarde para eso.

—Si queríais ayudarme, ¿por qué no habéis llamado a la policía? —pregunto.

Syd resopla exasperada.

—¿A la policía? ¿Por un juego? Todo el mundo sabe que todo esto está orquestado.

Ahora soy yo la exasperada.

—¿Y tú te crees eso? —estoy mirando a Tommy. Él debería saber bien lo que hay.

Tiene las mejillas sonrojadas.

—En la ronda del gran premio de Colorado fueron a tirarse en caída libre, y todos los paracaídas se abrieron. Tu miedo es artificial.

—Créeme, el miedo artificial te hace sentir igualito que el natural —suspiro—. Nos han embaucado a todos.

Me empuja y me aparta, hacia Ian.

—Digamos que tu compañero no ha ayudado. Es como una especie de adicto a internet. He encontrado varias páginas repugnantes con imágenes que estoy seguro que son de él. Tú solo espera a que las pase por el software de reconocimiento facial —saca el móvil y se vuelve hacia mí—. Mira, yo te las enseño.

Agarro el móvil.

—Creía que no tenías cobertura. Llama a emergencias. ¡Corre!

Micki y Ty saltan de sus asientos mientras Tommy se lleva el móvil al pecho y los mira con los ojos desorbitados.

—No tengo cobertura. Me descargué el vídeo antes.

Hace clic en algo y me pone el móvil delante de la cara.

Ian tiene el cuello rojo.

—¡Eso es mierda!

Hay un vídeo con muy poca luz de lo que parecen ser varias personas con muy poca ropa, forcejeando, o lo que sea. Lo aparto.

—No es el momento de ponerse a ver vídeos chorras.

Tommy mantiene la reproducción del vídeo.

—Tienes que ver con quién te has juntado y en quién puedes confiar.

Micki se ríe y se asoma desde detrás de su asiento.

—¿Qué pasa? ¿Es que la virgen no aguanta una peli porno?

Los paneles de las paredes emiten un pitido y atraen nuestras miradas.

BASTA DE COTORREO. ESTA ES LA SIGUIENTE TAREA: APUNTAD CON VUESTRA PISTOLA A LA PERSONA A LA QUE HABÉIS VOTADO COMO VÍCTIMA O A UNO DE LOS RECIÉN LLEGADOS.

Los tacones de aguja de Sydney se levantan más de dos centímetros del suelo.

—Pero ¿qué c…?

Se me escapa un chillido de entre los labios, y me siento como si se me estuviese evaporando toda la sangre. ¿Es así como me voy a morir? ¿O como voy a hacer que maten a uno de mis amigos? ¿Es esto lo que el público de verdad quiere ver? Siento un nudo en la garganta. ¿Por qué no me quedé después de la obra a saludar a papá y a mamá? Cualquier hija decente lo habría hecho.

Micki y Ty se dan la vuelta y utilizan los respaldos de sus asientos para apoyar los brazos y apuntar. Ella sujeta la pistola con las dos manos, Ty solo con una, derecho y firme. Los orificios de los cañones nos miran fijamente a Ian y a mí, sin pestañear.

Samuel respira hondo antes de levantar su arma.

—Lo siento, Vee. Pero te prometo que jamás apretaré el gatillo.

—Eso me hace sentir mucho mejor —mi voz se ha vuelto una octava más aguda.

Valoro la posibilidad de correr al cuarto de baño para ponerme a cubierto y llevarme a mis amigos conmigo, pero la puerta no tiene pestillo.

—Coge tu pistola —le dice Ty a Daniella.

Ella se cruza de brazos.

—No sé, esto se está poniendo demasiado espeluznante.

Se tensa la mandíbula de Ty.

—Creía que tenías algo más en la cabeza.

Daniella se vuelve despacio hacia nosotros, mordiéndose el labio, y coge entonces la pistola con las dos manos, una en la empuñadura y la otra bajo el cañón. Gracias al vídeo, ahora conozco la terminología. ¿Será esto lo último que aprenda?

Daniella gimotea y se vale del hombro para limpiarse la mejilla. Sus movimientos temblorosos hacen que sus pulseras tintineen y tintineen, y que a mí se me retuerzan las tripas.

—Así está bien —dice Ty.

Micki susurra algo al oído de Jen antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja. Jen suspira y coge también su pistola. Otro cañón más que me apunta a mí, uno más que a Ian.

Me vuelvo hacia él. El latido de una vena hinchada le sobresale en el cuello. Muy

despacio, coge su pistola y apunta a Ty.

La sala se queda en tal silencio que puedo oír el zumbido de las luces del techo.

Me gustaría fundirme con la alfombra, pero tengo que pensar.

—Sydney y Tommy, esta no es vuestra guerra —señalo hacia la puerta principal—. Poneos allí.

Comienzo a rodear la mesa, de vuelta hacia mi sofá, que está en el extremo opuesto de la habitación del lugar al que he enviado a Sydney y a Tommy.

Pero ellos me siguen.

Me vuelvo y les digo:

—No. Lo único que haréis será ofrecerle a esos capullos un blanco más fácil. Sé que sois lo suficientemente listos como para ver eso.

Tommy se inclina hacia mí y me susurra:

—También lo suficientemente listos como para haber llamado a la policía antes de llegar aquí. Es solo cuestión de tiempo que lleguen hasta esta planta. Todo cuanto tenemos que hacer es ralentizarlo.

Me dan ganas de ponerme a cantar de alivio. ¿Le habrá oído NERVE? No estoy segura de si eso sería bueno o malo.

—Tenía que haberlo sabido —le contesto en voz baja—. Eres increíble, Tommy. Ahora, por favor, id a ralentizarlo desde allí. Te prometo que veré todos los vídeos que quieras cuando salgamos de aquí.

Tommy coge a Sydney por el brazo y trata de empujarla en aquella dirección, pero no lo consigue, por supuesto. Ella se libera y me pone las manos en los hombros, como si fuese totalmente ajena al hecho de que se encuentra justo en el punto de mira de las pistolas de los demás.

Tiene los ojos húmedos, pero el maquillaje sigue intacto.

—Vee, aunque esta noche te hayas portado como una cabrona, he venido a ayudarte, no a acurrucarme en un rincón.

—¿Sabes qué, Syd? Tienes razón, me he portado fatal. No sé cómo, pero te compensaré. Pero si de verdad quieres ayudar, entonces, por favor, quítate de en medio. De verdad. Por favor, por favor, por favor, hazlo por mí.

No se inmuta. ¿Cómo voy a conseguir que se proteja ella cuando está mentalmente programada para dar la cara por mí?

Comienza a descender la intensidad de las luces.

La empujo hacia la puerta.

—Vete ya, antes de que apaguen las luces y te quedes en medio del fuego cruzado. Entonces ya no serás de ayuda para nadie.

Syd se estremece, ya sea de miedo o de frustración, no sabría decir, pero por fin se impone el sentido común. Se aparta con paso lento. Tommy la sigue, mirando hacia atrás, a Ian y a mí.

Me dirijo hacia el sofá y por el camino le doy un golpe a la mesa de las narices, que se balancea con un quejido. Samuel saca la mano que tiene libre para detenerla y mantiene la pistola apuntándome a mí. En lugar de sentarme, me meto detrás del sofá, me agacho y utilizo el respaldo igual que han hecho los demás, para apoyar la pistola. Lo más probable es que el finísimo cojín del respaldo no pare una bala, pero ponerme a cubierto me hace sentir mejor. Por encima del sofá, apunto a Micki, que me tiene como objetivo con cara de desprecio. Me cuesta creer que esté apuntando un arma a otro ser humano.

Ian permanece en el centro de la habitación, al descubierto. Cuando las luces se atenúan más todavía, él también da la vuelta a la mesa y se coloca detrás del sofá de Samuel. ¿Por qué no se me ha ocurrido a mí decirle a Tommy y a Sydney que se escondan ahí y así tendrían al menos algo de protección? Otra más de las formas en que he fallado esta noche a todas aquellas personas que me importan. Qué vulnerables parecen mis amigos acurrucados cerca de la puerta.

Aunque los demás jugadores odien reconocer que Ian y yo hemos acertado, las parejas de los del otro lado de la mesa se levantan de los sofás y se colocan detrás de ellos igual que hemos hecho nosotros. Estoy segura de que a Samuel le encantaría meterse detrás de su sofá, pero dado que Ian se encuentra allí, se apresura a dar la vuelta a la mesa para unirse a Ty y a Daniella detrás del suyo. Así que somos como dos ejércitos, cinco contra dos, apuntándonos por encima de los sofás y de un lado al otro de la mesa de café.

Apenas hemos tardado un minuto en ocupar nuestras posiciones, pero hemos debido de impacientar a NERVE, porque vuelven a sonar los pitidos.

AMARTILLAD LA PISTOLA.

Los paneles muestran una animación de cómo se amartilla una pistola por si acaso no lo recordamos del vídeo.

Siento un bajón en el estómago. Presiono los muslos, uno contra el otro, para evitar que me tiemblen las piernas, y digo:

—¿De verdad creéis que os podéis salir con la vuestra en esto? Si estas pistolas están cargadas, y uno de nosotros recibe un disparo, es el fin de vuestro juego, para siempre.

EL FIN NO. UN ANUNCIO.

Esas palabras parpadean fugaces en el panel de la pared opuesta de la sala, el que Ian y yo tenemos enfrente, pero no en el panel de nuestra derecha. Sydney y Tommy estiran el cuello hacia el mensaje que yo he visto, pero no creo que les haya dado tiempo a leerlo.

Hablo a la cámara.

—¿Estáis de coña? Aunque nadie pueda localizaros, ¿quién iba a querer participar en vuestro juego después de eso?

Los demás jugadores parecen desconcertados. ¿Es que no funciona el panel que está sobre mi cabeza, el que ellos ven?

El panel frente a mí parpadea rápidamente.

LA GENTE QUE QUIERE GANAR SIEMPRE JUEGA.

Un oscuro rincón de mi cerebro sabe que esto es cierto, por muchas ganas que yo tenga de que no lo sea. Mira lo que he hecho yo esta noche con la esperanza de ganar el dinero para estudiar en la escuela de moda.

Si no puedo apelar a NERVE, tal vez sea capaz de hallar un hilo de lógica en los demás jugadores, que seguramente creerán que se me ha ido la pinza, ya que solo oyen mi parte de la conversación.

—Venga, tíos, vamos a dejarlo. Quieren que nos disparemos los unos a los otros. Como un reclamo publicitario. ¿Creéis que exagero? Fijaos en la alfombra debajo de la mesa, en el centro. Eso es un desagüe. ¿Sabéis para qué? Para lavar la sala con una manguera. Para lavar nuestra sangre.

Micki pone cara de desprecio.

—No, será para lavar el pis de las niñitas como tú que se mean encima.

Pasa el pulgar por la parte de atrás de su pistola y suena un fuerte clic. Jen cierra los ojos un rato largo y, a continuación, apartando su mirada de mis ojos, amartilla también su arma. Ty hace lo mismo. Ian también. Clic, clic, clic.

Ty mira a Daniella y arquea las cejas.

—¿A qué estás esperando?

—¿Están cargadas? —pregunta ella a voces.

¿TÚ QUÉ CREES? Todos los paneles vuelven a funcionar. ¿Habrá habido algún mensaje esta noche que han visto los demás y yo no?

Se sacuden los hombros de Jen.

—Yo no tengo ninguna experiencia con armas. ¿Y si se dispara?

Ty la mira con el ceño fruncido.

—No lo hará a menos que aprietes el gatillo, idiota. Amartillarla solo te ahorra el primer paso de los dos necesarios.

—Lo cual solo es un problema si se trata de una bala de verdad —añade Samuel.

¿Qué, acaso sigue creyendo que las pistolas no son letales? ¿Qué piensa el público? No ha venido un solo policía a salvarnos. ¿De verdad cree todo el mundo que esto es una especie de partida de *paintball* o algo por el estilo? ¿Y que saldremos de aquí sin más que unas magulladuras? Hay sádicos viendo esto que desean que sea de verdad. Mis amigos, por lo menos, deben de estar viéndolo horrorizados. Y con impotencia, porque nadie sabe dónde estamos.

No recuerdo lo que decía el vídeo sobre los pasos necesarios y sobre las balas en la recámara, pero sí sé que amartillar la pistola es estar un paso más cerca de dispararla. Y Daniella también se da cuenta de ello. El rímel le corre por las mejillas. Sin

embargo, en última instancia, parece que le afecta el miedo a convertirse en la siguiente víctima si fastidia el gran premio de todos, porque amartilla su pistola.

—¿Vee? —dice Ian.

Yo me siento igual que Daniella, no quiero tocar el martillo percutor y apuntar esa cosa una vez reducido el margen de seguridad. Por otro lado, si sucede alguna locura, tengo que protegerme. A mí y a mis amigos. Contengo el aliento y coloco el pulgar sobre el saliente irregular de la parte trasera del arma. Clic.

El labio superior de Micki adopta un brillo que no tenía antes. Bien. Un velo rojo me enturbia la visión.

—¿Cuánto tiempo nos tenemos que quedar así? —grita Jen con una voz temblorosa.

No hay respuesta de NERVE.

—Lo único que nos ha dicho el juego es que teníamos que amartillar las pistolas —dice Ian—, no cuánto tiempo las tenemos que dejar así. Ya hemos completado esa parte del reto, así que vamos a accionar el seguro para desamartillarlas y bajar las armas antes de que suceda alguna tontería.

Samuel asiente. Ojalá dijese algo.

Todos miramos hacia los paneles esperando los pitiditos de NERVE.

Ian se concentra en los jugadores al otro lado de la mesa.

—¿Qué os parece si cuento hasta tres y las desamartillamos todos al mismo tiempo? Vamos a dejarlo antes de que pasemos el punto de no retorno.

Ian coge aire.

—Uno.

Jen arquea las cejas mirando a Micki, cuyos ojos permanecen firmemente clavados en mí.

—Dos.

El sudor me corre por la espalda. La sala está en silencio, sin música, ni siquiera el crujido de un asiento.

Ian respira muy hondo. ¿Seremos nosotros los únicos que desamartillemos la pistola? Mi respiración es tan poco profunda que me parece que voy a perder la consciencia en cualquier momento.

—Tres.

Muevo el pulgar hacia el seguro, pero, antes de que lo accione, mi mundo se queda a oscuras. Se han apagado las luces de la sala. Parpadean unas luces estroboscópicas. La gente grita. Y hay disparos.

Dieciocho

Me agacho de manera instintiva. El metal del arma es pesado y resbaladizo, pero la mantengo apoyada en el respaldo del sofá por encima de mi cabeza.

El corazón me martillea en el pecho como si estuviera tratando de escapar, y, cuando recobro el oído, detecto el vibrar de cuerdas de esa música que oirías en un baile country. *Yee-haw!* Está claro, esta es la idea de una broma que tiene algún psicópata.

Se me está agarrotando el brazo derecho, casi insensible, así que bajo la pistola al suelo con la tentación de soltarla, pero la podría necesitar para protegerme de todas esas otras pistolas, que estoy segura que me siguen apuntando, incluso en la oscuridad.

—¿Está todo el mundo bien? —pregunto a la sala con un tono de voz contenido; no quiero asustar a nadie y que haya más disparos.

—Sí —dice Ian en la zona a mi izquierda.

Hablo más alto, por encima de los banjos.

—¿Tommy? ¿Syd?

Se oye el roce de la ropa al moverse en el rincón opuesto de la sala, y después la voz de Sydney, que siempre se proyecta con una claridad meridiana.

—Estamos bien.

Suspiro aliviada.

—¿No nos vas a preguntar a nosotros? —dice Micki con voz cantarina.

—Ya me he imaginado que habrías sobrevivido, ya que yo no he disparado.

Suelta un gruñido.

—Y un huevo que no, o a lo mejor ha sido tu niño bonito el que nos ha disparado.

Oigo que Ian cambia de postura.

—No, algunos somos capaces de controlar el gatillo.

Ty se ríe.

—Eso no es lo que ha dicho ella.

Interviene Samuel, que habla por primera vez en lo que parecen horas.

—Ha habido cinco disparos. Yo no he disparado. Y el sonido no se ha producido cerca de mí, así que habéis tenido que ser vosotros, chicos.

—Mi pistola está fría —dice Ian con voz de enfado—; ¿quieres venir a comprobarlo?

—Ya sabía yo que el chico tenía la pistola fría —añade Micki, por supuesto—. A juego con la frígida de su novia.

Cielo santo, ¿es que con esta tía todo está relacionado con el sexo? Y ¿por qué no se limita a reconocer que se ha asustado y ha abierto fuego? A menos que… con una tiritona de ira, caigo en otra posibilidad.

Me aclaro la garganta para que mis siguientes palabras sean tan claras como las de Sydney.

—A lo mejor ha disparado NERVE. O quizá hayan filtrado el olor a pólvora en la ventilación con el sonido grabado de unos disparos. De cualquier manera, han querido asustarnos para que disparemos. ¿No lo pilláis? Este es el gran final.

Todo el mundo guarda silencio un instante. En cierta medida, deben de saber que la situación que he sugerido es probable.

—En la oscuridad —dice Ian—, con las luces estroboscópicas, no podemos saber quién ha disparado y quién no.

—Cabrones —dice Jen entre sollozos—. Encended ya la luz. El público no nos puede ver en la oscuridad.

No habría catalogado a Jen como de las que lloran, pero claro, tampoco me habría catalogado a mí como de las que empuñan una pistola.

—Aquí huele a pis —dice Ty.

¿Hay un tenue olor a amoniaco mezclado con el de los petardos y las palomitas? Puaj.

NERVE debe de estar haciendo algo raro con la iluminación, porque, aunque no veo ningún resplandor en el techo, empiezo a distinguir la silueta de mis brazos. Me incorporo, principalmente para apartarme de la alfombra asquerosa pero también para echar un vistazo a las formas que van surgiendo en la penumbra: los sofás, las cabezas que se mueven y se asoman para mirarme a mí. La mesa de café es invisible, pero acabo por localizar los gruesos cables que la cuelgan del techo.

MUY BIEN. SIN EXCUSAS, TENÉIS QUE VOLVER A APUNTAR LAS ARMAS AHORA, Y, PARA DEJARLO CLARO, DEBÉIS SEGUIR APUNTANDO DURANTE LOS ÚLTIMOS VEINTE MINUTOS DEL JUEGO.

Recuerdo haber visto el final de un gran premio el mes pasado, el de los chavales que estaban de pie al borde del tejado. Estaba segura de que había una red debajo. Mientras los jugadores temblaban, NERVE no paraba de poner cortes de los momentos estelares de sus retos anteriores. Eso es lo que deben de estar haciendo ahora con nosotros. Y todo por un entretenimiento de sádicos.

Cuando se me dilatan las pupilas, capto a Ty asomado por encima de la barricada que forma el respaldo de su sofá, apuntando a Ian con la pistola. Le cuchichea algo a

Daniella, que se le une muy despacio. Jen y Micki apuntan sus armas hacia mí, bueno, hacia el sofá, que viene a ser igual. Lo mismo hace Samuel. Ian levanta el arma hacia Ty.

Yo tengo la pistola en el regazo mientras decido qué hacer. La recorro con los dedos y localizo el seguro para desamartillarla. ¿Debería activarlo? Pero tengo que protegerme. Y estoy segura de que nadie más ha desamartillado la suya aunque NERVE no haya dicho nada de mantenerlas amartilladas. En realidad no hay elección, ¿no? Si quiero defenderme yo y defender a mis amigos, tengo que combatir en este juego enfermizo. Me pongo de rodillas y apunto por encima del sofá.

Aguardamos. De nuevo, las luces se atenúan y se para la música, lo cual provoca que los sonidos más diminutos resulten audibles: el zumbido de la electricidad, una tubería que descarga desde una planta superior, las respiraciones aceleradas, cuerpos que se mueven. La oscuridad es impenetrable, como una criatura viva que se me mete por los ojos, por la nariz y la boca. Quiero quitármela, pero me tiene entre sus garras. La pared de mi pecho amenaza con reventarse para liberar los enloquecidos bombeos de mi corazón. Me entra hipo, incapaz de controlar mi respiración o los ruidos que hago. Alguien se ríe al otro lado. Micki.

Ian se desplaza hasta el extremo de su sofá que está más cerca del mío y susurra:

—Pon la cabeza baja durante un minuto. Concéntrate en unas respiraciones largas y lentas.

Hago como él me dice y mantengo la pistola sujeta, apuntando. Me da igual el maldito reto, pero, si Micki empieza a disparar, tengo que responder. Respiro hondo. Pasado un minuto, creo que tengo la cabeza bajo control, pero me duele con fuertes latidos, así que suelto una mano de la pistola para frotarme la sien. Todo esto es una horrible fantasía, ¿verdad? Trato de imaginarme en otro lugar.

De repente me viene a la cabeza una clase de física cuántica que nos dio el profesor de ciencias. Algo sobre un gato. El gato de Schrödinger. Es una historia sobre cómo los sucesos permanecen en el reino de la probabilidad hasta que realmente se producen, o quizá hasta que alguien ve que suceden. Este científico llamado Schrödinger afirmaba que si su gato estuviera en una caja, nadie podría saber con certeza si estaba vivo o si estaba muerto hasta que abriesen la caja para descubrirlo. Sin embargo, ahora me pregunto si los Seguidores no conocerán nuestro destino hasta que alguien abra esta diabólica caja.

No, para ya. Tengo que usar la cabeza de un modo que ralentice los descontrolados latidos en mi pecho. La oscuridad que nos rodea podría ser cualquier lugar, en cualquier momento. Podría estar viva o estar muerta. Vale, prefiero viva. Ya que estoy en ello, prefiero que la oscuridad sea una suave manta en una noche sin luna en la que yazgo a escasos centímetros de un chico, cálido y agradable. Cuando él me abraza, su corazón late fuerte con lo que yo me digo a mí misma que es pasión, no temor.

Casi he conseguido creerme esta fantasía romántica cuando reaparece la luz tenue. Tres armas me siguen apuntando desde el otro lado de la sala. Se acabó la fantasía. Aparecen las lágrimas en mis ojos con un peso de desesperación en el estómago, que no hace sino volverse más pesado cuando Sydney suelta un suspiro teatral y dice:

—Vale, ya llevamos unos cuatro minutos. Toca cambio de escena. Estoy segura de que podemos hacer algo más interesante que apuntarnos a oscuras —hay en su voz un temblor que no he escuchado nunca.

Ojalá se quedase callada. Pero ¿acaso ha sido ella alguna vez de aguantarse callada?

Ty suelta un bufido.

—Cuando quieras te vienes a sentarte por aquí y me enseñas lo que se te ha ocurrido. Tengo una mano libre.

Del rincón de Tommy y Sydney llegan unos susurros frenéticos.

Siento la piel como si unos bichos me reptasen por ella.

—Quédate donde estás, Syd —le digo a voces.

Iría hasta allí y le haría un placaje si con eso no hiciese que varias pistolas cambiasen el lugar al que apuntan.

—¿Cómo te llamas? —dice ella.

—Ty, como en «tai-chi», mmm.

Sentada, me estiro hacia arriba.

—Syd, ni se te ocurra moverte.

Deja que Syd se ponga e intente darle la vuelta al juego… Pero esto es mucho mayor que una obra del instituto. No va a poder salir de aquí a base de encanto. O sacarme a mí. La idea de que Ty ponga cualquiera de sus dedazos en ella me produce arcadas. ¿Y Daniella? Podría ponerse celosa y descubrir que tener un arma en la mano tiene sus beneficios al fin y al cabo.

Micki se queja.

—Dios, la amiga de la víctima virgen es todavía más pesada que la virgen. A lo mejor deberíamos cambiar la diana.

—Claro —digo en voz alta—, eso encaja con lo se puede esperar de ti, apuntar a las personas que están indefensas. Tú solo recuerda quién te estará apuntando a ti a la cabeza.

No me puedo creer lo que acabo de decir, pero Micki sigue apuntándome a mí en lugar de desplazar el punto de mira hacia Sydney. Odio que Syd esté aquí, tan indefensa. Mi valiente y testaruda mejor amiga, que hace tanto tiempo que lleva puesto ese estúpido corsé que ya le debe de doler la espalda.

Me paso la mano por el ojo.

—Syd, tú quédate con Tommy, ¿vale? —él tiene que haberle contado que ha llamado a la policía, ¿no? A menos que le preocupe que ella lo pueda soltar en algún momento de dramatismo.

—A mí me parece que nosotros también deberíamos estar armados —dice Tommy.

¡No! ¿Qué demonios está pensando? En especial cuando la policía debe de llegar en cualquier momento. Porque eso es en lo que él confía, ¿no? Lo cual significa que su petición no es más que una forma de jugar duro. ¿A quién está tratando de impresionar? Este público no lo merece.

—Aquí ya hay suficientes armas —le digo a voces—. No hace falta que nadie añada una más al espectáculo morboso de esta gente.

Una punzada de dolor me desciende por el brazo derecho. Tal vez sea por sujetar el arma tanto rato. No sé cuántos minutos más seré capaz de aguantar esta pistola resbaladiza. ¿Cuánto tiempo nos queda, quince minutos? Y si yo me estoy cansando, ¿qué hay de los demás? Bastaría con que se volviesen a encender las luces estroboscópicas, o que otro disparo asustase a alguien para que apretase el gatillo. Cuanto más cansados estemos, más fácil será cometer un error.

La sala se queda en una oscuridad absoluta.

Susurro a Ian.

—Tenemos que acabar con esto lo antes posible.

Antes de que le dé a alguien un calambre en el brazo dolorido. Antes de que Syd se líe con Ty y monte una de aquí te espero. Antes de que NERVE introduzca algo que nos haga reventar. Lo cual sé que harán.

—Estoy elaborando un plan —me contesta en voz baja.

—¿Qué? —le pregunto—. ¿Tirarnos al suelo y rezar?

No pretendía que el comentario sonase tan malicioso, pero la desesperación puede sacar lo peor de cualquiera.

Ian gruñe.

—Doy por sentado que no había ventanas en el cuarto de baño, ¿verdad?

¿Eso es lo mejor que se le ocurre?

—Por supuesto que no. No hay ventanas por ninguna parte en este teatro tan retorcido.

Cuando pronuncio estas palabras, una combinación de imágenes me inunda la mente: escenarios, públicos, ventanas, pistolas. Nosotros somos los actores de esta producción tan enfermiza. Nuestros asquerosos Seguidores pueden estar en cualquier lugar del mundo, relajándose con unos cócteles. Apostando. Esperando la sangre.

Imaginarme el público que ve nuestro espectáculo me acelera el pulso con la intuición de una idea. ¿Qué es? No me puedo sacudir la sensación de estar cerca de algo, igual que cuando mi imaginación coge una pila de tela y unas nociones de costura y las fusiona en un diseño. *Piensa.* Ojalá pudiese estudiar mejor nuestro entorno. A lo mejor podemos conseguir de alguna manera que se abra una de las puertas. ¿Cuántas aberturas hemos visto hasta ahora? ¿Nueve? Guiño los ojos en un intento por distinguir algo en la oscuridad. Es probable que NERVE esté utilizando cámaras de visión

nocturna para retransmitir nuestros primeros planos. Creen que pueden captar nuestra ansiedad. Eso los vuelve locos. Seguro que los espectadores más enfermos desearían estar aquí dentro, en la sala, con nosotros, oliendo nuestro miedo. Me imagino a unos espectadores que gritan pidiendo sangre, como en el circo romano, con el emperador disfrutando de las muertes desde su sillón dorado.

Me paro en seco. Eso es.

Entre el público, alguien habrá pedido los mejores asientos. Siempre hay alguien que lo pide. La pared a nuestra izquierda tiene un recubrimiento que es distinto del de las demás. Y solo tiene una puerta —normal y corriente— en el rincón, al contrario que las otras paredes, que cuentan con todo tipo de aberturas escondidas. Cuando Ian y yo llegamos a la sala para empezar la ronda del gran premio, pasamos por delante de todas esas butacas alineadas en el pasillo. Primera fila.

De repente, estoy segura de que el tapiz de seda del pasillo es algo más que decorativo: es un telón, el gran telón, abierto ahora para este espectáculo morboso. Y la reluciente pared junto a la puerta no es una pared, es una ventana unidireccional. Tenemos Seguidores solo a unos metros de distancia. Lo siento con la misma seguridad que si me estuviesen echando el aliento en el cuello.

¿Debería compartir mis sospechas con Ian? ¿Y si es verdad algo de lo que ha dicho Tommy? ¿Me ha manipulado Ian para meterme en esto por la fama en internet? A lo mejor Micki tenía razón en que había un infiltrado de NERVE aquí dentro. ¿De qué otra forma podía haberse pagado el instituto privado? A Syd también le pareció turbio, y ella tiene un excelente ojo para las personas. ¿O no lo tiene? ¿Puede ser excelente cuando me escogió a mí como mejor amiga? Una mejor amiga que ha dudado de su lealtad y se ha inscrito en un juego traicionero que nos podría matar a las dos.

Ian ha sido mi roca esta noche. Y yo necesito a alguien que me ayude a escapar de aquí. Tommy podría estar equivocado en lo de haber visto a Ian en webs asquerosas, igual que se ha equivocado al pensar que podía contar con que la policía aparecería a tiempo. Ha visto en internet lo que él quería ver, no lo que había. Pero él es el tío más inteligente que conozco. ¿De verdad podría haberlo malinterpretado? Me tiro de los pelos. No hay tiempo para descubrir la verdad. Tengo que actuar por instinto.

Me tapo la boca con la mano ahuecada y le susurro mis sospechas a Ian mientras rezo por que esté de mi parte.

—Eso es una locura —me dice, pero su voz deja entrever su falta de certeza—. Y aunque sea cierto, ¿qué hacemos con eso? —por lo menos me está susurrando, y no retransmite mis ideas a todo el mundo.

Hago un gesto negativo con la cabeza, frustrada porque él no ve las cosas con la misma claridad que yo. O tal vez no quiera verlas. ¿Será capaz de pararme los pies?

—Disparamos a la ventana —le digo.

Guarda silencio un instante.

—Esos disparos, o bien la atraviesan y alcanzarían a alguien ahí afuera, o bien rebotarían contra nosotros. Ninguna de las dos opciones es aceptable.

Yo no estoy tan segura de que el público no se merezca unos balazos a través de la ventana, pero aceptaré su argumento por ahora.

—¿Y tirar uno de los sofás contra la ventana?

—Son grandes y no tienen ruedas. No creo que seamos capaces de coger la fuerza suficiente para atravesar la pared con uno de ellos.

En la sala no hay nada más que podamos tirar excepto botellas de cerveza y cubos de palomitas, a menos que contemos a los demás jugadores, y hay un par de ellos con los que no me importaría atravesar la ventana. Ojalá pudiésemos coger la mesa rara de cristal.

Se me corta el aliento.

No nos hace falta. Unida a los cables, es como un misil. Además, como no hay sofás en los extremos, no hay nada que se lo impida. Susurro a Ian. Él se resiste al principio, pero ¿cuál es la alternativa? Intercambiamos unas cuantas ideas sobre cómo poner el plan en marcha sin provocar que los demás nos disparen. En cuanto se nos ocurre algo que no suena imposible, oigo un leve clic.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto.

—He desamartillado la pistola —dice él.

Se me contrae el pecho. Me siento vulnerable. Pero él tiene razón. De poco nos valdría escapar si por el camino disparamos a alguien de manera accidental. Y NERVE no ha especificado en ningún momento que tengamos que mantener las pistolas amartilladas, así que, mientras sigamos apuntando, ellos no deberían poner nuestros actos en evidencia con mensajes sobre haber violado la integridad del reto. Desamartillo la pistola pero la mantengo apuntada hacia Micki.

—¿Lista? —me pregunta Ian.

No tengo tiempo para no estarlo. En cualquier momento, Sydney podría ir pavoneándose hasta Ty, lo cual cabrearía mucho a los jugadores a su alrededor. Y NERVE podría poner la música a reventar o poner en marcha los rociadores contra incendios y asustar a alguien que se ponga a pegar tiros.

Me yergo al lado de Ian.

—Hora del espectáculo.

Él se me acerca.

—Tengo que contarte algo primero. No sé qué tipo de montaje morboso ha hecho Tommy en vídeo sobre mí mientras se la meneaba, pero es absolutamente falso.

No soy capaz de empezar a descifrar lo que es cierto y lo que no. Tommy es capaz de crear cualquier tipo de vídeo que le dé la gana. De todas formas, sea lo que sea lo que Ian haya hecho en internet, no importa. Lo que importa es que tenemos que hacer un intento de escapada. Ya. Pero entiendo el deseo de dejar las cosas claras, para que

conste.

—Mi verdadero nombre es Venus —le contesto entre susurros—. Solo quiero que lo sepas, por si acaso… Y tienes que proteger a Syd, pase lo que pase.

—Saldremos de esta, Venus —presiona los labios contra los míos.

¿Lo haremos? ¿Lo harán Tommy y Sydney? Qué no daría yo por estar detrás del escenario viendo el beso de Sydney y Matthew en la obra. Podría durar una eternidad si quisieran.

Respiro hondo.

—Muy bien, ¡acción! —digo mientras pienso que ojalá hubiéramos tenido tiempo de contarle nuestro plan a Tommy y a Sydney.

Nos desplazamos hacia nuestra derecha. Ian comienza a reírse por lo bajo, y después más alto, lo que me provoca un escalofrío por mucho que me lo estuviera esperando. Nadie dispara. Todo bien, de momento.

—¿Qué coño tiene tanta gracia? —pregunta Ty.

—Nosotros —dice Ian—. Nos estamos comportando como conejillos asustados en la oscuridad. No podemos hacer nada, así que, ¿por qué no le damos a nuestro público el espectáculo que desea? Si somos suficientemente buenos, quizá aumenten los premios de todos —Ian pasa por delante de mí.

Me agarro de su camisa con una mano y mantengo la otra apuntando a Micki hasta que salimos de detrás del sofá y nos topamos con la mesa. Ian me aprieta la mano, la suelta y se desplaza al extremo más próximo a nuestros enemigos, mientras que yo me quedo a su lado y alargo la mano en el aire hasta que encuentro el cable que está unido a la plancha de cristal. Espero que Ian esté haciendo lo mismo en su lado. Si me va a traicionar, no tardará mucho.

—¿Alguien quiere columpiarse un poco? —dice Ian y le da un empujoncito a la mesa.

Micki grita:

—Se supone que tenemos que apuntar, pringao.

Aprieto los dientes, pero trato de mantener la voz alegre.

—Algunos somos capaces de jugar y de apuntar al mismo tiempo.

—¿Qué estáis haciendo, chicos? —pregunta Syd.

Tiro de mi cable al tiempo que Ian tira del suyo.

—Si NERVE queda contento con nuestra interpretación, quizá os den un respiro a Tommy y a ti.

Entre Ian y yo, el cristal pesado se balancea de un lado a otro. Sin dejar de apuntar, sujeto la pistola pegada al pecho para que los cables no le den un golpe.

Ian se vuelve a reír.

—¿Quiere alguien un paseo antes de que Vee y yo nos subamos y le demos caña a esta cosa?

—Es posible que esos cables no aguanten el exceso de peso —tiembla la voz de Samuel.

—¿Me estás llamando gorda? —me quejo.

Ian y yo empujamos la mesa con más fuerza.

—Última oportunidad —grita Ian—. Venga, Micki, Jen y tú nos podríais enseñar cómo se hace.

Mientras él habla, la mesa roza la pared. Con un poco de suerte, nadie se da cuenta.

—Que te den por culo —dice Micki.

—¿Se nos echará NERVE encima y nos detendrá de alguna forma? O quizá el misterio de lo que estamos haciendo esté subiendo los niveles de aprobación de los Seguidores a unas puntuaciones que satisfagan a los patrocinadores.

—El siguiente empujón —susurra Ian.

Llegó la hora. Si mi plan falla, no tengo nada más. Ninguna otra forma de salvar a mis amigos. Siento que las rodillas se me debilitan con el peso de aquello a lo que nos enfrentamos. Se me empiezan a doblar, igual que lo hicieron cuando me presenté a la prueba para la obra. Igual que quisieron hacerlo cuando me tiré agua por encima en la cafetería. Igual que siempre amenazan con hacer cuando soy el centro de atención. Trato de enderezarlas. Ahora me toca a mí ser fuerte. Por una vez, tengo que actuar yo.

Cuando la mesa vuelve hacia nosotros, respiro profundamente, hago acopio de fuerzas y tiro del cable incluso con todos y cada uno de los kilos que peso. ¿Dará Ian también su último empujón o tirará de repente para detenerlo y mostrar su verdadera lealtad?

Sin embargo, la mesa vuela. Con un quejido de los cables, se estampa contra la pared, y yo rezo por que al final sí sea una ventana.

Un crujido ensordecedor reverbera por la sala. Y entonces oigo el sonido más maravilloso de toda la noche, los gritos de los espectadores al otro lado de la pared de cristal.

Bienvenidos a nuestro espectáculo, gilipollas.

Diecinueve

—¿Qué demonios? —grita Micki.

—Uy —dice Ian.

Atrapo el cable lo mejor que puedo en el balanceo de vuelta, volvemos a empujar y provocamos un mayor estruendo de crujidos de cristal contra cristal. Suena una ráfaga de disparos. Me agacho mientras las luces estroboscópicas y más disparos resuenan a nuestro alrededor. ¿Serán reales? Los gritos desde luego lo son.

Entre los flashes, un haz continuo de luz penetra en la sala desde el pasillo. ¿Sería esta la emoción que buscaban los Seguidores? Siento que me invade el odio hacia los espectadores, que estaban tan cerca y no nos han rescatado.

Aun cuando se apaga la luz estroboscópica, la luz del pasillo proyecta un tenue resplandor en la sala. Esto nos facilita las cosas y nos las dificulta, ya que Ian y yo podemos ver lo que estamos haciendo, pero también nos pueden ver.

Ty se asoma por detrás de su sofá. Su pistola oscila entre Ian y yo.

—¿Qué estáis haciendo, subnormales?

—Lo que NERVE nos ha dicho que hagamos —le digo—. ¿No habéis recibido el mensaje en vuestros móviles?

Ian y yo agarramos el cable y le damos otro empujón. Aunque los demás jugadores no se hayan percatado de que hemos violado la integridad del reto, NERVE sí debe de hacerlo. Es solo cuestión de tiempo que respondan con más consecuencias o con algo peor. Sin razón alguna para seguir fingiendo que apunto con el arma, me encajo la pistola en la parte de atrás de la cintura de la falda y así tener libres las manos para dar el próximo empujón.

La mesa vuelve a golpear contra la pared de cristal a poco más de medio metro del suelo, y amplía el agujero hasta unos treinta centímetros de ancho. Más luz. Más gritos. Ojalá la mesa hubiera atravesado la pared hasta el pasillo y se hubiese estampado contra nuestro despreciable público, que suena como si corriese a esconderse.

En los paneles de lo alto parpadea un mensaje en letras gigantes. ¡VIOLACIÓN DE LA INTEGRIDAD! ¡APUNTAD A OTRO JUGADOR AHORA MISMO O TODO EL

MUNDO PERDERÁ SUS PREMIOS! Atruena una larga bocina.

Micki se levanta de un salto y frunce el ceño ante el agujero en la pared, aunque mantiene la pistola hacia mí.

—Otra vez están intentando escapar. ¡Cuando nos faltan ocho minutos para ganar nuestros premios!

Ocho minutos para que nos maten en la masacre de la apoteosis final, más bien. Ian y yo damos otro golpe antes de que él venga corriendo hacia mi lado de la mesa. Un trozo de cristal cae de la pared y queda un agujero de unos cuarenta y cinco centímetros de diámetro.

Micki grita:

—¡Parad ya o disparo, gilipollas!

Ian agarra mi cable y le damos a la mesa un empujón torcido.

—Ni siquiera tenemos la pistola en la mano. ¿Nos vas a disparar a sangre fría?

Contengo el aliento. ¿Lo haría?

Su rostro es una máscara de ira.

—Os doy una última oportunidad de dejar de joder con la mesa y volver al reto.

Ty está a su lado.

—Y yo también.

Ian y yo damos otro empujón desequilibrado, que impacta contra el cristal con menos fuerza que los anteriores.

Trago saliva.

—Ni NERVE ni vosotros tenéis posibilidad ninguna de convencer al público de que nos habéis disparado a Ian y a mí en defensa propia cuando ni siquiera estamos empuñando nuestras pistolas. Además, Tommy ha llamado a la policía antes de llegar aquí. ¿De verdad creéis que os saldréis con la vuestra? —miro a Jen y a Daniella con la esperanza de que se unan a los buenos, pero ambas sostienen las pistolas más o menos apuntadas hacia Ian y hacia mí.

—¿Creéis en serio que me vais a joder? —Micki se abalanza sobre el sofá.

Salgo pitando a lo largo de la mesa para apartarme de ella, pero, en lugar de disparar, Micki tira del cable que tenía Ian e impide que la mesa cause más daños en el cristal. Esa es mi señal para correr hacia el agujero en la pared.

Ian se encuentra justo detrás de mí, y Tommy y Syd están a nuestro lado. Le doy una patada al borde del agujero y hago que se desprenda otro trozo de cristal. El hueco me llega justo por encima de las rodillas, con un diámetro de unos sesenta centímetros, y tiene unos bordes con pinta de poder cortar el hueso.

Pasillo abajo, un Seguidor grita:

—¡Rápido! ¡Esos cerdos se están escapando!

Micki se lanza contra Ian mientras yo le doy patadas a la parte inferior del agujero y rompo otro pedazo. Sydney también intenta darle patadas a la pared, pero sus tacones

de aguja no sirven. Tommy sigue ahí de pie, mirando absorto, hasta que Ty lo agarra con un crujido horrible.

Tommy se queja:

—¡Parad esto! No es para lo que nos apuntamos. Tenéis que ponerle fin ahora mismo.

Demonios, Syd y él no se apuntaron a nada que no fuese rescatarme. Sin embargo, a Ty y a NERVE les importa un bledo.

Ian rodea el torso de Micki con los brazos y la agita hacia delante y hacia atrás de manera que las sacudidas de sus piernas golpeen a Ty, que ha apartado a Tommy de la pared. Jen tira del pelo a Syd, y las dos se enzarzan en una pelea de gatas. Daniella está cerca, encorvada con las manos en los oídos. ¿Está llorando? Bueno, mientras no se lance al ataque…

Le doy una patada a la pared de cristal. Ian sigue columpiando a Micki, y, o bien sus pies o los de Tommy golpean a Ty en la ingle, porque este se dobla hacia delante, y suelta a Tommy hecho un ovillo.

—Ayúdame —le digo a Samuel. Arranco otro trozo y pienso que ojalá llevase unos zapatos más contundentes.

Samuel me dice que no con la cabeza.

—No me pidas que tire por la borda mi futuro, Vee.

¿Lo dice en serio?

—Si nos quedamos, no hay futuro, imbécil. ¿No crees que NERVE nos echará algo peor en los próximos cinco minutos? Bastan unos segundos para matar a alguien.

Mi siguiente coz es más fuerte y rompe un trozo de cristal del tamaño de la cabeza de Samuel. Esto hace que el hueco llegue hasta el suelo. Ty comienza a enderezarse. Tommy está en el suelo delante de él, pero no parece que vaya a ser capaz de poder con nadie. Ian vuelve a balancear a Micki adelante y atrás, algo que tal vez mantenga a Ty lejos de mí, pero solo por unos segundos más. Me quedo sin tiempo.

Para protegerme las manos, subo los brazos dentro de las mangas tanto como puedo antes de ponerme a cuatro patas. Me asomo entonces e intento apoyarme con suavidad sobre los restos de cristales. La parte superior del agujero me raspa la chaqueta, pero el grosor del brocado impide que me haga cortes en la espalda. Estoy en el pasillo desierto. Ir a la derecha me llevaría a la puerta cerrada del extremo, que podría ser una salida o una cámara de ejecución. Ir a la izquierda me conduciría a la zona de recepción, donde podrían acechar los Seguidores a la espera de tenderme una emboscada.

Antes de poder decidirme, algo me tira del tobillo y me retuerce la pierna para darme la vuelta. Me giro y veo la cara de Ty que se asoma por el hueco. Tiene una clara línea de visión del interior de mi falda, pero sus ojos se posan en los míos y arden de ira. Alrededor de su rostro, la pared —que a este lado es una ventana gigante

— muestra la sala con perfecta nitidez. Sobre la ventana hay varias pantallas, cada una con un plano distinto de la sala del juego.

Ty me tira de la pierna. Me valgo de la otra para darle una patada en la cara. Suelta un grito ahogado, pero apenas afloja la mano en mi pierna. Intento darle otra patada, pero él ya se lo espera y me agarra el otro tobillo. Con una sonrisa, baja el peso de su pecho sobre mis pies y los presiona contra la alfombra de goma. Por mi lado de la pared ventanal, los picos de los cristales me arañan la parte de atrás de los muslos a través de los leotardos.

Ty sujeta bajo los antebrazos los últimos quince centímetros de mis piernas.

—Me puedo quedar aquí tirado toda la noche, ¿sabes? O mejor te arrastro de vuelta aquí dentro.

Oh, Dios, no hay forma de que vuelva a atravesar el hueco sin cortarme en rodajas. Me estiro hacia mi derecha en un esfuerzo por agarrarme al tapiz de seda y hacer fuerza, pero lo han corrido hacia un lado como una cortina, demasiado lejos para alcanzarlo. Retuerzo el brazo en la espalda y trato de sacar la pistola, pero se ha enredado en la cazadora y la tengo pillada en la cintura. Gracias a Dios, el bolsillo con el teléfono me ha aterrizado sobre el estómago. Busco en su interior. ¿Seré lo bastante rápida para llamar a emergencias? ¿Habrá ahora cobertura?

Ty debe de haberse imaginado lo que pienso hacer, porque casi me aplasta los tobillos cuando cambia el peso para ponerse de rodillas. Me tira de los pies y hace que se me deslice el culo unos centímetros hacia la sala, y que más cristales me arañen las piernas. Rebusco en el bolsillo por mucho que ni me vea capaz de hacer una llamada a tiempo. Entonces, mis dedos rozan algo junto al móvil, la chapa electoral. ¡Oh, Señor, gracias por Jimmy Carter! Agarro la chapa y, sin pararme a pensarlo, la abro de golpe y le clavo el alfiler a Ty en la mejilla.

Ty grita cuando le pincho en la frente y en la otra mejilla.

—¡Tú, puta zorra!

Aunque mi patada en la cara no ha hecho mucho para obligarle a soltarme, la chapita de campaña electoral consigue más. Mientras Ty se lleva las manos a las mejillas, retiro las piernas del agujero y retrocedo a toda prisa sobre los cristales rotos que crujen con el peso de mi trasero y se me clavan en las palmas de las manos. Me levanto y enseguida me miro las manos. Un solo trozo ha perforado la piel y me causa un dolor agudo en la base del pulgar de la mano izquierda. Sin embargo, la parte de atrás de los muslos me escuece con lo que debe de ser una media docena de pequeños cortes. Me los sacudo rápidamente con las manos. Por ahora no puedo hacer nada más.

Ty empieza a arrastrarse por el agujero con el rostro retorcido de la ira, pero sus anchas espaldas no le permiten pasar por el hueco sin provocarse unos daños graves.

Ian grita:

—¡Corre, Vee! ¡Si uno de nosotros escapa, se acabó el juego!

Después de toda mi lucha por salir de la sala, aún vacilo por un segundo con el deseo de estar con Ian, con Sydney y con Tommy, pero no sé muy bien cómo. Dejarlos allí me parece la peor de las formas de abandono, pero ir en busca de ayuda es la mejor de nuestras esperanzas.

Ty se levanta, le propina una patada al agujero y parte otra porción.

—Estás muerta, zorra.

Echo a correr.

—¡Encontraré a la policía! —chillo por encima del hombro mientras salgo disparada hacia la izquierda, hacia la zona de recepción.

El pasillo se queda a oscuras de repente. El hombro se me queja de dolor cuando se estampa contra una pared. Me lo agarro y sigo corriendo, espoleada por el ruido de las pisadas y los crujidos a mi espalda.

Resuena un disparo que lo sobresalta todo y lo deja en silencio.

¡No, no, no!

—¡Vuelve aquí, guarra, y afronta las consecuencias o lo que sea que te diga el juego que hagas! —grita Micki—. ¡O la siguiente bala es para uno de tus amigos!

Se me queda seca la boca. ¿Lo haría? Antes no ha disparado a sangre fría, pero ahora está más desesperada.

Sydney grita:

—¡Corre, Vee!

Se le une Ian:

—¡El juego ya se ha acabado!

¿De verdad? ¿Qué harán Micki y Ty si sigo corriendo? ¿Qué harán si vuelvo? El cerebro me dice que Ian tiene razón, pero siento como si fuera una traición. Se rompe el cristal a mi espalda. Ty debe de estar a punto de atravesarlo. Recibo una sacudida en la oscuridad al golpearme contra algo con esquinas puntiagudas. El mostrador de recepción. Ya casi he salido de aquí. Entonces me acuerdo del móvil. Lo busco a tientas en el bolsillo mientras jadeo esperanzada. Un rápido vistazo me provoca un gruñido. Sigo sin cobertura.

Pero al menos sí puedo utilizar la pantalla como una linterna minúscula que me muestra la puerta principal. A mi espalda oigo gruñidos y gritos, y después otro disparo.

Oh, Dios; oh, Dios; oh, Dios. Pero, si Micki ha hecho lo impensable, regresar solo servirá para empeorar las cosas. Abro la puerta que conduce al pequeño vestíbulo de entrada enfrente de los ascensores, y la luz me ciega a pesar de seguir siendo una iluminación de ambiente. Hay movimiento delante de mí: comienza a cerrarse la puerta del ascensor de la izquierda, que va cargado con seis Seguidores o más. Visten ropas coloridas, pero la cara se les ha quedado grisácea. Un hombre, de cincuenta y tantos, con el pelo engominado y peinado hacia atrás y una cazadora de cuero a medida me tira

un beso.

Hijo de puta. Lo reconozco como la carabina de los jóvenes comprometidos con la castidad, el que nos echó de culo a la calle a Ian y a mí.

Doy un salto hacia delante, saco la pistola y la introduzco justo en los últimos centímetros de la estrecha rendija entre las dos puertas. El acero choca contra el acero, y los Seguidores chillan al tiempo que se desplazan contra las paredes del ascensor. El espectáculo ya no es tan divertido, ¿eh? Y entonces, con un pequeño movimiento de rebote, las puertas del ascensor ceden y se abren.

Apunto con la pistola al tío que me ha lanzado un beso.

—Tú, tírame tu móvil.

Se encoge de hombros.

—Les hemos entregado los móviles a los chóferes. NERVE no quiere que nadie aparte de ellos cobre por reproducir vídeos del juego.

Mierda. ¿Les obligo a salir del ascensor y bajo yo sola para ir en busca de una policía que podría estar o no estar peinando el edificio? No dispongo de ese tiempo. Otro plan cobra forma.

Trago saliva.

—Muy bien, entonces fuera. Solo tú.

El hombre se apoya en la pared del ascensor, se cruza de brazos y saca una pierna. Sonríe, la verdad es que sonríe. El muy cabrón.

—No me vas a disparar.

Pongo el pie por si acaso las puertas del ascensor deciden volver a cerrarse. ¿Debería obligar a salir a uno de los otros? Se lo merecen todos por igual, pero la petulancia de este tío es más de lo que soy capaz de tolerar.

Sujeto con firmeza la pistola mientras apunto.

—Pero si estas balas son de mentira, ¿no? Así que ¿por qué no disparar? No va a pasar nada —amartillo la pistola.

Él se humedece los labios.

—Parte de la diversión consiste en no saber hasta dónde son reales las armas. Pero estoy dispuesto a aceptar apuestas sobre lo que tú harías o dejarías de hacer con ellas. La violencia no está en tu perfil.

Hago un gesto de asentimiento.

—¿De verdad quieres apostar por que mi perfil no es infinitamente distinto de lo que era hace unas horas? Si descubro que está herido alguno de mis amigos, no me va a importar lo más mínimo apuntar a ciertas partes de tu cuerpo a las que tienes especial apego. Así que, venga.

Baja la vista a su entrepierna y después la levanta con una sonrisa que me pone los pelos como verdaderas escarpias.

—No me amenaces, niñita.

—Uno —digo, apuntándole a la rodilla.

Una mujer baja y fornida que está a su lado le da un toque con el codo.

—Vete con ella. NERVE se encargará de arreglar las cosas. No quieren perder sus mayores respaldos.

Se le enrojece la cara.

—Cierra esa bocaza de vaca.

—Dos —le digo, y elevo por su pierna el punto de mira de la pistola.

La puerta empieza a cerrarse hasta que le doy una patada en un lado y vuelve a rebotar para abrirse.

El hombre me lanza una mirada venenosa.

—Muy bien —digo, y tenso el dedo en el gatillo—. Tr…

—Vale, zorrita.

Echa a andar tan rápido que temo que me quite la pistola.

—¡Más despacio! O te disparo aquí mismo. Créeme, me iba a sentar fenomenal después de todo por lo que he pasado —de manera sorprendente, en este momento estoy convencida de que sería así. Y él debe de haberlo visto en mis ojos, porque hace lo que le digo. Cielos, ¿en qué me he convertido?

Retrocedo mientras él sale del ascensor se sitúa ante mí y me lanza una mirada fulminante. Permanecemos cara a cara hasta que se cierran las puertas del ascensor. Tiene la piel tirante, como si se hiciera una limpieza de cutis con frecuencia, y esos pantalones «informales» cuestan por lo menos quinientos dólares. Todo ese dinero, y se lo gasta en un pasatiempo de pervertidos. Será un placer hacer que se retuerza.

—Volvemos a la sala —le digo—. Andando.

Dejo que dé unos pasos delante de mí, y abre la puerta decorada. Dentro sigue oscuro, pero la luz de los ascensores cercanos me muestra a Ty, que se agarra el brazo y da tumbos en la zona de recepción. Debe de haberse desorientado en la oscuridad. Una sonrisa irrumpe en su rostro cuando nos ve. Guiño los ojos en un esfuerzo por ver en la negrura del pasillo más allá de él, pero lo que hay es un vacío.

Me asomo por detrás del hombre.

—Ty, retrocede o le pego un tiro a este tío. Es uno de los que más pasta ponen en NERVE, e incluso ha tenido su cameo en uno de nuestros retos, así que ya te puedes olvidar de ganar nada si resulta herido.

Ty se ríe.

—¿A quién crees que le tomas el pelo?

El hombre se endereza.

—Ni se te ocurra salirte de eso lo más mínimo. Si me dispara, os va a caer una que no os vais a levantar ninguno.

—Pero… —Ty titubea—. Es que tengo el brazo…

—Ahora —dice el hombre, claramente acostumbrado a dar órdenes.

—¿A quién han disparado? —le pregunto.

—No me he molestado en comprobarlo —dice Ty.

Gilipollas.

Me asomo por el costado del hombre para asegurarme de que Ty comienza a regresar por el pasillo. Algo oscuro le gotea del codo. Bueno, él ya sabe dónde está el botiquín de primeros auxilios. De algún lugar más allá de él llegan los ruidos de unos gritos y unos golpes.

—¿Y ahora qué, reina? —pregunta el hombre.

—Pon un tope en la puerta para que se quede abierta, y hazlo rápido —le digo.

Necesitamos la luz.

Lo hace.

—Ahora, cruza la zona de espera y baja por el pasillo, hacia la sala. Nada de movimientos rápidos, pero tampoco vayas arrastrando el culo.

Avanza con un pavoneo. Yo me mantengo unos pasos detrás de él, con la pistola apuntándole al trasero mientras alumbro con la luz del móvil. Cada cierto número de pasos, me asomo para asegurarme de que nadie más ha salido al pasillo. De la sala del juego llegan unos chillidos. ¿Ha enviado refuerzos NERVE?

Levanto la voz:

—Syd, Tommy, Ian, ¿estáis bien?

—Perfectamente —contesta Sydney a gritos—. Siempre que esta tía psicópata no vuelva a disparar al techo.

Un suspiro me estalla en el pecho. Gracias a Dios. Cuando llegamos a la sala, digo:

—Ty, vuelve dentro.

—¿Por qué? Pensaba que querías que el juego se acabase.

—Hazlo —dice el hombre.

Ty se agacha y pasa la cabeza por la boca de la cueva que parece el agujero en el cristal. Aunque las luces están apagadas en la sala de juego, los paneles sobre la pared ventanal muestran varias imágenes en tonos verdosos apagados y confirman mi anterior sospecha de que NERVE nos estaba filmando con cámaras de visión nocturna. Micki e Ian se levantan del suelo, donde deben de haber estado forcejeando. Ladean la cabeza hacia mí, como si estuvieran tratando de ver lo que sucede en el pasillo.

—¿Qué demonios? —Micki se agacha para que sus ojos queden a la altura del orificio.

¿Cómo es que no ha seguido a Ty al exterior? ¿Acaso cree que hay alguna posibilidad de que el juego continúe mientras ella permanezca dentro? ¿Qué tipo de premio le habrán ofrecido además de la Harley? ¿Un emporio de peleas de perros en propiedad?

—Ian, Tommy y Sydney, salid fuera —digo con un tono de voz acerado.

Micki se endereza y le quita una pistola a Jen.

—Mi siguiente disparo no será de advertencia.

En uno de los paneles en lo alto veo que está apuntando a Syd.

El hombre habla en voz alta:

—Si no hacéis lo que dice Vee, ninguno de vosotros recibirá ningún premio. Ya me aseguraré yo de eso.

Ty vuelve a asomar la cabeza por el agujero.

—Pero tú quién eres, ¿algo así como el jefe de NERVE?

—No, pero ellos querrán tenerme contento, te lo aseguro.

Se hace un silencio. No hay duda de que están esperando a que NERVE confirme lo que ha dicho el hombre, pero es probable que en NERVE estén demasiado ocupados reclutando un ejército. Los paneles siguen centrados en los jugadores de la sala.

Micki tiene la voz ronca, y todavía está apuntando a Syd:

—No parece que nadie te apoye, don Inversor. A lo mejor les da igual que te lleves un tiro.

El hombre empieza a temblar.

—Pero a mí no me da igual, y dispongo de los medios para asegurarme de que recibáis vuestros premios.

Hay movimiento y murmullos en la sala.

Habla Ty en voz alta:

—¿Cómo lo puedes garantizar?

—Si ella me dispara, te puedo garantizar que no recibiréis nada. Y si no lo hace, yo siempre recompenso a quienes me socorren, igual que castigo a los que no lo hacen.

Se eleva el volumen de la voz agresiva de Micki:

—Pero, aquí, los que están armados somos nosotros. A lo mejor lo que quiere NERVE es que te disparemos. Y después a la virgen y a sus amigos —se da la vuelta para apuntar al hombre con la pistola a través del agujero.

Ian dice:

—¿Es que vas colocada? Van a retransmitir todo lo que pase en esta sala. Y lo van a grabar en vídeo. ¿Quieres pasarte el resto de tu vida entre rejas, o que quien sea que tenga el vídeo te chantajee para poder evitar la temporada en la cárcel?

Reafirmo el objetivo al que apunto con la pistola:

—Además, nosotros responderíamos, y sería en defensa propia. Tampoco es que importe mucho, dado que no veo ninguna cámara aquí fuera, en el pasillo. Yo soy la única a la que no están grabando —mi tono de voz es duro, y siento hielo en las venas.

—No sé yo —dice Ty.

—Pues yo sí —le digo—. Ya me he cansado de jugar. Voy a darle a este gilipollas el castigo que se merece. Y al mismo tiempo os voy a dejar sin ganar nada de nada.

Se tensa el cuerpo del hombre:

—Voy a sacar la cartera. Está llena de dinero en metálico y de tarjetas de crédito.

Utilízalas —saca la cartera y la deja en el suelo.

Micki observa fijamente el agujero en la pared, calculando probablemente si sería capaz de lanzarse a través de él y abrirme la cabeza antes de que yo dispare a este tío. O a ella.

Por muy tentada que me siento de darle pie para que lo haga, dejo que se lo piense. Puede que sea una salvaje, pero no creo que sea estúpida.

Micki relaja entonces los hombros y baja la pistola.

—Salid de aquí, capullos.

Jen trata de darle un abrazo, pero ella se aparta.

Unos instantes después, Tommy agacha la cabeza y atraviesa el agujero, seguido por Sydney e Ian.

Antes de marcharnos, hago un gesto hacia la cartera del hombre.

—Saca tu carnet de conducir.

—¿Por qué? No puedes comprar nada con eso.

No, no puedo. Ni tampoco lo haría. La idea de comprar cualquier premio con el dinero de este asco de tío me pone enferma.

—Hazlo —le digo.

Ahora verá lo que se siente cuando invaden tu intimidad.

Se arrodilla para extraer una tarjeta antes de volver a dejar la cartera de nuevo en el suelo. En la reducida luz de mi móvil y los paneles de lo alto, no puedo decir a ciencia cierta si es su carnet o una tarjeta de pertenencia a Pervertidos Anónimos, pero tiene que saber que no me ando con tonterías. Se levanta y me la ofrece.

No me voy a acercar a él lo suficiente para que me quite la pistola, ni loca, así que le obligo a entregárselo a Tommy. Conmigo al frente, pero caminando de espaldas para mantener la pistola apuntada hacia el hombre, desfilamos hacia el exterior. Ian cierra la marcha y apunta al hombre por detrás.

Fuera, junto a los ascensores, le doy una patada al tope de la puerta y grito:

—Si alguien sale antes de que hayamos abandonado el edificio, este tío se lleva un tiro en el culo —nadie ha muerto nunca de un disparo en el trasero, me digo a mí misma.

En el momento en que cierro de un portazo, me imagino las manos en la oscuridad, tratando de hacerse con la cartera de este hombre.

Ian se dispone a presionar el botón del ascensor VIP, pero le doy un grito para que se detenga.

—NERVE tiene toda esta sala bajo control. Si envía refuerzos, o si esos chóferes de ahí abajo están armados, vendrán por la entrada privada.

Ian pulsa el botón del ascensor del «servicio». Todos nos erguimos con un respingo cuando suena la campana, y nuestras miradas precavidas aguardan a ver si viene alguien a por nosotros. Las puertas se abren, y está vacío. Gracias a Dios. Pero aun así

no estoy convencida de que NERVE no tenga un pelotón de fusilamiento esperándonos abajo, o incluso en la discoteca.

Cuando nos movemos hacia la puerta del ascensor, el hombre pregunta:

—¿He cumplido ya con mis deberes como rehén?

Me detengo un instante. Si nos topamos con alguien de NERVE, ¿nos proporcionará este tío una posición de fuerza? No lo creo, o ya lo habrían rescatado. Por otra parte, si hay policía ahí abajo, sobornada o no, no me vendrá bien la imagen de arrastrar a un rehén a punta de pistola.

—Te puedes quedar aquí arriba —le digo.

Nos metemos en el ascensor, pulso el botón que dice «Club» y rezo en silencio por que no nos haga falta un código para bajar.

La puerta se cierra, y el ascensor se mueve. En cuanto lo hace, Sydney e Ian se funden conmigo en un abrazo de grupo. Me cuesta creer que de verdad hayamos escapado de esa sala. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que los demás jugadores se rindan por fin y se marchen?

Por encima del hombro de Sydney, espío a Tommy, que tiene un aspecto incómodo en un rincón. Siento una punzada de simpatía por mi escolta, aunque me grabase durante el reto en el teatro del instituto. Pero ha venido a rescatarme, ¿no? Cuando Sydney e Ian me sueltan, me acerco a Tommy y le doy también un abrazo. Parece sorprendido, pero me coge en un abrazo que no es demasiado torpe hasta que pierdo el equilibrio y apoyo un brazo en su costado. Algo vibra de repente en su cadera. Aparto el brazo de golpe. ¿Qué demonios?

Tommy da un paso atrás y me aparta de su cuerpo. Se sonroja, y sus ojos bajan veloces a su cadera.

Le agarro.

—Tu móvil funciona. Lo acabo de sentir. ¡Cógelo!

Sus labios sonríen, pero no lo hacen sus ojos.

—Deben de haberlo activado de nuevo —saca el móvil del bolsillo con las manos temblorosas y lee un mensaje.

Compruebo mi móvil, que sigue figurando como bloqueado, y digo a Sydney y a Ian que hagan lo mismo. Todos bloqueados salvo el de Tommy, aunque estamos metidos en un ascensor.

—¿Por qué no estás llamando a emergencias? —le pregunto.

Toquetea el móvil con torpeza.

—Mmm, claro. Lo haré.

—Vamos, ¿tan difícil es marcar tres números? —y ¿por qué vacila tanto? Entonces, es como si todo el caos de las últimas horas se me asentara en el cerebro y despejara una clara senda en una dirección que no había visto hasta ahora—. ¿Dónde está la policía, Tommy? ¿Los llamaste, siquiera?

Se queda mirando su móvil.

—Por supuesto que sí. Se habrán equivocado de dirección o algo así. Los GPS no son tan exactos como la gente se cree.

—Pero tú sí lo eres —todo cuanto ha sucedido esta noche cobra una claridad meridiana, como ver la sala a través de esa ventana unidireccional—. Dame tu teléfono, Tommy.

Toquetea la pantalla.

—Te he dicho que he llamado.

—Hazlo por mí.

—Hazlo por mí —me imita con un tono agudo—. Suenas como el personaje de una de esas obras en las que no conseguiste un papel.

—Dame el móvil ya, Tommy.

—Dáselo —dice Ian, que presiona el botón de cierre del ascensor para evitar que se abran las puertas.

—Tú te callas —Tommy se limpia el sudor de la frente—. Vee, he venido a sacarte de este lío ¿y no confías en mí?

—No sé a qué has venido, pero el hecho de que no hayas traído a la policía es estúpido. La estupidez no cuadra con tu perfil, Tommy. Ni tampoco arriesgarte, pero ser calculador sí. Fijo que has sido tú quien le ha contado a NERVE por qué estaba enfadada con Syd. Liv y Eulie jamás me traicionarían de ese modo. ¿Y cuánta gente puede haberle hablado a NERVE sobre la pegatina en el botón de la radio de mi coche? ¡Serás gilipollas!

Adopta un aire despectivo.

—Ni que fuera yo quien más ha hecho el gilipollas esta noche —hace un gesto negativo y asqueado con la cabeza.

La llama en mi interior se pone al rojo vivo. Y entonces, en un movimiento de artes marciales que ensayé con Sydney cuando participó en aquella obra de ninjas, deslizo la pierna por el aire y le doy un golpe de lado en la entrepierna.

Cuando él se encoge, le quito el móvil de las manos. Está lleno de mensajes de texto de NERVE, lo cual confirma mis sospechas.

—Hijo de puta. Me has traicionado por una tele de pantalla grande.

Levanta la mirada hacia mí con los ojos inyectados en sangre.

—Que le den a la tele. Ya tenemos tres en casa. Tú no eres la única que estaba cansada de vivir detrás del escenario.

Me quedo tan cerca de la puerta como puedo y marco el número de teléfono que pondrá fin a esto. Tommy no se mueve de su rincón mientras yo le hablo a la policía sobre las pistolas en la sala VIP.

—Ya te dije que este tío estaba de mierda hasta arriba.

Tommy pega un golpe en la pared y mira a Ian con cara de pocos amigos.

—NERVE solo te escogió a ti en lugar de escogerme a mí porque sabía que tú le romperías a Vee el corazón.

Sydney ladea la cabeza y mira a Tommy.

—¿Tú también lo intentaste? ¿Cómo es posible que nadie mencionase que tú habías subido un vídeo?

Tommy la fulmina con la mirada.

Apenas soy capaz de contener las ganas de escupirle. ¿Me ha jodido a mí porque NERVE eligió a Ian en lugar de a él? Patético.

Ian deja que se abra la puerta del ascensor, que da a un pasillo anodino. Asomo la cabeza y veo una puerta cercana que vibra a golpe de bajo y otra puerta en la otra punta del pasillo. Vuelvo a meter la cabeza en el ascensor para exigirle a Tommy que me entregue el carnet de conducir del inversor de NERVE, y él me lo tira. Me lo guardo en el bolsillo y salgo al pasillo con Syd e Ian.

Cuando se cierran las puertas del ascensor, vuelvo la cabeza sobre el hombro y digo:

—*Game over*, Tommy.

Veinte

—¿Qué puerta? —me pregunta Ian.

Sydney, por una vez, aguarda también mi decisión.

La puerta de la otra punta podría llevar a una salida inmediata, pero también nos podría mandar directos hacia un montón de psicópatas de NERVE, y ¿quién sabe cuánto podría tardar la policía en aparecer? Abro la puerta hacia la música, que da paso a un palco que se asoma a una pista de baile grande. Ian y yo cruzamos una mirada y nos guardamos de inmediato las pistolas bajo la ropa.

Parece que la multitud no se fija en nosotros mientras bajamos por una escalera sinuosa. Es probable que tengamos pinta de unos chicos menores que no van vestidos para la ocasión y se han colado, y olvidémonos del roto en la cazadora y de mi mano sangrando. En la planta principal, cojo una servilleta de una mesa para presionarme la herida. Los arañazos de los muslos tendrán que esperar. Pasamos dándonos golpes y empujones entre personas que se ríen y beben como si este no fuera más que otro típico sábado por la noche. Yo me limito a concentrarme en el letrero de salida.

Estamos ya a medio camino por la sala cuando una mujer nos señala y grita:

—¡Eh, esos son los jugadores de NERVE!

El volumen de la música baja al instante, y todo el mundo se vuelve hacia nosotros para mirar. Un tío juguetea con el móvil y nos pregunta:

—¿Qué hacéis aquí? ¿Se ha acabado el juego? Han estado poniendo resúmenes desde que abristeis el agujero en la pared. ¡Eso ha sido la leche!

Me estiro hacia atrás.

—¿Lo estabais viendo?

—Todo el mundo —señala hacia una pantalla grande en la que están reproduciendo un vídeo de Ty y Daniella en el cuarto oscuro, con visión nocturna, así que salen verdes. De todas formas, tampoco es algo que me apetezca ver a todo color. Me encaro con el tío—. ¿Nos habéis visto atrapados ahí dentro con pistolas? ¿Por qué demonios no nos habéis ayudado?

—Ya tienen productores y eso cuidando de vosotros, ¿no? —Me señala con el

teléfono y chilla a sus amigos—: Tíos, ya os he dicho que estaban en la sala del piso de arriba. ¡He reconocido la mesa a la primera!

Todo el mundo se aprieta a nuestro alrededor para ver mejor, diciendo nuestros nombres a gritos y riéndose. Dos chicas me piden un autógrafo, y sus chicos me empiezan a levantar en el aire hasta que Ian les detiene.

Se me tensa el cuerpo. ¿Cómo pueden comportarse como si nos conociesen? Me cuesta asimilar el hecho de que mientras yo temía por mi vida unas pocas plantas por encima, ellos solo nos veían como una forma más de entretenimiento apenas merecedora de pararse a pensarlo.

Ian y Syd tratan de tirar de mí hacia la salida, pero me los quito de encima y me abro paso entre los saludos y los «¡Eh, Vee!» hasta que estoy junto al DJ. Las pantallas sobre nosotros han cambiado a un vídeo de Ian en un pequeño cuarto con la mirada fija en una película de baja calidad. Todo lo que yo distingo es un hombre alto que le propina una bofetada a un niño pequeño y lo arrastra a una furgoneta *pickup* antes de que cambie el plano de la cámara a una imagen de Ian, solo en el cuarto de su reto, viendo el metraje con una expresión afectada. No es posible que alguien grabase un vídeo de esa escena familiar, ¿verdad? No me extraña que todos sus premios estuvieran relacionados con escapar. Me doy la vuelta para mirar a los ojos del Ian de verdad, que está a mi lado, que traga saliva y pestañea.

—Ese niño pequeño no eras tú, ¿verdad?

Hace un gesto negativo con la cabeza.

—Pero bien podría haberlo sido.

El DJ nos da la bienvenida con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Chicos, esta noche tenemos invitados VIP con nosotros! —dice al micrófono.

VIP, claro, es cierto. Cojo el micrófono y le pido que pare la música. Dado que soy una celebridad temporal, hace lo que le pido. La multitud se vuelve hacia nosotros, algunos bailando todavía al son de la música que tienen en la cabeza.

Después de haber ayudado en tantas representaciones en el instituto, debería saber cómo se usa un micro, pero aun así me hace sentir rara. Soplo para asegurarme de que está encendido y digo:

—Hola. Soy Vee.

—¡Hola, Vee! —me responde una docena de asistentes o tal vez más.

Señalo hacia la pantalla.

—Acabáis de verme participando en NERVE, y seguramente os habrá parecido una forma divertida de ganar unos cuantos premios muy chulos. La verdad es esta: casi morimos ahí arriba. El juego es real. Hagáis lo que hagáis, no os inscribáis ni lo veáis el mes que viene. Ni nunca.

Algunos se han ido a la barra a pedir unas copas y charlar. El resto de la gente me mira, unos con una sonrisita, otros con cuchicheos con los colegas, otros parecen

perplejos. Reconozco a la mujer de la bolera, la de los rizos pelirrojos de soprano. Antes estaba de nuestro lado, tal vez consiga que sus amigos nos hagan caso. En cambio, lo que hace es sacar la cámara y apuntarme con ella. A su alrededor todos hacen lo mismo. La sala se convierte en una marea de brazos en el aire que sostienen los móviles en alto para tener un ángulo mejor.

Podían haberme matado, ¿y su respuesta es grabarme en vídeo? Todo lo que puedo hacer es evitar tirarles el micro o echarme a llorar. En ese instante, el mito de que cada vez que te sacan una foto te roban una parte del alma se me antoja real como la vida misma, porque siento que me arrebatan el espíritu, como si lo absorbieran esos centenares de lentes que todo lo ven y que tan solo desean capturar mi temor, mi ira, mi interpretación.

Allí me quedo de pie, atontada, en silencio y vacía.

El DJ vuelve a poner la música, y no discuto cuando Ian y Syd me empujan para irnos. Nos abrimos paso con las manos hacia la salida entre un enjambre de personas que nos piden a gritos que les describamos nuestros retos, que les demos nuestros números de teléfono, nuestra página web, o que sonriamos para otra fotografía u otro vídeo más. La gente me tira de la chaqueta, me agarra de los brazos e incluso me da palmaditas en la cabeza como si fuera un caniche. Sin previo aviso, mi cuerpo se levanta del suelo transportado por un revuelto mar de Seguidores. Forcejeo y les grito que me bajen hasta que acabo en el suelo con un golpe seco y sonoro. Un tío se frota la barbilla, donde le he golpeado, y me llama puta engreída. ¿Cuántas veces he oído esa palabra esta noche? No importa ya.

Ian da conmigo en medio del caos y tira de mí. Cuando ya casi hemos llegado a la salida, la puerta se abre y entran dos policías que piden hablar con el encargado. Por muchas ganas que antes tuviera de que llegasen, no puedo soportar la idea de hacer nada que me retenga en este zoo ni un minuto más. Tampoco es que quede ya nadie arriba, ¿no? Y si siguen allí, estarán simplemente bebiéndose el resto de la cerveza. Aun así, al menos debería darles el carnet de conducir del inversor de NERVE y la pistola. Me busco en el bolsillo y me quedo de piedra al descubrir que ambos objetos han desaparecido. ¿Se me habrán caído o acaso NERVE ha enviado a alguien a que me los quite sin que me entere? Me atraviesa un escalofrío ante la idea de que esos gilipollas tengan la última palabra incluso a estas alturas. ¿Estarán estos policías también en su nómina?

Tal vez a Ian y a Syd se les esté ocurriendo lo mismo, porque salimos a trompicones al aire gélido del exterior y nos apresuramos con la cabeza baja hasta que llegamos a la plaza VIP de aparcamiento. Me sorprende que nadie le haya rajado las ruedas al Volvo de Ian. Pero no me sorprende que no haya ni rastro del coche de Tommy.

Sydney se sube al Volvo, ya que fue Tommy quien la trajo. Aunque hubiese venido conduciendo ella, aún no está lista para quedarse sola.

Yo, sin embargo, me siento más sola que nunca. Miles de personas deben de habernos visto esta noche, y la mayoría de ellas jamás se ha parado a pensar en que los jugadores son personas reales, de carne y hueso.

Un Seguidor corre hasta el coche y da golpes en la ventanilla para suplicarnos una foto más. Le digo que no con la cabeza y aparto la mirada. A través del cristal, me grita:

—¿Quién demonios te crees que eres?

No tengo ni idea.

Ian se saca de la manga otra de sus maniobras de evasión con el coche para dejar atrás a un par de Seguidores recalcitrantes y, después de eso, continuamos la marcha en silencio. Hasta Sydney parece estar lidiando con algún tipo de agitación interior, acurrucada en el asiento de atrás con los brazos cruzados contra el pecho. ¿Se estará dando cabezazos contra la pared por dejar que Tommy la haya metido en los retos finales? ¿Por engañar a la chica que se supone que tiene un ojo tan excelente para las personas? Hablando de tener ojo para las personas, tengo que saber con seguridad qué pasa con Ian. Tampoco es que de verdad crea que es un infiltrado de NERVE o algún tipo de exhibicionista online. Pero ¿puedo confiar en mis propias convicciones?

Los miro con el rabillo del ojo.

—¿Puedo preguntarte cómo te puedes permitir un instituto privado?

Parece sorprendido, pero entonces asiente como si captase el motivo de mi pregunta. Deja caer los hombros.

—Una beca. Y reparto un huevo de pizzas. Mola, ¿verdad que sí?

Le acaricio el brazo.

—Siento que no te ganases la libertad.

—Qué va, lo más normal es que un juego que reparte pistolas entre sus jugadores sea de los que nunca te dejan ir en libertad.

Sydney carraspea. Cuando vuelvo la cabeza para mirarla, sus dedos signan rápidamente: *Ian merece la pena*.

Algo me dice que tiene razón. Todo cuanto Ian ha hecho esta noche demuestra que es un gran tío, ¿verdad? Pero ¿y si todo era de cara a la galería? ¿Y si su verdadero reto era romperme el corazón, como dijo Tommy?

Me duele la cabeza. Debería llamar a mis padres, pero, más que nada, lo que quiero es encerrarme en mí misma, reclamar una pequeña porción de la intimidad que he perdido. El resto del viaje transcurre sumido en el silencio hasta que llegamos a la casa de Sydney.

Cuando ella se baja, yo también lo hago.

Bajo la cabeza.

—No sabes cuánto siento todo esto.

Ella suspira.

—Creo que entiendo por qué te inscribiste. Lo que importa es que tú nos has salvado. Todos estamos bien.

Alzo la mirada. Aunque dudo que Ian pueda oír nuestras voces desde dentro del coche, Sydney signa: *Hermana*.

Le respondo signando lo mismo y me quedo esperando fuera hasta que ella entra por la puerta principal de su casa.

Ian quiere llevarme a casa, pero le digo que me lleve a mi coche, a la bolera. Una testaruda parte de mí quiere ponerle fin a esta noche del mismo modo en que la empecé, bajo mi propio control.

De regreso a la bolera, las luces de neón están apagadas. Ya no quedan castos, ni Seguidores. Tan solo un aparcamiento prácticamente vacío que alberga mi coche y una furgoneta destartalada.

Los ojos de Ian parecen mucho mayores que cuando quedamos aquí hace ya tantas horas.

—¿Qué te parece si te sigo hasta tu casa, solo para asegurarme de que llegas bien?

—Es muy considerado, pero tú estás tan cansado como yo. Vete a casa y llámame mañana, u hoy, supongo. Cuando hayamos dormido algo.

Me sonríe.

—No tengo tu número.

Hay por ahí medio mundo que me ha visto aterrorizada y que conoce mi talla de sujetador, pero mi compañero ni siquiera tiene mi teléfono. Qué locura. Intercambiamos nuestros números.

Se inclina hacia mí y me besa con delicadeza.

—Lo único bueno de esta noche eres tú.

Hago un gesto de asentimiento y me bajo del coche con el deseo de creerle y combatiendo la persistente duda de si estará siendo tan encantador porque haya en juego alguna especie de premio una vez terminada la partida. A lo mejor nos está grabando alguien desde la furgoneta. Aj, si es así la vida en plan paranoico, resulta agotadora, pero estoy demasiado cansada ahora mismo para bajarme del carro. Supongo que ya descubriré los verdaderos sentimientos de Ian con el tiempo.

Cuando nadie se atreva a apostar por ningún resultado.

Veintiuno

Un mes más tarde.

La mañana no es mi momento preferido del día, pero me voy acostumbrando. La tranquilidad del amanecer ofrece la promesa diaria de que todo volverá a la normalidad, pero, igual que el gato de Schrödinger, la única forma de descubrirlo será asomar la cabeza fuera de la caja. Espero hasta después de haber desayunado y haberme vestido para encender el móvil, tentada de prolongar la paz por un momento más, pero deseosa de ver si algo ha cambiado.

Me llama la atención un mensaje en particular, pero prácticamente se pierde entre los cientos de mensajes y las docenas de solicitudes de amistad. La acumulación de un día típico, lo cual significa que la vida continúa siendo una locura. Por ahora, gozo de la atención de una buena cantidad de gente.

Así que la voy a utilizar.

Envío mi mensaje semanal a todos y cada uno de los números nuevos de teléfono y a todas las páginas de ThisIsMe que he recopilado en los últimos siete días. Lo más probable es que la mayoría de la gente no le haga ni caso, pero, con un poco de suerte, habrá alguno que sí se lo haga.

> Querido mundo:
> Casi me matan al participar en NERVE, y tan solo para que ellos pudiesen sacar un beneficio. Creen que pueden vejar a los jugadores y no sufrir las consecuencias porque en realidad a nadie le importa y nadie los puede encontrar. Pero se equivocan.
> No se pueden ocultar, no de todos nosotros.
> Haced uso de los conocimientos de informática que tengáis, sean cuales sean, y de los conocimientos de vuestros amigos, y dad caza a esos cabrones.
> ¡Os reto a que lo hagáis!

Después de enviar el mensaje, aparto el móvil y no volveré a comprobar los

mensajes hasta mañana por la mañana si es que soy capaz de conseguirlo. Mi profesora de Diseño de Vestuario me dice que soy una ludita. Yo a eso lo llamo «conservar la cordura».

Me recojo el pelo en una coleta y me dirijo al garaje. Aunque estoy castigada todas las noches y fines de semana de aquí a que tenga edad para votar, sí me permiten salir a hacer un poco de ejercicio matinal tres veces a la semana, así que me meto en el coche y conduzco hasta un sendero cercano, donde me aguarda un práctico Volvo de color gris.

Ian está junto al coche, haciendo estiramientos del cuádriceps, vestido con unos pantalones cortos de deporte y una camiseta de manga corta que lucen el tono muscular de sus piernas y sus brazos. Yo misma me estoy poniendo un poco en forma con nuestros entrenamientos habituales, y he decidido que los bíceps son un complemento de moda ideal. Cuando llego hasta Ian, nos besamos un rato largo y después nos situamos de puntillas sobre el bordillo de la acera para estirar los gemelos.

—Podríamos tener algo —le digo, en referencia al mensaje anterior en mi móvil.

—¿Sobre él o sobre ella?

—Sobre Gayle, cuyo nombre real es Jordan si el software de reconocimiento facial no se equivoca.

Ian sonríe.

—Bravo, Tommy.

Después de disculparse con profusión, Tommy se ha ganado el regreso a una cautelosa amistad conmigo, y ha sido de gran ayuda como punta de lanza de mi lucha contra NERVE. Creo sinceramente que él no tenía ni idea de que las cosas llegarían al extremo al que llegaron, y tampoco es que él fuese el único que se comportó esa noche en contra de lo que cabía esperar de él y en contra del buen juicio.

Ian y yo nos movemos hasta un árbol junto al sendero y nos inclinamos contra el tronco para hacer más estiramientos de las piernas antes de empezar a correr y alcanzar un ritmo cómodo. En la primera semana después del juego, nuestras carreras matinales se veían salpicadas de un bombardeo de Seguidores que nos grababan en vídeo para sus reportajes de seguimiento y para ese disparatado sistema de créditos. Tommy llegó incluso a encontrar un localizador GPS en el parachoques de mi coche.

La policía no ha sido de gran ayuda. Falta de pruebas, nos dicen. Los demás jugadores insisten en que las pistolas eran de plástico y en que la bebida era zumo. Estoy segura de que han recibido algún tipo de compensación a cambio de cooperar. Y tampoco dice nada ese inversor asqueroso, el que se coló en la reunión de los jóvenes comprometidos con la castidad.

Sin embargo, nosotros contraatacamos, y ya he oído de un montonazo de gente que está deseando ayudar, incluido un Seguidor que grabó un vídeo en el que se veía brevemente en la pantalla a nuestros presentadores de las rondas del gran premio. Es

un vídeo de un vídeo, así que la calidad es muy baja, pero Tommy ha hecho cuanto ha podido para limpiarlo lo suficiente y que el software de reconocimiento facial lo compare con millones de imágenes que hay en internet. Por supuesto, lo más probable es que a Guy y a Gayle les pagaran por participar igual que al resto, pero si hay alguna forma de que nos proporcionen una pista sobre quiénes son los que están detrás del juego y se llevan el dinero, será una pista que merezca la pena seguir.

Ian y yo corremos y dejamos atrás un macizo de madreselvas que inunda el sendero con el anuncio del verano. Respiro hondo, pero retrocedo de un salto cuando un tío delgaducho sale de detrás del siguiente árbol y nos apunta con una cámara.

Ian se detiene de golpe delante de él.

—¡Pero tío! No hace falta que nos tiendas una emboscada. Si nos hubieras pedido una foto, te habríamos dejado hacerla.

Y es cierto, desde que descubrimos una interesante regla sobre la fama: quienes parecen más desesperados por conseguirla son los que menos quiere ver la gente, así que Ian y yo nos aseguramos de posar para las fotos cuando nos las piden. Cuanto más nos ofrezcamos a salir aquí y allá, menos popularidad esperamos tener.

Pero este tío no lo ha pedido, así que sufrirá las consecuencias. Ian y yo sacamos los móviles y empezamos a grabar a nuestro Seguidor.

Él se pone la mano delante de la cara.

—¿Para qué hacéis esto?

Ian sonríe.

—Es para una página web nueva que se llama «MIRA QUIÉN ACOSA». Sonríe, tío.

El tipo sale corriendo y soltando tacos. Esta vez ha funcionado mejor de lo normal. Es probable que mi grabación esté borrosa y se mueva mucho, ya que sigo teniendo la misma mierda de cámara, pero hay cosas peores que tener un equipo de vídeo penoso.

Recorrido un kilómetro y medio de sendero, nos detenemos en un banco largo de madera. Me coge en su regazo y me atrae a un beso cálido y delicioso, pero no puedo dejar de vigilar los árboles que nos rodean y preguntarme si de verdad estamos solos.

Hemos buscado una mayor intimidad en nuestros encuentros matinales, pero tanto la casa de Ian como la mía quedan fuera de cualquier planteamiento. Y ha habido colgados que nos han interrumpido con golpecitos de las cámaras contra las ventanillas incluso cuando hemos aparcado en los lugares más apartados. Puedo entender que esa otra jugadora, Abigail, se escapara una semana a algún lugar perdido de Virginia. A pesar de las tremendas ganas de cerrar NERVE que tengo, una minúscula parte de mí espera que se celebre la siguiente edición tal y como la tienen programada para este sábado, aunque solo sea para que los focos se centren en otra tanda de jugadores. Es un deseo horrible, lo sé.

Nos levantamos y retomamos nuestro trote cuando una pareja de corredores pasa por delante de nosotros. El día se anuncia claro y soleado. Tal vez Syd y yo podamos ir a

la hora de comer con algunos chicos del club de fotografía a trabajar con las fotos de su rostro. Y estoy utilizando mis noches libres para elaborar mi carpeta de proyectos. Que NERVE se vaya al cuerno; nosotros haremos realidad nuestros sueños.

Qué pronto se acaba el entrenamiento. Ian y yo nos separamos con un beso largo y lento antes de meterme en el coche. Cuando arranco y me alejo, me percato de que el coche huele a plancha de restaurante, como si alguien hubiera estado comiendo beicon aquí dentro. ¿Se habrá metido algo por la ventilación? Echo un vistazo rápido para asegurarme de que no hay nadie escondido en el asiento de atrás. Está vacío, pero aún siento un leve temblor en los hombros. ¿Desaparecerá alguna vez esta sensación de flojera?

Cuando llego a casa, papá y mamá me reciben con una sonrisa de alivio, igual que hacen cada vez que salgo a correr. Sé que han tenido que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para depositar en mí incluso esta pizca de confianza, así que voy a hacer lo que pueda para ganármela. Una de las consecuencias inesperadas de contarles toda la verdad sobre lo que pasó con NERVE es que han tenido la oportunidad de ver las desesperadas ganas de vivir que tengo. Creo que por fin creen que lo que pasó en el garaje fue un accidente. Puede que, si tengo muchísima suerte, hagan una excepción en mi pena de cárcel para que pueda asistir con Ian a un evento de Hábitat para la Humanidad el mes que viene.

Mamá señala hacia el pasillo.

—¿Has comprado tú algo por internet? Eso estaba ahí fuera cuando he salido a regar las plantas.

Ni que tuviera dinero para algo que no sea ahorrar para la universidad. Voy a ver la mesa que hay cerca de la puerta de la entrada, donde descansa un paquete. Es demasiado temprano para que te entreguen un paquete, ¿no? A lo mejor llevaba ahí fuera desde ayer. El remitente figura con el nombre grabado en oro de unos grandes almacenes de postín de Nueva York. El sello de correos es también de Nueva York, así que hay muchas probabilidades de que no sea una bomba. Allá va otra vez mi paranoia febril.

Abro la caja para encontrarme otra caja dentro rodeada de un mar de material biodegradable. Dentro hay una bolsa de terciopelo con el logotipo de un diseñador que reconozco gracias a las horas y horas que me he pasado mirándolo en internet. Con las manos temblorosas, saco de la bolsa un par de zapatos de color rosa flamenco. Son los zapatos que NERVE me puso delante de las narices en mi reto de la cafetería. Qué raro. Me dejaron bien claro que al escapar de los retos del gran premio había perdido todo lo que había ganado. ¿Se trata de algún tipo de error?

Encuentro un pequeño sobre plateado metido en uno de los zapatos. Dentro hay una nota que me hace caer lentamente de rodillas al suelo frío.

Jamás me cansaré de observarte, y me muero de ganas de verte jugar de nuevo.

Me quedo mirando los zapatos, que me parecen más feos con cada segundo que pasa. Bueno, muy pronto habrá una mujer en algún refugio que se paseará por ahí con elegancia. Me levanto para tirar los zapatos en la caja de mamá que dice «Beneficencia». Cuando paso por el salón me sorprende un soniquete familiar. Es mi móvil, que solicita mi presencia. Pero no suena con el timbrazo de mi tono habitual.

Suena en cambio con la cancioncita de un niño malcriado.

TELÓN

Agradecimientos

He recibido una ingente cantidad de ayuda y de aliento para hacer realidad este libro. Mi más sentido agradecimiento a mi familia y mis amigos, tanto cercanos como lejanos, que me han animado durante todos estos años en que he perseguido este sueño de escribir una novela. Vuestro apoyo y vuestra emoción me han alimentado durante muchos días difíciles.

También a mi editora en Dial, Heather Alexander, cuya orientación me ha ayudado a llevar esta historia más lejos y mejor de lo que yo creía posible. También a Andrew Harwell, cuya visión de *NERVE* ha influido en este libro mucho después de que él abandonase el proyecto.

Estoy muy agradecida a mi extraordinaria agente, Ammi-Joan Paquette, cuya mirada entusiasta y hábil consejo me han ayudado a meter en cintura este manuscrito, y cuyos gritos de aliento no desfallecen jamás. Todo escritor debería ser así de afortunado.

Un montón de gracias a las numerosas personas que me han ofrecido una crítica del manuscrito, quienes han visto cambiar esta historia desde sus bastos inicios hasta convertirse en algo publicable. A mi grupo de autores locales, siempre dispuestos a discutir ideas de inmediato y que han estado a mi lado a lo largo de cinco manuscritos (¡y subiendo!): Annika de Groot, Lee Harris, Christine Putnam y Lesley Reece. A mis críticos de internet, que me desafiaron a encontrar un comienzo mejor para esta historia, que es como acabé situando a Vee en un teatro: Kelly Dyksterhouse, Kristi Helvig (quien también se leyó las galeradas), Joanne Linden, Mary Louise Sanchez y Niki Schoenfeldt.

A mis hermanas y a mi sobrina, que se sumaron a la lectura y a ofrecer ideas cuando a mí me entró la angustia: Mary Ryan, Rachel Ryan y Madeline Anderson (cuyo teléfono, ese del que no se puede separar porque lo lleva implantado, me dio la idea de una historia en que los móviles desempeñan un papel tan integral). A mi hermano-de-otra-madre, Tim Beauchamp, a quien puedo llamar las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana para consultarle cualquier detalle técnico que me tenga de una pieza. En este libro fue el uso de las pistolas. Cualquier error que haya sobre las armas

de fuego que pudiese acabar en el manuscrito es cosa mía, y no de él.

Una de las mayores defensoras de mi primer manuscrito fue mi querida amiga Lisa Berglund, quien SABÍA que yo publicaría algún día. El único nubarrón en el cielo azul de que tal cosa haya sucedido por fin es que ella no está aquí para celebrarlo conmigo. De haber un club de lectura en el cielo, estoy segura de que ella lo dirige.

Finalmente, gracias a mi marido y a mis hijos, que me han apoyado a lo largo de tantas noches de «mamá tiene que ir a la cafetería a escribir». Su aliento es enorme, y participan de una forma muy activa en lo que escribo, desde hacer dibujos sobre el aspecto que en su opinión debería tener una escena hasta debatir las ideas para la historia. No hay palabras para describir mi amor por ellos. Y, según mis cálculos, les debo unas 1.509 comidas caseras.

Únete al fenómeno NERVE y descubre una historia trepidante, provocadora y muy, muy adictiva. Atrévete: no podrás parar de leer.

Cuando lo que más deseas está a tu alcance, ¿qué serías capaz de hacer para conseguirlo?

Vee es una chica que no destaca demasiado, así que cuando es elegida para concursar en NERVE, un juego anónimo de retos que se retransmite online, decide probar suerte. Pronto descubre que el juego sabe cosas de ella: la tienta con los premios que más desea y la empareja con Ian, su chico ideal.

Al principio todo es genial: los fans de Vee y de Ian los animan mientras ellos superan retos cada vez más arriesgados. Pero el juego da un giro inesperado cuando los mandan a una localización secreta con cinco jugadores más. De repente descubren que están jugando a todo o nada y apostando sus propias vidas a cada momento.

¿Hasta dónde será Vee capaz de llegar?

Reseñas:
«Los lectores se sorprenderán pasando páginas como locos hasta el final del libro.»
Kirkus Reviews

Sobre la autora

Jeanne Ryan tiene once hermanos y su familia ha vivido en medio mundo. Pasó su primera infancia en Hawái, y desde entonces siempre ha intentado volver, haciendo parada en Corea del Sur, Michigan y Alemania mientras tanto. Antes de convertirse en escritora, probó a dedicarse a muchas otras cosas, como a los juegos bélicos o a la investigación del desarrollo juvenil. Al final, decidió que son más divertidas las historias que las estadísticas. Hoy en día todavía sueña con Hawái, pero ha encontrado su hogar bajo los encapotados cielos del noroeste americano.

Título original: *NERVE*
© 2012, Jeanne Ryan
Edición publicada por acuerdo con Dial Books for Young Readers, un sello de Penguin Young Readers Group, una división de Penguin Random House LLC. Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción en cualquier forma
© 2016, Julio Hermoso Oliveras, por la traducción
© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-8486-0
Diseño de cubierta: Compañía
Conversión ebook: Javier Barbado

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Índice

Nerve. Un juego sin reglas
Corporativa
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos